

ZELÁ BRAMBILLÉ

  
Luz de  
lucié *én* maga

DOS AMIGOS, UN AMOR

WINGS TO CHANGE I



OBRA GANADORA EN LOS  
PREMIOS WATTYS 2015



Nova Casa Editorial

Zelá Brambillé

Luz de luciérnaga  
DOS AMIGOS, UN AMOR



**Nova Casa** Editorial

Publicado por:

**Nova Casa Editorial**

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2015, **Zelá Brambillé**

© 2017, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Abel Carretero Ernesto**

Portada

**María Alejandra Domínguez**

**Génesis de Sousa**

Maquetación

**Daniela Alcalá**

Corrección

**Júlia Català**

Revisión

**Abel Carretero Ernesto**

**Zelá Brambillé**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

# Índice

Portadilla

Sinopsis

Agradecimientos

Prefacio

Uno

Dos

Tres

**Primera Parte**

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciseis

## **Segunda Parte**

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidos

Veintitres

Veinticuatro

## **Tercera Parte**

Veinticinco

Veintiseis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Epílogo

Contenido extra

Zelá Brambillé

# Sinopsis

Ellos son mejores amigos: son inseparables desde que eran pequeños, se conocen tan bien que podrían recitar de memoria los defectos y virtudes del otro, y durante años han callado sus verdaderos sentimientos porque se supone que los mejores amigos no deben enamorarse, ¿verdad?

Acompaña a Carlene, una chica que sufre en silencio por su pasado; y a David, quien descubrirá que su amiga guarda secretos inimaginables, y hará todo lo posible por enseñarle que la luz más poderosa es la que sale de su interior.

Dos amigos, un amor, dos luces en la oscuridad que es la vida.

# Agradecimientos

Me gusta crear universos y sueños imposibles desde que tengo uso de razón, luego dejé que mis manos escribieran lo que mi cabeza dictaba y todo mi mundo cambió, esto se convirtió en mi vida, transformó mi mundo, mi forma de ver las cosas. *Luz de luciérnaga* es un mensaje, Carlene y David me han enseñado lo que espero que otros entiendan, escribir su historia me ha marcado.

El camino que he recorrido ha sido corto, pero no ha sido fácil, es por ello que quiero mostrar mi agradecimiento a las personas que siempre creyeron en mí, aquellas que me animaron y que jamás despreciaron esto que tanto amo. A mi madre, porque nadie ve mi brillo como ella lo hace, por enseñarme que el amor verdadero es real. Debo mencionar a Carlangas, el mejor hermano que existe, pues siempre me recuerda que puedo. También a Nenny y a mi abuela Ofe, porque nunca han dudado de mí, así como a Lore, a Monny y a Omar: no creo que tengan idea de cuánto los quiero. Imposible no nombrar a mis dos mejores amigas, lo gracioso es que viven a cientos de kilómetros, sin embargo, la distancia no importa cuando se trata de ellas porque me han demostrado más presencia que muchos otros que tengo cerca, gracias por todo, Génesis de Sousa y Eithne Reynoldi. Gracias también a Nova Casa editorial por esta oportunidad, por abrirme la puerta y dejarme ser parte de su



familia. Mis Zellers no pueden faltar porque se han ganado mi corazón, se han convertido en mi hogar, gracias por ser parte de esto y por creer en esta historia, por atesorarla y amarla tanto como yo, son la razón por la cual este sueño sí pudo hacerse realidad.

*Para todas las luciérnagas que esconden su brillo y para las que no se han  
dado cuenta de que lo tienen.*

*Encuentra tu luz y sigue caminando, luciérnaga.*

# Prefacio

*Seis años de edad*

Eran uno solo.

A él le agradaba porque no era como las típicas chicas de su colegio, ella era genial. Juntos escalaban el robusto roble que colindaba con sendas casas, solían hacer concursos de eructos, también jugaban a básquetbol, competían por el puesto de «la mejor costra». Por no mencionar que a David le encantaba hacerla reír haciendo chistes bobos que escuchaba de su padre o imitaciones absurdas de animales, los gorilas eran sus favoritos porque se formaban dos lindos hoyuelos casi imperceptibles en sus mejillas.

Eran los mejores amigos.

A ella le gustaba sentarse en su regazo para ver películas, y esa manera suya tan particular de protegerla cuando había tormentas; Carlene odiaba los truenos con cada parte de su alma. Siempre reían juntos, ni siquiera sus padres podían separarlos.

—¡Carly! ¡Ven a ver esto! —gritó con emoción el chico de cabello cobrizo. Apresuró el paso y subió las maderas de colores clavadas en el roble, demorándose un poco debido a su estatura.

—¿Qué sucede, D? —Dio un saltito para llegar hasta el piso de la casa del

árbol.

—Son luces. —El tono de asombro era perceptible, algo que podía justificarse, ya que los pequeños animalillos no habitaban en lugares como Nashville. David señaló unas lucecitas que destellaban frente a la ventana coloreada de azul metálico. Carlene se situó a su lado y observó con el ceño ligeramente fruncido.

—No son luces, se llaman luciérnagas —contestó esta sin demora. Dave la buscó, solo para encontrar a una Carlene alargando la mano, estiraba un dedo con la intención de tocar uno de los foquitos que parpadeaban. Pensó que sus ojos miel brillaban con más luminosidad y no se apagaban en ningún momento.

—Como tus ojos —dijo, mirándola sin pestañear. La comisura de la pequeña se estiró, su rostro adquirió una suave tonalidad rosa que intentó ocultar con sus palmas. David sonrió como el chiquillo que era, pasó su brazo por los hombros de su amiga—. Vámonos, luciérnaga.

# Uno

*Diez años de edad*

Estuvo esperando toda la semana a que llegara el veintitrés de febrero y, con él, su cumpleaños número once. Su madre rentó brincolines inflables para su fiesta, los globos en cada rincón decoraban el sitio, y un pastel de chocolate se refugiaba en lo más alto de la repisa para alejarlo de los dedos de las criaturas traviesas. También había una mesa llena de regalos con moños de colores en la entrada, y otra repleta de diferentes tipos de dulces. Todos los asistentes estaban arremolinados en esa zona, parecían hormigas.

Escuchaba las risas de todos sus amigos del colegio, pero la única que quería ahí era Carlene. Quería enseñarle a andar en patineta y empezar el partido de fútbol cuando llegara.

¿Por qué tardaba tanto? Solo tenía que cruzar el césped. Ir por ella a escondidas lo tentaba, pero decidió resistir un poco más.

El timbre resonó, anunciando que alguien más había llegado. Corrió hacia la puerta, desesperado.

—¡Alto ahí, jovencito! —exclamó Rachel, persiguiendo al pequeño tan rápido como pudo. Dave se detuvo antes de que su madre lo castigara por abrir sin su permiso.

Abrió y la señora Sweet apareció en su campo de visión con una gran sonrisa que a veces le parecía escalofriante. Detrás de ella, una linda niña de ojos miel se asomó, no pudo reaccionar.

Su amiga dejó de esconderse, pudo ver el lindo vestido rosa floreado que estaba usando. Llevaba su largo cabello trenzado, adornado con pequeñas florecillas, era como un jardín marrón. Parecía una hadita, era la criatura más hermosa del lugar y sus alrededores.

Carlene dejó que sus comisuras ascendieran hasta crear una sonrisa extensa. ¿Cómo no había visto esa sonrisa antes? Se acercó a su amigo tímidamente y le dio un gran abrazo.

—Finge que no me veo ridícula, mi madre me obligó —pidió. Él sabía que Carly odiaba los vestidos porque no le permitían jugar como quería. No lo entendía, lucía tan bien que se le habían ido las ganas de empezar el partido. Se quedó ahí, pasmado, mirándola.

Carly aprovechó su mudez para tenderle una cajita de terciopelo negro, él la tomó y quitó la tapa. Un pequeño colgijete de plata apareció ante sus ojos, era un óvalo, pero parecía otra cosa.

—Tengo uno igual. —Carly le mostró una cadena idéntica que colgaba de su cuello y le dio vuelta, una fotografía de ellos abrazados se encontraba ahí. Sonrió y, con rapidez, colgó el regalo de la misma manera y la miró de nuevo —. ¿Qué?

—Cuando seamos grandes te vas a casar conmigo —declaró.

Carlene frunció el ceño, no estando de acuerdo con él.

—Por supuesto que no —torció, indignada.

—¿Por qué no?

Carly miró el techo, pensativa, buscando un pretexto coherente que justificara su negativa. Enrolló en sus dedos un mechón de su cabello libre y arrugó sus labios. Terminó chasqueando la lengua.

—Porque no sabes encestar de espaldas en la canasta. —Movi6 la cabeza como si fuera algo obvio.

Dave aguant6 la risa, la mir6 de nuevo, se removi6 con incomodidad visualizando a todos los ni6os que iban de un lado a otro. Su fiesta de cumplea6os no estaba resultando como haba pensado. Crey6 que iba a salir al jard6n a jugar con sus amigos y con Carlene, pero no deseaba irse muy lejos. Este chico, Paul Grant, no dejaba de contemplarla como un odioso venado encandilado. Dave quer6 pedirle que dejara de hacerlo porque lo pon6a nervioso.

Carly bajaba el fald6n de su vestido con m6s frecuencia de la necesaria y apretaba la tela con sus pu6os. Su ce6o estaba fruncido y su frente arrugada, tanto que temi6 que se quedara ce6uda siempre. Se ve6a adorable, incluso as6.

Rio para sus adentros porque sab6a que no le agradaba ser inspeccionada, sin embargo, se dio cuenta, sus gestos de enojo se intensificaron, su mirada miel llame6 y se volvi6 anaranjada. Las cejas de D salieron disparadas, nunca se molestaba con 6l, excepto aquella vez que aplast6 a su mascota. No quer6a pisar ese pollo, en realidad, pero nunca le crey6.

—¡Deja de burlarte de m6! —exclam6 y gir6 la cabeza hacia otra parte, indignada.

—No me estoy burlando, luci6rnaga —asegur6, volvi6 a enfocar lo. Entonces, su cara se relaj6 un poco y sonri6.

—Detesto esta cosa. —Señaló su atuendo con la nariz arrugada—. No hemos podido hacer nada divertido, creo que deberías ir a jugar tú.

Hizo una mueca que lo hizo reír en voz alta. Jamás la había visto usando un vestido, mucho menos de ese color. Seguramente Ginger, su madre, la había obligado a ponérselo. La señora Sweet se dedicaba, la mayor parte del tiempo, a exigirle cosas a Carlene.

—Te ves bien, parece que a Paul le gusta. —Señaló al chico al otro lado de la habitación, que se sonrojó, sus cachetes parecían dos tomates. Llevó su vista hacia él y se puso pálida, negó fervientemente y se levantó de un saltito.

—Paul se comió un saltamontes una vez. —Se retorció con asco, él volvió a reír.

Era un buen chico, solo que su amiga había quedado traumada desde el día que se metió el insecto en su boca en el patio de recreo, así que evitaba acercarse a él.

Rachel gritó que era tiempo de partir el pastel, todos corrieron hacia la mesa; era de chocolate y tenía muchas chispas de colores. La gente a su alrededor entonó una canción para desearle feliz cumpleaños. Después de dar una pequeña mordida y de que Carly fuera regañada por Ginger al querer llenar su cara de betún, la madre de Dave cortó el postre.

Una vez que tuvieron los platos llenos de tarta de chocolate, los dos corrieron al exterior de su casa, justo debajo de la casa del árbol que hacía años que no usaban. Se sentaron en el suelo y empezaron a comer en silencio.

Algunas cosas habían cambiado últimamente, desde el día que Rachel empezó a molestarlo diciendo que Carlene le gustaba. Le gritó que era mentira, pero sus mejillas se colorearon y se pusieron muy calientes, así que



la idea rondaba en su cabeza.

Le encantaba jugar con ella a cualquier cosa que se les ocurriera, y después hacer una batalla para ver quién había conseguido el raspón más grande. Los videojuegos de luchas eran divertidos, porque si perdía no lloriqueaba, y le gustaba comer pizza con jamón como a él. Detestaba que llorara cuando había truenos, era emocionante ver películas de terror porque, en vez de gritar, reían juntos. Y era bonita. ¿Todo eso significaba que le gustaba?

De pronto se dio cuenta de que lo descubrió observándola, alzó una ceja, se quedó quieto. Quizá sí le gustaba porque ninguna otra niña hacía que su corazón latiera tan rápido.

El niño esbozó una sonrisa cuando ella se manchó de betún, se lo quitó con la lengua. Antes de contenerse, se acercó. El pobre estaba temblando, sus manos sudaban, más al ver su linda sonrisita de lado.

—¿Qué haces? —preguntó, ahora extrañada. Nunca habían estado tan cerca, pero extrañamente le gustaba, aunque un torbellino hiciera trizas sus nervios.

—No me vayas a pegar, Carly —susurró, quedito, pues no había necesidad de gritarlo.

Sus narices se tocaron, frunció sus labios sobre los suyos, una parvada de aves asesinas despertó en su estómago provocando un curioso cosquilleo. Carlene abrió los párpados, todo su rostro se iluminó de color rosa.

Se echó hacia atrás, asustado, pero ella no dijo nada, siguió comiendo su pastel como si su mejor amigo no le hubiera robado su primer beso. Fue ahí cuando David se dio cuenta de que le gustaba... y mucho.

\* \* \*

*Doce años de edad*

—¡Eres fea y te vistes como un niño! —gritó una chica a todo volumen. Las demás se le quedaron mirando. Carlene se levantó, irritada, no entendía por qué las chicas de su escuela siempre eran tan odiosas. ¿Por qué no podían ser como David?

Cuando propuso jugar con un balón le pusieron mala cara. No había hecho nada y ahora la mayoría la observaba como si fuera un fenómeno.

—Te voy a jalar el cabello si sigues diciéndome cosas —amenazó, no sabiendo cómo actuar para que esa tonta cerrara la boca y dejara de molestarla. La chiquilla miró a sus amigas.

—¡Lo ves! Eres un niño —chilló.

—No es cierto —murmuró, sintiendo cómo los ojos se le comenzaban a humedecer. No quería llorar y que se burlaran más, pero no sabía si iba a poder controlar el llanto.

—Sí, juegas con los chicos, tus zapatos siempre están manchados de lodo, además, eres fea y pareces una escoba.

—No se llama Carly, se llama Carl —dijo otra, lo que provocó que todas ellas rieran a carcajadas. Solo pudo quedarse quieta y apretar sus puños, quería pegarles, pero su madre le había dicho que las señoritas debían comportarse y no quería desobedecerla.

Últimamente Ginger se ponía mal por cualquier cosa. Su padre, Steven, le suplicó que tuviera paciencia, dijo que la señora Sweet era especial y debía

comprenderla. Le contó que necesitaba apoyo porque estaba enferma, muy enferma. No obstante, no entendía qué pasaba si veía a su madre como siempre. Le había preguntado, pero el señor Sweet le contestó que era muy pequeña para entenderlo.

—Carl es un niño, Carl es un niño —cantaban. Carlene sintió las lágrimas a punto de salir, así que salió corriendo de ahí. Nunca más volvería a aquel parque, nunca más les hablaría a esas niñas. Llegó al jardín de su casa y recostó la espalda en el roble sin dejar de llorar.

No quería llamar la atención, deseaba estar sola, pero Dave, que estaba en la cochera contigua, se percató de su estado y no tardó en llegar a su lado. Acomodó la cachucha que llevaba para poder verle la cara y se le contrajo el pecho cuando la observó desolada.

—¿Qué sucede, luciérnaga? —El agua salada salía a borbotones, los sollozos expulsados por su boca eran incontrolables y su pecho subía y bajaba.

—Soy horrible, D. —Sorbió por la nariz.

El muchacho entrecerró los ojos con rabia.

—¿Quién te dijo eso, Carlene?

—Las chicas del colegio. —Se aventuró a limpiar sus frías lágrimas; no le gustaba verla de esa manera.

—No llores, Carly, sabes que es mentira —Ella lloró más fuerte—. ¿Qué quieres que haga?

Al no obtener respuesta, se le ocurrió una gran idea: hizo una de sus estúpidas imitaciones. Hacía años que no lo intentaba, pero sabía que ella

reiría, y fue lo que pasó. Carlene lanzó una carcajada cuando escuchó la boba imitación de mono que más bien parecía elefante. Acomodó con sus dedos el fleco fuera de su lugar.

—No importa lo que ellas digan, luciérnaga, tú eres hermosa —dijo el muchacho cuando su amiga se calmó. Carly sonrió y rodeó su cuerpo en un abrazo que no supo corresponder al principio, pero reaccionó y le regresó el gesto amistoso. Su corazón latía de prisa siempre que la tenía alrededor, también cuando la veía reír o cuando escuchaba su nombre. Su corazón se aceleraba siempre que la veía llegar a cualquier parte.

—Te quiero mucho, D. —Le fascinaba que lo dijera. No pudo contener la sonrisa.

—También te quiero, luciérnaga.

\* \* \*

### *Trece años de edad*

Se levantó de su regazo y se talló los párpados, bostezó llena de cansancio. Después de apagar el televisor, que mostraba una fea película de zombis, el señor Steven se plantó en el umbral de la sala con una sonrisita de medio lado.

—Lamento interrumpir su último día de vacaciones, pero mañana hay escuela, es hora de ir a dormir —dijo. Los dos lanzaron un quejido inconforme, eran casi las diez de la noche y, francamente, no quería irse, pero se puso de pie de igual manera.

El padre de Carlene se retiró, no sin antes darle las buenas noches. Dave se

la quedó mirando y esta le guiñó. Esa había sido su señal para decirle que las cosas iban bien desde que tenían diez.

Lo acompañó a la puerta bajo la atenta mirada de su madre, que estaba quieta en la base de las escaleras, observando el cuerpo tenso de su hija. Apretó el hombro de Carly para que recordara que estaba cerca, la señora Ginger le dio una sonrisa forzada antes de ascender.

—Estaré arriba en cinco minutos —susurró él.

—Espero que puedas subir, te estás poniendo viejo —murmuró antes de soltar una risita entre dientes, y le dio un golpecito al estómago para enfatizar el punto. ¡Le había dicho gordo! ¡Increíble!

—Espero que puedas dormir al lado de un viejo que no puede controlar sus gases —Su rostro se arrugó haciendo una mueca de asco, él se carcajeó y se dio la vuelta. Escuchó cómo la puerta se cerró, trotó para llegar a su destino.

Le dijo a su madre que iría a casa de Carlene, ella nunca ponía objeciones, tampoco su padre. No obstante, Ginger y Steven eran otro cuento. Cuando eran pequeños no había problema con dormir juntos, pero eso cambió después de que Dave cumpliera los trece. Les explicaron que ya estaban grandes como para actuar como dos chiquillos. Los padres de Carlene no tenían idea de que casi todas las noches se colaba por la ventana.

Puso el pie en uno de los bloques de la pared y dio un brinquito para impulsarse. Siguió así hasta que llegó al borde de su ventana, afortunadamente no era muy alto. Carly le ayudó a subir y, una vez en su habitación, dio un respiro profundo.

La observó subirse a su cama y acomodarse, miró su celular y luego lo dejó en la mesita de noche. Le agradaba su alcoba, las paredes eran de color

celeste, en una de ellas había muchas fotografías de ellos pegadas a un corcho. El osito de peluche que le regaló en su décimo cumpleaños estaba colocado en un sofá blanco. En la parte visible de su peinador no había más que una botellita de perfume, un recipiente con agua de baño y un cepillo. Había un desastre en el suelo, zapatos y ropa por doquier.

Contó hasta diez y se tendió a su lado, se debatió mentalmente entre abrazarla y quedarse quieto, pero terminó rodeando su cinturilla. Apoyó la barbilla en su hombro y fingió que su olor a vainilla no lo mareaba.

Su madre le había aconsejado que le hablara sobre sus sentimientos, pero no sabía ni siquiera por dónde empezar. ¿Qué diría Carly? ¿Lo odiaría? ¿Era un perdedor! Le cortaría el cuello si ella se enterara de que su amigo de la infancia había estado enamorado toda la vida. Tal vez debía decirle y ya, quizá justo ahora era el momento, ya que la tenía en sus brazos y, si decidía escapar, podría abrazarla más fuerte.

—Mamá me compró una falda para mi primer día de clases, empezó a parlotear de cuando era animadora y de que tenía que verme bien para honrarla. Le dije que no la usaría, que me pondría la vieja camiseta de Slipknot, no tienes idea de todo lo que se puso a gritar —murmuró. Notó cierta melancolía en su voz.

Había veces que Ginger lograba sacarlo de sus casillas, sobre todo cuando era testigo de las lágrimas de la castaña. En más de una ocasión había querido decirle lo que pensaba de ella por comportarse de esa manera con su hija, pero luego recordaba que sus padres eran amigos y no debía traerle más problemas a Carly, ya tenía suficiente con tener que soportarla diariamente.

Se dio la vuelta y dejó que la viera con sus ojos hechos agua. Entonces supo

que no era el mejor día para decirle que últimamente solo pensaba en besarla.

No entendía qué era lo que buscaba su madre de ella.

—Creo que te verás caliente en esa camiseta, no todos los días se ve a una chica usando una prenda con una calavera sangrante —Amaba cómo se veía con esa cosa.

Su cara cambió y una gran sonrisa se extendió en su rostro, sus ojos miel brillaron tanto que lo encandilaron por un minuto. Tragó saliva, nervioso, y se dijo que no iba a sudar.

—Mamá dice que debo ponerme la horrible falda que me compró en esta nueva escuela, que nadie se me va a acercar si me ven vestida con mi ropa —bufó entre dientes.

—Yo me acercaría —aseguró. Carlene sonrió de lado.

—Tú no cuentas, D, me refiero a otros chicos —susurró haciendo que la mirara con los párpados adheridos a la frente. ¿Pero qué...?

—¿Otros chicos? No entiendo —preguntó, confundido y un tanto exaltado.

—Tampoco yo, pero mamá asegura que los chicos empezarán a pedirles a las chicas a salir y yo me quedaré en casa pintando cuadros —rio y giró los ojos como si eso fuera lo más absurdo del mundo. Quería creer que lo era, pero no había pensado en eso y comenzó a sentirse extraño.

—¿Y saldrías con ellos? —cuestionó.

—No, me gusta más estar contigo que con cualquier otra persona.

Eso bastó para tranquilizarlo una pizca, no lo suficiente, sin embargo. Depositó un beso en su frente, refugió su nariz en su cuello, respiró profundo al sentir su respiración y su corazón acelerarse. Pensó en su prima Veronilla

sacándose los mocos, o si no ciertas zonas delatarían lo que ahora le producía su cercanía.

—Me gusta una chica —dijo atropelladamente, sintiendo los nervios en su garganta. Carlene se echó hacia atrás para observarlo—, pero tengo miedo de que yo no le guste a ella. ¿Qué crees que debería hacer?

Sus ojos miel lo observaron de forma penetrante y él se dejó llevar por la sensación de sentirse perdido en el tiempo. Quería gritarle «me encantas tú», pero no podía hacerlo.

—Creo que deberías decirle, tú eres genial, Dave. Si no le gustas es porque es una estúpida y no debería gustarte alguien estúpido.

Quería seguir mirándola, pero Carlene tragó saliva y regresó a la posición inicial, dándole la espalda. Su respiración se hizo cada vez más lenta, se hizo un poco hacia atrás para mirarla perdida en sus sueños, sonrió con tristeza. La zona de amigos era muy jodida.

—No quiero perderte, luciérnaga —dijo quedito.

\* \* \*

—¡Hey, Dave! —exclamó un chico con el cabello oscuro y los ojos más azules que había visto en su vida.

Desde que pusieron un pie en Niston, la que era su nueva escuela, David se le pegó como una lapa malhumorada. La llevaba a su costado con la mandíbula tensa y sin mirar a los que lo saludaban. Pensó que esta vez D iba a detenerse, pero solo elevó la barbilla como saludo y la tomó del antebrazo para guiarla a otro lado.



Las instalaciones eran enormes, no sabía cómo haría para no perderse entre todo el alumnado.

—¿Quién era él? —preguntó.

—Ian, un compañero del equipo de lacrosse —respondió, seco.

Decidió no prestarle más atención a su actitud y se dedicó a observar. Recién es que se dio cuenta de que se dirigían a la coordinación. Se detuvieron al final de una extensa fila.

—¿Estás molesto por algo? —cuestionó. Él levantó la mirada y la clavó en la suya. Dio un paso al frente, haciendo que quedaran muy juntos.

Siempre era así, siempre estaban muy cerca, pero eso no quería decir que había aprendido a mirarlo como algo normal.

Automáticamente su corazón comenzó a acelerarse, sus ojos eran tan verdes que por un momento creyó que estaba en el bosque, bajo las copas de los árboles, como los del campamento al que iban todos los veranos. Luego recordó que era su mejor amigo y no debía sentirse de esa manera.

—Solo quiero cuidarte, Carlene, todos esos chicos van a buscar una sola cosa y no voy a permitir que te lastimen, ¿me entiendes? —Todo el aire se atoró en sus pulmones cuando Dave levantó su mano y acarició su mejilla con los dedos.

—¿A quién tenemos aquí? ¿Ella es la famosa Carlene? —Una voz desconocida la sacó de su momento, también logrando que David diera un paso atrás.

Buscó la fuente de la interrupción, un joven moreno, un tanto obeso, portaba una sonrisa amigable. Su mejor amigo relajó los hombros y le regresó

la sonrisa.

—Ella es, Roger —musitó. El mencionado la recorrió de arriba abajo con la vista y sonrió aún más.

—Ahora puedo entender la fascinación —respondió con aprobación. Ella miró a David pidiendo una explicación a ese comentario, sin embargo, él solo se encogió de hombros—. Soy Roger, preciosa, el mejor amigo de tu amigo.

Iba a responder que era un gusto, pero alguien interrumpió, más bien dos chicos tan rubios que el color amarillo se quedaba corto. Lo que hizo que abriera los ojos fue que eran idénticos, como dos gotas de agua, hasta usaban la misma clase de gafas.

—¿Son gemelos? —Roger y David soltaron una risita secreta. Los chicos despegaron la vista de sus aparatos electrónicos al mismo tiempo, sincronizados. Dos pares de pupilas celestes, detrás de grueso vidrio, la observaron.

—Técnicamente, pero no estamos tan seguros, Michael tiene un nevo en forma de esfenoides en la zona poplítea de la extremidad derecha —dijo uno de ellos.

—Martín tiene razón, eso quiere decir que, probablemente, no nos desarrollamos en el mismo saco vitalíneo —complementó el que, supuso, se llamaba Michael.

—O tenemos una teoría, creemos que los espermatozoides de nuestro padre colonizaron al óvulo de nuestra madre —dijo Martín.

—Y por alguna razón decidieron que podríamos desarrollarnos en diferentes sacos. Eso explicaría por qué somos tan parecidos y por qué tengo un nevo en forma de esfenoides —concluyó Michael, orgulloso del discurso.

Se quedó en blanco porque... ¡Mierda del cielo! No había entendido nada más que la palabra «técnicamente».

—Ehh... Claro, diferentes sacos, mismo óvulo —susurró, a lo que ellos sonrieron.

—¿Ya la asustaron con el discurso de la reproducción de sus padres, diminutos *geeks*? —preguntó alguien. El chico pelinegro de pasillo llegó, rodeó los hombros de los gemelos y clavó su vista aguamarina en ella—. ¿Dónde están tus pechos, pequeña? —preguntó él con descaro. ¡Hijo de puta!

—Escondidos, probablemente en donde está tu cerebro —dijo. Todos lanzaron una risotada que los hizo echar el cuello hacia atrás.

—Definitivamente entiendo la fascinación —murmuró Roger entre risas hacia nadie en particular.

Después de recibir un montón de bienvenidas y más cosas aburridas, dejaron salir al receso al grupo de primer año. Siguiendo a los demás, se introdujo a la cafetería, donde se tropezó con un chico. Se le hizo conocido, en alguna parte lo había visto, pero no pudo recordar.

—¿Te conozco? —preguntó. El muchacho sonrió, quizá él también la recordaba.

—Soy Paul, Paul Grant, estuvimos juntos en preescolar.

La boca de Carly se abrió con asombro, ¡no podía ser posible que el chiquillo que le daba miedo por tragarse el maldito saltamontes se hubiera convertido en un chico lindo!

Iba a sonreír, pero David llegó en ese momento y se la llevó a una mesa sin darle la oportunidad de responder.

Más tarde, a la hora de la salida, se detuvo en el pasillo y contempló a un furioso Dave discutiendo con Paul. Nunca más se le volvió a acercar el comesaltamontes.

# Dos

## *Quince años de edad*

Carlene aún no entendía por qué David no había llegado. A pesar de sus quince años, corría todos los viernes hacia su casa y juntos hacían cualquier cosa. Habían planeado por semanas que armarían una casa de campaña y acamparían toda la noche, ya que sus padres habían suspendido el campamento de esas vacaciones. Él todavía no llegaba, no contestaba su móvil y el foco de su habitación no estaba encendido, algo que era habitual en un día normal.

Después de esperar dos horas, se resignó, decidió sentarse en el banco junto a su ventana. Quizá estaba haciendo algún trabajo en equipo o estaba entrenando con el equipo de lacrosse.

Había un lienzo impecable en el caballete blanco, su mente viajó a un posible escenario para colorear esa blancura. Ella pintaba para relajarse, era una especie de terapia. Jamás pensó que los mitos de la escuela secundaria fueran reales, hasta que recibió un montón de bromas pesadas y burlas por parte de sus compañeros. También estaba esa época negra en su vida que se esforzaba para olvidar, pintar la ayudaba a estar en paz.

Su único amigo era Dave —quizá Roger y los gemelos, pues Ian era un

imbécil—, algo que era extraño, ya que era la reencarnación del típico chico popular, jugador estrella y todas las chicas lo deseaban. Odiaba caminar por los pasillos siendo testigo de cómo lo miraban.

Detuvo los movimientos de su pincel cuando se percató de dos siluetas en la casa contigua. Su mejor amigo estaba con una chica. Acercó su rostro al vidrio y entrecerró los ojos. Podría reconocer ese perfecto cabello negro donde fuera. Amanda West. ¿Qué hacía la abeja reina con D?

Sin despegar ni un poco los ojos, escuchó a su madre:

—¿Qué haces ahí, hija? —Detestaba que le dijera «hija», se asqueaba de cualquier cosa que viniera de parte de ella. Ginger era un monstruo y Carlene le había tenido miedo por mucho tiempo. Se lo seguía teniendo, pero ahora sabía enfrentarla.

Se limitó a negar. No podía hablar por temor a que su voz se quebrara, tampoco podía creer que esos dos estuvieran tan cerca. Dave tomó entre las suyas las manos de Amanda y bajó sus labios a los de ella. Su corazón pendía de un hilo.

Cepilló su rostro y miró de nuevo. Tenía que ser alguna clase de alucinación, pero ahí seguían aquellos personajes. No pudo ignorar más la fuerte presión en su pecho y dejó escapar un sollozo. ¿Por qué estaba deshecha de todos modos? Dio pasos atrás, alejándose lo más posible de aquella pesadilla, de aquel universo subalterno.

—Si fueras un poco más femenina, no hubiera pasado esto —Carlene arrugó la cara, no tenía tiempo para los discursos egoístas de su madre. La miró con desprecio, esta levantó las manos en señal de derrota y se marchó. Escuchó el timbre de su teléfono, caminó con calma hasta él y tomó una

respiración profunda al reconocer el número en el identificador.

—¿Diga? —dijo al contestar.

—¡Carly! —exclamó esa voz conocida que siempre la hacía sonreír. No contestó porque no quería que se le rompiera la voz—. Luciérnaga, ¿estás ahí?

—Ajá. —¿Por qué no podía solo ignorar todo? Sintió cómo el ceño de Dave se frunció, pudo imaginar sus facciones confundidas.

—¿Estás bien? —Casi pudo escuchar la sonrisa, mientras ella sentía que su mundo se desmoronaba. Sonaba esperanzado, ¡Dios!, no quería escucharlo parlotear sobre esa chica.

—Sí, lo estoy.

—Adivina las nuevas noticias. —Carlene cerró los ojos, esperando el crudo golpe.

—Sabes que no soy buena con las adivinanzas, D.

—¿Recuerdas a Amanda? —Afirmó con un sonido nasal. Era imposible no recordar a la demente que la torturaba cada día—. Estás hablando con su nuevo novio, ¿no es genial?

Quería decir no.

Apretó el aparato con fuerza, al igual que su mandíbula. ¿Por qué de todas tuvo que haber elegido a la mayor perra del mundo? Amanda y su clan de obreras se burlaban de ella por cualquier cosa, le hacían zancadillas, jalaban su cabello, la llamaban por sobrenombres horribles. Todos en la escuela hacían lo que Amanda decía, por lo tanto, era repudiada por la mayoría. Le estaba quitando ahora a su mejor amigo.

—¿Carly? —La voz divertida de Dave la hizo reaccionar.

—¡Sí! Eso es... estupendo. ¡Felicidades! —Forzó a que las palabras salieran, pero lo que en realidad quería hacer era vomitar.

—Ya sé que es algo repentino, no te molesta, ¿cierto? —Agachó la cabeza como si de un crimen se tratara. Se miró la ropa y la anatomía gracias al único espejo de su habitación. Amanda era preciosa, ella era... ella. Una chica de cabello simple castaño, demasiado flacucha y plana, siempre vestida con playeras muy grandes para su talla y jeans holgados. No podía competir contra la porrista con cuerpo de modelo.

—No, para nada, Dave, soy tu amiga y te apoyo. —Él guardó silencio, ella habría preferido que no abriera la boca.

—Eres grandiosa, gracias por entender. No podría tener mejor hermano.

La había llamado hermano, no hermana. Sintió su labio inferior temblar y cómo la nariz comenzó a picarle.

—Sí... —Aclaró su garganta—. Tengo que colgar, Dave, mamá me está llamando.

—Nos vemos. —Colgó, miró el teléfono con incredulidad. Dave no había recordado los planes que tenían.

\* \* \*

El muchacho se preguntó si estaba haciendo lo correcto, no estaba cómodo con los sucesos, pero no tenía muchas opciones, pues la condición de Amanda para que dejara de joder a Carlene era que fuera su novio. Sabía que esto los alejaría, sabía que estaba actuando como un cretino al salir con la



chica que molestaba a la persona de la que estaba enamorado.

Por un momento soñó que Carlene le pedía que la dejara, por Dios que si lo hubiera hecho, él habría dejado esa relación estúpida y sin sentido. La joven era hermosa, pero él no se sentía atraído.

Rascó su cuero cabelludo y se detuvo frente a su ventana, la vista fija en la de su habitación. Suspiró profundo cuando vio la silueta de Carlene sentada en su banquito.

Tomó su teléfono de nuevo y le marcó a Roger, su mejor amigo. Lo había conocido gracias al equipo de lacrosse, era el único que sabía todo lo que sentía hacia su mejor amiga. El mencionado contestó con su típico saludo distraído.

—Estoy saliendo con Amanda —dijo Dave apenas pudo. Escuchó un silbido del otro lado.

—Pero está loca, pensé que estabas enamorado de Carlene.

—Lo estoy —dijo en un gruñido, enojado de que dudaran de sus sentimientos, y su pecho se desinfló—, pero ella de mí no. Quiero mirarla y no pensar en besarla todo el tiempo, no quiero arruinar lo que tenemos.

—¿Por qué no se lo dices y ya? —Ese era el problema, no tenía el valor para hacerlo. Cada vez que lo intentaba, algo sucedía en su interior y nada salía.

—Porque ya no sé a qué le tengo miedo, si a perderla o a que me rechace.

\* \* \*

Estaba sentada con los chicos como la mayoría de los recesos. Roger platicaba sobre un tonto concierto en el nuevo bar de Nashville. Los gemelos Michael y Martín tenían los lentes adheridos a su nuevo ordenador o como les gustaba llamarlo: «juguete». Ian insistía en que era una obligación ir a la inauguración porque toda la gente genial iba a asistir. Dave, quién no se podía sentar a su lado por órdenes de su novia, la miraba con una comisura izada.

—Iremos to-dos —dijo con severidad, directamente a Carly; ya sabía que era probable que fuera a inventar alguna excusa para no ir. Esta rodó los ojos y asintió sin más remedio.

Las cosas estaban demasiado tensas entre ambos, Carlene a veces no sabía si ese era su mejor amigo. Olvidaba sus citas, sus viernes ya no eran suyos, hacía mucho tiempo que no veían una película sin que su novia estuviera mandándole mensajes cada cinco minutos.

—¿Cómo te vas a deshacer de tu correa? —preguntó Ian. David se encogió de hombros, evitando el tema. No le gustaba hablar de Amanda, quien comenzaba a molestarlo sobremanera. No era divertida, no era carismática, no era Carlene. Estaba harto de que lo acosara todo el tiempo, de que le exigiera que se alejara de Carly, ¡estaba lunática!

Siguieron hablando de tonterías. Carlene se sentía cómoda con ellos, excepto con Ian, que a veces era una espina en el trasero, pero todo había mejorado desde que era novio de Lissa, su amiga, a quien había conocido en una fiesta. Congeniaron inmediatamente cuando ambas negaron indignadas a causa de una chica que estaba tirada en el suelo por causa del alcohol.

—¡¡David!! ¡¿Qué haces ahí?! —chilló alguien a sus espaldas. Carlene

clavó las uñas en sus palmas al escuchar su estúpida voz chirriante—. Aléjate de la marimacho.

Sintió el coraje creando una bola en su garganta, más cuando Amanda se movió para mirarla y lanzarle una mirada engreída. Le dio una ojeada a su mejor amigo, esperando que dijera algo, pero él solo le frunció el ceño a su novia. Más dolida que ofendida, se dijo que ya era suficiente. Desde que ellos iniciaron su relación, las groserías aumentaron. Sí, ya no la empujaba en los pasillos ni metía insectos en su bolso, pero le decía cosas hirientes e inventaba chismes sobre ella.

Se levantó de golpe, causando que todos en la cafetería miraran la escena, y se detuvo frente a su rival. No dejaría que nadie nunca más la pisoteara. Ni su madre, ni sus compañeros ni David.

—Repíte lo que dijiste —dijo, altiva. La chica pelinegra soltó una risita, al igual que su grupo de amigas que analizaban su vestimenta.

—Marimacho —soltó. Carlene sonrió de lado, casi agradeciéndole al cielo que ella lo hubiera dicho porque sería la última gota que permitiría cayera en su vaso. Nadie se esperaba lo que ocurriría a continuación.

—Ya me cansaste, jodida perra —gruñó entre dientes. Cerró su mano y llevó su puño directo al pómulo de Amanda, haciendo que esta aullara de dolor y se tambaleara hacia atrás. Ni siquiera le afectó cuando Dave fue directo al lado de su novia. Él ya había hecho su elección antes, desde que había estado siguiéndola como perro en celo y dejándola aparte.

Divisó a Lissa, que se acercaba sonriendo, levantando los pulgares.

—Es una loca. ¡Estoy sangrando! —exclamó la otra, palpando su rostro con angustia. Sentía la mirada molesta de David, pero ya no le importaba, así que

lo ignoró y salió con su amiga de aquel circo, antes de que algún directivo la castigara.

\* \* \*

Aún no podía creerlo, estaba usando shorts en un bar. No es que no hubiera usado antes, el uniforme de deportes era un short, pero nunca salía a lugares públicos con menos tela de la necesaria. Lissa había hecho un increíble trabajo para convencerla de ir después de lo que había ocurrido en la cafetería. No había vuelto a hablar con Dave desde el incidente, pero no se arrepentía.

—Míralo por el lado bueno: D te va a perdonar y esa bruja recibió lo que merecía —Le dio un trago a su refresco, le dolían los nudillos.

Por extraño que sonara, Lissa era todo lo contrario a Carlene y, sin embargo, ambas se adoraban y se complementaban. No podía entender cómo una persona tan buena estaba enamorada de un patán. La rubia movía la cabeza al ritmo de la música estridente, mientras la banda se preparaba para el espectáculo.

Se dio cuenta de que los chicos entraron al local y se dirigían hacia ellas. Dave no venía solo. Maldijo mil veces.

—¿Cómo está mi luchadora? —Roger le dio una palmada en el hombro de forma amistosa. Intentó poner buena cara a los que se sentaban a su alrededor. El moretón y la mirada venenosa de Amanda se mofaron de ella. La ignoró y soltó el aire cuando las luces se apagaron y la banda comenzó a tocar.

Eran buenos, su pie comenzó a moverse al ritmo de la canción. Se fijó en el rostro aburrido de la abeja, y casi soltó carcajadas al sentirse parte de un video romántico de Taylor Swift. Paseó su mirada por los integrantes del grupo. ¿Era su imaginación o un rubio caliente la miraba fijamente? Era su imaginación, seguro.

Siguió moviendo el cuerpo al ritmo de los golpes de la batería. Se levantó y caminó hasta la barra con el propósito de conseguir una nueva bebida. No le dieron muchas ganas de regresar a su mesa. Dave y Amanda estaban devorándose, así que prefirió sentarse en donde estaba mientras sonaban las últimas notas del concierto. ¿Por qué se sentía tan miserable?

\* \* \*

La boca demandante de Amanda no lo dejaba respirar, él solo correspondía el intercambio de saliva porque no quería avergonzarla en público. No entendía por qué no perdía el sentido con sus besos. ¿Por qué estaba pensando en eso? Rompió el contacto y la buscó inconscientemente. Frunció al no encontrarla. ¿Dónde estaba, Carlene?

Buscó por todas partes hasta que la vislumbró sentada en un taburete de la barra. Moría por hablar con ella, pero se sentía mal por no haberla defendido a tiempo. Necesitaba mirar sus ojos brillantes que no eran miel, eran más bien un tono mostaza. No estaba enojado, solo le impactó el acontecimiento y tuvo miedo de que castigarán a Carly. Todos sabían que Amanda se lo merecía, él mismo quería golpearla en ocasiones.

Decidido a escuchar su voz melodiosa, se dirigió a su dirección pese a las quejas de su novia. ¡Cristo! A veces era muy molesta.

Se detuvo.

Carlene estaba con un rubio, ambos estaban sonriendo, entrecerró los ojos. Ese chico se le acercaba demasiado, la miraba de una manera que lo hacía rugir y querer golpear la pared. Entrelazó sus dedos con los de ella y depositó un beso en el dorso de su mano. No pudo resistirlo más. ¿Por qué se atrevía a tocarla? Dando zancadas, se acercó.

—¿Quieres bailar, Carly? —Alcanzó a escuchar. ¿Por qué sabía su nombre? Era más de lo que podía tolerar. Se sintió cegado por la rabia cuando la vio sonrojarse. ¡Ese bastardo!

—Lo siento, pero está conmigo —dijo al llegar a su lado. Dave le rodeó la cintura y clavó su fría mirada en el rubio. Carlene lo miró con el ceño fruncido y se aclaró la garganta. No le gustó su actitud disconforme.

—No es cierto, estás con Amanda —Sintió cómo se deshacía de su brazo, algo que mandó disparos a su corazón, tragó saliva para soportarlo. Carly le sonrió al chico de oreja a oreja—. Así que estoy sola.

—¡Perfecto! —Extendió su mano hacia ella. La tomó y se fueron juntos hacia la pista de baile, donde los cuerpos se movían. Dave se quedó en la misma posición, siendo testigo de su mayor pesadilla.

Lo que primero fue rabia ahora era pánico al verla reír con aquel, al ver cómo él pegaba su cuerpo al suyo sin timidez. Mierda, a David todavía le daba pena tomar su mano y el jodido rubito se le adhería de forma indecente.

Ella no hacía estas cosas, siempre ignoraba a todos. ¿Por qué era diferente con ese? A caso... ¿le gustaba? No. Imposible. Quería arrancarle los ojos y los brazos, pero sintió la mano de Amanda y prefirió irse de ahí, convencido de que Carlene no iría muy lejos con ese tipo. Qué equivocado estaba.

\* \* \*

*Tres meses después*

Era jueves de películas, siempre se juntaban los segundos jueves del mes. Compró toneladas de palomitas de maíz con mantequilla solo porque eran las favoritas de Carly, también compró un paquete de sodas de uva. Fue a rentar un montón de películas sangrientas de terror porque ellos amaban burlarse de los efectos especiales.

Con todas las cosas en brazos, tocó el timbre de su casa dos veces. Tenía un juego de llaves, pero no le gustaba usarlas, optaba por ver la sonrisa de su amiga cuando abriera la puerta para recibirlo. Su castaña preferida abrió, pero no se alegró como otras veces.

—¡Oh! ¡Hola, Dave! ¿Qué sucede? —Ladeó la cabeza para estudiarla, ¿estaba jugando? Ella lucía nerviosa, mordió su labio y tronó sus nudillos, eso siempre la delataba.

—Es jueves —dijo, pensando que ella entendería, pero no lo hizo.

—¿Y? —¿Por qué no lo dejaba pasar?

—El segundo jueves del mes. —Carly elevó sus cejas y golpeó su frente. ¡Lo había olvidado! Ella nunca olvidaba este tipo de cosas, era su costumbre desde la niñez.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Lo olvidé por completo. ¿Podemos posponerlo? —¿Hablabas en serio? Era como decir que celebrarían Navidad el día de San Valentín.

—Podemos hacerlo ahora, traje todo —dijo y sonrió con suficiencia. La

verdad era que deseaba estar con ella, ansiaba que se sentara en su regazo para poder oler su perfume a vainilla. Un momento sin que el idiota de Richard la acaparara. Lo detestaba.

Carly no pudo responder porque unas pálidas manos la rodearon desde atrás y sus jodidos ojos azules se clavaron en los verdes de Dave.

—Está conmigo, campeón —emitió Richard con ese tono de superioridad que lo caracterizaba. Carlene no se dio cuenta de la advertencia que le mandó a su mejor amigo con ese simple juego de palabras. No solo lo había olvidado, lo olvidó por él.

El mismo que le había exigido un revolcón para comprobar su amor, el mismo que no pudo llevarla a una cama y le había quitado su virginidad en un maldito auto, el mismo que ni siquiera se había molestado en ponerse un puto condón. Dave quería arrancarle la jodida cabeza.

Se olvidó de su cita por estar con Richard. ¿Era una cita? Para él lo era. Desde que estaba con el rubito ya no se veían los viernes, este era el único día que tenía disponible. Carlene se percató de su cólera contenida.

—Hagámoslo en la noche, D. —Ya no tenía ganas, solo quería maldecir y echarse a dormir por el resto del día—. No te enojas, recuerda por qué los viernes se cancelaron primero.

¿Estaba insinuando que los jueves también se cancelaban?

—Sí, como sea. —Se encogió de hombros y regresó a su casa con la cabeza y el corazón hecho trizas.

Su luciérnaga nunca había preferido estar con alguien que no fuera él.



\* \* \*

*Seis meses después*

Él ya no sabía qué hacer para tenerla todo el tiempo a su lado. No importaban sus esfuerzos, el jodido Richard siempre llegaba y se la llevaba como si fuera de él, lo miraba amenazante, declarándola suya.

Estaba sentada frente a él con su novio a un lado. Dave tenía las manos en sus muslos hechas puños, sentía cómo le palpitaban las venas.

Era soltero, al fin. Amanda hizo uno de sus famosos berrinches porque había pronunciado el nombre de Carly mientras tenían sexo, tuvo que confesarle lo mucho que amaba a Carlene. Se ganó un duro bofetón en la mejilla y un trillón de insultos. Se lo merecía, no se quejaba.

—¿Un besito? —La castaña soltó una risita y negó con la cabeza—. ¿Chiquito? Tengo que irme, Carlybu. ¿Crees que Dave pueda llevarte en esa anciana camioneta? —Estúpido, siempre hacía lo mismo, como si pregonar que tenía dinero lo hiciera mejor. Ella afirmó.

El rubio se despidió con un largo beso, lo hacía a propósito para provocarlo. A penas se fue, Carlene se levantó y fue directo a él. Se sentó como siempre hacía y comenzó a comer sus papas fritas, mientras le contaba algo sobre unas clases de defensa personal que iba a tomar gracias a Steven, su padre.

David intentaba no hacerlo, pero no podía pensar en otra cosa. Carly estaba usando los shorts amarillos del uniforme de deportes. Su cuerpo bien formado se veía fantástico. ¡Jesús! ¡Cuánto la deseaba!

Se acercó todo lo que pudo y clavó la mirada en sus labios cuando ella no veía.

# Tres

*Dieciséis años de edad*

Su carita estaba pálida, sus ojos eran agua triste.

Estaba junto a Richard, pero en cuanto vio a Dave llegar a aquel lúgubre sitio, corrió hasta él y se aferró a su cuello. David la rodeó, la abrazó con tanta fuerza que pensó que era extraño que no se rompiera, no podía evitarlo, solo quería sostenerla y arrullarla hasta que se calmara, quería borrar los centímetros afligidos de su rostro. Carlene sollozaba, inconsolable.

—Se fue, D. —Aspiró y se enroscó aún más a su alrededor—. Tita se ha ido.

Él cerró los párpados, sintiendo el dolor como suyo. Recordó a la anciana sonriente, que había sido una de las personas más amorosas y cariñosas que alguna vez conoció. La mujer siempre los había recibido con una sonrisa que se extendía por todo el ancho de su rostro y, después de darles dos besos tronados en las mejillas, les cocinaba galletas con chispas de chocolate. En ocasiones la habían ayudado a plantar flores en su jardín y como premio los dejaba comer golosinas hasta tarde —a escondidas de sus padres—. Cuando había llovizna, salía con ambos a jugar debajo de la lluvia, cantando una canción infantil sobre gotas con sabor caramelo, y juntos abrían las bocas

para dejar entrar el agua proveniente de las nubes. Tita también había sido como una abuela para él.

Acarició su suave cabello y la estrujó.

—Tranquila, cariño. —Repartió besos en su sien mientras sentía las gotas caer sobre su pecho, mojando su camisa nueva. No le importó, no le importaba siquiera si una bomba le explotaba en la pierna siempre que ella estuviera a su lado para vendarlo—. Tranquila.

—La voy a extrañar.

—Es un ángel, cielo, los ángeles siempre regresan a su lugar junto a Dios.

—No me dejes sola, Dave, te necesito.

El pecho se le infló cual globo, ella no solía soltar ese tipo de comentarios, lo cual significaba que de verdad lo necesitaba, de verdad lo quería ahí.

Después de enterarse de la noticia no había estado seguro de ir, todavía le afectaba ver a Carly con Richard. Ni en sueños imaginó que esta, al verlo, correría como si fuera un oasis en su desierto y se colgaría de su cuerpo sin dejar espacios entre ambos. No la dejaría, nunca lo haría.

La abuela Sweet murió de un infarto, había sufrido muchos con anterioridad, pero nunca uno tan grave.

La aferró más y percibió su aroma. A pesar del tiempo, aún no entendía qué era lo que se rociaba en el cabello, siempre olía tan agradable; olía a su perdición.

Alguien se aclaró la garganta: Richard.

¡Joder, no! No estaba listo para soltarla.

—Ahora no, Rich, necesito a Dave. Él creció conmigo, me entiende en

esto.

Abrió los ojos con impacto, era la primera vez que su luciérnaga hacía algo como aquello. Nunca corría a su novio rockero, siempre era Dave el que tenía que marcharse cuando Carly le lanzaba miradas exasperadas. Esos dos hombres hormonados no podían estar en una habitación juntos sin insultarse, uno alegaba que su derecho de antigüedad le permitía estar cerca de su amiga, mientras que el otro decía que el amor llevaba la ventaja a la amistad. Carly solo repetía que no era un objeto y ella podía decidir.

David sonrió de lado y vio cómo el rubio salía furioso de la funeraria. ¡Imbécil! Sabía que no la quería lo suficiente, nadie la amaría como él.

\* \* \*

Agradecía su presencia, cuando él estaba se sentía un poco mejor. Recordar esas horas en las que su abuela había estado postrada sin moverse le causaba desasosiego. Jamás había deseado tanto el refugio de su amigo, era su sombrilla contra las tormentas, la cueva para refugiarse de un oso hambriento.

Su abuela siempre había estado a su lado, había sido una de las pocas personas que de verdad la veían. Apoyó la cabeza en el hombro de David, mientras la abrazaba por la cintura —habían entrelazado ambas manos— y besaba continuamente su coronilla.

Carly levantó la vista hasta que pudo atorar sus pupilas en las de su acompañante.

—No sé qué haría sin ti, D —dijo convencida y segura.

—Probablemente Richard... —¿Qué? Lo interrumpió negando con la cabeza.

—Tú eres como el ketchup y yo soy la patata, ninguno funciona por separado.

El labio inferior de Dave tembló, luchaba por retener la risilla que amenazaba con salir, la felicidad escapó cuando recordó dónde estaban.

—¿Por qué tengo que ser yo el ketchup? —Carly intentó sonreír de lado, pero salió como una mueca extraña.

—Porque soy delgada como una patata, tú eres obeso.

—¿El ketchup es obeso? —Alzó una ceja.

—No tiene forma.

—Soy el chico más sensual sobre el planeta —La chica bostezó, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no perderlo de vista.

—Y el más humilde también. —Besó su frente, demorándose más de lo debido.

—Duerme, cariño, estoy aquí para cuidarte, siempre lo estoy. —Cerró los ojos y se quedó dormida, sumergida en un abrazo que parecía escudo.

Podía sentir su respiración calmada. ¿Por qué demonios no se confesaba de una buena vez? ¿Por qué no le decía lo que sentía? ¿Por qué era tan cobarde?

Al levantar la vista se topó con la mirada acaramelada y cálida del padre de Carly. Él le dio una sonrisa sincera y musitó un «gracias» para después apartar los ojos y abrazar a su mujer.

\* \* \*

La cargó y la depositó en la camioneta azul. Tenía encargado cuidarla mientras dormía: el señor Sweet no había tenido que rogar para que llevara a su hija a dormir a un lugar cómodo, Dave estaba encantado. Aparcó en la cochera de su casa.

Una vez en la oscuridad de la habitación de Carly, se acostó a su lado y entrelazó las piernas con las suyas, en secreto la estudió una vez más. Era hermosa. No pudo resistir al ver sus labios tan rojos y entreabiertos. Cada vez que lloraba se coloreaban más, así que los selló con un casto y suave beso, y se dejó llevar por el calor que emanaba su cuerpo. Era perfecta para él porque encajaban, eran el Yin y el Yang.

Más tarde, se despertó cuando escuchó un estruendo, saltó del susto y encontró la cama vacía. Alarmado, se puso de pie y bajó las escaleras para buscarla. El alma se le fue a los pies cuando la encontró encorvada, apoyándose en una silla con una botella de tequila en las manos. ¿De dónde había sacado esa mierda?

Arrugó la frente cuando ella intentó caminar y se tambaleó, estaba borracha. Se acercó rápidamente y rodeó su cintura antes de que pudiera caerse. Carlene se asustó, pero soltó una risita después de ver que era él.

—Estás borracha —susurró, y le quitó la botella a pesar de sus quejas y de que intentaba arrebatarla.

—N-no, e-estoy muy f-feliz. —Dave soltó una risita divertida; era la primera vez que pasaba algo así.

—Por supuesto que sí, te tomaste casi todo el puto tequila. —La sentó en una de las sillas—. Quédate aquí, voy a hacerte un café.

Ella no dijo nada, lo observó con ojos vidriosos, así que se encaminó hacia

la cocina y preparó la cafetera a oscuras. Puso el agua y las cucharillas de café, iba a apretar el botón cuando unas manitas lo abrazaron desde atrás. Sintió sus pechos pegados a su espalda, respiró profundo.

—D, ¿puedo pedirte un favor? —Su susurro lo hizo girarse y buscar su mirada. Ella no se le despegó, lo abrazaba con fuerza, ahora su cabeza enterrada en su pecho. Le acarició el cabello y rodeó su cintura.

—Lo que quieras, cariño —murmuró y esperó. Carly levantó la vista, se perdió en el brillo de sus ojos, más cuando los bracillos de la muchacha subieron hasta rodear su cuello. Sintió peligro—. Deberíamos ir a dormir, mañana podemos hablar.

—No quiero hablar —dijo. Jamás se imaginó lo que ocurriría a continuación, Carlene estampó sus labios en los suyos con determinación, intentó detenerla, pero se volvió loco al sentir que lamía su labio inferior. Sabía que estaba mal porque se estaba aprovechando de su estado, sin embargo, arrojó esos pensamientos al fondo de su cerebro y gruñó antes de apretarla contra él y profundizar el beso que tanto había estado esperando.

Sabía a tequila y a ella. Carlene suspiró y se puso de puntitas para alcanzarlo más, así que la puso sobre sus pies descalzos e introdujo su lengua para tocar la suya y derretirse. Nunca más podría besar a otra chica. Dios, sabía como a un cielo lleno de estrellas.

No contó el tiempo, pero le pareció una eternidad y, al mismo tiempo, un segundo. El ritmo empezó a disminuir, el beso se fue haciendo más pesado, más lento, más significativo que pasional, hasta que Carly se detuvo. Él se echó hacia atrás y contempló con una sonrisa que se había quedado dormida.

—Mi beso te dio sueño, vas a matarme. —Depositó un besito en su



respingada nariz y la cargó para llevarla a la cama.

Se acostó a su lado, pero no pudo dormir. Al día siguiente le preparó café y se preguntó cuánto tiempo pasaría para que ella recordara que le había entregado su ser en un beso.

\* \* \*

### *Diecisiete años de edad*

Entraron juntos a aquel billar de mala muerte. Carlene usaba una chaqueta de cuero negra al igual que Dave, quien con entusiasmo buscaba un lugar en el sitio. De pronto, la castaña se quedó muy quieta. Tenía que ser mentira.

Caminó hacia la escena, sintiendo los pasos apresurados de su mejor amigo tras ella y el palpitar desenfrenado de su corazón.

—¿Richard? —Su voz se quebró en la última sílaba. El rubio se detuvo al escucharla y giró el rostro.

—Carly... —No lucía arrepentido, lo encontraba casi montado encima de otra y lucía normal, como recién salido de la ducha. Sintió la furia emanar de su interior, deseaba golpearlo, pero, más que nada, necesitaba saber qué había hecho mal.

—¿Por qué? —preguntó. Dave la aprisionó desde atrás, resguardándola de la maldad del mundo y de las injusticias de las personas. No era un escudo, él era la espada.

—Porque necesito a una mujer, no a un amigo —soltó sin pudor el rubio. David se estremeció al escucharlo, luego se dio cuenta de la manera en la que las aletas de la nariz de Richard se abrían, entretanto lo miraba con odio. Era

eso, estaba celoso y la quería herir.

No la merecía. No sabía siquiera si alguien podría merecerla algún día.

La gente la miraba con lástima, algunos otros se rieron al escuchar el cruel espectáculo que al parecer era más entretenido que sus propias vidas. Carlene escuchó a Dave rugir, dispuesto a soltar improperios para defenderla, pero lo jaló del antebrazo y lo condujo fuera del local.

En el estacionamiento, frente a la señal roja para detenerse, aún en el borde de la banqueta, se derrumbó en el hombro del joven. Sin embargo, solamente soltó unas cuantas lágrimas y luego expulsó una carcajada estruendosa. Él frunció el ceño con confusión, tal vez ya se había vuelto loca.

—¡Que se joda! —Arrebató el agua de sus mejillas con violencia y lo miró directo a los ojos. Él sabía que quería ser fuerte, sabía que, aunque intentara esconderlo, le dolía lo que acababa de pasar—. ¿Hacemos noche de películas?

—No es jueves —dijo.

—¿Importa? ¿Tienes algo mejor que hacer? —Negó, sonriendo.

Una hora después, ambos se encontraban frente al televisor con un montón de chatarra en diferentes tazones. Carly miraba la pantalla, pero no lo hacía realmente. David la estudió, se encontraba comiendo helado de manera mecánica, se movió hasta que quedó a su lado.

—Sabes que yo no te voy a juzgar, si lloras no voy a criticarte —le recordó con dulzura. El rostro de la castaña se arrugó, recostó su cabeza en el regazo de él y comenzó a lanzar silenciosos sollozos.

David no se separó de ella. Odiaba verla llorar, pero ¡vamos!, podría saltar

de felicidad, su luciérnaga era suya de nuevo. Si querer tener a la mujer que amaba solo para él era cruel, no pondría objeción en serlo.

\* \* \*

### *Dieciocho años de edad*

Carlene estaba de pie frente a su ventana, pintando un paisaje distorsionado en colores sepias. La luz de la puesta del sol se reflejaba en los espirales de cabello que caían sobre su espalda. Dave, acostado con las manos detrás de la nuca, la miraba embelesado. Se le escapaban sonrisitas cuando ella hacía muecas sin darse cuenta, como cuando tocaba una de sus comisuras con la lengua y analizaba su obra alejándose.

Llevaba una de las tantas camisas que le había robado, le quedaba holgada, y se veía como recién salida de la cama; le encantaba que usara su ropa.

—¿Ya sabes qué vas a hacer para tu graduación? —Lo miró de soslayo y emitió una negativa—. ¿Vas a ir al baile?

El rostro de la castaña se distorsionó.

—Por supuesto que no —escupió. Carly odiaba los vestidos, los tacones, los aretes enormes que las chicas solían usar, el maquillaje y, sobre todo, los bailes.

Una vez su madre la obligó a asistir a uno, fue el peor día de su vida como adolescente. Había preferido quedarse escondida en el baño a que todo el instituto se enterara de su carencia de glándulas mamarias enfundadas en un vestido rosa princesa. A los quince años, las chicas que no tenían tetas eran clasificadas como chicos.

—Podemos divertirnos. —Carlene percibió la travesura en su timbre; a pesar de tener diecinueve años, seguía siendo un loco infantil. Y le encantaba.

\* \* \*

—No puedo creer que me convencieras de hacer esto. —Intentaba lucir indignada, pero Dave sabía que era todo lo contrario—. Pueden quitarme el título como promedio más alto si me descubren.

Lo dijo tan bajo que si no hubiera estado cerca de ella, no la hubiera escuchado. Sabía que era mentira, por más bromas que hiciera, no le quitarían nada porque se lo había ganado, así que le restó importancia.

—Quieres hacerlo, no lo niegues. —Le dio una ojeada, cómplice.

Carlene hizo una mueca, odiaba a sus compañeras, era cierto, se lo tenían bien merecido.

—No lo niego, solo intento arrepentirme.

—No te arrepientas, luciérnaga. —Guiñó.

—Estás estudiando abogacía, si nos descubren ¿qué podría pasar?

Él sonrió, socarrón; le fascinaba hacer esas cosas con ella. Estaban de pie en el estacionamiento del salón de fiestas, en el interior se estaba llevando a cabo la fiesta de graduación a la que la muchacha se había negado a ir. Carly sopló una de las plumitas, buscando con la mirada en el mar de coches a los indicados.

Él estaba cansado de ver a Carlene con la cabeza agachada cada vez que esas chicas la insultaban o murmuraban cosas hirientes. Era perfecta sin

importar su ropa, no era la mujer más despampanante que había visto ni la del mejor cuerpo, tenía curvas no tan pronunciadas, pero estaban ahí, debajo de toda la tela de sus grandes camisetas. Sus ojos eran dos enormes faroles amarillos y sus labios eran de un tono rojo natural. Su cabello había sido largo desde que tenía memoria, aunque le gustaba llevarlo en una coleta alta con cabellos a los costados de su rostro.

Nunca se maquillaba, siempre usaba esos tenis Nike gastados de color gris con azul fosforescente y le encantaba llevar gorras. A pesar de todo eso, y de lucir un tanto masculina, había levantado las miradas de muchos chicos a lo largo de su vida estudiantil. No era normal encontrar a una mujer que sabía todas las posiciones de los equipos de fútbol, practicaba box y podía acabar a cualquiera en cinco minutos en cualquier videojuego. Era sexy. Él se había encargado de que ninguno se le acercara lo suficiente.

—Nadie nos va a descubrir, ¿cuáles son? —Ella señaló dos coches rojos y una camioneta. Se detuvieron frente a las víctimas y buscaron alguna señal de vida en el estacionamiento desierto. Estaban solos.

David abrió un bote enorme con miel y se dispuso a vaciarlo sobre los cofres de los autos y las ventanas, mientras Carly esparcía el dulce con un rodillo. Abrieron una bolsa de plumas blancas y las dejaron caer en los mismos lugares. Se echaron atrás para admirar su obra y, más que divertidos, agitaron dos botes de pintura en spray. Escribieron «karma» con grandes letras negras en ambos lados de los vehículos. Dejaron caer los botes y, sin aguardar más, se metieron en la oxidada camioneta de Dave. No se iban a mover de ahí hasta ver las reacciones de las brujas que la habían atormentado a lo largo del bachillerato.

Sus respiraciones agitadas eran interrumpidas por risitas. David recostó la

cabeza en el respaldo de su asiento y miró al techo.

—Gracias, D. —Escuchó su susurro, se giró hasta que pudo mirarla y estiró el brazo para acomodar un mechón de cabello detrás de su oreja. Se atrevió a perfilar el ángulo de su mandíbula con las yemas, la sintió estremecerse.

Se dejó llevar por lo que sentía, recordando ciertos sucesos del pasado, y se movió en el asiento hasta quedar a su lado. ¡Dios! Su corazón latía demasiado fuerte. Carly se sonrojó y desvió la mirada, clavó aquellos ojos amarillentos en un punto del parabrisas.

Dave, indeciso, pasó su brazo por la cintura de ella y la acercó más a él. Arrimó su cuerpo todo lo que pudo, percibiendo ese cosquilleo en unos labios que morían por buscar los de su amada.

—¿Ya tomaste una decisión? —le susurró inclinado hacia su oído. Carlene volteó la cabeza, sin saber lo cerca que se encontraba. Sus narices chocaron, ambos sintieron el aliento del otro, que al estamparse les produjo un escalofrío; no se movieron ni un solo milímetro.

Siempre habían deseado esa clase de contacto, pero ¿cómo apartar tantos años de cariño fraternal solamente por un deseo tonto? No obstante, ninguno quiso apartarse, tal vez descrita situación nunca se iba a poder repetir de nuevo. Los dos querían disfrutar de la cercanía de sus pieles, de sus ojos, de sus perfumes.

—Sí. —¿Por qué David siempre olía tan bien? La volvía loca, no la dejaba pensar con claridad. Las manos de él se apretaron un poco más a su alrededor.

—¿Y bien?

—Me iré a vivir contigo. —Rodó los ojos con la intención de aliviar el

ambiente—. Ya no soporto a mi madre.

—Tu madre es especial. —En realidad era un témpano de hielo con su hija, pero no quería hablar, y no quería que el estado de ánimo de Carlene cambiara, solo ansiaba besarla.

—Creo que soy adoptada. Siempre está criticándome, lo sabes. «Carlene, usa blusas con cintura», «Carlene, aprende a maquillarte, así tu nariz se verá más afilada», «Carlene, el negro no le queda a tus ojos». —Soltó un suspiro que chocó contra él. Por un instante presencié esa falta de luz en sus pupilas, mientras miraba a la nada. Necesitaba que regresara, distraerla era una buena táctica.

—Pienso que te quedan todos los colores, excepto el naranja, te hace ver fea, tus ojos se tornan mostaza verdoso. —Carly sonrió con suficiencia y le dio un golpe juguetón en el hombro.

—¿Ah, sí? No te había visto con claridad, pero estás horroroso de cerca, además, tus ojos son verde vómito siempre.

—Me gusta mucho la mostaza —murmuró.

—A mí no me gusta el vómito. —Lo miró por debajo de sus pestañas.

—No mientas, te fascinan mis ojos —susurró.

—No, en realidad no me gustan, me gusta cómo me miras.

Dave la observó tan serio que ella pensó que había dicho demasiado, pero los extremos de su boca se elevaron en una lenta sonrisa.

—¿Recuerdas cuando te besé a los once? —Lo recordaba; no obstante, negó. Dave se dio cuenta de cómo los poros de su amiga se levantaron—. Si te beso ahora, ¿qué harás?

—Probablemente cortaré tus bolas —El chico soltó una ruidosa carcajada y besó su frente. Carly recostó la cabeza en su pecho, sintiendo la respiración calmada de él.

Un grito espeluznante los hizo saltar y mirarse con horror. Levantaron la vista y rompieron en risas estridentes.

Una de las muchachas estaba tan roja que pensaron que iba a estallar. Dave encendió la camioneta y sacó el vehículo del estacionamiento antes de que los descubrieran.

Ella no esperaba que el camino a su casa fuera tan corto.

—Quédate a dormir, será nuestra última pijamada. —David fingió pensarlo, no quería verse tan desesperado.

En realidad, le emocionaba el hecho de vivir con ella. Deseaba verla despertar cada mañana con el cabello alborotado, arrastrando sus pantuflas con forma de garras gigantes. La podía imaginar paseando con sus shorts diminutos para dormir, o acostada a su lado, susurrándole por las noches que lo amaba.

—De acuerdo.

En silencio bajaron de la carcacha, caminaron hacia la habitación de Carlene.

Ella entró al baño apenas ingresaron, David rezaba para que no se pusiera algo que le provocara una erección. Se quitó la camisa y se acostó en la cama mirando las estrellitas que prendían por la oscuridad en el techo. Era consciente de ella lavando sus dientes y haciendo un sonido extraño con su enjuague bucal.



Salió como si nada, caminando hasta su cómoda usando shorts cortos y una camiseta que le quedaba un poco grande de las mangas. Al levantar los brazos, mientras se peinaba, Dave pudo darse cuenta de qué color era su sostén.

Apartó la mirada antes de que su depredador interior ganara a su cabeza y le arrebatara esa pieza gris. ¿Cómo iba a soportar estar junto a su caliente cuerpo toda la bendita noche?

Carly se acostó justo a su lado, esperando a que él la rodeara como siempre. Se acomodó frente a ella y la abrazó de tal manera que sus manos quedaban muy cerca de la curvatura de sus senos. David la pegó a él para sentir sus puntas en su pecho. La necesitaba, la ansiaba desde hacía años. Amaba su mente y su cuerpo de una manera enloquecedora.

Sintió cómo la respiración de Carlene cambiaba, señal de que había caído en un profundo sueño.

—Eres mía, luciérnaga —susurró antes de cerrar los párpados.

\* \* \*

*Veinte años de edad*

—¿Por qué demonios dejaste que tomara tanto?! —gritó encolerizado, sosteniendo a Carlene y dándole una mirada de reproche a Lissa, que también estaba un poco ebria.

—¡¡Es noche de chicas!! —Ian se carcajeó al escuchar su euforia—. ¡No seas un grano en el culo! ¡Tú tuviste la culpa!

—¿Yo tuve la culpa por tu irresponsabilidad? ¡Te dije que la cuidarás! —

Le dio una mirada a Carlene, que se encontraba quieta mirándolo, sin pronunciar palabra desde que la había encontrado bamboleando las caderas en la pista con un tipo detrás. No quería saber cuánto había tomado. Habían decidido salir a festejar su cumpleaños, y ahora estaba borracha.

—¡Yo no soy su jodida niñera!! ¡Tiene veinte años y si se quiere acostar con el camarero lo va a hacer! ¡Déjala respirar! ¡Todo es tu culpa por irte con esa zorra! —Le dio una mirada exasperada a su amigo para que se hiciera cargo de la rubia que ahora se miraba molesta. Ian comprendió y se la llevó arrastrándola por toda la discoteca.

Le sonrió con cariño a Carlene y se acercó a su oído, intentando ser cuidadoso, pues cuando se emborrachaba se convertía en una vampiresa sexy o en una niña llorona que se quejaba por todo.

—Vamos a ir a casa.

Le remordía la consciencia por haberla dejado sola mientras bailaba con esa chica que lo había acaparado. Ella asintió con la cabeza y se le lanzó para abrazarle el cuello. Sin poder evitar la sonrisa, la sacó al exterior y la metió a la camioneta.

Llevaban casi tres años viviendo juntos en la casa que sus padres le habían regalado por haber entrado a la universidad. Se dirigió ahí, iba enmudecida, quiso saber qué estaba pensando.

Al llegar, se bajó tambaleándose, así que fue a ayudarle lanzando una risotada.

—Cuando te emborrachas eres graciosa.

—Cuando me emborracho me da calor —dijo arrastrando las palabras.

Se adentraron y la ayudó a subir las escaleras apretando su cintura y dando pasos cortos. Una vez en la habitación, se deshizo de su agarre y la dejó quieta en el centro del cuarto. Dave sacó un pijama del cajón y lo dejó en el borde de la cama, pero antes de que pudiera salirse, Carly se quitó la blusa que llevaba y se quedó ahí, de pie solo en sostén frente a él.

Mierda. Se quedó sin aire, sus ojos no pudieron no recorrer esas montañas que hicieron que respirara profundo, luego se quitó el pantalón y quedó en ropa interior. Estaba a tan solo unos pasos y él quería besarla, ¡joder!

—Tenía calor. —Quiso carcajearse por la simpleza de sus palabras y lo mucho que significaba para él, pero se aclaró la garganta y tomó la blusa de tirantes para colocársela encima, cuidando no tocarla pues perdería el control, hizo lo mismo con los pantaloncillos y soltó el aire cuando estuvo en terreno seguro. No obstante, jamás podría sacar la imagen de sus curvas de su cabeza.

Se acostó a su lado y la rodeó para arrullarla, pero frunció el entrecejo, pues la sintió temblar, estaba llorando.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó, e intentó voltearla para mirarla de frente, pero ella se sacudió.

—No quiero hablarte —dijo entre sollozos.

—¡Y un cuerno que no me vas a hablar! —exclamó antes de zangolotearla y obligarla a girarse. La muchacha emitió un chillido mientras él se montaba encima para detenerla y atrapaba sus manos para que no lo golpeará. Miró sus ojos furiosos y sonrió.

—¡Suéltame, David! ¡No quiero hablar contigo!

—¿Qué fue lo que hice? —preguntó, disfrutando de la cercanía; sus narices

estaban tocándose.

—Ni siquiera me miraste. —Su voz se quebró al final—. Estaba desnuda y no me miraste.

Una corriente eléctrica lo recorrió entero, la observó con atención, su respiración se volvió lenta.

—Claro que te miré, te miré mucho —susurró, sintiendo la excitación recorriendo sus venas. No solo recordaba cómo eran sus caderas, sus muslos y sus pechos, los tenía debajo y quería sentirlos, acariciarlos, probarlos. Con cuidado se coló entre sus piernas y dejó que todo su peso la clavara en el colchón.

—No, me vestiste en lugar de acercarte. —Sollozó y volteó la cara—. Lissa es una tonta, yo tenía razón, no me quieres.

Dave se acercó a su oído y respiró profundo.

—Tú eres la tonta, no solo te quiero, eres todo para mí.

La vio mirarlo de reojo, así que esbozó una sonrisita. El corazón de David salió disparado. ¿En serio estaban teniendo esta conversación con ella alcoholizada y en esa posición?

—¿Todo? —preguntó con su vocecita infantil—. ¿Entonces por qué no me besaste?

—¿Quieres que te bese? —Asintió—. Espero que te acuerdes mañana de esto porque no podré seguir fingiendo que no te amo.

Bajó su boca a la suya con mucha paciencia pues quería disfrutarlo, amasó levemente sus labios con los suyos, pero soltó una exclamación de sorpresa cuando Carlene profundizó el beso. Sintió cómo elevaba las piernas para

encerrar su cadera, le soltó las manos, las cuales abrazaron su cuello y lo pegaron más a ella.

Sus lenguas se unieron de forma ardiente, delicada y sensual. Ya la había besado antes, pero nunca algo tan profundo y subido de tono.

Pasó una mano por su muslo y apretó su piel, fue subiendo hasta colarla debajo de su blusa y palpar su abdomen para crear círculos en su ombligo, lo que le provocó un estremecimiento que lo hizo salir de la nube de lujuria en la que estaba ahogado.

Se separó y observó sus labios hinchados, tan deliciosamente rojos que le dolió. Sonrieron al mismo tiempo.

Como si lo supiera, ella se giró y él la abrazó por detrás, la acunó y depositó un beso en su mejilla.

—Nunca más vuelvas a pensar que no te quiero.

Se quedó a su lado toda la noche. Llegó la mañana y no la soltó hasta que sonó el timbre.

# Primera Parte

*No es que muera de amor, muero de ti.  
Muero de ti, amor, de amor de ti,  
de urgencia mía de mi piel de ti,  
de mi alma, de ti y de mi boca  
y del insoportable que yo soy sin ti.*

*Muero de ti y de mí, muero de ambos,  
de nosotros, de ese,  
desgarrado, partido,  
me muero, te muero, lo morimos.*

FRAGMENTO DE NO ES QUE MUERA DE AMOR

**JAIME SABINES**

# Cuatro

*Presente*

No puedo recordar cuándo lo conocí, él tampoco lo recuerda.

Tengo ligeros destellos de nuestros primeros momentos juntos, pero me gustaría poder decir con exactitud qué día lo vi por primera vez y cómo lucía. Sin embargo, nuestra historia es más perfecta que un simple encuentro ocasional en una cafetería o en medio de la acera.

De niños nos encantaba dormir juntos escuchando las canciones de su padre, en las mañanas preparábamos panqueques y les untábamos mermelada. El baloncesto siempre fue nuestro deporte favorito, pasábamos horas jugando a videojuegos e incluso tomamos la misma clase de boxeo. Huíamos a la casa del árbol que habíamos construido con nuestros padres para jugar a los piratas.

Crecimos y no cambiamos. Él acudía todas las noches en las que había tormentas a mi habitación porque sabía que me aterraban, y dormía a mi lado, me arrullaba repartiendo besos en mi sien. ¿Cómo no enamorarse de eso?

Siempre viví en la misma rutina: fingir. Fingía que no me importaba cuando mi corazón sangraba por dentro.

El pasar de los años fue igual, él saliendo con chicas, yo sentada en mi

recámara con un libro en las manos, pero sin poder leer en absoluto por el conocimiento de saberlo junto a otra.

¿Cómo le dices a tu mejor amigo que estás perdidamente enamorada de él? ¿Cómo le explicas ese deseo de mantener tus ojos pegados a sus movimientos?

Recuerdo las inspecciones que le daba de soslayo cuando él no me miraba, la manera de tragar saliva para disolver el nudo en mi garganta al verlo besar a una chica completamente opuesta a lo que yo era, el haber memorizado sus gestos y los timbres de su voz.

Pero luego lloraba de impotencia y por mis deseos imposibles. Me miraba en el espejo y le recriminaba a mi reflejo el no atreverse a ser más femenina. No era conforme con nada, ahora sé que mi autodesprecio puso una venda en mis ojos durante muchos años.

No podía verme, no podía verlo, no podía ver la realidad.

No planeo contar cosas irrelevantes de mi existencia, iré directo a aquellos días en los que todo comenzó. Era noviembre, estaba acurrucada en mi habitación, giré mi cuerpo para acomodarme y encontrar una posición cómoda. Unas voces entraron en mi letargo, haciendo que el sopor del sueño se evaporara lentamente.

Mis párpados se abrieron por inercia al escuchar una risita proveniente de la habitación contigua. Sentí cómo mi corazón se encogió un poco, pero decidí ignorarlo porque ya era costumbre.

La noche anterior habíamos decidido celebrar mi cumpleaños en un bar; seguro había sacado a la chica de ahí.

Di vueltas en la cama, una vez más, tratando de hundirme más en la



almohada con la intención de amortiguar las voces que, a pesar de todos mis esfuerzos, parecían tener bocinas integradas. El dolor de cabeza retumbó y me hizo lanzar un gemido.

¡Eran las siete de la mañana! ¡Joder! ¿Por qué tenía que empezar mis mañanas de la peor manera posible? Era horrible.

Después de graduarme de bachillerato y de matricularme en Letras en la Universidad Estatal de Nashville, había decidido mudarme a la casa de Dave —regalo de sus padres— porque no soportaba habitar en el mismo lugar que mi madre.

Gruñendo y maldiciendo me levanté de la cama, bajé las escaleras de dos en dos dando brinquitos. Saqué una jarra con jugo de naranja del refrigerador y tarareando me preparé el desayuno.

Mientras degustaba los huevos con tocino, una pelirroja de falda y top apretados se asomó al umbral de la cocina. El tenedor se atoró en la mitad del camino y mi entrecejo se frunció.

—¿Eres la compañera de Dave? —preguntó con voz chillona, así que afirmé con un sonido nasal. No tenía ganas de hablar, mucho menos con alguien que había conocido a David de la forma que yo nunca conocería.

En un descuido, mi pulgar se manchó de salsa, llevé el dedo hacia mi boca para quitar la mancha. La pelirroja arrugó la nariz con disgusto y asco. ¿Por qué no se iba?

—¿Hay desayuno para mí? —cuestionó.

No pude contener la gracia que me causó, la risa burbujeó desde el fondo de mi garganta.

—Dile a David que lo prepare o prepáralo tú misma, princesa, las manos no solo sirven para la manicura.

El cabello despeinado de Dave apareció en la cocina en aquel instante, interrumpiendo la riña. Apretaba sus labios intentando contener la risa, seguro había escuchado nuestra conversación. Vacío su cereal favorito y leche en un tazón, después de darle un trago largo directo del cartón. Sin titubear se sentó a mi lado con despreocupación.

—Ya te ibas, ¿no? Ya tienes los papeles. —Alzó una ceja a la pelirroja a modo de interrogación. Esta resopló, indignada, se dio la vuelta para dirigirse a la salida, no sin antes dar un ruidoso portazo.

Divertida por aquella escena, mordí mi labio inferior.

—La hiciste enojar —susurré entre risitas.

Dave buscó mis ojos con los suyos y clavó, despistadamente, su mirada en mis labios. Odiaba sobremanera cuando hacía aquello, me daban ganas de obligarlo a besarme, por supuesto que nunca hice nada por cumplir mis deseos.

—Yo no le pedí que viniera, Carly —dijo con la boca llena.

—«¡Deberías sentar cabeza, David Arthur Stewart! ¡No quiero morir sabiendo que mi hijo sigue siendo un mujeriego salvaje!» —imité, nunca dejaba pasar la oportunidad de decirle las palabras que Rachel, su madre, solía repetir. Soltó una carcajada ahogada.

—No estuve con ella, te cuidé toda la noche porque alguien disfrutó mucho de su cumpleaños abusando de los tragos. —Me lanzó una mirada penetrante que no supe entender, el agarre en mi corazón disminuyó un poco—. Es una compañera de Cloud y venía por unos documentos. Por cierto, los chicos

vendrán, ¿tomarás unas cervezas con nosotros, cariño? —preguntó, haciendo que afirmara con la cabeza.

No me agradaba la idea de que esa chica trabajara con él. Cloud era un grupo de abogados y Dave hacía sus prácticas profesionales ahí.

—Sí, pero que se vayan temprano —respondí e hice un puchero. Dave golpeteó mi recta nariz con su índice.

—«¡Diviértete un poco, Carlene! Necesito nietos algún día» —exclamó. Me moría de la vergüenza cada vez que mi madre repetía aquellas palabras, y él lo sabía. Su enunciado me provocó una mueca; la señora Sweet estaba obsesionada con presentarme buenos partidos, cosa que me molestaba hasta la médula—. ¿Sigues intentando emparejarte?

—Sí, lo hace —susurré.

Mis pantalones y blusas holgadas no ayudaban mucho a atraer al sexo opuesto, mucho menos mi actitud poco femenina.

—Yo también quiero tener sobrinos algún día. —Sonrió, burlón, con un brillo pícaro en sus ojos—. Ayer te descontrolaste, te pusiste toda salvaje y sexy.

—Cierra tu apestosa boca. Voy a dormir, las risitas coquetas de la chica me despertaron.

—No tengo la culpa de ser una leyenda de pene grande —refutó, orgulloso. Giré los ojos y me levanté del taburete con la intención de llevar el plato al fregadero para lavarlo.

—Dicen que los hombres que presumen de tenerlo grande, en realidad lo tienen chico —me burlé.

Ahí, junto a la encimera, me derretí. No necesitaba nada para saber dónde se encontraba porque el calor que su cuerpo emanaba me lo indicaba. Dave rodeó mi pequeña cintura desde atrás y se acercó a mi cuerpo. Cerré los ojos, sintiéndolo. David me estrujó con cariño y depositó su mentón en la curvatura de mi hombro. Podía sentir su aliento en mi nuca, luchaba con la urgencia que tenía mi cuerpo de pegarse más a él.

¿Estaba mal disfrutar de su contacto? No lo sabía, pero hacía que mi piel ardiera. Siempre me había sentido segura en sus brazos, encajábamos cual rompecabezas.

—Cuando quieras te hago una demostración y lo compruebas tú misma — ronroneó en la base de mi oreja, haciéndome temblar. Apreté los párpados y maldije para mis adentros. Él sonrió en mi piel, quizá dándose cuenta de mi debilidad ante su cercanía. Le di un codazo y solté risitas tratando de disimularlo. Depositó un beso en mi mejilla antes de irse y dejarme fría de nuevo.

Un par de horas después, recargué mi peso en una de mis piernas y enrollé en el anular el cable del teléfono empotrado en una de las paredes amarillas pastel de la cocina. Intenté prepararme mentalmente para las críticas de mi madre, sin embargo, sonreí en cuanto escuché otra amorosa y conocida voz.

—Hola, lucecita —murmuró.

—Hola, papá.

—¿Cómo está la hija más hermosa de todas?

—Piensas que soy hermosa porque eres mi padre —contesté con las comisuras alzadas.

Steven Sweet me amaba a pesar de que era un asco en todo y me animaba

para que lo hiciera mejor. Recuerdo que solía llorar en las noches porque mi madre no me aceptaba, y papá siempre decía que no importaba cuántas capas de maquillaje usaras, siempre habría imperfecciones que serían incapaces de ocultar: las del corazón.

—Pregúntale a David, me dará la razón —respondió.

—No voy a preguntarle eso a Dave, papá —aseguré, y lancé una carcajada.

—¿Qué cosa no vas a preguntarme? —pidió saber a mis espaldas. Me di la vuelta y abrí los ojos con asombro. Por lo regular me daba cuenta de su presencia, nunca pasaba desapercibido para mí.

Antes de poder evitarlo me arrebató el teléfono, chillé e intenté obtenerlo de vuelta, pero lo elevó. Me fui en su contra y me puse de puntitas para quitárselo.

—¡¡David!! ¡¡Dame el jodido teléfono!! —grité, y fue entonces que me di cuenta de lo que estaba haciendo. Me encontraba encima de él, nuestros rostros estaban muy juntos, tanto, que podía sentir sus exhalaciones pesadas. Me sonrojé, de todas las malditas reacciones posibles tuve que sonrojarme; era patética.

Me eché hacia atrás, queriendo alejarme de sus ojos color verde oscuro que no paraban de observarme. Suspiré con pesadez y me deshice de la idea de conseguir el aparato porque sabía que no lo conseguiría de todas formas, así que brinqué y me senté en la barra de la cocina observándolo.

—Buenos días, señor Sweet, ¿cuál es la pregunta que Carly no quiere hacerme? —cuestionó divertido, y frunció los labios—. Ya veo... Sí, entiendo. Encantado, Steven. Por supuesto que lo haré. —Su rostro se volvió blanco, seguro por algún comentario vergonzoso de papá—. No me atrevería.

Dejé que mis ojos pasearan por todo él, deteniéndose más de la cuenta en su pecho amplio y duro, en sus brazos, en sus labios gruesos. ¿Por qué tenía que ser tan apuesto?

—Está en lo correcto —murmuró, y me lanzó una mirada de reojo—. Lo haré ahora. Hasta luego.

Después de colgar, David caminó hasta detenerse entre mis piernas, pude verme reflejada en sus pupilas. Sentí el sonrojo antes de que llegara a mis mejillas y, queriendo acabar con aquello, alcé una ceja motivándolo a que comenzara a hablar.

—Eres hermosa —dijo, a lo que yo giré los ojos—. ¿Por qué no me crees?

—Tal vez porque no soy una rubia con senos del tamaño de un melón — solté con petulancia.

David, sin pena, soltó mi coleta, haciendo que mi cabello descendiera cual cascada sobre mis hombros. Pude percibir el olor a champú llenando el ambiente. Él se acercó demasiado, más de lo normal, y comenzó a cepillar mi cabello con concentración, inclinando su cuerpo hacia el mío.

Siempre estábamos juntos, abrazados o tocándonos de alguna manera; no obstante, el aura en esa ocasión era diferente, se sentía más íntima y yo no sabía qué hacer con eso.

—Me gusta tu cabello suave —dijo—. Créeme que es perfecto cuando la correcta encaja a la perfección en tu mano, aunque sea pequeña. Es más perfecto verte despertar usando mis camisetas con el cabello despeinado. Eres hermosa porque no necesitas nada para serlo.

De un momento a otro, Dave besó mi barbilla y miró directo a mis ojos, mi boca se abrió al verlo tan cerca y mi corazón latió desenfrenado. Su mirada

me hizo tragar. A pesar de conocerla una vida, no me había cansado de admirarla.

—Eres la más hermosa de todas porque piensas que no lo eres, pero déjame decirte algo, Carlene... Aunque te escondas debajo de toda esa tela, las gorras y los tenis simples, eres hermosa porque no lo eliges, simplemente lo eres.

Sonrió, dedicándome una de sus sonrisas coquetas, y salió disparado como un rayo de la cocina, dejándome completa y totalmente aturdida.

Más tarde, Dave estaba sentado viendo televisión, me dejé caer en el suelo con la espalda recargada en sus piernas y apoyé la cabeza en sus rodillas. Él, como era costumbre, y sin despegar la atención del programa de *Discovery Channel*, tomó mi cabello y lo esparció sobre sus muslos para acariciarlo con sus dedos. Me relajaba sobremanera cuando masajeara de aquella forma mi cuero cabelludo.

D asistía a tercer año de su carrera y trabajaba en un despacho para mejorar su desempeño escolar, algo que le servía para disminuir las horas de sus prácticas. Los chicos, él y yo asistíamos a la misma universidad. A veces me sorprendía que a pesar de todo aún fuéramos amigos.

Era alto, atlético y de cabello cobrizo, bastante simpático. Había un desfile de chicas diferentes casi cada fin de semana rogando un poco de su atención, algo que no me agradaba para nada.

Su respiración en mi oído me sacó de mis pensamientos. Los poros de mi piel se levantaron cuando sus manos me envolvieron y jugaron con mis dedos.

—¿Tu padre te contó sobre las vacaciones? —preguntó, mientras me

levantaba como un títere y me sentaba en su regazo. Sus brazos férreos me estabilizaron.

—No, no dijo nada —respondí, distraída, pues estaba concentrada en mantener neutra mi respiración. ¿Cómo había vivido veinte años así?

—Al parecer iremos de campamento, ¿no es emocionante? —Una sonrisa se extendió en mi rostro; amaba los malditos campamentos en familia.

—¿En serio? ¡Eso suena increíble, D!

—Es increíble porque vas tú —susurró. Clavé la vista en él ante su tono ronco y entrecerré los ojos, aclaró su garganta—. Juntos escalamos y hacemos cualquier cosa divertida.

Asentí sonriendo, estancó su mirada en mi boca y pensé que estaba alucinando porque cada vez lo veía más cerca.

El timbre sonó, me levanté de prisa y sacudí mi ropa. Entretanto mi amigo caminaba hacia la puerta para abrir. Cuatro muchachos entraron por el umbral después de saludar con un choque de manos a Dave.

Los gemelos Michael y Martín eran rubios, delgados con lentes y repletos de acné. Era entretenido verlos discutir sobre cosas que ni siquiera entendía; yo era nerd, pero ellos estaban a un nivel mucho más alto. Roger, un moreno robusto, era el gracioso y el alma de las fiestas. Y por último, Ian Green, un apuesto pelinegro de ojos azules que, por cierto, me trataba como a un hombre más, cosa que detestaba, pues había lastimado a mi mejor amiga.

Lissa y él habían sido novios antes de que pudiera conocerlos, eran adolescentes y tuvieron una relación en secreto porque los padres de mi amiga odiaban a Ian por no tener el mismo nivel económico que ellos. Ella lo había amado, lo seguía haciendo, lloraba todas las noches por la indiferencia



de Green, quien solo la utilizaba para tener sexo. Muchas veces quise romperle la cara, pero también le estaba agradecida, porque por él había conocido a Melissa Trucker.

Los chicos me saludaron y se dejaron caer en el sofá de cuero negro. En cambio, yo me senté en mi sillón café —que no combinaba con el aire moderno del resto del lugar— al estilo indio. Dave arrojó en mi dirección una lata que atrapé en el aire, abrí la cerveza y le di un trago largo.

—¿Partido o juego? —cuestionó Roger.

Los seis gustábamos de juntarnos cada fin de semana para no perder la amistad debido a la presión de los estudios. Hacíamos cualquier cosa: ver televisión, salir a bares o jugar a estupideces.

—No hay partido el día de hoy, todos fueron la semana pasada —respondió Michael, después de empujar unas gafas que resbalaban por el ángulo de su nariz. Los gemelos eran dos genios de pies a cabeza, sabían cosas que probablemente ni leyendo toda la vida retendría—. Será juego, no podemos tomar demasiado, mañana tenemos que estudiar.

—Me toca elegir —dijo Ian—. Verdad o reto.

—¿Verdad o reto? —pregunté, confundida y divertida a la vez—. ¿Tienes diez años?

—Quiero jugar a eso, Carl, si no te gusta puedes irte —soltó, tajante. Apreté los dientes con furia, ¡maldito imbécil!

Dave, al percatarse de mi molestia, le dio una palmada al ojazul en la cabeza. No me gustaba cuando me llamaban «Carl», recordaba el acontecimiento que había sucedido en el parque a los doce.

—Te voy a romper las bolas la próxima vez que me digas así —gruñí. El chico, demasiado engreído, rodó los ojos. No pude evitar fantasear con cortar con unas tijeras para el césped sus partes íntimas.

La voz del que era mi pesadilla habló sacándome de un sueño inalcanzable.

—Ya que estás tan animada, dinos ¿verdad o reto? —Suspiré ante la pregunta.

¡Joder! Tenían más de veinte años y seguían con sus juegos para mocosos del jardín de infantes.

—Verdad.

—¿Alguna vez estuviste enamorada de Dave? —preguntó.

David se atragantó con su bebida y clavó los ojos en mí con una expresión que no pude reconocer. Mi corazón empezó a latir con rapidez al verlo sonreír de lado. No pude aguantar más, así que desvié la mirada.

—Sí, me enloquece escuchar cómo eructa y arroja gases por toda la casa — Escuché las carcajadas de los chicos, pero los engranes en mi cabeza no dejaron de trabajar.

Sabía que él no era tonto, debía saber que mentía debido a mi nerviosismo; no podía controlar el pánico. Me atreví a mirarlo, recibí un guiño que calentó mis mejillas. Dave sonrió de nuevo, estaba coqueteando conmigo sin darse cuenta y eso me mataba.

La primera ronda transcurrió con tranquilidad después de aquello. Dave fue obligado a gritar en la calle que le gustaba jugar con muñecas, Michael eructó el abecedario completo, Ian contó su peor experiencia en el sexo mientras yo obligaba a mi cerebro a no imaginar los detalles del acto descrito, Roger no

pudo hacer veinte lagartijas y Martín confesó que aún era virgen.

Mi turno llegó una vez más y Roger volvió a dirigirme su sonrisa malévolamente, listo para hacerme sufrir.

—¿Verdad o reto, Carly? —cantó con animosidad.

—Reto —dije sin más. Él frunció los labios con diversión, me arrepentí al instante. Todos sus castigos tenían que ver exactamente con lo mismo: D.

—Te reto a que beses a David en los labios, un beso de lengua —Mis párpados se abrieron, mi corazón comenzó a tamborilear como la batería de una banda de rock, la boca se me secó, tanto, que me daba miedo que mi lengua sufriera grietas en el dorso.

Besaría a Dave. A Dave en los labios. En los labios a Dave.

Había esperado muchos años para hacerlo. Toda la vida, para ser exactos.

# Cinco

Troné mis nudillos y maldije para mis adentros, estaba en desventaja porque él era testigo de lo nerviosa que me encontraba.

Miré enmudecida a Dave, que me regresó la mirada con serenidad. Con su dedo índice indicó que me acercara. ¡Iba a pasar! ¡De verdad iba a besar al chico de mis sueños! Todo mi cuerpo sudaba y palpitaba, seguro lucía como un bicho asustado.

Cerré los ojos y me levanté del cómodo asiento con las articulaciones temblorosas. Habría podido decir que no e irme, pero no quería hacerlo, iba a tomar cualquier oportunidad que se me presentara.

Dave caminó hasta mí con una sonrisa que enseñaba todos los dientes y hacía que quisiera pegarme a su cuerpo. Me envolvió por la cintura cuando quedamos frente a frente, deslicé mis manos a lo largo de sus brazos y las coloqué en sus hombros.

—Hola, cariño —susurró para que solamente yo lo escuchara. Una sonrisita se me escapó.

—Hola, feo. —El pecho de David vibró por la risa silenciosa. Estar con él de aquella manera tan perfecta me hacía volar por mil nubes.

—¡Estamos esperando! —gritaron los gemelos al unísono, provocando que

el aire se atorara en mis pulmones.

—Tranquila, linda, no nos vamos a besar —murmuró y partió mi corazón. Intenté ignorar la punzada de desilusión en mi pecho al escucharlo, de verdad meforcé.

Depositó un beso en mi frente y me soltó.

—Eso es todo lo que conseguirán hoy, chicos —dijo con alegría. ¡Dios! ¡Estaba feliz! Quería huir de ahí, esconderme en un rincón y llorar hasta que quedara seca. Mi mente me lastimaba murmurando que él besaba a todas y, sin embargo, no quería besar a una chica como yo.

No estaba sorprendida, sí lastimada.

El juego siguió viento en popa, pero no pude concentrarme hasta que mi turno volvió a hacer presencia. Y antes de que pudiera ponerle un filtro a mi lengua, la palabra «reto» salió de mi boca. Los ojos perversos de Ian se mofaron de mí, el chico era un cadillo, un golpe por la pata de una cómoda en el dedo meñique del pie.

—Te reto a que te quedes en ropa interior.

¿Había escuchado bien? Mi mente se quedó en blanco.

—¿Qué? —Mi voz tembló.

—Ian... —dijo David con tono de advertencia.

—¿Qué? Quiero saber si tiene tetas o pene, ¿qué hay de malo con eso? —musitó como si eso fuera algo razonable.

Hubiera preferido un bofetón o un golpe directo a la boca del estómago porque aquello me sacó el aire. Miles de puñales se clavaron en mi pecho. ¿Tan masculina me veía?

—No jodas, Ian. —Dave se levantó enojado, pero yo ya había hecho una elección. No permitiría que ninguna persona me humillara, aquella fue una promesa que me había hecho años atrás.

—Está bien, Dave —susurré. Él se dio la vuelta al escuchar mi tono y me miró con la frente arrugada. Sabía que, por más que dijera algo, lo haría de todas formas.

Todos en la sala guardaron silencio y me miraron serios, excepto el pelinegro que portaba una sonrisa en sus labios y Dave que lucía molesto.

Decidida, me levanté y agaché la cabeza, clavé la mirada en el suelo con lágrimas contenidas en los ojos. Desabroché el botón de mis tejanos. Entretanto, una película de mi vida se reproducía en mi cabeza.

En un segundo vi todos esos años en los que había sido molestada, insultada, cuando las chicas se habían burlado de los vestidos que mi madre me había obligado a usar. Las quejas de Ginger, la traición de Richard y sus últimas palabras. El día en el que había decidido vestir como lo hacía para esconder mi cuerpo.

Bajé el cierre y me dejé arrastrar por otra ola de recuerdos: aquella vez frente a mi ventana en la que había visto a David besar a Amanda, la llamada y las múltiples peleas que surgieron a partir de ella, las veces que la defendió y aquellas en las que no hizo nada por defenderme.

—Carly, no lo hagas —pidió con urgencia.

—Cierra la boca, Stewart —siseé entre dientes. Solo quería que me dejara en paz por una vez en la vida. Enrosqué mis pulgares en las presillas de mi pantalón y los dejé caer, acto seguido tomé el dobladillo de mi blusa para sacarla por la cabeza.

¡Listo!

Levanté la mirada, delante de mí se encontraba una montaña de músculos, David me ocultaba de los chicos.

—Lárguense ahora mismo o no respondo —gruñó.

—Nosotros no tenemos la culpa, dile al imbécil. —Los gemelos y Roger se quejaron, pero se pusieron de pie de igual forma.

—No es como si no estuvieran mirándola, pedazos de mierda. —Me sentía avergonzada, no sabía qué demonios hacer.

—¡Deja el drama! Como si no te murieras por verla desnuda. —Tragué saliva para aligerar el nudo en mi garganta, apretaba con mucha fuerza—. Todos saben que te mueres por montarla en tu regazo.

Las cosas se estaban poniendo tensas muy rápido, los ataques de Ian ya no los tomaba en cuenta porque era un idiota, pero al parecer a David lo estaba enfureciendo. El mencionado apretó los puños, su espalda estaba tan tensa que quise tocarlo para que se calmara. Estiré la mano, pero su vómito verbal me detuvo.

—Deja de decir idioteces, hombre, cierra tu puta boca llena de mierda si no quieres que te rompa los dientes. ¿Cuántas veces tengo que decirte que Carlene y yo somos amigos? Que compartimos miles de veces la misma cama y todo entre nosotros se reduce a eso, que la quiero como si fuera mi hermana, que por ella haría lo que fuera, y que me molesta cuando haces este tipo de cosas. Te exijo que la respetes, ¡joder!

Todos en la sala se quedaron silenciosos, no había ningún sonido más que la respiración pesada de mi mejor amigo.

Cualquiera se hubiera sentido feliz de tener un protector como aquel, todos menos yo. Mi corazón se partió en millones de fragmentos, los vi caer, no me atreví a capturarlos antes de que cayeran al suelo. Al parecer la única que amaba de esa forma arrebatadora era yo, yo que temblaba cuando se acostaba en mi cama y besaba mi cabello, yo que sudaba cuando me miraba a los ojos, yo que no podía dejar de pensar en él, yo que seguía esperando que me amara. Solo yo. No sé por qué seguía guardando esperanzas.

Me dieron ganas de reír por la ridiculez de mis pensamientos, ¿por qué se fijaría en mí teniendo a otras chicas más hermosas alrededor? ¿Por qué se sentiría atraído por los pantalones holgados teniendo minifaldas cerca?

Los escuché caminar a la salida y cerrar la puerta de la entrada, nos quedamos quietos hasta que se giró y me enfrentó. Me sentía expuesta, solo llevaba ropa interior y él me estaba mirando. No quería que me mirara y comparara a otras chicas conmigo, pues no tenía nada que ofrecer. Él se enojó cuando Ian se atrevió a asegurar que había atracción entre los dos, seguramente era un martirio para él que estuviera desnuda.

—No vuelvas a hacer eso, cariño.

Sorbí por la nariz, Dave se agachó para recoger mi ropa y me la ofreció. Tomé las prendas y salí disparada, subí a trote rápido a la segunda planta. Cerré la puerta con seguro y me encerré en mi burbuja, perdiéndome en las lágrimas.

El día siguiente me levanté con los ánimos decaídos, no paraba de repetir la escena de la noche anterior. Me preparé para ir a la universidad con movimientos mecánicos. Me detuve en la puerta decidiéndome entre bajar o hacerme la enferma, pero luego pensé que seguramente se quedaría a



cuidarme y no quería hablarle ni verlo ni olerlo ni seguir sufriendo por él; quizá ya era hora de superar mi enamoramiento.

En la cocina, Dave se encontraba sentado en uno de los taburetes mirándome, midiendo mi rostro. Me tensé, así que me giré para darle la espalda y fui hacia la cafetera.

—Carly, sobre lo de ayer... Es un imbécil...

—Está bien, Dave —dije, interrumpiéndolo—. No hay por qué preocuparse, solo son tetas, seguro ha visto muchas, lo olvidará —solté.

Tomé mi bebida a sorbos frente a la encimera, escuchando de fondo un aplastante silencio que, para mi sorpresa, me tranquilizó.

—¿Está todo bien? —cuestionó, imaginé que confuso. Afirmé con un sonido aún sin mirarlo y dejé la taza en el fregadero.

—Me voy. —Sin esperar una respuesta salí de la casa y me subí a Petunia, mi querido Mustang rojo, un clásico viejo que mis padres me habían obsequiado a los dieciséis.

Conduje por la ciudad con los ojos quemando. Todas las mañanas nos íbamos juntos, a veces en su camioneta y otras en Petunia. Ahora estaba sola, con la radio apagada y sin él intentado hacerme reír.

La Universidad Estatal era una inmensa construcción, se dividía en sectores y estaba rodeada por pinos de diversos tamaños. Me adentré en el camino de la entrada, siguiendo la fila de choches que avanzaba con lentitud. Aparqué en el lugar más cercano a mi destino y me quedé quieta en el sitio, sentada frente al volante.

Los mares de estudiantes se movían entre risas y otros con los semblantes

perdidos aún en sus sueños. Tomé un gran respiro y me preparé mentalmente para el último día de clases.

Una vez entre el gentío, caminé con la cabeza gacha, una cortina de cabello castaño cubrió mi rostro, rodeé mi cintura con mis brazos como si estos fueran un escudo; no quería que ellas me vieran.

Sus risitas burlonas se colaron en mi cabeza, les dirigí una mirada de soslayo. El rosado abundaba en sus vestimentas, sus ombligos en vientres planos se burlaron de mí, al igual que sus largas y bronceadas piernas. Me observaron de arriba abajo e hicieron una mueca al estudiar mis pantalones de mezclilla y mi camiseta negra con un estampado de Led Zeppelin.

Vislumbré a Melissa en nuestra jardinera favorita, no dudé en acercarme dando zancadas largas. Lissa era rubia platinada, sus ojos azules eran más claros que el agua —cuando se enojaba, estos parecían hervir—, siempre usaba faldas y blusas escotadas, la moda era parte de su vida como una religión, pues sus padres eran dueños de una cadena de modelaje muy importante en el país. Alta, delgada y de buenas proporciones, se podría decir que era cómico que nos vieran juntas. Éramos dos polos opuestos, pero no era como todas las chicas que me había topado en mi corta existencia, Lissa tenía un enorme corazón

Sus pupilas cepillaron la expresión de mi rostro, era demasiado intuitiva y, por alguna razón, tenía la necesidad de protegerme de las cosas de las que yo no podía. Buscó a las causantes de mi inestabilidad y les dirigió una mirada afilada que habría hecho temblar a cualquiera. El mundo la respetaba solo por ser hija de Broston Trucker.

Estudiábamos la misma carrera porque la literatura era su pasión, aunque

por las tardes estudiaba Comunicación en otra universidad para mantener a sus padres felices, ya que querían que trabajara en ese ámbito y no entre un montón de libros.

Era la única que conocía todos mis sentimientos, no podía ocultarle nada.

—Un día de estos deberías enseñarles tu puño mágico para el box. —Dejó escapar un bufido, mis comisuras temblaron. Lissa suspiró como si tuviera que controlarse para no cometer una locura—. ¿Qué hizo esta vez?

—Lo mismo de siempre —contesté apretujando los labios—. Solo que ayer fue muy contundente.

—Cuéntame —pidió.

Nos sentamos en la jardinera y le relaté todo: el juego, las preguntas de los chicos, el comportamiento extraño de Dave en los últimos días, las tonterías de Ian y de cómo D había reaccionado. Me escuchó con atención, como siempre lo hacía, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Sabes lo que pienso? —cuestionó. Negué con la cabeza como respuesta—. Pienso que deberías mandarlo a la mierda, no puedes estar detrás de él como una lapa toda tu vida, mereces a alguien que te demuestre su amor, ¿no lo crees?

Conversamos durante un rato más y por primera vez en el día me olvidé de mis problemas. Nos separamos cuando fue momento de ir a clases, me adentré al aula y busqué un lugar disponible con la mirada. La profesora barrió mi cuerpo con disgusto y aclaró su garganta. Me daban ganas de decirle que estábamos en la universidad y que si quería andar con un chimpancé en la cabeza lo haría. La mujer no me soportaba porque yo conocía más de historia de lo que ella había leído en toda su vida, así que era

divertido molestarme, supongo.

—Buenos días, señorita Carlene, antes de que tome asiento vaya al tocador y arregle su cabello, ya sabe que nadie entra a mi clase con aspecto de recién levantada —ordenó con petulancia. Se escucharon risitas de fondo.

Mi mandíbula casi tocó el piso, nunca se había atrevido a decirme algo como aquello, solo se limitaba a mirarme de manera despectiva y a aconsejarme dónde comprar ropa. La profesora Grint, una licenciada en Letras Inglesas, era una fanática de la moda que siempre vestía con diminutos vestidos y adornaba su cabello con cosas estúpidas.

—¿Disculpe? —musité, conmocionada.

—Si no lo hace no entrará a mi clase —contestó.

—No se preocupe, no me volverá a ver por aquí porque iré a suspender la materia ahora mismo. Prefiero reprobar a tomar la clase con alguien que se preocupa más por el aspecto de sus alumnos que por enseñarles —dije.

Salí del edificio hecha una furia, caminé hacia la dirección y pedí hablar con la coordinadora, quien escuchó mi caso y aceptó cambiarme de docente. La pobre se disculpó, dijo que amonestaría a la profesora.

La valentía desapareció apenas me interné en mi coche para volver a casa, lo que menos me apetecía era estar rodeada de gente. Nada me había estado saliendo bien, todo me golpeó como una bola demoledora. Me bajé del auto cuando llegué a la casa y, una vez arriba, me tendí en la cama y sollocé con fuerza. Mi pecho temblaba con violencia. ¿Había algo malo en mí como para que la gente me tratara de aquel modo?

¿Cuántas veces había escuchado lo mismo? Había perdido la cuenta de las ocasiones en las que había escuchado algún comentario sobre mi poca

feminidad, la primera en decirlo fue mi madre.

Me levanté del colchón y me encaminé al cuarto de Dave. Después de colocarme los guantes de box golpeé con fuerza el costal. Una, dos, tres, cuatro... cien veces; sin parar, sin detenerme. La visión se me nubló por las lágrimas mientras seguía descargando mi furia con un pedazo de hule. Dejé caer los brazos a mis costados debido al cansancio, me punzaban, me quemaban.

Resignarse era peor que acostumbrarse, y yo estaba resignada. Resignada con mi aspecto, resignada porque nadie se fijaba en mí, porque todos me juzgaban sin siquiera darse la oportunidad de conocerme.

Me dejé caer en el sillón y permanecí horas sin moverme. A las nueve en punto se escucharon ruidos en la entrada, levanté la vista para encontrarme a David con una acompañante. La dejó en el vestíbulo y subió las escaleras con rapidez.

Con el corazón entrecortado me levanté causando que la misma pelirroja del día anterior me notara. En la cocina, obtuve del refrigerador un bote de helado y comencé a ingerirlo sentada en un taburete, sin pensar en la infinidad de calorías que se acumularían en mis caderas.

La loca cabellos de fuego se escabulló en la habitación y me miró con los ojos entornados, me estudió con curiosidad, y yo me retorcí en mi asiento.

—¿Qué? —pregunté. Se encogió de hombros y me sonrió. No me gustó para nada que lo hiciera.

—Sí, creo que Dave tiene razón, eres muy masculina.

Esas palabras provocaron que toda la sangre drenara de mi cuerpo y arrugara la cara con dolor penetrante y profundo. Mis latidos se detuvieron,

quise doblarme, pues sentía que me fallaba la respiración. Él, mi mejor amigo, mi confidente desde la infancia, con el que había compartido mis temores y mis alegrías, y la persona que amaba con toda mi alma... Él me había traicionado también, me había acuchillado de la peor manera posible.

Sentí cuchillos, lanzas, dagas clavándose en mi organismo. ¿Dave hablaba con sus putas de mi masculinidad? La ira se apoderó de mi cuerpo.

—Lárgate de mi casa —gruñí con los dientes apretados.

Un crudo bofetón en la mejilla me desorientó por unos segundos. ¿La maldita *sirenita* acababa de darme una cachetada? Vi rojo en todas sus tonalidades, me puse de pie y la empujé contra la encimera.

—No te vuelvas a meter conmigo, esta también es mi casa, así que cuando te diga que te largues, te largas. Puedes revolcarte con él las veces que quieras, que yo no pienso impedirlo —solté, amenazante. La empujé de nuevo y con un dedo le di golpecitos en la frente, como si estuviera enfatizando su falta de actividad cerebral—. ¿Sí lo captas? ¡¿O te lo grito, maldita perra?! —grité a todo pulmón. En gran parte estaba sacando todas mis frustraciones con ella, era como una bomba explotando. Los ojos de la chica se cristalizaron.

Regresé a mi asiento observando cómo salía pasmada de la cocina. Escuché el sonido de los zapatos de Dave al bajar las escaleras, así como los susurros y sollozos de la chica. Un furioso David entró a la cocina y me miró con rabia a continuación.

—Pídele una disculpa a Leila. —Resoplé con burla. ¿De verdad esperaba que lo hiciera?

—Vete a la mierda —susurré. Se plantó frente a mí guardando cierta

distancia.

—Pídele perdón, Carlene —volvió a pedir.

—No lo voy a repetir otra vez. —Rechiné los dientes y apreté los dedos en mis muslos—. Vete a la mierda.

—¡Joder, Carlene! Leila no tiene la culpa de tus problemas de autoestima, solo es una chica que te dijo lo que piensa.

¿Y yo qué mierdas era? Oh, sí, masculina, eso le había dicho.

Mi gesto cayó, de pronto ya no sentía furia, estaba más triste que antes y odiaba sentirme de aquella forma. No quería odiarlo, pero si seguía a su alrededor lo conseguiría. Me eché hacia atrás instintivamente, como un animal herido.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos y mi labio inferior comenzó a temblar, pude contenerme gracias a que respiré profundo. Me levanté de la silla y lo enfrenté.

No podía más, ya había tenido suficiente, tenía que largarme, respirar un aire donde no estuvieran sus exhalaciones agitadas. Se percató de mi cambio, miró la determinación de algo en mi mirada o quizá simplemente le di lástima.

—Mierda, Carly, lo siento, cariño... Yo... —tartamudeó. Me miró con angustia y preocupación al darse cuenta de que había vociferado de más. Sin duda los tenía, pero él nunca había mencionado nada acerca de mis problemas de autoestima, que no eran solo problemas, estaba llena de esa basura.

Estaba harta de ser la amiga tonta y fea que siempre estaba disponible

cuando lo deseaba. Estaba cansada de ser la marimacha invisible que debía fingir que no le importaba que se revolcara cada fin de semana con alguien diferente.

Intentó acercarse; no obstante, salté para evitar cualquier tipo de contacto.

—No me toques, David —siseé. Talló su rostro con las palmas, luciendo exasperado—. Espero que ella valga la pena, ¿eh? No sé qué fue lo que te dijo, llegó asegurando que yo era masculina porque tú lo decías, además me cacheteó.

Dave abrió los párpados con impacto.

—Solo me defendí —terminé.

Una serie de emociones pasó por sus ojos: miedo, desesperación y decisión. Lo presentí antes de que sucediera porque ya conocía cada una de sus estrategias: caminó hacia mí con premura para que no tuviera oportunidad de huir, sin embargo, me moví de tal forma que logré esquivar su brazo. Corrí y tomé las llaves de Petunia —que estaban sobre la mesa de la entrada— para irme lejos. Escuché sus pasos presurosos que me perseguían, me instalé dentro del coche sin dudar.

—¡¡Luciérnaga, baja de ahí!! —gritó junto a mi ventana y comenzó a golpetearla cuando se dio cuenta de que evitaba mirarlo—. ¡¡Carly!! ¡¡Vamos a hablar!! ¡¡Joder, fue un malentendido, amor!!

Encendí el motor interrumpiendo su última frase, metí reversa, escuchando las palmadas que le daba al cofre, a los costados y a la cola del vehículo mientras lo perseguía.

Salí disparada, me atreví a mirar el retrovisor, él se encontraba en el borde de la banqueta mirándome partir.



# Seis

Conduje con la música a todo volumen a uno de mis restaurantes favoritos: una famosa pizzería en el centro de Nashville. David y yo solíamos ir a menudo a comer papas a la francesa con queso derretido y kétchup. Siempre me embarraba de queso las mejillas, mientras yo le gritaba enfurecida que parara y que, si manchaba mi cabello, sufriría las consecuencias.

Lanzando un suspiro profundo, me dejé caer en una silla y esperé mirando un punto fijo en la mesa que la mesera me pidiera la orden. Una joven con pantalón negro y blusa roja tomó mi pedido. El aire acondicionado refrescó mi cuerpo, quizá caliente por la rabia que aún seguía conteniendo. Recuerdo que pedí lo mismo de siempre: una rebanada de pizza, soda y papas.

Me permití un segundo de dolor. Todos alguna vez lo habíamos necesitado, un minuto en soledad para descargar bombas internas. Una, dos lágrimas comenzaron a caer. Me guardé los sollozos porque no quería llamar la atención, ya era suficientemente patético refugiarse en un restaurante de comida rápida para llorar.

No supe cuánto tiempo transcurrió, estaba sumergida en la mudez, pero de pronto sentí que alguien se sentó frente a mí. Cuando levanté la vista mi mandíbula se desencajó. ¿Qué demonios? ¿Ya estaba alucinando?

—Hola, Carlene. —Richard me saludó sonriendo. Lucía igual de apuesto que hacía años con su cabello rubio, sus ojos azules y su aspecto de chico malo—. Te vi aquí, pensé que estaba bien venir a saludar.

—¡Richard! ¿Cómo has estado? —Limpié las evidencias de que había llorado y lo miré. Fui transportada años atrás.

Richard Palace fue mi primer novio, lo conocí una noche en un concierto, él tocaba la batería en una banda de rock. Empezamos a salir y nos dimos cuenta de que nos gustaban las mismas cosas y teníamos los mismos intereses. La verdad es que Rich fue un respiro en medio de mis sentimientos por Dave, como agua calmando al fuego. También estaba la otra parte de él que me había lastimado, esa que me exigía que dejara a mi mejor amigo y que le demostrara mi amor en la parte trasera de un coche. Al final me decepcionó. Pero ya no me dolía tenerlo alrededor.

—Bien, ¿y tú, Carlybu? —¿Por qué me llamaba así después de tanto tiempo? Me puse en guardia. En ocasiones Ian pronunciaba el mote para molestar, sobre todo a Dave, quien se ponía de malhumor al escuchar esa palabra.

—Bien. —Respiré para tranquilizarme, por alguna extraña razón su presencia me incomodaba. Cuando terminamos la relación no lo hicimos de la manera correcta, jamás nos volvimos a ver, aunque muchas veces había intentado contactar conmigo.

Nos quedamos callados. Era extraño charlar después de tanto tiempo.

—¿Sigues viviendo con tus padres?

—No, me mudé —contesté.

—¿Tu número sigue siendo el mismo? —Afirmé con un sonido—. El mío

también, eh... ¿estás viviendo con Dave?

—Sí —susurré, dubitativa. Ni siquiera entendía por qué me comportaba como si él tuviera el derecho de preguntarme sobre mi vida. Durante nuestro noviazgo tuvo muchos celos de David, aunque nunca supo de mi amor por él.

—Tengo que irme, Carlybu, prometo llamarte. —Se levantó y, antes de marcharse, me regaló una sonrisa de lado, como las que hacía antes de salir por la puerta de mi casa—. Por cierto, sigues igual de preciosa.

Dicho aquello, salió de la pizzería sin mirar atrás. ¿Qué demonios había sido ese encuentro? Yo nunca fui preciosa para Richard; su cumplido me descolocó.

Tomé refresco de una lata con pajilla, mi mente divagó.

Jamás pude enamorarme de Richard porque Dave siempre se interpuso; aquel hecho no evitó que en mi corazón creciera un gran cariño y una gran confianza hacia él. Cuando lo encontré en aquel bar con una rubia de caderas pronunciadas y pechos enormes ni siquiera trató de arreglarlo. Me detuve frente a ellos y susurré su nombre. Él solo dijo: «necesito a una mujer, no a un amigo». La chica en sus brazos se carcajeó, todos en el bar pudieron presenciarlo, me miraron con lástima, algunos otros se burlaron de mi desgracia. Salí corriendo, Dave me arrastró a sus brazos y acarició mi cabello hasta que caí dormida en su regazo.

Dave.

Negué con la cabeza, intentando apartarlo de mis pensamientos, pero como siempre, no lo conseguí. Era tan perfecto. Él era el tipo de chico cliché: jugador excelente en deportes, popular, rodeado de mujeres y con su amiga masculina adherida a él.

Regresé a su casa porque no tenía otra opción. Después de todo, no era tan cobarde.

Desde la planta baja pude escuchar sus pasos, estaba dando vueltas como león enjaulado en mi habitación. Me imaginé su rostro furibundo, así que di un suspiro melancólico y me armé de valor. Sabía que él me estaba esperando; Petunia era un auto ruidoso.

A la una de la mañana, o un poco más, subí las escaleras. Una vez arriba me detuve, me quedé pasmada en el umbral al confirmar su presencia. Sus ojos verdes me observaron con molestia, me hizo recordar las veces en las que mi padre me había regañado cuando era una adolescente. Se levantó con el cuerpo tenso.

—¿Dónde estabas? —soltó.

—No te importa —contesté lo más altiva que pude.

—Mierda, sí que me importa. —Cepilló su cabello con frustración. Su preocupación me hizo enfurecer, así que junté los labios formando una línea para evitar lanzarle insultos y busqué las palabras adecuadas en mi mente.

—No eres mi padre, solo vete, quiero dormir. —Lancé un gruñido y dejé el celular en la cama para dirigirme al cuarto de baño.

Me apoyé contra la puerta y aguardé unos minutos, esperando que se marchara de la alcoba; no quería topármelo cuando regresara. Al salir distinguí su rugido, miraba con el ceño fruncido la pantalla de mi teléfono. Las aletas de su nariz se abrieron con fiereza, estaba tan rojo que creí que explotaría.

—¡Joder! ¡Vas a tronarlo, Dave! —exclamé al percatarme de cómo sus puños se cerraban alrededor de mi móvil.

—¿Qué es esto? ¿Otra vez este imbécil? «Me dio mucho gusto encontrarte esta noche, deseo con ansias verte de nuevo, te llamaré pronto, Carlybu. Besos» —recitó imitando la voz de Richard. Debo admitir que me dio un poco de gracia. Arrojó el aparato y clavó su mirada en la mía—. ¡Maldita sea, Carlene! Ese bastardo te dañó y le hablas como si nada, y conmigo, que soy tu mejor amigo, te enojas.

—Ese bastardo al menos me dijo lo que pensaba en mi jodida cara, no se escondió y lo dijo a mis espaldas —escupí con desprecio.

—¿De qué hablas ahora? —Tronó los huesos de su cuello con exasperación, sabía que lo estaba llevando al límite.

—¡Le hablas a la gente de lo masculina que soy! —grité.

—Yo no le dije nada —siseó entre dientes.

—No te creo —solté sabiendo que eso lo lastimaría. El rostro se le descompuso. Quería correr a sus brazos y decirle que era mentira, que si decía que el mar era de algodón, yo lo creería. Me contuve porque avergonzarme más no serviría de nada, mucho menos haría que se fijara en mí.

Sabía que el dolor en su rostro era porque nunca había dudado de él, jamás había puesto en duda sus palabras. Éramos como uña y carne, se suponía que no podíamos desconfiar del otro. Ya no estaba tan segura de que él fuera real, no después de lo que había estado pasado últimamente.

—¿Qué? ¿Desde cuándo no me crees? —balbuceó atónito y... herido.

—Tu maldita pelirroja me dijo que le dijiste que soy masculina. Es una decepción saber que mientras yo creo que eres el único que no se burla, lo haces. —Se tensó y me miró con los puños hechos nudos—. Pues te informo

que soy una mujer, al parecer no te puedes convencer aún. ¡¿Quién quiere estar con una fea marimacha como yo?! Necesitaban verme desnuda para comprobar que era mujer porque mi estúpida ropa holgada decreta que tengo pene, próstata y testículos. Esto está jodido, Dave. Y-yo nunca me burlé de ti, siempre estuve junto a ti y te defendí, estuve orgullosa de decir que eras mi mejor amigo.

Comencé a llorar, quise cubrirme el rostro con las palmas, pero él me lo impidió, me tomó los brazos y los hizo hacia abajo para ver mi cara. Me sacudí, deseando que me soltara porque me dolía que me tocara, que no me quisiera. No lo hizo, me abrazó tan fuerte que no tuve más opción que rendirme.

—Shh, luciérnaga, sácalo todo —murmuró en mi oído. Sus brazos a mi alrededor eran como una cadena. Me aferré a su camisa—. Sácalo, estoy aquí.

—Me duele —dije.

—Lo sé, sé que duele. —Parecía que me entendía, sin embargo, no lo sabía, no tenía idea de qué me dolía. No podía dejar de pensar en que había dicho que me quería como a una hermana. ¿Por qué había tenido que enamorarme precisamente de él? ¿Por qué?—. Sé que se ve muy mal, pero jamás le dije eso a Leila, Carly, ¿por qué dudas de mí? ¿Por qué siempre esperas que te traicione? Desconfías de todos, nunca de mí, Carlene, me duele que lo hagas.

—T-tal vez debería regresar a casa de mis padres.

Quería huir, esconderme mientras superaba mi enamoramiento, pues no quería perderlo, no a Dave. Sus brazos a mi alrededor se endurecieron.

—¡Demonios, no! Nosotros siempre arreglamos nuestros problemas, cariño.

—Me voy —susurré más decidida que nunca, era lo mejor para los dos. Si me marchaba y ponía distancia todo se calmaría. Hice el amago de soltarme de su agarre, pero no me lo permitió, ya que afianzó mi cintura y me dio un jalón para sujetarme.

—Estás equivocándote si crees que voy a permitir que te marches —siseó en voz baja, mirándome directo a los ojos.

Tragué saliva cuando me hice consciente de la escena. No supe dónde colocar mis brazos, así que los puse entre los dos. Uno de sus muslos estaba entre mis piernas, nuestros pechos se unían peligrosamente cada vez que respirábamos.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer? —cuestioné un tanto nerviosa. Estaba extraño, me miraba de una forma que me confundió y me dejó muda.

—No me importaría encadenarte a mí toda la vida —soltó.

Un revoloteo chispeó en mi estómago... ¿Uno? No, eran miles, era un conjunto de mariposas volando en mi organismo.

Su intensidad me estaba devorando con lentitud. Era tal, que pensé que caería por el temblor que comenzaron a dar mis rodillas. Pero no caí, porque sus manos se enredaron a mi alrededor. Sus ojos me hipnotizaron, su olor me cautivó, su respiración me dejó atolondrada.

—¿Lo fuiste a verle? —Negué, sabiendo a quién se refería. Sus pozos verdes cayeron a mis labios. Hiperventilé—. Te juro que no dije nada de ti.

—¿Entonces es mentira lo que dijo? —Asintió con la frente arrugada.

—No dudes de mí —murmuró al tiempo que le daba un apretón a mi costado.

Su cercanía comenzó a evaporar mi enojo. Respirar el mismo aire me estaba matando, y fue entonces cuando recordé cada momento que habíamos vivido juntos: habíamos crecido tomados de la mano, nunca me había mentido.

—Está bien. —David esbozó una sombra de sonrisa y me abrazó con más fuerza.

—Me importas demasiado —susurró frente a mi rostro. Besó mi frente, mis mejillas y la punta de mi nariz, causándome un escalofrío. Estancó su mirada en la mía por un segundo para llevarla después hasta mis labios una vez más. Temblé. ¿Por qué me miraba fijamente y con la boca entreabierta? Su aliento chocó contra mi boca—. Y respecto a tu arranque de rabia, no sé qué hacer para que comprendas que cualquiera estaría encantado de estar con una mujer tan preciosa como tú —susurró.

Sentí fuegos artificiales.

Si no se alejaba pronto no podría aguantar un segundo más y terminaría besándolo. Si sumaba sus palabras, su perfume masculino, su mirada penetrante y su lengua chupando su labio inferior daba como resultado mi locura.

Dave abrió su palma en el costado de mi cintura para abarcarla por completo; más ardor cubrió a mi cuerpo.

Su rostro se acercó hasta que las brisas de nuestros alientos chocaron, hasta que su nariz topó con la mía. Ahogué un suspiro soñador. Un recuerdo quiso hacerse paso en mi memoria: los dos en una cama, él encima de mí. Dave jadeó sacándome de mis pensamientos.

—Debería dormir un poco, estoy cansada —murmuré en un hilo con la



poca resistencia que me quedaba.

—¿Mmm?

—Vamos a dormir —susurré.

—No —musitó. Lo miré alzando una ceja ante su tono mandón, tragó saliva con nerviosismo—. No vamos a dormir todavía.

—¿No? —pregunté, extasiada por la ascensión de su pecho. Negó.

—Tenemos un asunto pendiente.

—¿Qué asunto? —Su agarre se afianzó, uno de sus brazos subió por mi columna, sentí su mano agarrando mi nuca.

No parecía yo, parecía una necesitada de comprobar si sus labios eran tan suaves como se veían.

—Nuestro primer beso verdadero.

El tiempo se detuvo, su boca rozó la mía y se mantuvo en ese punto, como si estuviera disfrutando de ese mínimo contacto. Unió nuestras bocas con tanta lentitud que me daban ganas de devorarlo, no sé, quizá me quería volver loca.

Palpó mis labios con los suyos e hizo que nuestras narices chocaran. ¿Por qué mierdas no me besaba?

—Porque quiero sentir tu boca y tu respiración antes de besarte, porque no solo es un beso para mí. —Mis párpados se abrieron al comprender que había hablado en voz alta. Él sonrió apenas—. Es más que un beso en los labios, es un beso en el alma.

Su lengua se hizo paso a través de mi boca, mi respiración comenzó a agitarse, al igual que la suya. Con timidez extendí mi lengua y lo toqué con

ella, David se tensó al sentir el contacto.

Rugió con urgencia, era tan varonil que una neblina fundió mi cerebro, se desconectó. No pensaba en nada y, aunque sabía que tal vez me arrepentiría después, no había alertas en mi cabeza porque solo podía pensar en su boca amasándome.

Fue entonces que comenzó a besarme de verdad, amasó y moldeó, abrió su boca dándome paso, gustosa acepté la invitación. Me introduje en él y exploré su cavidad con osadía, era como si fuera mi piso, como si estuviera hecho para mí. Nuestras lenguas bailaron, se acariciaron con lentitud. Un gruñido salió de su garganta y, lo que era lleno de cariño, se transformó en pasión cruda.

Me estaba consumiendo, me besó con un desenfreno que me desenfrenó de la misma manera. No se escuchaba nada, a excepción de nuestras respiraciones agitadas. Me arqueé involuntariamente, presa del deseo, para unirme más. Sentí una presión en el muslo que provocó que me alejara de la nube embriagante en la que me había sumergido. Me separé un poco para tratar de controlar a mi alocado corazón que latía descontrolado.

Dave estaba serio, mirándome con las pupilas dilatadas, mientras su pecho subía y bajaba con rapidez, al igual que el mío.

No sé cómo lo hizo, pero me acostó sobre la cama y me abrazó. Confundida, porque no había insistido en besarme, recosté la cabeza en su antebrazo.

—Descansa, luciérnaga —mis párpados lucharon por no cerrarse, pero su calor siempre me había calmado. Y las caricias que impartió en mi cabello terminaron con mi resistencia.

A mitad de la noche me desperté y lo contemplé, el miedo corrió por mis venas, las dudas se arremolinaron en mi mente. Y me aparté.

# Siete

Cuando era pequeño me gustaba jugar con ella a cualquier cosa, no importaba a qué. Amaba con locura cómo su cabello volaba mientras corría por el césped con el balón de fútbol y la sonrisa que se extendía en su rostro después de marcar una anotación. Al crecer, en lo único que pensaba era en darle celos y en su cuerpo, en aquellos momentos de mi vida ya no quería mirarla de lejos.

Siempre fue tan distinta a todas las chicas, intenté miles de veces decirme que la costumbre era la que me atraía, pero no, era toda ella, mi luciérnaga.

Era inalcanzable para mí, como el viento, como tocar con la punta del dedo una luna en la lejanía. Tan preciosa y perfecta, tanto, que encandila. Me encandilaba su ternura y la fuerza de su carácter escondido, lo recuerdo todo porque yo me enamoré primero.

Nuestra historia trasciende más allá de lo conocido. Quizá en otra vida también la amé, no encuentro otra explicación.

Viví toda la vida restringiéndome, restringiendo mis miradas que se morían por perderse en su rostro, restringiendo mis besos que necesitaban estamparse en su boca, restringiendo mis manos ansiosas por delinear su piel, restringiendo mi amor.

Y sí, sabía que tarde o temprano se lo diría, pero ya no podía aguantar, la estaba perdiendo. Entre más tiempo pasaba, más murallas había y me dolía saber que a veces me evitaba.

No me sorprendió amanecer solo en su cama. Sin embargo, me dejé caer derrotado en el sillón al saber que no se encontraba en la casa, que su coche no estaba en la cochera. La esperé sentado en el mismo sofá por horas, a pesar de que sabía que no aparecería. La conocía lo suficiente.

Me levanté, decidido, y salí con las llaves de mi vieja camioneta. Manejé hacia su casa, tenía que saber qué estaba pasando y por qué huía de mí. Ya no estaba enojada por lo que había dicho Leila, entonces supuse que era por lo del beso.

Aparqué y descendí de la carcacha. La casa de Carly era blanca, había decenas de plantas con pequeñas florecillas, en su mayoría, violetas.

Después de dar un respiro lento coloqué mi puño sobre la madera para tocar, esta se abrió antes de que pudiera hacerlo. Los ojos marrones del papá de Carly me dieron la bienvenida, negó con la cabeza, indignado.

—Tu camioneta se escucha desde hace dos cuadras. —Se hizo a un lado para dejarme pasar—. Llegó muy temprano por la mañana, está en su recámara.

Me dispuse a subir las escaleras. Sabía que si tocaba su puerta no me abriría, así que simplemente abrí de un jalón.

Estaba sentada frente a la ventana, se podía apreciar todo el vecindario desde allí, eso quería decir que me había visto llegar.

—Dile que no puedo verlo, papá —soltó después de lanzar un suspiro—. Lo que sea, pero no quiero hablar con él ahora.

—Soy yo. —Mi voz tembló. Su espalda se envaró y no respondió, así que me acerqué a ella con sigilo. Quizá besarla no había estado bien, no lo sabía, pero no me arrepentía. Sentir sus labios sobre los míos, su ardiente lengua tocando la mía se había convertido en la mejor sensación del mundo, había sido asombroso y aún seguía quitándome el aliento. Ya la había besado antes, pero esta vez éramos conscientes. Era caliente y húmedo.

Coloqué mis palmas sobre sus hombros.

—¿Por qué te fuiste de esa manera? ¿Es por lo del beso?

—El beso fue un error —soltó tajante, mi pecho se hundió y mi corazón se llenó de grietas—. No va a volver a ocurrir.

—¿Un error? —pregunté en un susurro. Ella se puso de pie y me enfrentó. Su nariz estaba roja, al igual que sus mejillas. Sabía por qué—. ¿Estuviste llorando?

—Vete, Dave —pidió.

—¿Qué estoy haciendo mal? —rogué. Necesitaba entenderla. Me había aventurado a besarla y quería respuestas. Una chispa nació en sus ojos miel, me hizo recordar a una fogata en pleno apogeo. En cualquier momento las llamas comenzarían a surgir y me devorarían.

—¡¡Todo lo haces mal!! —gritó con rabia. Sus manos estaban temblando—. ¡¿Para qué me besaste, Dave?! ¡Era más sencillo antes!

Su mirada se nubló, pronto comenzó a soltar lágrimas, ella lanzó un rugido exasperado antes de dejarse caer de nuevo en la silla. Analizando cada uno de sus gritos, me dejé caer en la cama con resignación y miré las estrellitas del techo.

—Nunca te he reclamado nada, Dave, pero se supone que somos amigos y estos últimos días... —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Por qué nunca me defendiste de Amanda?

Porque quería dejar de amarla, quería amar a otra persona porque nunca sentiría lo que yo.

—Por imbécil —murmuré. No fue el mejor resumen de todo lo que sentía, sin embargo.

—¿Por qué me besaste?

¿Cómo desviar esa pregunta?

—Porque siempre he querido hacerlo.

Un incómodo silencio nos embargó, se quedó pasmada.

—¿Qué? ¿Por qué querías eso? —musitó, aturdida. ¿No era obvio? Porque me moría por ella. Le lancé una mirada de soslayo, me estaba mirando anonadada. La sangre se concentró en mis mejillas y las calentó.

—Solo lo quería, Carlene, me moría de ganas, ¿sí? —Me estaba exasperando—. Cuando una persona ama a otra...

—Pero tú no me amas, Dave —dijo, interrumpiéndome.

Quise lanzar carcajadas ante ese comentario tan absurdo. La había amado una vida, estoy seguro que si existí en otra época la amaba y sé que si reencarno la seguiré amando.

—Claro que lo hago. —Dejé que nuestros ojos se conectaran. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal por su mirada escrutadora.

Por algún motivo recordé el día que perdió la virginidad. Ella se derrumbó en mis brazos, dijo y repitió miles de veces que estaba arrepentida, que

Richard no la había tratado con delicadeza y que tenía miedo porque él se había negado a usar protección. Yo estuve a su lado cuando se hizo la prueba de embarazo, la escuché soltar el aire después de ver la respuesta negativa. Deseé arrancar cada cabello de la cabeza de Richard, pero Carlene no lo permitió y, dos semanas después, lo encontramos en el bar con otra.

No podía insinuar que no la amaba.

No podía creer que todo eso estaba sucediendo por un malentendido. Leila supo manejar muy bien sus cartas, era una de las internas del bufete donde trabajaba. Nos acostamos una vez, al igual que muchas otras pensó que podríamos ser pareja, le aclaré las cosas y no se puso a gritar ni nada parecido. El día que pasó todo me dijo que había olvidado algo en mi habitación y que necesitaba esos papeles con urgencia. Cuando bajé las escaleras con los documentos ella estaba afuera de la cocina llorando sin parar. Me dijo que Carlene la había insultado y sacudido solamente porque le había dicho dónde comprar zapatillas. Sabía que Carly se ponía a la defensiva en ocasiones con las chicas y le creí. Sí, era un tonto.

—Me equivoqué, decidí creer a una chica que no es mi mejor amiga, lo siento.

—Sí, yo también —dijo con tono sarcástico—. Voy a decirte lo que creo que pasa: solamente me besaste para retenerme, ¿cierto? Te cansaste de las otras y ahora también quieres jugar conmigo.

Me enderecé ante sus palabras. ¿Eso pensaba? Quise defenderme, pero no había terminado de despotricar en mi contra.

—¿Por qué a mí, Dave? Puedes acostarte con cualquiera. ¿Para qué burlarte de mí? ¿Qué hice mal para que te olvidaras de todo lo que hemos vivido?



Su dolor me sacó el aire, se levantó con la intención de salir de su alcoba, pero fui más rápido, así que la detuve por el codo y la giré para que me mirara. Su diminuta nariz tenía un tinte rojizo que combinaba con sus mejillas sonrosadas. Sus labios carnosos siempre me tentaban, cuando lloraba hacía cierto puchero que me incitaba a besarla.

Abracé sus hombros y coloqué mi barbilla sobre su cabeza, Carlene no me abrazó, tampoco me apartó.

—Te besé porque quería hacerlo.

—Eso no basta —refutó—. David, regresa a tu casa.

Con una sonrisa triste acaricié la piel de su antebrazo con cariño.

¿Cómo le podía confesar mis sentimientos si no creía ni siquiera en mis besos? Mis ojos se nublaron y mi garganta se cerró. Quería que supiera tantas cosas, que fuera testigo de cómo mi corazón se aceleraba cada vez que me miraba, cada vez que decía mi nombre. Quería decirle que me gustaba su manera de vestir y de caminar y que, a pesar de todo lo que decían, no había mujer más hermosa para mí. Moría por hacerle ver que no importaba el montón de chicas, siempre sería ella antes que cualquiera.

Quizá mi cuerpo había estado con muchas, pero mi corazón, mi mente y mi alma solamente con ella. Pero no me atreví, una vez más lo guardé, sin saber cuánto más iba a poder esconderlo, pasaba el tiempo y crecía más; empezaba a sentir que me haría explotar.

\* \* \*

Se mantenía alejada y distante. No tenía idea de qué era lo que estaba

ocurriendo en su cabeza y eso me estaba matando lentamente.

Todo el camino al terreno de papá lo hizo con los auriculares puestos, los acordes de las guitarras eléctricas retumbaban en mis oídos, mientras me torturaba mirándola a hurtadillas. Su comportamiento me daba señales confusas: por un lado, creía que no sentía lo mismo que yo, por el otro, no podía entender por qué me había besado de aquella forma. Mi cabeza dolía de tantas veces que le había dado vueltas a esa misma idea. No sabía cómo decirle, me sentía tan mediocre e inútil.

Descendimos de la camioneta y empezamos las tareas habituales: descargar nuestras pertenencias y armar las casas de campaña.

Carlene intentaba inútilmente armar su tienda, se desparramaba cada vez, por lo que me acerqué con lentitud a su lado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté esperanzado.

—No —respondió seca.

—¿Segura? —Intenté tomar su lugar, pero me arrebató la carpa y los palos que había tomado.

—Dije que no necesito ayuda.

Me dio la espalda.

Pasamos la mayor parte de la tarde instalándonos en el sitio. Habíamos ido infinidad de veces ahí, era un lugar tranquilo, donde, por lo regular, había un sinfín de actividades. Mis padres solo iban a pescar y a asar bombones en la hoguera.

—Necesitamos leños, cielitos. Será mejor que se vayan al bosque antes de que anochezca.

Carly se tensó al escuchar a su madre, incluso la escuché tragar saliva, algo que me hizo esbozar una sonrisilla. Entonces estaba nerviosa, ¿era eso? Un rayo de esperanza iluminó mi cuerpo. Vi que abrió la boca para objetar, así que la tomé por la cintura y la pegué a mi costado, haciendo que se atragantara con sus palabras.

—Ya vamos, señora Sweet —dije con dulzura.

—Cariño, llámame Ginger, ¿cuántas veces tengo que decirlo? —dijo soltando un resoplido que provocó que su fleco se elevara debido a la brisa de su aliento.

Los adultos se entretuvieron desempacando más cosas, bromeando sobre alguna monería. Carlene se deshizo violentamente de mi brazo y caminó dando largas zancadas rumbo al bosque.

Los pasos bruscos que la castaña daba provocaban que las hojas crujieran, al igual que las delgadas ramas que se encontraban en el suelo; estaba furiosa. Troté con la intención de alcanzarla, pero parecía que quería evitarme.

Fruncí los labios, sumergido en mis pensamientos.

Me aventuré, probando mi suerte, porque con ella nunca se sabía. Jalé su brazo y le di la vuelta de forma veloz, para después estamparla en la estructura más cercana: una roca gigante. ¿Cuándo había llegado eso ahí de todos modos?

Su mirada confundida y desubicada me hizo soltar una risita.

—¿Qué está mal? —pregunté en un susurro, sintiendo cómo su aroma invadía mis fosas nasales y se adentraba en mi organismo para volverme loco.

Su respiración agitada provocó que la mía se agitara a su vez. Era tonto, no encontraba la manera de comprender por qué me hacía sentir de esa forma.

—¿Mal? No hay nada mal, todo está bien. —Sus labios se curvaron tímidamente. Acerqué mi nariz a la suya, acaricié la piel de su punta y sus pómulos afilados.

Sus manos se centraron en mis caderas y eso fue todo lo que necesité para perderme en sus ojos como infante al ver el más inalcanzable dulce.

—Todo está bien —repetí en un hilo. Nuestros labios se rozaron solamente un poco, provocando que miles de chispas y centellas de colores parpadearan en ese punto. Bueno, al menos para mí.

Estaba a punto de besarla cuando abrió desmesuradamente los párpados e intentó apartarme golpeando mi pecho.

—¿Qué te sucede, David Arthur? —Apretó su mandíbula con rabia—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué? —Iba a contestar, pero dio un saltito brusco. Su entrecejo se frunció con dureza y clavó sus ojos helados en los míos.

—¡Ya basta, Stewart! ¡No me gusta que hagas eso! ¡No te he dado permiso! —Su cuerpo se sacudió, se hizo hacia atrás y me dio un puñetazo en la mejilla. Atónito por su reacción, me tambaleé, sintiendo cómo el dolor se extendía por todo mi cráneo—. ¡Te dije que no tocaras mi trasero!

Llevé mi dedo índice al lugar lastimado. ¡Joder! ¡Dolía! Esa mujer tenía puños de acero, debía tenerlo presente en mi mente. Jamás me había golpeado, la había visto hacerlo con otras personas, en ese instante entendí por qué Amanda había llorado por horas el día que recibió el golpe de Carly.

—¡No he tocado tu trasero, Carlene! —exclamé echando humo por las orejas. ¿Cómo se atrevía a culparme por algo así? Yo nunca lo haría... De acuerdo, sí lo haría, pero no sin su permiso.

—¿En serio? ¿Y por qué sentí que lo picabas? —soltó airada.

La rabia en sus gestos era obvia, busqué alguna razón, sin embargo, no la encontré, no sabía de qué estaba hablando. Se puso a dar vueltas, mandándome miradas asesinas. Sus pasos se detuvieron en seco segundos después, levanté la mirada para verla clavada frente a la gran piedra, dándome la espalda. Iba a ser difícil convencerla de cuánto la quería. Suspiré y apreté el puente de mi nariz.

—¿D-dave?

—¿Ahora qué? —solté.

—Creo que me ha picado un alacrán.

—¿Qué? —pregunté, atónito.

—¡Joder, D! ¡Qué me ha picado un alacrán! ¿Pequeños con cola puntiaguda? ¿Los recuerdas? Los vimos en clase de biología —murmuró sarcástica. Quería alzarla y devorarla a besos por hablarme tan petulante, pero no era tiempo para eso, ya tendría alguna oportunidad.

Me levanté de prisa y caminé hasta ella. Sin pensármelo dos veces la tomé en brazos y empecé a correr hacia el campamento, sintiendo el pánico extenderse en la base de mi garganta, tenía que llevarla a algún hospital.

—¿Qué haces? —musitó con alerta, al tiempo que abrazaba mi cuello. ¡Tonta! ¡Como si fuera a dejarla caer!

—Son mortales, Carly, no voy a dejarte y luego verte morir. —Divisé a

nuestros padres. Carly soltó una risotada, la miré con confusión.

—Tal vez muera, pero definitivamente puedo correr, ni siquiera me duele.

—Es para que el veneno no corra. —Le di una mirada de soslayo, apreté los labios reteniendo la risa—. ¿Qué?

—Eso es mentira, mejor di que quieres tocarme por última vez. —Hizo un gesto melodramático y rodó los ojos con diversión, sin saber que sí, lo hacía porque deseaba tocarla, no importaba de qué manera.

Llegamos a nuestro destino, nuestros padres nos miraron sonrientes, pero sus rostros cayeron al vernos. Con rapidez les informé de la situación, sin dejar que Carly pronunciara algo. Su madre parecía un saltamontes brincando a su alrededor con cara preocupada, palmeando la frente de su hija. De verdad creía que la adoraba y se preocupaba por su bienestar, sin embargo, entre ellas había una grieta enorme. Carlene no la soportaba, toda su adolescencia había intentado cambiarla y moldearla a su modo.

Insistió en montarse con nosotros a pesar de que le aseguré que podía llevarla al hospital más cercano. El transcurso al sitio lo hicimos en silencio. De vez en cuando la miraba de reojo, pero no se dio cuenta, ya que estaba perdida en lo que fuera que estuviera pensando, sin verse preocupada en absoluto.

Llegamos minutos después. Sabíamos dónde se encontraba el área de urgencias debido a que en una ocasión habíamos sufrido de piquetes de avispas, muchas de ellas. Sí, trepar los árboles nunca fue buena idea, y a partir de ese momento no dejé que lo hiciera de nuevo.

Se la llevaron para examinarla, dejándonos a Ginger y a mí en la sala de espera.

—En cuanto el doctor lo permita podrán pasar a verla —concluyó la enfermera.

Moví mis pies de un lado a otro con impaciencia, intenté respirar con calma, pero simplemente no lo logré. Me levanté de un tirón para caminar, pues quería aliviar mis ansias; tampoco lo conseguí.

Me senté de nuevo, comencé a tamborilear con mis dedos mi pierna y resoplé. Iba a levantarme, pero la madre de Carly me jaló del antebrazo haciendo que perdiera el equilibrio y cayera en la silla. La miré, atónito.

—Si vuelves a moverte juro que me arrancaré cada uña con la boca. —Me observó con absoluta seriedad, sus facciones se relajaron segundos después —. Lo siento, yo también estoy preocupada.

—Familia de la señorita Carlene Sweet.

\* \* \*

Bajamos de la camioneta una hora después. Resoplé exasperado al escuchar las carcajadas que lanzaba Carlene, al igual que su madre, que emitía risillas divertidas.

Localicé a mi padre con la mirada, quien intentaba encender una fogata en el centro de las casas de campaña, y troté hacia esa dirección con la intención de escapar lo antes posible del par de mujeres que no paraban de burlarse de mí.

Más tarde me senté en la tierra sobre una manta, froté mis palmas. Mi padre cantaba alguna canción con su vieja guitarra acústica, mientras mi madre y los padres de la castaña aplaudían y seguían los coros. Estaban sentados sobre

troncos que habían encontrado en el bosque.

Levanté la barbilla y la ubiqué frente a mí, del otro lado de la fogata. Las llamas anaranjadas hacían que su rostro parpadeara, estaba moviendo su cabeza al ritmo de la música. ¿Qué demonios estaba haciendo tan lejos?

Me puse de pie y me aproximé. Después de situarme junto a su cuerpo pasé mi brazo sobre sus hombros y la pegué a mi costado. Ella se dejó hacer, apoyó su cabeza en mi pecho.

—¿Ya te divertiste lo suficiente? —susurré.

—Solo un poco. —Esbozó una sonrisa, me derritió verla feliz y, aunque fuera por un momento, mantuvo su enojo resguardado.

—¿Solo un poco? Parecías una hiena.

—Lo sé, lo siento. No lo pude evitar al verte entrar con el cuello sudoroso, los ojos desorbitados y las manos frenéticas. —Soltó una risotada—. Amé tu rostro cuando el doctor dijo que una rama o un pedazo de piedra fue el causante del piquete.

Lo único que escuché fue: «amé tu rostro».

Besé su coronilla e inhalé profundo; su olor a vainilla combinado con leña me embargó. Pensar que una jodida rama había sido la culpable de la interrupción de más temprano me frustraba sobremanera, aunque también lo agradecí.

Quería besarla, necesitaba hacerlo y comprobar que sus labios no eran un sueño nada más.

—¿Damos un paseo? —Afirmó con la cabeza como respuesta.

Nos levantamos, sacudimos nuestros pantalones y después de despedirnos



de nuestros padres, quienes nos pidieron que tuviéramos cuidado, empezamos un recorrido lento y pausado, hombro con hombro. Cada vez que daba un paso nuestros brazos se rozaban, provocando que mi piel se calentara.

Tragué saliva, nervioso.

Le di una mirada de reojo, su perfil era tan perfecto que me hizo estremecer. Sus cabellos largos volaban libres gracias a la brisa y chocaban con sus mejillas pálidas, coloreadas solo por la agitación de la caminata.

¿Qué debía hacer para que se diera cuenta de que existía? ¿Qué debía hacer para lograr que fuera íntima aquella escena? Anhelaba que me mirara, que lo hiciera de verdad.

Estiré mi meñique hasta que pude sentir el suyo y los entrecrucé. Esperé su reacción, le pedí al cielo que no llevara su mano lejos de la mía.

Giró la cabeza para enfocarme, sus ojos me taladraron queriendo ver más allá. Frunció el entrecejo, pero no separó nuestros dedos, y eso solo hizo que la cabeza me palpitara de la felicidad y la adrenalina corriera libre. Seguimos el trayecto en un silencio que era interrumpido por el chirrido de los grillos y nuestras respiraciones. Queriendo tocar más de su piel, uní nuestras manos, acunando su palma con la mía y entrelazándolas. Aunque ya lo sabía, fue maravilloso comprobar que encajábamos.

Me aclaré la garganta.

—Te ves linda.

—Estoy sudada.

Mi mente atrevida se imaginó lamiendo cada esquina de su piel, arrebaté esos pensamientos antes de que ciertas partes de mi cuerpo reaccionaran.

—Yo también —respondí. Segundos después me arrepentí. ¿Qué clase de conversación era aquella? Parecía un puberto.

—Las chicas dicen que luces sexy cuando sudas. —Reprimió una carcajada.

—¿Tú también lo piensas? —pregunté.

—Sí —soltó. La sentí tensarse—. Digo no, no...

Quizá no todo estaba perdido.

Llegamos al lago tomados de la mano.

Cuando éramos pequeños solíamos jugar y nos lanzábamos al agua fresca como si fuéramos peces buscando su hábitat. Me soltó y se dejó caer en las piedritas, hice lo mismo, negándome a estar separados.

—Apuesto todos tus bombones a que lanzo más lejos una piedra. —Sonreí de lado.

—Acepto la apuesta —respondí.

—¿Qué apostarás? —preguntó, y tanteó el suelo mientras buscaba el instrumento adecuado, entretanto yo hacía lo mismo.

—Ya lo verás, luciérnaga.

Elevó su brazo y aventó la roca lo más fuerte que pudo. Al parecer no logró su propósito, porque comenzó a refunfuñar. Ella sabía que podía vencerla, y aunque otras veces la había dejado ganar, aquella vez no lo haría.

Así que llevé mi mano hacia atrás, lista para lanzar el objeto en mi mano, y lo hice. Observé cómo caía mucho más allá de donde había llegado la suya.

Guardó silencio como si tuviera que prepararse para mi castigo.

—Y bien, ¿qué tendré que hacer?

Era una gran oportunidad, tal vez así le demostraría lo mucho que necesitaba tenerla entre mis brazos una vez más.

—Bésame —susurré sin dejar de mirar sus iris color electricidad, que se nublaron con vulnerabilidad.

No era una buena señal.

# Ocho

Al escuchar la proposición de David me quedé muda, se estremeció mi cuerpo y mis poros se erizaron. Esperé alguna señal, alguna chispa en su mirada que me indicara que estaba bromeando, pero no encontré nada más que sus ojos verdes mirándome. No había nada de extraño en sus facciones, todo lo contrario, era lo más serio que había estado en su vida.

Y eso me asustó.

Lo que me dijo hacía unas cuantas horas me seguía consumiendo la mente, estaba muy confundida, él me confundía. Primero les aseguró a todos que éramos como hermanos y no sentía nada por mí, luego me besó y dijo que lo había hecho porque quería. ¿Por qué un chico que tenía a una multitud de mujeres bonitas iba a querer besarme sin más? Luego estaba el otro punto, el que más me dolía, aunque Dave no tenía la culpa. Yo estaba enamorada de él, no podía besarlo sin pensar en las consecuencias, pues al final terminaría lastimada.

Siempre lo había respetado, nunca me había importado que se revolcara con cualquier escoba con falda y luego las tirara como si fueran basura. Jamás había intentado hacérmelo a mí. ¿Por qué de pronto me besaba y me tomaba de la mano como si fuéramos una pareja feliz? Estaba enojada, ya que lo hacía porque le apetecía, sin saber que eso podría partirme por la mitad.

De pronto, me sentí herida, demasiado dolorida como para pronunciar algo. No supe en qué momento me levanté y empecé a correr, cuando miré alrededor ya estaba trotando rumbo al campamento. Escuché sus pasos siguiéndome, así que corrí lo más rápido posible. No quería verlo, deseaba escapar de aquel amor que me consumía y no me dejaba pensar con claridad. No quería dejarme llevar por los latidos de mi corazón, pues al final me quedaría sin nada.

A pesar de la agitación pude ver a nuestros padres riendo despreocupados frente al fuego. Localicé los baños, me adentré en la pequeña construcción y cerré la puertilla metálica. Apoyé mi espalda contra esta y suspiré, temblando, sin saber si era por el clima tibio o lo que acaba de suceder con anterioridad.

Supe que estaba del otro lado debido a su respiración pesada, la puerta se movió cuando se recargó en ella. Hice lo mismo y deseé que mi frente estuviera apoyada en la de él, que sus labios me volvieran a besar; pero que lo hiciera porque me amaba y no porque no había podido controlar sus impulsos.

Todavía podía sentirlo besándome, a su lengua trazar una gloria que no conocía, pero era un sueño que no podía ocurrir una vez más porque, en el caso de que sucediera, estaría acabada.

—Carly, ábreme —suspiró resignado—. Por favor, déjame verte.

No contesté nada para que el temblor de mi voz no delatara cuánto me dolía el corazón.

—Cariño, lo siento, no quería molestarte. Quería probarte otra vez, quería... —Su voz tembló, dejé que mi espalda resbalara hasta el suelo—.

Entiendo si no quieres hacerlo, no te iba a obligar, luciérnaga.

Comenzó a tocar la puerta creando una secuencia de sonidos claves, algo que solíamos hacer. Cuando nos enojábamos, tocábamos las maderas, siempre dos toques largos y uno corto en medio de ambos, por último decíamos cosas buenas del otro para recordar el porqué de nuestra amistad.

Recordé de dónde había salido esa costumbre: nuestras madres nos compraron mascotas, dos lindos polluelos; el mío era rosa y el suyo era azul. Todos los días salíamos a jugar con ellos, hasta que el animalito de Dave enfermó y murió. Estaba tan enojado que decidió que aplastar al mío era una buena idea. Lloré demasiado, se arrepintió, pero dejé de hablarle porque estaba indignada, él había matado a mi pollo. Entonces, un día, comenzó a tocar mi ventana creando una especie de canción, mientras recitaba una carta diciéndome los motivos por los cuáles no podíamos dejar de ser amigos. Después me enteré de que Rachel, su madre, lo había ayudado con el plan.

Dejé de vagar en mis memorias y abrí mis oídos a sus palabras.

—Recuerdo aquella ocasión en la que intentaste enseñarme a leer al revés. Lo hacías con fluidez, yo no pude hacerlo.

Hice lo mismo, toqué la madera y hablé.

—Recuerdo cuando golpeaste al chico rubio que me molestaba en cuarto año, desde entonces supe que nunca me fallarías —solté, con la imagen fresca de él tumbando a un bravucón.

—Jamás te fallaría, Carly. ¿Piensas que lo haría?

No necesité analizar su pregunta, sabía que David jamás se atrevería a dañarme, había pasado la mayor parte del tiempo protegiéndome.

Entonces, ¿por qué aquella angustia no salía de mi cuerpo? Lissa solía decirme que era paranoica y que mi manera de ser, siempre alerta, no me permitía disfrutar de lo que me rodeaba. Con Dave no quería dejarme llevar porque era una parte importante de mi vida, sin él seguiría viviendo, lograría mis metas, pero sería infeliz.

Mi madre decía que debía avanzar y aceptar que David nunca se fijaría en mí, que debía dejar de lastimarme y buscar a un chico que estuviera a mis alcances. Ginger jamás estaba contenta conmigo, ni siquiera cuando Richard y yo habíamos empezado a salir. Siempre me había dolido que mirara mis ropas con repugnancia, que despreciara lo que yo amaba, que disfrutara lastimándome. Sin embargo, ahí siempre estuvo Dave, acariciando mi cabello para que dejara de llorar, susurrando que todo estaría bien.

—No —musité con seguridad.

—Sí lo sabes, ¿qué está sucediendo?

—¿Por qué lo haces, Dave? No es gracioso, n-no entie-en-ndo —hablé entrecortadamente porque el nudo en mi garganta comenzaba a crecer. David soltó otro de sus largos suspiros.

—No quiero hacer esto en un baño mal oliente, cariño.

—¿Lo ves? No sé de qué hablas.

—Quiero que cuando te diga cuánto te amo pueda verte el rostro, pueda acariciar tu mejilla y mirarte directo a los ojos. Cuando te diga que te amo con toda mi alma quiero besarte y abrazarte. Y entonces, cuando me digas que me amas, demostrarte lo enamorado que me siento de ti, poder susurrar en tu oído «te amo» cada vez que estés junto a mí, pero no puedo verte ni abrazarte ni besarte porque estás escondida junto al maldito retrete.

—¿Qué? —susurré, en estado de shock. Me levanté con torpeza y empecé a tambalearme, así que apoyé mis manos en el metal de la puerta blanca. Giré la cabeza buscando las cámaras, las pruebas de que aquella era una absurda broma para algún programa televisivo.

—¿Quieres que lo repita de nuevo o vas a abrirme?

No podía ser cierto.

Mi corazón martilleaba, intentando salir de su cautiverio, queriendo extender sus alas para volar en su cielo, recordándome lo vivaz que se ponía tan solo con escuchar su timbre. Aleteando, queriendo desenfrenadamente su contacto. Rogando para que sus manos me sostuvieran como siempre había deseado.

Abrí la jodida puerta de un jalón. Mi pecho subía y bajaba rápido, como si hubiera corrido miles de kilómetros. Él estaba de pie, separado quizá por medio metro. Era como si estuviera viéndolo por primera vez.

Se acercó dando pasos cortos con la vista estancada en la mía, midiendo mis reacciones. Su cuerpo se plantó frente al mío, sus manos rodearon mi cintura y me aferraron con ternura.

La lentitud con la que bajó su rostro al mío me ahogó en un mar de anticipación. Sus dientes tomaron mi labio inferior y lo apretaron para darle después un ligero jaloncito. Me mareé debido a su respiración, a sus labios en los míos. Sé que de no haber estado en sus brazos me habría desmayado.

Minutos después reaccioné de mi aturdimiento, aquello no estaba bien. Me eché hacia atrás para alejarme. La sangre se me empezó a calentar, el nudo en mi garganta provocó cierto ardor en la nariz, tenía tanto miedo. Le temí a todo en ese momento: a equivocarnos y perderlo, a que después se diera



cuenta de que no se sentía de esa forma, a que estuviera confundido. Estaba temblando, Dave era todo, no... no podía solo ignorar eso y lanzarme al vacío.

—No vuelvas a hacer eso en tu vida —musité—. No quiero que me beses nunca más.

Su rostro me destrozó. Las esquinas de sus ojos y su frente se arrugaron; estaba herido.

—¿Por qué no? —cuestionó, despacio. Si no desaparecía iba a vomitar. Quise esquivarlo para huir, pero su brazo se levantó y me lo impidió.

—P-porque... —Se metió al pequeño cubículo del baño. Di pasos hacia atrás conforme se acercaba con sus ojos duros y dulces a la vez.

Mi increíble torpeza me hizo tropezar con la taza del retrete. David me rodeó rápidamente evitando mi caída. ¿Cómo iba a ser fuerte cuando su olor me penetraba y sus manos ascendían por todo lo largo de mi espina dorsal?

Él nunca me había tocado así. Un escalofrío me recorrió y me hizo estremecer.

—Por favor, D —rogué en un susurro.

—Acepta que me siento de esta forma por ti.

Clavé la vista en su hombro, mi cabeza punzaba por el revoltijo de dudas, pensamientos e inseguridades. No podía aceptar sus palabras, no podía creerlo, era demasiado irreal. Seguramente estaba pasando por una etapa de confusión o ya se había vuelto loco. Yo no me podía comparar en nada con el mar de chicas agraciadas que lo rodeaban. Todos se burlarían al ver al tipo atractivo con la chica antisocial y fea. Recordé aquella vez en la que me había

invitado a un baile de San Valentín y las chicas de mi grupo habían dicho que él solo lo hacía por lástima.

Estaba segura de que no quería lastimarme ni utilizarme, sin embargo, estaba confundido. Me aferré a esa idea porque era la salida más fácil.

¿Cómo decirle todo eso? Él iba a negarlo y se encapricharía. Además, no lo quería con su actitud coqueta sobre mí, no iba a poder sobrevivir con ello.

La única opción que tenía era...

Tomé un respiro profundo para formular las palabras correctas. Iba a mentir por nuestra amistad, porque lo amaba y no quería que perdiéramos nuestro vínculo.

—Yo... —Me aclaré la garganta—. No me siento de esa forma.

No me atreví a mirar su rostro su agarre se debilitó, luché con la urgencia de retractarme y besarlo hasta que nuestros labios se desgarraran, pero no lo hice porque era una cobarde.

—Eso cambia las cosas. —Su voz ronca me dolió. Me soltó y se giró para salir del bañito. Tenía el corazón en mi boca. Antes de salir me miró por encima de su hombro y sonrió de lado, algo que me descolocó—. Se te olvida que te conozco demasiado bien, luciérnaga, ¿crees que te creo una sola palabra cuando tienes esos ojitos llorosos? No sé qué está pasando por tu cabeza, pero alguien que no quiere a otra persona no se deja comer la boca.

Salió de prisa del sitio dejándome boquiabierta. ¿Qué demonios?

\* \* \*

No sé la hora exacta en la que salí de mi escondite. Supe que era tarde porque el movimiento había cesado. Las ruinas de la fogata aún estaban ahí, invitándome a perderme en su olor a madera quemada. Me senté sobre un tronco rugoso, contemplé la tierra frente a mí como si fuera el espectáculo más sorprendente.

Una vez, cuando éramos pequeños, David se enojó conmigo porque no quise jugar baloncesto, yo quería jugar fútbol. Me ignoró durante una semana entera, estaba destrozada. Mi padre me dijo que se lo dejara a la suerte, así que Dave y yo lanzamos una moneda: salió sello. Ganó, de modo que jugamos a básquetbol.

Me hubiera gustado tener una moneda para dejarle mi destino a la suerte, pero me fui a dormir.

Si había pensado que sería como cuando éramos chiquillos, estaba completamente equivocada.

No estaba segura de qué era peor: que me dejara de hablar o que actuara como si no hubiera ocurrido nada. Su sonrisa era enorme, había una chispa pícaro en su mirada, no entendí su plan.

—¡David, cariño! ¿Por qué no van tú y Carly a la ciudad? —propuso Rachel. Me tensé ante tal proposición.

—Escuché que abrió un nuevo club —agregó mi madre para mi horror.

Rogaba para mis adentros que su respuesta fuera negativa. Debajo de la mesa crucé mis dedos, pero el brillo en los ojos de Dave me hizo retorcer en cólera.

—Por supuesto —respondió él sin siquiera preguntarme. Sabía que detestaba con todas mis fuerzas esos lugares.

Me levanté indignada de mi asiento, provocando que todas las miradas se centraran en mí y, sin decir una palabra, me encaminé hacia mi casita azul para calmarme antes de lanzarle una manzana a la cabeza.

¿Cuál era su condenado problema?

Cuando entré, alguien detrás de mí me empujó para pasar. Me giré y lo miré, David sacudió su cabello con los dedos y después relajó sus hombros. Se acercó con cuidado y frotó con sus palmas mis antebrazos en un intento por calmar la tensión. Lo logró.

—No volverá a ocurrir, ¿sí? No quería molestarte, hagamos como que no pasó nada. —Controlé las ganas de mandarlo a la mierda. ¿Que no había pasado nada? ¡Me había besado! ¡Dos jodidas veces!

Resoplé. Él aplanó los labios con diversión. No entendía un carajo.

—De acuerdo —murmuré.

—Si no quieres ir al pueblo, no iremos.

—Está bien, vayamos. —Sonrió de lado y asintió antes de salir.

\* \* \*

Me cepillé el cabello una última vez, tendida en la bolsa para dormir.

Cuando salí a la oscuridad de la noche, el clima y la brisa acariciaron mi piel. Escuché el sonido de los grillos y el movimiento de las hojas de los árboles. Él me estaba esperando en la camioneta de su padre, movía la cabeza al ritmo de la música, supongo. Tenía un foco encendido, así que era fácil admirarlo desde mi localización.

Me quedé estancada, quería mirarlo sin que se diera cuenta. Mi corazón dolía tanto que sentía un agujero en mi pecho. Y lo peor era que era una masoquista que no era capaz de alejarse de su veneno. Él también era la cura.

Recordé cada una de nuestras risas, cada momento que habíamos compartido.

Su barbilla se levantó y se percató de mi inspección, así que corrí y subí al vehículo. No me dirigió la palabra, ni siquiera una mirada en todo el camino. Mi corazón se hundió y mi ánimo también. ¿A dónde había ido todo aquello de actuar como si no hubiera ocurrido algo entre nosotros?

¿Dónde estaba mi mejor amigo?

# Nueve

Ir a su lado sin poder tocarla y besarla era una completa tortura, pero si quería que reaccionara tenía que sacudirla, esperaba que la lejanía le provocara algo.

No sabía cómo actuar, no sabía cómo hablarle sin sentirme estúpido. Deseaba con cada fibra de mi ser que me amara de ese modo.

Le di una mirada de soslayo, iba más pendiente de ella que de la carretera, y volví a centrar la vista.

Llegamos al lugar atestado de gente moviendo sus cuerpos en masas, la música retumbaba. Me adelanté a pesar de que deseaba tomarle la mano, la sentí caminar detrás de mí, era consciente de cada uno de sus movimientos, aunque no lo pareciera.

En verdad esperaba que lo que había dicho en el baño fuera producto de alguna tontería, de lo contrario, iba a tener que olvidarla. El solo pensar que no me quería, que nunca me querría creaba un abismo en mi interior. Si ese era el caso, ¿qué iba a hacer con mi amor? Con ese absurdo sentimiento que había ido alimentando con el pasar de los años y que seguía creciendo. ¿Cómo detenerlo? Era como el agua, que siempre encontraba una rendija para colarse, así era ella, se colaba por todas partes.

El bar estaba repleto de meseros sirviendo órdenes, siguiendo el ambiente. Me dejé caer en un banquillo.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—¡No, gracias! —Alzó la voz para que la escuchara por encima de los estruendos, los gritos y la música electrónica.

El barman se nos acercó y, después de darle una mirada a Carly, tomó mi orden.

En silencio tomé mi trago. El escozor del alcohol quemó mi garganta; apreté los dientes para resistir.

—¿Quieres bailar? —Su pregunta me descolocó. ¡Estaba funcionando!, o eso esperaba: ella no era mucho de bailar, por lo que supuse que no le agradaba mi actitud distante, pero necesitaba más.

A sus espaldas se encontraba alguien.

El tipo de chica que habría llevado cualquier noche a mi cama y la haría mía hasta que gritara y me hiciera olvidar cuáles eran los gritos que en verdad deseaba, ruidos que jamás podría escuchar porque eran inalcanzables.

Rubia, sus labios —demasiado gruesos para ser naturales— se curvaron al darse cuenta de que la miraba fijamente. Levantó la barbilla y señaló la pista, después de lamer un poco su comisura.

—Vuelvo en un momento —dije, rogando que mi plan funcionara y no nos fuéramos a la mierda. Me levanté con los ojos clavados en la rubia, quien se levantó de igual manera y empezó a caminar. Quise averiguar la reacción de Carlene, pero me contuve. La chica se introdujo en el gentío, así que la seguí.

Observé, desde atrás, sus piernas largas y contorneadas, su cintura

moldeada y su largo cabello ondulado. No me gustaba nada de ella, ni su andar ni su vestuario ni su típico cabello oxigenado, ni siquiera las medidas de su rostro. No era como Carlene, y eso bastaba para que no me gustara, pero aun así la rodeé con mis brazos y la pegué a mi cuerpo.

Como sanguijuela se adhirió a mi anatomía, sus labios volaron a mi cuello, al igual que una vampiresa, al igual que todas; no había nada interesante o nuevo.

Carly emanaba un olor agradable a vainilla, su cabello siempre olía delicioso y sus curvas perfectas encajaban cual rompecabezas en mi cuerpo. A su lado todo era así, todo encajaba, supuse que solo yo lo había sentido de aquella forma.

Levanté los ojos, mi corazón palpitó desenfrenado cuando la ubiqué mirándome desde la barra, su mirada brillaba y relampagueaba al mismo tiempo. Me dio una sonrisilla de lado y, posteriormente, se giró en el banco para darme la espalda.

Dejé de mirarla, intenté controlar el disgusto concentrándome en la chica entre mis brazos, pero no lo logré. ¿Había entendido todo mal? Quizá iba en serio cuando había dicho que no me quería y los besos sucedieron debido al alcohol.

—¿Y si vamos a un lugar más privado? —murmuró la rubia, ni siquiera sabía su nombre. Me debatí mentalmente, la tristeza corrió por mis venas cuando me di cuenta de que Carlene no me haría una escena, no se pondría histérica porque no se sentía de esa forma por mí, había malinterpretado todo. Necesitaba sacar sus palabras que continuaban clavándose en mi corazón como estacas.



—Sí. —Sonrió, tomó mi mano y me condujo fuera de la multitud. Antes de salir murmuré:

—Necesito hacer algo antes.

Me encaminé hacia Carly, quien al parecer encontraba entretenida su pajilla, ya que no dejaba de mover los hielos con ella. Toqué con la punta de mi dedo índice —deseando, en realidad, besarla— su hombro. Me miró con curiosidad.

—¿Me esperas aquí? Regresaré. —Sus pupilas pasearon y se clavaron en la mujer a mi lado, no logré descifrar lo que pensaba. Se estaba escondiendo de mí, y siempre que lo intentaba lo lograba. La rubia apretó mi antebrazo intentando llamar mi atención.

—De acuerdo —murmuró asintiendo.

La esperanza de que me arrebataría de los brazos de la loba se esfumó y me hizo soltar todo el aire que guardaba en mis pulmones. Sin decir nada más, me di la vuelta.

—¿Esa marimacha es tu novia? —La voz chillona de mi acompañante amenazó con perforar mis tímpanos. Sentí la necesidad de mandarla a la mierda porque la había ofendido, pero no dije nada.

Deseaba poder decir «sí, ella es mi chica, esa mujer hermosa es solamente mía».

—No —solté tajante y malhumorado.

Caminamos hacia la camioneta de mi padre en un silencio que fue interrumpido por los traqueteos de sus tacones. Me dejé llevar y seguí sus indicaciones.

Una vez dentro de su departamento supe que se llamaba Mary, que amaba mucho a su ex, quien la había engañado con su mejor amiga. Ambos compartimos anécdotas mientras tomábamos tragos de vodka y reíamos. Ella me aconsejó, con el semblante descompuesto por el alcohol, que no me diera por vencido, porque amores como el mío merecían ser bien recibidos.

No recuerdo mucho más después de eso.

\* \* \*

Miré el reloj en mi muñeca de nuevo, la gente a mi alrededor se estaba yendo, partiendo a sus hogares o, como él, a alguna cama para revolcarse como animales.

¡Estaba tan molesta!

No vi el amor que había dicho que me tenía mientras bailaba con esa chica. Al final yo había tenido razón, solo habían sido las hormonas y la confusión. Como Tarzán, estaba segura de que si Jane no hubiera aparecido en la selva, se habría apareado con un gorila o un coco, yo qué sé.

Tres jodidas horas.

Estaba indignada, él nunca hacía esas cosas, siempre volvía por mí, me acompañaba a casa y luego volvía a las fiestas para irse con sus ligues, o simplemente permanecía a mi lado toda la noche.

Debo admitir que la primera hora la pasé llorando, sorbiendo por la nariz y lamentando su partida; la segunda fue para calmar mis pensamientos, cuales bombas amenazando con explotar e ir en su búsqueda para asesinarlo a él y a la mujer, y la tercera estaba sirviendo para enfurecerme como nunca antes en

mi vida. Incluso creo que estaba temblando, mis dientes castañeaban.

—Es obvio que no vendrá, ternura —soltó con lástima el mesero que nos había atendido con anterioridad.

Me limpié una lagrimita que aún no había terminado de salir y ahugué un suspiro profundo. Miré al chico de ojos café que me observaba con atención.

—¿Podrías darme una cerveza? —pregunté, a lo que afirmó con calidez. Abrió la bebida frente a mí y me la tendió con calma. No se movió, se quedó de pie mirando cómo bebía antes de que el bar cerrara y la realidad se estampara en mi rostro.

No iba a ir por mí, se había largado, se había atrevido a dejarme varada en medio de un club desconocido.

Estaba sola, sin idea de qué hacer para regresar al campamento. Supuse que quedarme dormida afuera del bar no era una buena opción, la gente no se veía demasiado amigable como para hacerlo. La desesperación comenzó a perforarme.

—Mal día, ¿eh? —cuestionó sonriendo.

Mis comisuras se levantaron por primera vez en la noche al recordar que justo así había conocido a Lissa. Me encontraba en una fiesta, David me había arrastrado al evento, pero al entrar se marchó con una chica. Yo me senté en una barra improvisada con un vaso rojo en las manos, no me atrevía a tomar el contenido por miedo a que tuviera alguna sustancia tóxica. Y entonces llegó ella y, aunque al principio pensé que era una niña mimada como el resto, me sorprendió. Me contó su vida y yo le conté la mía. Nos hicimos inseparables.

Me descargué con él como si fuera el amigo de toda la vida. Le conté lo

mucho que lo amaba, a veces reía conmigo al contarle aventuras y en otras ocasiones se quedaba más serio que mi madre al verme vestida de negro. Hablé de su cabello y de cómo me gustaba cepillarlo, sobre lo tonto que lucía cuando ingería perritos calientes y de las bromas que solíamos hacerle a la gente que nos molestaba. Le conté todo, no me quedé con nada porque sentí que explotaría si no lo sacaba; era mejor desinflarse de a poco.

Manny me escuchó, sospechaba que era por la falta de clientes, aunque de vez en cuando me detenía levantando la palma para poder servir algo y minutos después retomábamos la conversación como si nunca se hubiera ido.

—Créeme que si fuera heterosexual saldría contigo, ternura. —Acarició mi brazo y sonrió con cariño, reconfortándome—. ¿Me dejas darte un consejo?

—Por favor —rogué. Lissa estaba muy lejos.

—Hay dos cosas seguras en esta vida: uno, cuando un chico te siente segura y sabe que podría tenerte en cualquier momento, no se esfuerza por conseguirte; dos, cuando se da cuenta de que puede perder suele jugar mejor sus cartas. Demuéstrale que eres la mujer más valiosa que conoce, haz que suba a la copa más alta por la mejor manzana.

Digerí todo lo que había dicho y lo entendí. Había un ligero problema: después de aquella noche no sabía si valía la pena.

—Gracias, Manny. —Soltó una risilla apenas audible, sonreí un poco—. Creo que debería irme ya.

—Si me esperas unos minutos podría acompañarte, es de noche, estás en un pueblo extraño.

Se lo agradecí.

\* \* \*

Manejó su auto negro con paciencia al lugar que le había indicado. *Yellow Submarine* sonaba de fondo.

Manny era estudiante de enfermería, trabajaba como mesero para pagar sus estudios, dado que su padre lo había desterrado al enterarse de que era homosexual. Entonces supe que estaba lleno de basura el mundo: el desterrado debería haber sido su padre por discriminarlo de aquella manera. Vivía en un pequeño departamento cerca del pueblo y tenía novio, decía estar profundamente enamorado de él.

Media hora después aparcó en el lugar indicado, bajó el volumen de la música y me miró sonriente.

—Sana y salva, chica. ¿Qué dices? ¿Unos helados mañana?

¿Por qué no?

—¿A las cuatro? —Abrí la puerta del coche, empujándola con mi hombro. Cuando asintió sonriente bajé del auto y me giré para decirle adiós.

—No olvides lo que te dije, primor —susurró antes de arrancar y perderse en la negrura de la carretera.

Caminé, al fin tenía algo de calma y serenidad, al menos en los alrededores. Sabía, por la cantidad de madera en el suelo, que nuestros padres habían asado salchichas en la fogata y cantado canciones viejas.

Por supuesto que la camioneta no estaba y, sin ella, él tampoco. Dolía saber que estaba en los brazos de otra, pero ya estaba acostumbrada a ser su amiga marimacha.

Con el frío calando me dirigí a mi casa de campaña, cerré desde adentro y me recosté.

Tantas preguntas que no me atrevía a preguntarle y tantas respuestas que no me daba. Ese día no sabía nada, solo que había sido un error enamorarme de él. Lo dejaría ir, le diría adiós, no le pediría ninguna explicación, dejaría que viviera su vida.

Con esos dolorosos sentimientos me quedé dormida, soñando con un mundo donde él no estaba. Mi sombrilla no me protegía de la lluvia, así que tenía que esconderme de la tormenta.

# Diez

Me moví en mi bolsa para dormir, la cual era más suave que la del día anterior. No podía entender aquello, ¿cómo demonios era posible? Mis párpados pesados se abrieron.

Confundido, miré el techo, eso claramente no era el campamento, era un departamento. Alguien a mi lado se dio la vuelta y lanzó un gemido.

¡Santa Madre! ¿Qué había hecho?

La rubia estaba tendida en el espacio junto a mí. Algo parecido al alivio me relajó cuando me percaté de que estábamos vestidos. Había una botella de vodka en el suelo, ya lo recordaba.

¡Joder! Había bebido de más.

Tardé aproximadamente cinco segundos... cinco largos e infernales segundos en pensar en ella y darme cuenta de que la había dejado olvidada en un lugar desconocido, lleno de borrachos, sin transporte y sola.

¡Maldición!

Lo primero que se me ocurrió hacer en aquel instante fue ir al club, tenía la tonta idea de que tal vez me había esperado ahí, después de todo, no tenía manera de regresar por su cuenta. Llegué con el alma pendiendo de un hilo. Las puertas estaban cerradas, no había guardias cerca, todo lucía solitario.

Tragué saliva con nerviosismo, busqué en la acera y en toda la cuadra: no había rastro de Carly por ningún sitio.

¿Y si le había sucedido algo malo? Mierda, todo por mi estupidez e impulsividad.

Con un nudo calando en mi garganta, manejé al campamento, rogué en mi mente que estuviera ahí.

No había comprobado la hora, supuse que era temprano porque no vi a nadie despierto. Me detuve frente a su casita de campaña y me asomé, la sangre abandonó mi rostro: no estaba ahí.

Mi pecho empezó a subir y a bajar con velocidad, mi corazón se aceleró tanto que comenzó a doler. Me imaginé lo peor, di vueltas por todo el lugar, intentando pensar en algo, cualquier cosa para poder encontrarla. ¿Dónde la podía buscar? Ni siquiera funcionaban los teléfonos ahí. Todo eso era por mi puñetera culpa, si le pasaba algo jamás me lo iba a perdonar.

De pronto, tuve una idea.

Troté por el césped, había un lugar cerca del lago en el que un montón de piedras gigantes formaban una clase de pedestal. Desde que había aprendido a pintar comenzó a escapar a ese sitio, siempre se escurría, a pesar de los regaños de Ginger, a quien no le gustaba que trepara piedras. Recuerdo que corría y yo la miraba hasta que los rayos del sol la consumían y no podía encontrarla más.

Al levantar la barbilla la encontré sentada en la punta de la roca más alta, sobre sus muslos tenía un lienzo lleno de colores y, entre sus dedos, su largo pincel de madera. No pude imaginar cómo había subido todo eso, esboqué una sonrisa al saber que estaba segura. ¡Menos mal!



Su cabello chocolate liso se esparcía más allá de sus hombros, su nariz respingada se veía curiosa en la sombra que proyectaba.

Me recargué en el tronco de un árbol y la observé. Siempre me relajaba mirarla mientras hacía sus cuadros, me tranquilizaban sus gestos, las sombras que se producían en su rostro cuando se equivocaba y ladeaba la cabeza para poder observar con mayor claridad sus trazos.

Llevó su mirada al amanecer y estudió las luces, los colores o qué sé yo. Se quedó quieta unos segundos y, tras soltar un grito, en un arrebato lanzó por los aires el lienzo, que cayó al lago y flotó, debido a su ligereza, para bambolearse siguiendo el curso de la corriente.

Se dobló y cubrió con sus palmas su rostro, escondiendo su hermosura por su tristeza. Miré cómo su cuerpo temblaba, estaba llorando. Me partía el corazón saber que quizá el motivo era yo. Una vez más le había fallado.

Siempre había tenido pánico de contarle sobre mis sentimientos por miedo a que ella no sintiera lo mismo y luego nuestra amistad terminara. Era mejor tenerla de alguna manera a no verla jamás. Lo único que estaba haciendo era alejarla y no quería eso, me negaba. Me amara o no, yo la necesitaba.

La admiré, minutos después se levantó y comenzó a bajar como toda una profesional. Ya en el suelo sacudió su cabello y caminó de regreso al campamento.

Adquiriendo una distancia prudente, la seguí, tenía que hablar con ella y pedirle disculpas. También necesitaba pedirle una oportunidad. Si no me había rendido en todos esos años, ¿por qué habría de hacerlo en ese momento? No había dicho la palabra «hermano», eso era bueno, ¿no?

Con pasos rápidos llegué hasta su casa de campaña y me debatí

mentalmente. Tenía dos opciones: esperar afuera o adentrarme en el sitio y obligarla a escucharme. Me decidí por la segunda, así que con decisión me detuve en la abertura de la entrada, pero me congelé y estancué mis plantas en el suelo.

Mis ojos viajaron por todo su cuerpo desnudo, cubierto solo por su ropa interior de algodón celeste. La última vez que la había visto sin ropa había sido el día de su cumpleaños. No pude admirarla sin reparos, entonces dejé que mi mirada la barrierá. ¡Oh, claro que lo hice! No me lo iba a perder por nada del mundo.

Su piel era pálida y lechosa, como el chocolate blanco derretido, y había unos cuantos lunares en su espalda que me hicieron sonreír, pues lucían como chispitas dulces. Mis labios picaron, quería besarlos. Sus escápulas marcadas en su espalda me provocaron querer acariciarla, viajar con mis yemas en sus caderas y delinear cada curva con pausa. Sus perfectos y torneados muslos, sus pantorrillas y tobillos... Todo era excitante. Su cabello caía como si fuera un ángel, las puntas se ondulaban al llegar a un trasero con forma de corazón. Hipnotizado, tragué saliva, no podía despegar mis zapatos del cielo en el que me encontraba. Era tan perfecta, mejor que en mis fantasías.

Salí de mi trance cuando me percaté de que se había vestido y estaba a punto de girarse. ¡Maldición! Amaba mis bolas, no quería que me las cortara. Me moví hacia un lado para que no descubriera mi intromisión, me sentí como un chiquillo haciendo una travesura.

Carlene salió de su cueva y saltó del susto en cuanto me vio de pie afuera de su casa. Llevó sus manos a su pecho e intentó contener sus respiraciones agitadas. De pronto, me sentí tímido e idiota, sobre todo idiota.

—Cariño, lo siento. —Iba a pronunciar algo, pero me acerqué y coloqué mi palma sobre su boca para que pudiera escucharme—. Perdóname, sé que fui un imbécil y me comporté como un cretino, no sabes cómo me sentí esta mañana cuando desperté y no sabía dónde estabas. Tomé de más y me quedé dormido, prometo que no pasará de nuevo, jamás te dejaré sola una vez más. Lo lamento tanto.

Lentamente despegué mi mano de sus labios y esperé una serie de blasfemias y maldiciones que, para mi sorpresa, no llegó.

—Está bien, D, ya soy una chica grande que puede cuidarse sola. Además, no soy tu responsabilidad, no te preocupes. —Sonrió con dulzura, así que la miré estupefacto.

—¿Entonces no estás enojada? ¿Estamos bien? —pregunté con extrañeza.

—No y sí. —Había cierto brillo en su mirada, como si se estuviera riendo porque conocía un secreto que yo no—. Ahora, grandote, voy a prepararme un emparedado, que muero de hambre.

Me dio unas palmadas juguetonas en el hombro y me sacó la vuelta para dirigirse hacia los contenedores que nuestros padres usaban para acomodar los alimentos. Sin entender del todo su reacción, me emparejé a su costado.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté, a lo que se encogió de hombros.

—Puedes untar crema en el pan, supongo.

Al final solamente hicimos eso, untamos la crema de cacahuete en los panes y nos sentamos a comerlos enmudecidos. Le lancé miradas de soslayo, confundido, pues no me había esperado aquella actitud. Apenas me notaba, eso tampoco me gustaba en absoluto.

Algo en mi cabeza hizo clic.

—¿Cómo regresaste anoche? —pregunté, nervioso.

—Me trajeron —respondió con simpleza. Debería haber estado aliviado de que hubiera encontrado a alguien que la llevara segura, pero una oleada de celos me embargó, me ahogó amenazando con dejarme sin respiración.

—¿Quién? —cuestioné, desesperado por conocer la respuesta.

—Un chico que conocí en el bar —soltó antes de darle una mordida a su desayuno. Mis peores pesadillas aparecieron en una simple frase. Era mi maldición, lo mismo había sucedido hacía años con Richard, el rubio jodido Palace.

—¿Con un chico, Carlene? ¿Por qué hiciste eso? Pudo haberte pasado algo, ¿cómo se te ocurrió semejante estupidez? Debiste esperarme... — Interrumpió mi discurso con una risotada.

—Claro, porque dormir en medio de la calle es lo más seguro del mundo, o caminar kilómetros en medio de las tinieblas de un pueblo extraño es mejor que irse en el coche con calefacción de un joven agradable.

Un joven agradable. Ya empezaba a sentir las náuseas.

—De todas maneras, Carly. —Suspiré con cansancio—. No me perdonaría si te pasara algo.

Se levantó de un salto y me dio la espalda para acomodar los utensilios y las cosas que habíamos utilizado.

—Lo superarías, Dave —susurró. Como resorte me puse de pie y me acerqué a su cuerpo, al mismo que había contemplado minutos atrás sin ropa y que me parecía increíble. Retiré el cabello de su cuello, recorrí con mi nariz

su longitud hasta llegar a su oído, donde soplé mi aliento.

—No vuelvas a decir eso, ya te dije que te amo, luciérnaga —susurré despacio. Guardó silencio, luego giró para apartarme con su dedo índice.

—Acéptalo, D, estás confundido, ayer lo demostraste. Creo que deberíamos distanciarnos por un tiempo, tener otros amigos, no sé.

Estaba destrozándome. ¿Distanciarnos? No, agité la cabeza incapaz de pronunciar palabras porque temía perder la cordura.

—Resolveremos este problema —susurró.

—Amarte no es un problema.

Tomé su barbilla sin poder contenerme y acerqué mi rostro al suyo para poder besarla. Carly se quedó quieta y miró mis labios fijamente. Mil revoloteos se dispararon en mi interior, tenerla tan cerca era un paraíso.

—¡Mis hijos! ¿Almorzaron sin nosotros? —Carlene se apartó de mí cuando escuchó la voz de mi madre. ¿No podía besarla en paz por una maldita vez?

—Teníamos hambre —respondí sin ganas.

Los otros adultos llegaron con sonrisas, las mujeres prepararon el desayuno junto con sus maridos, entretanto nosotros permanecíamos silenciosos observándolos parlotear sobre las actividades que realizaríamos aquel día. Tal vez si me mantenía adherido a ella le podría demostrar que estaba arrepentido.

—Yo no podré —emitió Carlene, llamando la atención de todos—. Saldré con un amigo que conocí ayer, iremos por un helado.

Clavé la vista en la madera de la mesa y apreté las manos, mis venas palpitaron y mis músculos se tensaron.

Por debajo de las pestañas vi que Ginger sonrió de oreja a oreja, eso solo hizo que me molestara todavía más, pues se la pasaba metiéndole ideas en la cabeza sobre encontrar un buen partido. Me tragué el coraje porque no podía hacerle una escena de celos, no cuando yo le había restregado a la rubia el día anterior en la cara.

Carly se levantó disculpándose, no le quité la vista de encima hasta que desapareció en el interior de su tienda. No pude contenerme, me levanté para seguirla, asomé la cabeza en la casa de campaña. Se encontraba sentada en la bolsa para dormir, entretanto ojeaba su cuaderno de dibujos con tranquilidad. Su vista se levantó y me miró, expectante. Traspasé la puerta y me dejé caer frente a ella, nuestras rodillas se tocaron. Jamás despegó sus ojos luminosos de mi rostro.

Tomé sus manos y acaricié sus nudillos, admirando lo diminutas que eran en comparación con las mías.

—Perdóname —susurré en un hilo.

—Ya lo pediste —dijo.

—No pienso darme por vencido ni alejarme de ti, Carly.

Intentó zafarse de mi agarre, pero se lo impedí. Le di un jalón, atrayéndola a mi cuerpo, hizo fuerza hacia atrás para despegarse, pero no lo logró. Hice que sus brazos rodearan mi cuello y atrapé su cintura.

—¡David! ¡Suéltame! —chilló, e intentó empujarme con sus palmas. Enterré mi nariz en su cabello y respiré hondo, ya no me importaba demostrar lo mucho que la necesitaba, deseaba y quería, ya me había cansado de fingir indiferencia—. Dave, por favor —susurró más calmada y quieta.

Acaricié su mejilla con la punta de mi nariz y, sin poder contenerme, besé

su pómulo bajo su atenta mirada.

—¿Qué estás haciendo, D? —preguntó. Su aliento chocó contra mi rostro y me volvió loco.

—No me puedes obligar a seguir fingiendo algo que no puedo, ya no soy capaz de controlar lo que siento por ti.

Su respiración se entrecortó y se hizo lenta, pude sentir cómo se volvía violenta. Me aventuré poniendo mis manos en su cadera y la moví elevándola para sentarla en mi regazo. Sus brazos seguían separándonos, pero no había fuerza, ya no estaba alejándose. Hundí mi cara en la curvatura de su cuello y la recorrí dejando besos que le sacaron un suspiro. Exhalé el aire al sentir cómo nuestras pelvis encajaban, Carly se movía levemente sin ser consciente del deseo que crecía en mi interior, de las inmensas ganas que tenía de tumbarla y amarla. Soltó un suspiro que alejó mi autocontrol, saqué mi lengua y lamí la piel. Sus dedos se enredaron en mi cabello, entonces no pude más, acuné su trasero y la anclé. Una exclamación ahogada se le escapó cuando se dio cuenta de lo mucho que estaba disfrutando al tenerla encima de mí.

—Necesito irme —balbuceó.

—No te vayas con él —supliqué. Pegó su mejilla a la mía y me abrazó con fuerza: le correspondí apretándola contra mi pecho—. Me lastimas.

Carlene se envaró y se echó hacia atrás, sus ojos lanzaban llamas, nunca la había visto tan enojada. Deshice nuestro abrazo porque no entendí las razones de su molestia, no había dicho nada malo. Se puso de pie, así que yo hice lo mismo, y después de darme un empujón nada cariñoso su rostro se llenó de lágrimas.

Mi corazón se apretó por vislumbrar su estado turbado.

—Tú no tienes idea de lo que es ser lastimado. —Lanzó una risa ahogada—. Toda mi puñetera vida viví con la ilusión de que un día me mirarías, pero siempre fui relegada por ti porque preferías estar con otras. Tú no sabes lo que es porque yo no estoy de cama en cama ni encuentro chicos para tener sexo en la casa donde vives. —Impactado por sus palabras, la miré—. No me digas que te lastimo porque tú lo has hecho por años, me lastimaste y lo sigues haciendo.

—Luciérnaga... —Me interrumpió.

—Me dijiste que me amabas y unas horas después me ignoraste en el bar para irte a revolcar con alguien más. ¡Y peor!, me dejaste olvidada en un bar de una ciudad desconocida. Actúas como si no te importara lo más mínimo lo que ocurre conmigo. —Tenía razón, era por eso que sus palabras eran peor que una cachetada—. Siempre es lo mismo y ya estoy cansada de esto. No me pidas que te crea una oración sin valor, esas dos palabras no significan nada porque no puedes cambiar todos los años en los que me hiciste a un lado y te burlaste de mí.

Agachó la cabeza y suspiró.

—Nunca más vuelvas a decir que te lastimo, pero si lo hago... estamos a mano —soltó tajante, con un tono que jamás había utilizado conmigo.

Una vez dicho eso, se escabulló con agilidad. La vi correr y subirse a un auto para después alejarse de mí.

\* \* \*



Al final solamente paseamos e hicimos un pícnic en la orilla del lago. Estábamos sentados en el suelo, mis padres y los Sweet platicaban sobre golf.

Con resignación me levanté y caminé hacia la orilla, me senté en el mismo lugar en donde le había pedido un beso. Comencé a lanzar piedras, con sus palabras rondando en mi cabeza. No me di cuenta de que mi padre se había sentado a mi costado hasta que me dio un buen susto aclarándose la garganta.

Su cabellera cobriza ya empezaba a tornarse platinada y su mirada, verduzca, al ser rodeada por los signos de la edad, pero, a pesar de ello, no podía catalogarlo como viejo. Mi madre decía que se había enamorado de él a primera vista, pero que pasó mucho tiempo hasta que se decidió a salir con papá. Rachel y él eran tal para cual.

—¿Qué pasa, David? —Tomó un puño de rocas e hizo lo mismo que yo, como cuando era pequeño.

—Le dije todo a Carlene. —Una presión en mi pecho me ahogó al decirlo y sus párpados se adhirieron a su frente por la sorpresa.

—¿Qué dijo? —preguntó antes de lanzar con fuerza su primera piedrilla.

—Salió corriendo. —Papá lanzó una carcajada. Lo miré divertido.

—¿Qué ocurrió anoche? Vi que llegó sola. —No contesté, esperé a que él entendiera mi silencio, y creo que lo hizo porque lanzó un suspiro—. Actuaste mal, hijo, Carly no es como la mayoría de las chicas, me recuerda mucho a tu madre.

—¿A mamá? —pregunté intrigado. Asintió.

—Fue muy difícil conseguir una cita con Rachel, solía mandarme al demonio.

—¿Cómo lo hiciste?

—Los pequeños detalles marcan la diferencia. Conquistala y, si ya te quiere, enamórala hasta que no pueda vivir sin ti.

Analicé sus palabras.

Merecía un mayor esfuerzo por mi parte, lo era todo y sin ella no tenía nada, eso ya lo tenía claro, siempre había sido de esa forma.

—Eres cursi, papá. —Soltó una risotada, se levantó y enarcó una ceja en mi dirección

—Actúa rápido, Carly es una mujer preciosa, cualquier hombre con dos dedos de frente puede darse cuenta, y no creo que otro vaya a dudar.

Y se fue, dejándome más preocupado de lo que ya estaba.

Cuando comenzó a oscurecer los adultos recogieron las cosas y se marcharon. Me pidieron que fuera con ellos, sin embargo, decidí permanecer en el sitio para escuchar el movimiento del agua y de la noche.

Tendí mi cuerpo en el suelo, lleno de piedras que se clavaron en mi espalda, y cerré los ojos para poder verla en mi mente. Una voz interrumpió el silencio tiempo después.

—¿Puedo sentarme junto a ti?

El brinco que dio mi corazón me hizo sonreír.

# Once

Subí con la respiración entrecortada al auto de Manny, no hizo ningún comentario sobre mi estado emocional y se lo agradecí en mi mente porque la rabia en mi sistema no me permitía emitir palabras. Me dejó lidiar con mis demonios internos.

El olor a chicle de plátano invadió mis fosas nasales, la música clásica logró que mis músculos se relajaran. Manejó por las calles terrosas del pintoresco pueblo cercano a Nashville. Miré los edificios viejos, aunque en realidad estaba concentrada en otra cosa.

No había querido gritarle todas esas cosas, estuve a punto de confesarle lo mucho que lo amaba, pero no había podido evitarlo.

¿Cómo se había atrevido a decir que lo lastimaba? ¿En qué sentido? Él era el que se la pasaba de cama en cama, teniendo relaciones íntimas con un montón de chicas frente a mi rostro, junto a mi habitación.

—¿Qué hizo esta vez? —preguntó en un hilo antes de dar vuelta en una esquina.

—Dijo que lo lastimo. —Arrugué el gesto con disgusto—. ¿Cómo puede decirme algo así? ¡Es a mí a la que lastima con sus estupideces! ¡Con sus errores repetitivos!

—Exactamente, Carly, son errores. Y si es verdad que te ama, quizá tú también lo lastimaste sin saberlo. —Apretujé los párpados y acaricié con los dedos mi sien para liberar la tensión.

—Yo decidí tener novio cuando él anduvo con esa. No me miraba de ese modo, lo hubiera sabido. Yo... —Mi voz tembló. Manny se orilló frente a un parque lleno de árboles, se giró en su asiento y me miró con el semblante serio.

—Eres una mujer hermosa, pero no lo sabes —sentenció. Agaché la cabeza y clavé las pupilas en mis muslos, troné mis nudillos con nerviosismo.

—¿Eso qué? ¿Cuál es tu punto? —cuestioné.

—Creo que si él te hubiera mandado señales, que seguramente sí lo hizo, no te habrías dado cuenta por estar sumergida en tu autodesprecio, ternura.

—Yo no me detesto, yo solo... Soy fea en comparación con otras chicas, soy tan común y ordinaria, no tengo nada llamativo, nada que me haga aceptar que David me quiere.

—¿Quién te ha dicho toda esa basura? Lo único que yo veo frente a mí es a una mujer con un corazón enorme, unos ojos cautivantes y un rostro precioso que insiste en mantener oculto.

Nos mantuvimos silenciosos, solamente con The Beatles sonando de fondo.

—No sé qué hacer —susurré, resignada.

—¿Has pensado en visitar a un psicólogo? —preguntó pausadamente, tanteando mi reacción, quizá pensando que estamparía mi palma en su mejilla. Me enderecé, enfoqué a Manny y apreté con dureza mi entrecejo—. No porque estés loca, pero necesitas ayuda, Carly.

Asentí, comprendiendo su punto, aunque no me agradaba en absoluto necesitar a otro para sanarme.

—¿Qué hago con él? —cuestioné y le lancé una mirada de soslayo.

—Hablar y arreglar los problemas. Si no quieres una relación con él ahora, no la tengas, pero no mandes a volar tantos años llenos de cariño y amistad —respondió. Sus ojos se hicieron agua—. Yo tenía un amigo, hacíamos todo juntos, era mi hermano. Se enteró de que era homosexual y, bueno... las cosas se nos salieron de control, fue una época muy excitante porque él estaba descubriendo que le gustaba que lo tocara y todas esas cosas. —Elevó una ceja con picardía, dejé escapar una risita—. El punto es que me dejé en evidencia delante de toda la secundaria, me lastimó como no tienes ni idea.

Mis párpados se abrieron con asombro, sus comisuras se elevaron.

—Tiempo después me pidió perdón de rodillas y me dijo que era un cobarde por intentar ocultar sus sentimientos. Él me quería de ese modo, ¿sabes? —continuó.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, curiosa.

—Pronto nos vamos a casar —respondió, a lo que mi mandíbula se desencajó. Manny se rio a carcajadas ruidosas, solamente como él sabía hacerlo, y extendió su mano para borrar los rastros de lágrimas que se habían quedado en las esquinas de mis ojos—. A veces la gente se equivoca. No conozco a tu chico luciérnaga, pero se desvive por ti, Carly. Son más cosas buenas que malas, simplemente escúchalo y deja que te escuche.

—¿Y si me lastima? —Mi labio inferior comenzó a temblar, mi respiración falló. Me moría de pánico, tenía tanto miedo de explorar lo que David me ofrecía.

—Si te mantienes encerrada en tu burbuja por el miedo a salir lastimada nadie te va a lastimar, pero tampoco podrán acariciar tu corazón. Quizá duela, quizá no, pero vas a tener tesoros en tu memoria. Si no explotas la burbuja no tendrás nada y dolerá, y no habrá nada que puedas salvar de ese dolor. Además, si no duele no es amor.

No sabía qué contestar a semejante pensamiento profundo, era como la música que siempre me dejaba sin palabras. No conocía del todo a Manfred —Manny era un diminutivo—, pero me hacía sonreír como si nos conociéramos desde hacía años.

Me dio un golpe amistoso en mi hombro y sacudió mi cabello con el fin de aligerar el ambiente. Funcionó.

Paseé a su costado, reíamos de vez en cuando. Había un vendedor de helados de fruta natural en el parque en el que habíamos aparcado. Sus extensas y rústicas arboledas inundaban al ambiente con ese olorillo a madera y pino. Muchas familias recorrían el trayecto, entretanto algunos otros trotaban, ejercitándose. La luna se asomó, su circunferencia perfecta iluminó las calles y las estrellas adornaron el cielo.

Conversamos sobre la vida y sobre el futuro, porque Manny no hablaba sobre el pasado, decía que era demasiado doloroso y confiaba en que su destino sería mejor. Yo no pensaba lo mismo, creía que nuestro pasado forjaba nuestro futuro.

Encontramos una fila de puestos ambulantes, nos acercamos y vislumbramos las ristas de pulseras, collares y aretes multicolores, eran artesanías de alguna parte. Un destello llamó mi atención.

Acaricié el metal con mis yemas y sonreí al recordar el día que recibí mi

primer beso.

En la secundaria había perdido mi collar con nuestra foto dentro. David, a pesar del tiempo, aún no se lo quitaba del cuello.

Tomé las dos piezas que habían llamado mi atención para observarlas de cerca. Las cadenas eran casi idénticas a los ejemplares de hacía años.

—¿Cuánto por estas? —pregunté a la anciana que tejía una especie de gorro en un rincón de la lona. Ella se levantó y se acercó. Sus iris negruzcos examinaron las piezas y después mi rostro.

\* \* \*

Cuando Manny aparcó afuera del campamento ya me sentía más tranquila, era como si hubiera liberado cada herida de mi alma con su compañía.

Nos despedimos prometiendo vernos pronto, de verdad lo esperaba. Me quedé ahí hasta que su coche se perdió en la negrura de la noche. Apretujé la bolsa donde estaban las cadenas y la deposité en la parte trasera de mis pantalones de mezclilla.

Me encaminé hacia las casas de campaña, el sitio estaba callado, excepto por las risillas de mis padres y los de Dave al otro lado del terreno. Traspasé el umbral y deposité mis compras en mi maleta, me detuve antes de salir y asomé la cabeza para buscar los autos. Solté el aire al darme cuenta de que no se había marchado a ningún lado.

Nuestros padres me informaron de dónde estaba, así que temblando y con los dientes castañeando caminé a pasos lentos hacia el lago. Se encontraba tendido sobre las piedras de la orilla con los párpados cerrados. Una serie de

imágenes se adueñó de mi mente: cuando éramos pequeños nos gustaba acostarnos en el césped debajo de la casa del árbol para observar las nubes y sus figuras. Tragué saliva y abrí la boca, deseaba huir y, al mismo tiempo, no hacerlo.

—¿Puedo sentarme junto a ti? —pregunté en un susurro. Mi corazón dio un vuelco violento al verlo levantar las esquinas de sus labios y afirmar con un suave sonido proveniente de la base de su garganta.

Me dejé caer a su lado y lo imité, me acosté y observé el cielo negro.

Se giró de lado para enfrentarme, sentí sus pupilas estancadas en mis facciones. Intenté mantener la calma, pero mi corazón tenía vida propia y provocó un ligero sonrojo en mis mejillas.

Moví mi cabeza para poder mirarlo, me dio una sonrisa triste que a pesar del tiempo sigo recordando y extendió su mano para perfilar con sus yemas mi mandíbula. Ambos abrimos la boca para hablar al mismo tiempo y la cerramos con una sombra de sonrisa. David se aclaró la garganta.

—Tú primero —musitó en un hilo. Quería saber la razón por la que había decidido fijarse en mí, necesitaba saberlo para poder creerlo.

—¿Por qué yo? —logré pronunciar a pesar de la inmensa bola en mi garganta. Él nunca separó nuestras miradas.

—Porque eres una luciérnaga, alumbras cada espacio de mi alma.

Una lagrimita se me escapó, la borró con sus dedos, dándome una tierna caricia que me robó el aliento.

—¿Desde cuándo? —cuestioné, saboreando su manera de mirarme, embelesada porque ¡Dios!, ¡yo lo amaba!, y era demasiado irreal que me



amara también.

—Desde siempre. —Hizo una pausa para respirar profundo—. Desde que te vi con aquel vestido rosa y con tu cabello adornado de flores, desde que manchaste tu boquita de betún. Desde que me ganabas al fútbol y a los videojuegos. Desde que te vi intentando atrapar ese luminoso insecto, pues tus ojos brillaban más. Desde que te vi llorar porque un montón de chicas y tu madre te hacían sentir menos. Desde el día que llegué a pensar en convertirme en el padre de tu hijo si la prueba de embarazo resultaba positiva. Desde siempre.

—¿Por qué? —volví a cuestionar con voz temblorosa y débil. Me sentía ridícula, pero no pareció importarle.

—Porque el amor no se puede explicar.

—Nunca me lo dijiste —suspiré.

—¿Habrías creído en mí? —preguntó serio. Quise apartar la vista, pero no me lo permitió. Sostuvo con su pulgar e índice mi barbilla. Resignada, negué sacudiendo con lentitud la cabeza. David sonrió, triste.

—Si me amabas, ¿por qué tuviste novia? ¿Por qué todas esas chicas?

—Porque tú no sentías lo mismo, Carly. Quería dejar de sentir esa presión en el pecho cuando te tenía cerca y no podía besarte ni perderme en tu piel. Solo quería dejarte de amar, pero nunca lo conseguí. Cada vez que lo intento irrumpes con más fuerza y solamente logro quererte más, enamorarme más fuerte.

No emití palabras. ¿Qué podía decirle? Era justo lo que me pasaba. Era lo mismo que intentaba hacer con Richard: apagar el fuego que sentía cada vez que miraba a Dave.

Una de sus manos tomó la mía y frotó con dulzura y suavidad mis nudillos.

—Dame una oportunidad para demostrártelo, déjame enseñarte lo mucho que te quiero, no me apartes sin que lo sepas.

Me perdí en sus lagunas verduzcas. Las había visto demasiadas veces, pero nunca de aquella manera. No sin reservas.

No sabía si era la mejor decisión. ¿Qué era lo mejor para los dos llegados a ese punto? Yo también deseaba esa oportunidad, aunque fuera una locura, por lo que tomé aire bajo su atenta e intensa mirada.

—De acuerdo —dije despacio. Dave abrió los labios para respirar. Antes de que pudiera decir algo lo interrumpí—: pero tengo algunas condiciones: no voy a vivir contigo en el departamento, viviré con mis padres e iremos con calma. Si vamos a hacer esto lo haremos bien.

Sus dientes marfiles se asomaron, había una chispa de esperanza en sus ojos. Estaba feliz, noté su alegría en sus muecas, así que terminé relajándome.

—¿Quieres que te cante una serenata? —Alzó una ceja con picardía, lancé una risita y negué—. Preferiría que te quedaras conmigo, pero si es lo que deseas aceptaré.

Afirmé, conforme, porque había aceptado lo que yo quería, aunque probablemente después me arrepentiría.

—¿Sigues queriendo a Richard? —preguntó con melancolía. Quizá Manny tenía razón después de todo, tal vez yo también había lastimado a Dave sin darme cuenta. No estaba preparada para confesarle cuan inmensos eran mis sentimientos hacia él, pero debía hacerle saber que Richard no era especial.

—No —respondí con sinceridad. Él sacó aire de sus pulmones, aliviado.

Una ráfaga de viento me hizo estremecer.

—Deberíamos regresar al campamento, se está haciendo tarde y tienes frío —dijo con su tono protector. Rodeé los ojos.

Nos pusimos de pie e iniciamos el recorrido de vuelta, me percaté de sus miradas de soslayo y de la sonrisita que intentaba reprimir apretujando sus labios. Los viejos estaban en la mesa donde hacíamos nuestras comidas, nosotros nos detuvimos en la entrada de mi tienda. Se paró frente a mí, envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me pegó con fuerza a él. Cerré los ojos y lo abracé también. La sensación era completamente diferente, mis piernas amenazaron con doblarse.

—Gracias por creer en mí —susurró en mi oído, y un cosquilleo se extendió por todo mi cuerpo. Cada sensación era nueva, ni siquiera había terminado de creer que el chico con el que siempre había soñado estaba enamorado de mí. Se echó hacia atrás y depositó un besillo tronado en la orilla de mis labios. Algo cruzó su mirada—. El chico con el que saliste... ¿es importante?

Mordí mi labio y clavé los dientes delanteros con fuerza para evitar soltar una carcajada. La mitad de sus cejas se tensó y su cuerpo rígido me sostuvo con fuerza, como si temiera que me alejara.

—Sí, lo es, es un amigo muy especial. —Su mandíbula se apretó más y las venas de su cuello saltaron. ¡Vaya! ¡Estaba celoso!

—¿Qué tan especial? —siseó con los dientes apretados. Aquella nueva faceta de él era diferente, o quizá era yo la que lo veía así.

—Muy, muy, muy especial —dije, a lo que resopló—. Creo que sería perfecto para pasar una tarde hablando de chicos.

—¿De qué hablas? —preguntó confundido.

—Manny es gay, D.

Su rostro aturdido me hizo reír, y de un momento a otro se carcajeó conmigo. Cuando pudimos controlar el ataque de alegría, soltó mi cintura y apartó un mechón de cabello de mi cara.

—Debería irme para que puedas dormir.

—¿No dormirás conmigo como siempre? —Disimuló el asombro.

—Claro, voy a cambiarme y regreso. —Se giró, pero se detuvo y me enfrentó de nuevo—. ¿Quieres que traiga algo para que cenes?

—No —solté. Él asintió y continuó su camino.

Ingresé a la casa de campaña y me puse a brincar como loca, solté risitas de felicidad sin poder contenerme. Me saqué las zapatillas, impaciente por verlo de nuevo, y solté mi cabello. Me dejé caer en mi tenderete y sonreí en la oscuridad. Jamás había sentido algo como lo que sentía en ese momento, estaba tan feliz.

Minutos después lo escuché entrar, se acostó a mi lado y permaneció separado por unos cuantos milímetros, pues no había mucho espacio.

—Abrázame —pedí, porque en verdad lo necesitaba, quería comprobar que no era un sueño. Lo escuché esbozar una sonrisa. Sus brazos me rodearon y me adhirieron a su pecho, y luego colocó su barbilla en la curvatura de mi hombro.

—Mmh, siempre hueles delicioso. —Cerré los párpados, disfrutando de las caricias que su mano impartía en mi abdomen, la boca la tenía seca. Dejó un besito en la base de mi oreja, los poros de mi piel se levantaron—. Te amo.

Fuegos artificiales se dispararon en mi interior, me derretí. Guardé silencio y me moví más cerca de él, uno de sus dedos acarició mi pómulo con delicadeza. Me dediqué a sentir ese abrazo que me hacía estremecer, me atraganté con mi suspiro—. ¿Por qué tiemblas?

—Se siente diferente, este abrazo es peculiar.

—Siempre te he abrazado igual, solo que ahora sabes lo que me produce tenerte tan cerca. —Me apretó más—. ¿Saldrías conmigo mañana? Como en una cita.

Esta vez no detuve mi suspiro, su petición me sacó el aire.

—Sí —murmuré.

—No puedo creer que al fin pueda sostenerte de esta manera.

—¿Cómo? —cuestioné, perdida yo también en la sensación.

—Sin reservas. —El cosquilleo en mi estómago se hizo más intenso. David acarició con su nariz mi cabello, luego mi oreja, donde respiró. Me retorcí un poco, pues lo sentía por todas partes—. No solo te amo, también me encantas.

Mis labios se entreabrieron, todo mi interior tembló. Tenía que parar de hacer eso, de acariciar mi oído y de apretujarme, porque mi cuerpo empezaba a reaccionar a sus caricias.

—¿Sí? —pregunté.

—Sí, me gustas muchísimo. —El brazo que rodeaba mi cintura se hizo hacia atrás, su palma se colocó sobre mi vientre. Respiré por la boca. ¿Era él capaz de darse cuenta de lo mucho que me gustaba su toque? Enterró la nariz en mi cabello, y no se movió más—. Por primera vez voy a dormir y mis sueños no serán mejor que la realidad.

Esboqué una sonrisa secreta cargada de emoción.

Su respiración se fue haciendo lenta, no pude pegar ojo hasta bien entrada la madrugada, pues no podía creer todo lo que había pasado.

# Doce

Los rayos del sol pegaron en mi cara, dejé que mi mirada paseara por el paisaje: el césped verde intenso y el cielo azul hacían una combinación hermosa.

Nuestras casas de campaña adornaban el terreno, al igual que el toldo donde estaban nuestros víveres. El baño era una construcción blanca con un inmenso tinaco encima que nuestros padres llenaban cuando nos instalábamos —no sé cómo lo hacían—, así que teníamos que ser cuidadosos con las duchas y no gastar agua en exceso.

Una sombra se pintó en el suelo, pero antes de que pudiera girarme para identificar al dueño, unas manos cubrieron mis ojos.

—¿Quién soy? —preguntó con voz chistosa, una risa burbujeó de mi interior

—No lo sé, ¿tienes alguna pista para mí?

—Una persona que se alegra cada vez que te ve y su corazón se acelera cuando te tiene cerca. —Otra ola de emociones me embargó, no estaba acostumbrada a esa clase de acercamientos. Dave retiró sus palmas, tomó mi mano y me dio vuelta. Colocó mis dedos en su cuello, pude sentir los golpeteos acelerados que su corazón daba—. Hola, luciérnaga.

—Hola —respondí con timidez.

—Encontré algo que podría gustarte —dijo, al tiempo que aparecía una radiante sonrisa en su cara. Jaló mi brazo, instándome a seguirlo.

Recorrimos, tomados de la mano, la inmensa arboleda repleta de vegetación. Había flores en los arbustos y la maleza, algunos árboles tenían frutos y en otros había panales, las aves cantaban y llenaban el aire de melodías.

—¿A dónde vamos? —Se detuvo en seco y me enfrentó.

—Ya llegamos, cubriré tus ojos, ¿de acuerdo? —Asentí. Me dio instrucciones para caminar con los ojos cubiertos y a trompicones nos encaminamos hacia algún lugar desconocido para mí. Podía sentir su sonrisa en el costado de mi cabeza, escuché su risita cuando tropecé y me aferré a su antebrazo para no caerme.

—Listo, hemos llegado —susurró frente a mi oído.

Una vez dicho eso, descubrió mi mirada ante una de las vistas más preciosas que había tenido el placer de ver. Los colores amarillentos del pastizal estaban adornados con flores blancas, lindas florecillas que parecían algodones.

—Es precioso, D —dije sin poder apartar los ojos del panorama.

—Tal vez podrías hacer una pintura. —Tenía toda la razón, aquel era mi estilo, siempre buscaba paisajes donde pudiera mezclar justo esas tonalidades.

—Te has fijado —solté, enfocándolo.

—¿En qué? —Alzó una ceja y se acercó sonriendo hasta que quedó de pie



frente a mí. Solamente estábamos separados por unos cuantos centímetros.

—En mis colores predilectos al momento de pintar —murmuré, un tanto confundida: ni siquiera mi padre se fijaba en esos detalles. Sus dedos se entrecruzaron con los míos, su cabeza se ladeó y me estudió con detenimiento. Un sonrojo subió hasta mis mejillas, así que aparté la mirada. ¡Maldición! ¿Por qué no podía dejar de sonrojarme?

—Sé cada detalle, no deberías asombrarte —dijo sin más, dejando a un lado la pena. Creo que pudo sentir mi incomodidad y mis ganas de respirar—. ¿Regresamos al campamento? Hay que alistarnos para nuestra cita.

Entre risas regresamos. Nuestros padres preparaban el fuego para que no se hiciera tarde, Dave les informó de los planes y de que no podríamos cenar con ellos. Mi madre nos miró con atención, entrecerró sus ojos y observó el brazo de David sobre mis hombros. No sabía si me gustaba o no ese escaneo, después de todo, no la soportaba.

—D, nos vemos al rato, iré a cambiarme —musité, aguantando las ganas que tenía de gritarle a mi madre que nos dejara en paz, no quería causar una riña, no cuando me sentía tan feliz. Él asintió sonriente y aflojó su agarre para dejarme libre.

\* \* \*

Mantuve mis suspiros y mi frustración en el fondo de mi mente, el espejo me regresó la mirada y una lágrima se escapó de mi ojo. Volví a inspeccionarme con minuciosidad, moví mi rostro de un lado a otro y, rendida, apoyé mis palmas en el lavabo.

De nuevo se reproducían las escenas de mi adolescencia en mi cabeza como una película que quería matarme a cuchillazos. Podía ver la mirada ardiendo en coraje de mi madre, escuchar sus gritos mientras me ordenaba usar el corrector para afilar mi nariz porque era demasiado gruesa, aunque era más delgada que la de ella. Podía verla caminar en mi habitación blandiendo faldas y vestidos, escucharla decir que mi cabello no combinaba con el tono de mi piel, que mi abdomen no era lo suficientemente plano. No era difícil recordar su rostro furioso cuando había llegado con las zapatillas llenas de lodo o cuando prefería ver una película de acción con papá a ir de compras con ella. Aún recuerdo la báscula rosa que me había obligado a usar cuando tenía dieciséis. Todavía puedo evocar lo vacía que me sentía cuando se avergonzaba de caminar a mi lado en el centro comercial.

Pero eso no fue lo peor, había otras cosas retorcidas que prefería guardar en un lugar donde ni yo misma pudiera encontrarlas, aunque no me resultaba, pues siempre terminaba recordando, escuchando esos gritos que salían de mi propia boca, ese pánico.

Intenté controlar el flujo salado que caía e inundaba mis mejillas y me miré de nuevo, porque, en cierta manera, ella tenía razón. Yo nunca sería la clase de chica que podía aparecer en la portada de una revista, quizá el problema era que su melena rubia brillaba y la mía era opaca, como el chocolate amargo, y sus piernas largas no se comparaban con las mías flacuchas.

Recogí mi cabello en una coleta porque no me gustaba largo, pero ella había insistido en que, si me atrevía a llevarlo corto, terminaría siendo un hombre. Solía decir que era el único detalle que me hacía ver como una mujer, yo creía que estaba loca.

Toqué mi estómago y luego mis hombros y mis brazos. Eran tan diminutos

que no era capaz de comprender por qué me obligaba a comer bajo una dieta estricta. Los únicos momentos de paz eran cuando estaba con Dave y podía comer lo que quisiera.

Tocaron la puerta dos veces, despejando mi maraña de recuerdos, abrí y una enorme sonrisa se instaló en mi rostro al verlo frente a mí.

Su cabello caoba estaba coloreado con algunas canas y sus ojos castaños siempre me habían observado con el más profundo de los amores. Mi padre se acercó y limpió las lágrimas perdidas en el borde de mis ojos, donde habían creado una especie de rocío en mis pestañas. Su brazo me rodeó y sonrió.

—Vi que tardabas mucho, lucecita, ¿qué sucede? —Acomodó un mechón de mi cabello, salimos abrazados del baño.

Recorrimos en silencio el corto camino hacia el área donde estaba empezando a encenderse la fogata. Tomamos asiento en un tronco y observamos cómo nacía de la nada el fulgor del fuego, escuchando a las llamas bailotear y empujarse unas a otras.

—Papá, ¿crees que soy fea? Tú eres hombre, ¿no? —Una carcajada se escuchó a mi lado y lo miré con una sonrisa porque no entendía su alegría repentina.

—Supongo que soy hombre, cariño. —Reprimí la sonrisa y regresé la vista a la hoguera—. Creo que eres la mujer más hermosa de todas.

—Pero eres mi padre y debes pensar eso —susurré, no muy convencida de que fuera sincero—. ¿De verdad crees que David está interesado en mí?

—Así que todo esto es por David —murmuró con alegría—. ¿Al fin se atrevió a decírtelo?

Mi boca se abrió con asombro, no emití sonidos debido al impacto, volví a cerrarla.

—¿Lo sabías? —logré cuestionar después de recomponerme. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Todo el mundo lo sabía, lucecita. Me da gusto que al fin se haya atrevido, ¿no te agrada la idea?

—No lo sé. —Su ceño se frunció—. No es que no lo quiera, papá, es que tengo miedo de que un día se despierte y descubra que en realidad estaba confundido. Miedo a que se de cuenta de que podría tener a la que quisiera y yo no soy suficiente.

—El día que pase eso yo mismo le romperé la cara, ¿qué dices? —Solté una risita porque mi padre era el ser más bueno que conocía, era imposible que hablara en serio—. Disfruta el ahora, Carly, nunca sabemos qué nos deparará el futuro. Él ya se atrevió, ¿vas a quedarte mirándolo o vas a atreverte también tú?

Con su barbilla señaló algo, seguí con mis pupilas el camino indicado y vi a Dave caminando hacia nosotros. Su rostro se tensó, comenzó a correr en mi dirección. Papá palmeó mi hombro con cariño y se levantó, de reojo lo vi partir hacia la tienda donde, seguramente, se encontraba mamá. En segundos David se arrodilló sobre la tierra frente a mí y tomó con sus manos mi rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —Una de mis comisuras se levantó porque me conocía mejor que yo misma. Se dio cuenta de mi intranquilidad sin una señal de ello. Le di un beso en la mejilla con descaró y me eché hacia atrás para sacudir su cabello con mis dedos.

—Estoy muy bien. —Sus párpados se entrecerraron con desconfianza—.

¿Nos vamos?

Me levanté, emprendí un viaje sin retorno hacia la camioneta de su padre y escuché las pisadas de su trote; en corto tiempo me alcanzó.

La batería resonó en el vehículo mientras nos dirigíamos hacia nuestro destino, ambos cantábamos divertidos. Aparcó en un modesto centro comercial y descendimos. Se situó a mi costado y tomó mi mano con la suya. Sonreí al pensar que parecíamos dos adolescentes tontos cortejándose casi con miedo a que nuestras manos sudaran. La verdad, sí lo tenía.

Una vez en el cine caminamos directo a la taquilla y David compró nuestros boletos pese a mis quejas.

—¿Quieres palomitas? —Asentí sintiendo mis mejillas calientes; se estaba comportando tan atento y tierno. Apretujó sus labios y extendió su mano para acariciar mi barbilla con sus yemas. Pensaba que toda la sangre acumulada haría que explotara mi cabeza—. Con mantequilla, ¿cierto?

—Ya lo sabes —susurré antes de que camináramos a la fila.

Diez minutos después, y con una charola repleta de cosas, entramos a la sala del cine. Subimos las escaleras y buscamos un lugar vacío.

—Hasta arriba —musitó cerca de mi oído—. Quiero estar solo contigo.

Me dio una mirada pícaro que hizo que, de nuevo, mis mejillas se calentaran. Elegimos la última fila y nos dejamos caer en la parte central. Los focos en las paredes de los lados eran la única luz que alumbraba el lugar. Mi acompañante retiró el descansabrazos, rodeó mi cintura y puso la charola en sus piernas.

—Así está mejor —suspiró feliz—. Siempre que íbamos al cine me moría

por hacer esto, estar así contigo, poder rodearte y pegar mi nariz en tu cabello sin parecer un demente.

Confirmó sus palabras adhiriendo su nariz a mi cuero cabelludo y besando mi sien repetidas veces.

—Deja de hacer eso, me pones nerviosa —solté y me removí en mi asiento.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que te mueres por un beso? —Giré mi cabeza y lo miré con los ojos entornados.

—Yo nunca dije e... —Su boca cayó en la mía y me silenció con apenas un movimiento, una tierna caricia. Nada como el primero que nos habíamos dado en la oscuridad de mi habitación, pero, a pesar de ser tan inocente y corto, un incendio se apoderó de mi piel y calentó mis sentidos. Ya no pude pensar en nada que no fuera él. Hizo que nuestras narices chocaran.

—Tú también me pones nervioso —contestó antes de que las luces se apagaran.

La película me importaba una mierda, era complicado concentrarse cuando sus dedos se movían con lentitud y suavidad. Iba por la mitad cuando sentí un beso en mi mejilla. Le lancé una mirada de soslayo.

—¿Quieres que te muestre qué otra cosa siempre quise hacer contigo en el cine? —preguntó, mirándome con seriedad. Apenas asentí, tomó mi barbilla y la giró para que nuestros rostros se enfrentaran.

Lo siguiente que supe era que me estaba devorando la boca. Me quedé pasmada al principio, pero después le regresé el beso con la misma ferocidad. Llevé mis manos a su nuca y sumergí mis dedos en su cabello, su lengua se adentró sin pedir permiso y acarició la mía, que se dobló al sentirlo. Se respiración se hizo pesada, cada vez lo sentía más cerca, y era porque se

aproximaba más y más, casi estaba encima de mí.

Uno de sus pulgares acarició mi mandíbula, la otra mano soltó mi cara para rodearme, me dio un jalón que me acercó más a él. Abracé su cuello y lo apreté contra mí, estaba perdida en las sensaciones, en su sabor, en su olor, en él.

No nos detuvimos hasta que los focos se encendieron y Dave se hizo hacia atrás, sonriéndome con coquetería. Al salir de la sala no me tomó de la mano, me envolvió por la cintura y me pegó a su costado.

El área donde estaban los restaurantes estaba repleta de familias y jóvenes, niños brincaban de un lado a otro y jugaban.

Después de pasar un par de minutos inspeccionando el lugar, nos decidimos y pedimos nuestra orden. Posteriormente buscamos una mesa.

Tomamos asiento, unas risitas me sacaron de mi concentración. Dirigí mi vista hacia la fuente de dicho sonido y mi gesto se retorció al percatarme del par de arpías que observaban con lujuria y osadía a Dave. Ambas lo escanearon con desfachatez y murmuraron cosas, intentando llamar su atención.

David se sentó a mi lado, con cariño golpeó la punta de mi nariz, justo como lo hacía siempre que quería llamar mi atención. Sin embargo, toda mi animosidad se había ido con la presencia de las dos mujeres en la mesa frente a nosotros. Él se dio cuenta de mi falta de energía y de mis repetidas miradas de reojo hacia ese punto. El par ahora me miraba con burla, sabía que estaban susurrando cosas sobre mí.

—¡Oye! No les hagas caso, cariño. —Tomó con sus dedos mi barbilla y me obligó a mirarlo—. ¿Quieres que nos cambiemos de lugar?

Con una sonrisita negué, intenté ignorarlas. Mientras comíamos, platicábamos de cualquier cosa. No era complicado charlar con él, siempre encontrábamos un tema y nos perdíamos. Era una de las muchas razones por las cuales sentía lo que sentía, no podía aburrirme a su lado. Llegó un punto en la conversación en el que no fui consciente de nada, solamente del chico que procuraba acariciar alguna parte de mi rostro, como si no pudiera con la idea de tener sus manos lejos de mí.

Una mano femenina con las uñas perfectas se posó en su antebrazo y los dos levantamos la vista al mismo tiempo. Una de las chicas de la mesa de enfrente depositó en la mesa un papelito.

—Por si te aburres y quieres estar con una mujer de verdad —dijo ella con tono insinuante. Sus ojos azules lo estudiaron con picardía, era demasiado hermosa y era igual a Amanda. El balde de agua fría me mojó, la rabia me hizo temblar.

—¿Cuál es tu problema conmigo? —gruñí, sin saber si lo hacía por celos o porque estaba cansada de que la gente me quisiera pisotear.

En lugar de dar un paso hacia atrás, lanzó una carcajada y, con rapidez, obtuvo el vaso lleno de refresco de mi mejor amigo para arrojármelo directo al rostro. El líquido resbaló y mojó mi ropa, mi cabello se adhirió al contorno de mi cara. Me puse de pie, conteniendo las lágrimas, escuchando las carcajadas de las dos muchachas. Hice el amago de irme, pero Dave me detuvo con su mano en la mía. Me sonrió y se arrojó, a sí mismo, el contenido de mi vaso. Las risas pararon y todos lo miramos atónitos.

Alcé una ceja, sorprendida, él se encogió de hombros y depositó el vaso vacío en la mesa. Tomó el papelito que seguía en la misma posición y lo



levantó frente al rostro de la muchacha, lo rompió por la mitad y dejó que cayera al suelo.

—Para que lo sepas, linda, una mujer de verdad no se le ofrece a un chico, ni tampoco humillar a los demás te convierte en una, eso solo te hace una perra. —Mis ojos se abrieron al escucharlo, las dos muchachas estaban igual o peor que yo. A lo lejos escuché risitas y aplausos, pero estaba estática, por lo que no pude averiguar lo que sucedía a mi alrededor.

Dave me tomó la mano, no me dejó pronunciar nada, me dio un jalón, y me hizo correr a su lado rumbo a la salida.

\* \* \*

Al volver, dejamos que la fogata nos calentara con su lumbre. Permanecimos juntos, él jugueteaba con mis dedos y acariciaba mis nudillos, mientras nuestros padres se divertían contando anécdotas de cuando eran niños. Sabía que Arthur y mis padres habían sido mejores amigos cuando eran adolescentes, así que tenían mucho que contar. Dejé que mi cabeza se recargara en su hombro y me relajé.

—Daremos un paseo —dijo Rachel dándonos una mirada—. ¿Vienen?

Los dos negamos, sincronizados, y los vimos partir y alejarse por el camino empedrado. Permitimos que la paz del silencio nos envolviera, mientras los escalofríos no dejaban de recorrer mi piel, no sé si era por la brisa o por sus caricias. Contuve el aliento y me atreví a devolvérselas, hice un paseo lento con mis dedos en sus palmas, entretanto las miraba fijamente.

—Apesta a frescos —susurré al percibir el aroma.

—El refresco huele delicioso en ti. —Lancé una carcajada y le di un golpe amigable. Él enredó sus brazos a mi alrededor y me adhirió a su cuerpo. Evoqué las muchas veces en las que había sucedido algo así, siempre construía una barrera entre nosotros, pero aquella vez no lo hice. Lo miré y él me miró—. ¿Te he dicho cuánto me gustas?

—No —respondí. Mi corazón se disparó.

—Suelo perderme en tus ojos brillantes, en tu sonrisa, en las curvas de tu cuerpo, como un marinero navegando entre tus olas. Estoy perdido en ti.

Acosté mi cabeza en su pecho y permití que mis comisuras se levantaran.

—¿Crees que algún día lograrás amarme como yo te amo, luciérnaga? —soltó de pronto. Respiré profundo porque ya lo hacía, pero no quería confesarlo todavía.

—David, no me presiones, por favor. —Cerré los ojos con fuerza, sus brazos me apretaron y me aferraron a él.

—Lo siento —murmuró—. Seré paciente, lo prometo.

Una vez más me tragué mis sentimientos, amenazaban con ahogarme, sin embargo, los mantuve seguros, en mi cueva, en mi mundo repleto de miedo.

—Te quiero mucho, D —dije antes de perderme en el olor de su piel y en la sensación de estar entre sus brazos.

# Trece

Dolía.

Dolía saber que no sentía lo mismo que yo, pero las esperanzas crecían cuando veía sus sonrojos, sus ojos brillando con emoción de aquella manera tan asombrosa.

Me deleité con su perfume y con su cuerpo junto a mí, con su presencia cautivadora. Sus dedos jugueteaban trazando círculos en mi pecho, moría por decirle que se detuviera porque me estaba volviendo loco y no quería perder la cordura. Quería ir lento y saborear cada mirada, cada vez que nos tomáramos la mano, anhelaba probar todo.

Su cuello se enderezó para poder mirarme, así que agaché la cabeza, haciendo que nuestras narices se encontraran en el camino.

—Tus ojos brillan —emitió, mirándome con detenimiento. Aparté con dos caricias los cabellos rebeldes de su rostro y los coloqué detrás de su oreja—. Siempre me han gustado.

—¿Qué más te gusta de mí? —cuestioné, perdido en los latidos apresurados de mi corazón. Una de sus comisuras se elevó, al igual que su mano izquierda, que acarició la rama de mi mandíbula.

—¿Por qué piensas que me gusta alguna otra cosa? —Mordí mi labio para

retener la risotada por su desfachatez.

—Mantengo las esperanzas —dije serio, su risa burbujeó—. Podría pasar una vida escuchándote reír y no me cansaría, luciérnaga.

Sus mejillas se tiñeron de rojo y clavó su vista en mis labios. Estábamos demasiado cerca, no tenía idea de si podría resistirme.

Se acurrucó más contra mí.

—¿Por qué hiciste lo del refresco en el centro comercial? —preguntó. Cerré mis ojos y dejé que mis labios dieran un paseo por su rostro, siguiendo los pasos que mi mente ya conocía.

—Porque no iba a permitir que te avergonzaran así.

—Nunca me defendiste antes —soltó tajante. Fue mi turno de sonreír por tal disparate.

—No te diste cuenta —dije. Estaba a punto de reponer, pero la interrumpí porque ya sabía lo que diría—. A Amanda también, cariño, pero no podía controlar todos sus insultos. Lamento haber estado con ella todo ese tiempo, jamás me he arrepentido tanto de algo. Fui tonto al pensar que iba a dejar de amarte, no pude, y Amanda sabía de mis sentimientos hacia ti.

Abrí mis ojos para mirarla

—¿Cómo que lo sabía? —preguntó estupefacta. Me encogí de hombros.

Carlene se relajó y se acomodó más cerca, yo hice lo mismo apretándola con mis brazos. Deseaba sentirla toda, besarla hasta que me olvidara de todo.

—Todos lo notaban menos tú, muy en el fondo quería que te dieras cuenta, pero nunca lo hiciste. —Deposité mis labios en la esquina de los suyos y fruncí—. ¿Recuerdas aquella vez que me dijiste que no irías conmigo al baile

de San Valentín cuando estábamos en secundaria? —Asintió—. Te había preparado una sorpresa para después, había comprado velas y un montón de rosas blancas porque eran las únicas flores que te gustaban. Mi madre me prometió que me ayudaría a preparar una deliciosa cena solo para nosotros dos. Quería decírtelo, no me importaba si estabas con Richard, pero me dijiste que no porque tenías mejores cosas que hacer que ir a una tonta fiesta conmigo.

Aún puedo recordar aquel rechazo que me había desinflado por completo, puedo evocar cada uno de ellos. Cada vez que intentaba acercarme de otra manera, ella aumentaba los ladrillos en la pared que había entre nosotros. Seguía sin poder creer que no se había apartado ya y que la tenía tan cerca de mí.

Su boca se abrió.

—Y-yo no lo sabía, D. —A pesar de lo triste que me puse en ese entonces no pude evitar que mis comisuras se levantaran. Ya no importaba, no si la tenía a partir de ese momento y para siempre. Como si fuera una muñeca, la levanté y la senté en mi regazo, la rodeé y apoyé mi barbilla en su hombro para poder susurrar en su oído.

—¿Recuerdas cuando te encontré llorando en la casa del árbol porque un montón de chicas te habían insultado en el parque cerca de la casa de nuestros padres? —Afirmó con un «sí»—. Cuando te metiste en tu casa caminé hasta ese lugar y le pegué en el cabello un chicle a la chica líder.

—¿En serio hiciste eso? —soltó risueña, a lo que yo afirmé.

—Amanda y yo no terminamos por los motivos que te hice creer, no fue porque fuera celosa. —Suspiré con pesadez—. Terminamos porque no podía

parar de compararla contigo, porque cada vez que la besaba pensaba en ti, porque no era divertido estar a su lado, no me provocaba pasar las noches en vela pensando qué hacer al día siguiente para llamar su atención y porque en la intimidad deseaba poder tocarte y hacerte el amor a ti, no a ella. —Su rostro giró tan rápido que tuve que echarme hacia atrás para que nuestras cabezas no se golpearan. Su movimiento era justo lo que necesitaba, pude ver cómo sus ojos centelleaban como dos rayos de sol o dos estrellas del firmamento más hermoso.

—¿Hacerme el amor? —cuestionó en un susurro.

—No te sorprendas tanto, ¿qué clase de hombre con una neurona no estaría dispuesto a estar con una chica como tú? Brillas por naturaleza, sin necesitar un gran esfuerzo.

—Yo... —dijo dubitativa—. No lo sé.

—¿Por qué es tan difícil para ti creerlo? —Sus ojos se cristalizaron, intentó apartar sus pupilas, pero no lo permití—. ¿Tiene algo que ver con tu madre?

No contestó, así que solo sonreí con tristeza y la abracé con fuerza. Necesitaba hacer algo, pues no soportaba que no se diera cuenta de que toda esa basura que Ginger le había metido en la cabeza era solo eso: basura.

\* \* \*

Ingresamos a su tienda cuando nuestros padres se fueron a dormir. Carly se tendió en su bolsa, sin aguardar tiempo innecesario la imité. Rodeé su cintura y la pegué a mi cuerpo, me regresó el abrazo.

Sorprendiéndome, unió nuestras bocas, así que me derretí porque era la

primera vez que nos besábamos por sus propios deseos. Su lengua tocó la mía e hicimos que bailaran juntas. Era lo más delicioso que había probado en mi vida.

Sus dedos jugaron con mi cabello, su pecho subió y bajó con rapidez. Me permití el lujo de colocar mi mano debajo de su blusa holgada porque necesitaba tocar su piel. Mi palma abarcó su cintura, se estremeció al sentir mis dedos acariciarla. Ella rompió el beso, pero no se separó ni un solo milímetro.

—Eres suave —susurré, entretanto la estrujaba para enfatizar el punto.

—Luces apuesto. —Sus palabras me hicieron abrir la boca para poder respirar. Había cierta confianza en su tono que me hizo vibrar, como si supiera que me tenía en la palma de su mano. Y sí, así era.

—Dime algo, ¿te gusto? Aunque sea un poco. —Sus mejillas se colorearon de rojo, pero no dejó de sonreír.

—No, ando por ahí besando a mis amigos solo porque sí, ¿tú qué crees? —contestó burlona, haciendo que miles de fuegos artificiales estallaran en mi cuerpo. ¡Le gustaba! ¡Lo había dicho entre líneas! Alcé una ceja con la alegría ardiendo en mí y entrecerré los párpados. Carlene se dio cuenta de mis intenciones e intentó alejarse, así que la aprisioné con rapidez.

Le di la vuelta y subí para sentarme a horcajadas sobre su cuerpo, escuchando de fondo sus chillidos y siendo golpeado en mi pecho por sus puños.

Apresé, con dificultad, sus muñecas por encima de su cabeza y lancé una risotada al ver su mirada amenazadora.

—¡Ni lo pienses, Stewart! —Se retorció debajo de mí—. Esto se llama

chantaje, sabes que detesto las cosquillas.

—Necesito que me lo digas con cada una de sus letras —dije juguetón. Carly aplanó los labios, me encogí de hombros, restándole importancia—. Tú lo pediste, luciérnaga.

Comencé lento, después adquirí un ritmo, moví frenéticamente mis dedos por todo su abdomen. A pesar de que intentó soportar, no lo logró, terminó lanzando estruendosas carcajadas, mientras se sacudía y pataleaba con violencia.

—¡Basta! —chilló. No me detuve, solamente reí con ella y me deleité con su rostro contraído—. ¡Ya, D! ¡Lo diré!

Paré el movimiento de mis yemas sobre una de sus costillas y clavé mis pupilas en las suyas, aguardando a que lo dijera.

—Lo diré. —suspiró, exhausta—. Necesito que me sueltes.

Dudoso, lo hice, y aprovechó mi vacilación para desestabilizarme y tumbarme. Refunfuñé porque, de alguna u otra forma, siempre lograba engañarme. Sus piernas controlaron las mías, era sensual.

Sabía hacer eso porque Steven la había inscrito en un curso de defensa personal —pese a las quejas de Ginger—. Yo solía ser su conejillo de indias, practicaba conmigo cada tarde lo que le habían enseñado a hacer. Aguantaba porque era caliente ver que en dos segundos podía derribarme. También me gustaba hacer el papel de ladrón porque podía pegarme a su espalda y abrazar su cintura. Era patético, durante la adolescencia ese fue todo el contacto físico al que me atreví, y aquellas noches en las que me enroscaba alrededor de su cuerpo sin que ella se diera cuenta.

Mordió su labio divertida y ladeó la cabeza, provocando que su cabello



cayera hacia un lado. Me quedé quieto, y aunque en el fondo me sentí mal por dejarme llevar, mi cuerpo reaccionó al de ella y mi mente no paró de imaginarla de mil maneras atrevidas.

—¿Cuántas veces te he dicho que no lo hagas, Dave? —preguntó con animosidad. Resoplé y cerré los párpados para contar del uno al cien: debía evitar que ciertas partes de mi cuerpo reaccionaran por su cercanía—. ¿Me tienes miedo? No seas cobarde y mírame.

Su ronroneo me hizo querer vislumbrarla, nunca me había hablado así, era tan caliente, joder.

—No me provoques, Carly —susurré en un hilo con cada arteria ardiendo. Un brillo pícaro en sus ojos se encendió. Coloqué mis manos en sus muslos y acaricié, dibujando círculos, la piel que durante años me había tentado.

—No lo hago. —Todo su gesto cayó. Contrariado por su actitud, esperé alguna reacción. Aclaró su garganta, abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla en silencio.

Su agarre se debilitó, así que me enderecé y la enfrenté. Carlene colocó sus manos en mis hombros y me abrazó con fuerza. Correspondí tan fuerte como pude y me dejé envolver por su cercanía, porque a pesar de conocerla y estar a su lado desde hacía veinte años, un abrazo jamás había sido tan íntimo como aquel, tan repleto de sentimientos.

—¿Estás bien? —cuestioné, a lo que ella afirmó.

—No quiero perderte nunca, D —murmuró con voz temblorosa. Afiancé mi agarre y escuché con atención—. Tengo mucho miedo de que esto que sentimos nos termine separando, y aunque sé que podría vivir sin ti, no quiero hacerlo. No quiero estar lejos de ti.

Di un paseo a lo largo de su espina dorsal, impartiendo un masaje tranquilizador. Giré un poco mi cabeza para que mis labios quedaran frente a su oído.

—Toda mi vida he tenido miedo de perderte, ¿sabes? Cuando éramos pequeños no quería que fuéramos a la escuela y conocieras a niños más geniales que yo y me dejaras por ellos. —Sonreí al recordar lo mucho que había llorado aquella vez en el regazo de mi madre—. Cuando crecimos, me daba terror que hicieras amigas, usaras ropa provocativa y pintaras tu rostro: no quería que descubrieras que había cosas más entretenidas que sudar junto a tu mejor amigo mientras jugabas a fútbol.

Cuando tu cuerpo adquirió curvas tuve miedo de que los chicos te apartaran de mí, así que los amenacé a todos, a cada tipo que ponía los ojos en ti. Cuando te hiciste novia de Richard tuve tanto miedo de que lo amaras y jamás te dieras cuenta de que yo habría dado todo por ti. Hoy tengo miedo de que nunca te enamores de mí y que te vayas y decidas hacer tu vida con alguien más. —Me detuve al sentir el nudo en mi garganta—. Tengo miedo, siempre lo he tenido, y siempre lo tendré cuando se trate de ti, porque eres mi motor, luciérnaga. Eres mi vida y, si te pierdo, yo me perderé contigo.

Con celeridad se echó hacia atrás y pegó su frente en la mía.

—Ya no tengas miedo —susurró con sus comisuras alzadas.

—¿Por qué no? —Las puntas de nuestras narices chocaron y nuestros alientos se combinaron. ¿Por qué mierdas no le había hablado de mis sentimientos antes si iba a poder hacer eso? La escuché tragar saliva. Por su expresión sabía que quería decirme algo importante.

—Porque yo también te amo.

El tiempo se detuvo. La conmoción fue tal que me quedé en blanco, repitiendo en mi mente esas dos maravillosas palabras.

—Repítelo —rogué.

—Yo también te amo, siempre lo he hecho.

Era un sueño del que nunca quería despertar, Carly me había dicho «te amo» y estaba más aturdido que nunca, mi voz no reaccionaba, solo podía mirarla a los ojos con los míos bien abiertos, entretanto mi corazón galopaba veloz; quizá pudo escucharlo, porque soltó una risita y volvió a abrazarme.

—Lo siento, no sabía cómo decirlo, aún tengo miedo, pero si tú estás arriesgándote, quiero hacerlo también —emitió ella.

—No hay sonido más hermoso que el de tu voz diciéndome *te amo* —solté con asombro.

—¿Estás escuchando lo que estoy diciendo? —preguntó, así que contesté con sinceridad negando con un ruido nasal.

—¿Me estás diciendo la verdad? —cuestioné, a lo que asintió—. Déjame verte, cariño.

Carly se hizo hacia atrás para quedar cara a cara otra vez, aún sentada a horcajadas. Con mis dedos cepillé las hebras del cabello de su coleta y dejé que mis iris pasearan por cada callejón de su rostro. Suspiré y perfilé con mis yemas el borde de sus labios. Sentí nacer mi excitación, no quise esconder cuánto la deseaba mi cuerpo y reaccionó entreabriendo su boca.

—Te amo, Carly, con cada parte de mi cuerpo, con cada centímetro de mi alma, con cada recóndito lugar de mi mente.

—Te amo, Dave, con cada pedazo de mi cuerpo, con cada milímetro de mi

alma y con cada mundo de mi mente.

Mi boca se secó y mi corazón vibró de la felicidad. Carlene bajó de mí y se acostó a mi lado, así que me recosté y giré la cabeza para poder regresarle la mirada. Mi mano buscó la suya y la llevé hasta mi pecho.

—No puedo creerlo —dije.

—Yo tampoco. —Abrí los brazos, se acercó y apoyó su cabeza en mi hombro—. Pensé que moriría sin decírtelo.

—Yo no —musité, haciendo que elevara la barbilla para poder mirarme. Me encogí de hombros—. Jamás habría permitido que hicieras tu vida con otro, así que tarde o temprano lo ibas a saber.

Depositó un beso en mi barbilla, causando cientos de choques eléctricos en mi interior, y volvió a recostarse encima de mí. Así pasamos el tiempo: acaricié su espalda hasta que se quedó dormida.

\* \* \*

El calor hizo que abriera los ojos, me topé con su rostro a centímetros del mío e instantáneamente recordé nuestras confesiones del día anterior. Le había confesado a Dave mis sentimientos, al fin me había atrevido a hacerlo.

Me deshice de nuestro abrazo con una sonrisa y me levanté, salí de la casa de campaña arrastrando los pies. El sol se escondía detrás de decenas de nubes grisáceas y el clima fresco hacía volar mi cabello. Tomé una ducha y, después de vestirme con shorts y una simple blusa negra, me encaminé hacia la mesa del toldo para desayunar.

Mi papá estaba sentado bebiendo jugo y leyendo uno de sus tantos libros.

Cuando me vio lo cerró y me enfocó con seriedad. Con su barbilla me indicó que me sentara, así que sin rechistar lo hice.

—¿Qué está pasando entre David y tú, Carlene? —Mi cara se calentó. ¿Por qué mi padre tenía que ser tan intuitivo?—. No me molesta, lucecita, pero David es un hombre y tú una mujer hermosa, es normal que... Bueno, tú sabes, viviendo en la misma casa porque... —No lo dejé terminar, solté una carcajada.

—Papá, volveré a vivir con ustedes, Dave ya lo sabe —Chasqueó la lengua.

—No es necesario, después de todo no es como si no supiera que toda la adolescencia se la pasó durmiendo en tu habitación. —¡Oh! ¡Él lo sabía! Al parecer mi expresión le causó gracia, porque soltó una risotada—. Solo sean responsables, sé que eres inteligente, confío en ti. Así que... ¿ya son novios?

—No, aún no, pero estamos intentándolo. —De pronto, su rostro se arrugó al tiempo que se doblaba apretando uno de sus brazos. Me alarmé al escuchar el sonido de dolor que dejó escapar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —cuestioné. Lo vi respirar profundo un par de veces hasta que todo volvió a la normalidad. Negó con la cabeza.

—No pasa nada, solo un calambre. —La chispa que surgió en sus pupilas me calmó. Señaló algo detrás de mí, me giré para ver de qué se trataba.

Dave se acercó y se sentó a mi lado, saludó a mi padre y tomó mi mano por debajo de la mesa. Los demás se unieron para desayunar y nos informaron de los planes del día.

\* \* \*

En la tarde, Dave y yo decidimos ir al lago, entretanto nuestros padres preparaban el fuego. Había aceptado porque me había rogado por un tiempo a solas; no era como si me molestara pasar las horas con él, de todas formas. Cantamos canciones en el trayecto, pero dejé que las entonara solo porque yo era un fiasco para eso y él tenía una voz preciosa.

Llegamos a la orilla tomados de la mano. Sentí un piquete en mi mejilla, así que espanté al mosquito, pero era insistente, y pronto me encontré sacudiéndome, mientras Dave lanzaba risitas. ¡Era injusto que los mosquitos me picaran solo a mí!

Sus manos tomaron mis muñecas y detuvieron mi baile violento. Su sonrisa de lado me hizo temblar.

—Tengo la solución —soltó. Mis párpados se entrecerraron ante su tono picarón.

—¿Cuál? —pregunté con sospecha.

—Cierra los ojos. —Con desconfianza hice lo que me pidió y la oscuridad me consumió, solo era capaz de percibir la corriente fresca del aire y los sonidos de los animales cercanos.

Abrí un ojo para vislumbrar lo que estaba haciendo y salté justo en el momento en el que iba a manchar mi rostro con lodo. No obstante, no logré esquivarlo, así que una torta de tierra mojada se adhirió a la piel de mi cuello.

—¡David!! ¡¿Qué estás haciendo?! —chillé.

—Es la solución, luciérnaga, así los moscos no te picarán —contestó. Bufé indignada y arrugué el gesto con asco—. ¡Venga! Dejaré que me hagas lo mismo.

Pero no me permitió pensarlo porque sus manos recorrieron mis brazos manchando todo a su paso. Me quedé quieta sintiendo la humedad y pensando que pronto le haría pagar con la misma moneda. Su sonrisa se borró y ladeó su cabeza con los labios entreabiertos.

—¡Ya es suficiente! —exclamé, a lo que asintió aturdido.

Me agaché y tomé lodo del mismo sitio en el suelo. David mordió su labio con diversión cuando comencé con la tarea. Lo había tocado miles de veces, pero había algo diferente, quizá que los dos éramos conscientes de los sentimientos del otro. Sentir que sus poros se erizaban por mi tacto hizo que me acercara más. Quería averiguar todo lo que le provocaba.

—Parecemos niños de preescolar —susurré en un hilo.

—No lo creo —murmuró, y dio un paso para quedar frente a mí. Mi espalda se enderezó, tuve que tomar respiraciones más profundas para no ahogarme debido a su cercanía.

—¿Por qué no? —murmuré con la barbilla alzada para poder observarlo. Los latidos de mi corazón eran frenéticos.

Un trueno me hizo brincar y él aprovechó para rodearme con sus brazos fuertes y pegar nuestros cuerpos. Al principio no sabía qué hacer con mis manos llenas de lodo ni con el sentimiento de que tal vez me estaba equivocando. Sin embargo, decidí mandar todo a la mierda y dejarme ir, así que lo abracé de regreso. Mis dedos se dieron cuenta de su palpitar descontrolado en el recorrido por la parte posterior de su cuello.

—Porque los niños de preescolar no pueden hacer esto —dijo antes de que sus labios atraparan los míos con lentitud. Pude observar, con tranquilidad, el instante en el que sus ojos se cerraron, y me permití perderme en el sabor de

nuestro beso.

Nuestro beso con olor a suelo.



# Catorce

Fueron tan abrumadoras las sensaciones que me embargaron que me abandoné a ellas. Era momento de pensar en lo que quería, no iba a dejar que mi subconsciente se interpusiera. Haría lo que siempre había querido hacer y dejaría de torturarme con esas tonterías, cosas que prefería olvidar para no hacerme más daño.

Me perdí en su boca consumiendo la mía, solo parando un segundo para poder respirar, pero después reanudando la tarea con más pasión que antes. No había nada en mi cabeza más que David, él abrazándome, él besándome, él acariciándome. Su aliento se mezcló con el mío y me dejó aturdida.

No supe en qué momento comenzó a llover, pero el cielo lloraba, quizá porque estábamos desbordando amor, como el agua, como las gotas de lluvia que caían en la tierra y la empapaban. Uno de sus brazos me cargó, se cerró férreamente alrededor de mi cintura y me levantó.

Me colgué de su cuello haciendo que nuestros cuerpos chocaran, mis pechos tocaron con el suyo, mi cadera encajó con la suya, nuestra ropa mojada solo hacía que los roces fueran más íntimos. Mi cerebro estaba en blanco, no había ningún matiz de lo que minutos atrás había estado, yo era una pieza de su ajedrez y me encantaba serlo. ¿Cómo había vivido tanto tiempo sin beber de sus labios de ese modo? ¿Por qué no me había obligado a

besarlo así?

—No puedo pensar —dije una de las veces que nos separamos para llevar aire a nuestros pulmones, mientras caminaba y me conducía, con su cabeza enterrada en mi cabello, hacia el tronco de un árbol.

Dejó besitos en la base de mi cuello, luego sentí cómo su lengua limpiaba las gotas de agua, dando un recorrido por mis poros erizados. Temblé, tuve que apretar sus hombros para no caer desmayada, apretarme más contra él, pues mis rodillas estaban débiles. David soltó un gemido ahogado que erizó aún más mi piel, tanto, que dolía.

—Yo solo puedo pensar en ti —contestó antes de besarme de nuevo. Sus labios amasaron los míos con voracidad, los sentía duros y seductores, queriendo tomar todo de mí. Me estrujó, la madera se pegó a mi espalda, casi al punto de raspar, pero no me importó. Solté un suspiro, al parecer eso lo descolocó, pues aumentó el ritmo.

La copa del árbol nos protegía de la lluvia, ligeras gotitas caían sobre nosotros. Aún había rastros de lodo en nuestros cuerpos, pero eso tampoco me importaba. Podría haber pasado un huracán en aquel instante y yo no me habría despegado ni un poco de él.

Su lengua bailó con la mía siguiendo el ritmo que ambos marcábamos, a veces lento y a veces con urgencia, a veces con osadía y otras con timidez. Me adhería más al árbol, haciendo que nuestras pelvis rozaran. Me derretí al sentir cuánto le gustaba nuestro beso. Entonces envolví sus mechones entre mis dedos y los retorcí con suavidad; volvió a gemir.

Nuestros cuerpos se buscaron a un nivel que no comprendo todavía, no encontrábamos cómo adherirlos por completo.

Jamás alguien me había besado como Dave lo hacía, era aterrador y, al mismo tiempo, excitante.

Mis manos descendieron, acaricié su pecho duro, su torso. Jugueteeé con el borde de su playera, no me detuve a pensar, metí la mano dentro de su camiseta mojada y dejé que mis yemas acariciaran la piel de los músculos — no tan marcados— de su abdomen. David tembló al sentir el contacto, lanzó un suspiro al tiempo que succionaba mi labio inferior y enardecía mis venas. Mi respiración se entrecortó cuando sus manos levantaron mi blusa con suavidad, se colocaron frente a mi ombligo y sus pulgares dibujaron círculos en esa zona.

Era abrasador; desbordábamos pasión, deseo y lujuria.

Detuvimos el beso que había dejado nuestras bocas hinchadas, con nuestros dedos tocando el mismo punto en el otro y con la respiración agitada. Apoyamos nuestras frentes y sonreímos.

—No dejes de besarme —pedí, contemplándolo. Sus comisuras se levantaron, la punta de su nariz comenzó un viaje perfilando mi mandíbula y depositó besitos en todos los rincones de mi rostro.

—Eres tan preciosa, Carly, me gustas tanto. —Su susurro me produjo un escalofrío que lo hizo sonreír—. Me fascinas, siempre lo has hecho.

Esas palabras combinadas con su aliento en mi oído eran la ecuación perfecta. Susurré su nombre en varias ocasiones, ya que no era capaz de decir otra cosa, y eso que solamente rozaba con sus labios la piel de mi rostro y de mi cuello. Lancé un suspiro que quedó escondido en su oído, él lanzó improperios. Sabía que le estaba costando trabajo contenerse, así como me estaba costando a mí no rogarle por más.

—Hueles tan bien —murmuró, y depositó un besito en mi lóbulo—. Me estás volviendo loco, luciérnaga.

Una sonrisita se me escapó.

—Tú también hueles bien —dije, y dejé un beso rápido en la esquina de su boca. Nos mantuvimos en esa posición haciendo lo mismo, tentando nuestras bocas y experimentando con las reacciones del otro.

—Necesitamos limpiarnos, cariño —susurró después de un rato—. Voy a vengarme por la cachetada que me diste, ¿estás lista?

Mi entrecejo se frunció sin comprender sus palabras, pero cuando sentí sus palmas sobre mi trasero, entendí todo. Una carcajada salió de la base de mi garganta.

—Cristo santo. —Apretó mis nalgas y soltó un jadeo, yo me enderecé mordiendo mi labio, fascinada por sus expresiones, porque me tocaba como si fuera lo mejor del mundo. No me sentía incómoda, él hacía que todo pareciera tan natural—. Rodéame con tus piernas.

David me alzó, aferré su cadera con mis muslos. Sus manos rodearon mi cintura, comenzó a caminar hacia el lago sin dejar de vislumbrarme. No había parado de llover, así que el agua nos empapó inmediatamente.

—Mi ropa está asquerosa —susurré, regresándole la mirada.

—Lo que cuenta es lo que hay debajo —contestó, apretándome.

El agua del lago nos llegaba a la mitad de nuestro cuerpo. Me deshice del abrazo, sumergí mis brazos y me apresuré a limpiar mi piel frotándola.

Cuando terminé y levanté la vista, me quedé estática: la playera de Dave se había ido. Su piel, de un tostado brillante, llameaba y me provocaba pasar

saliva, gotas de agua resbalaban por su pecho haciéndolo ver como aquellas veces que habíamos ido a la playa y jugueteábamos en el mar, nunca pude tocarlo demasiado, aunque él siempre me atrapaba de algún modo y me pegaba a su pecho.

—Quítatela. —Sabía a qué se refería, todas mis inseguridades regresaron de golpe, el miedo a que me viera en traje de baño me angustiaba. Su índice se apoderó de mi barbilla, estancó sus iris en los míos—. Me gustas, solo quiero sentir nuestras pieles juntas.

—Quizá cuando me veas sin camisa no te guste más —respondí, sintiéndome tonta. Intenté, inútilmente, liberarme de su cercanía.

—Escúchame, luciérnaga —dijo con seriedad—. Me has gustado durante más de diez años, me he aprendido de memoria todo lo que tiene que ver contigo. Me he equivocado, y mucho, no debí hacer todo lo que hice, debí demostrarte mi amor desde el principio. No te atrevas a decir que dejaré de quererte por un motivo tan tonto, me encantas tal y como eres. —Una de sus comisuras se elevó con coquetería—. Además, he dormido contigo, tus pechos pegados a mi pecho, mis manos a tu alrededor palpando tu espalda, tu trasero encima de mi regazo, y me gusta mucho lo que he sentido hasta ahora. Además, se te olvida que ya te he visto.

Mis mejillas se calentaron tanto que creí que iba a explotar. ¿Él pensaba ese tipo de cosas cuando estaba a su alrededor?

Sus manos tomaron el borde de mi camiseta y lo levantaron.

—Me gusta tu voz, tu cabello, tu olor, tu naricilla, y me fascinan tus ojos. Me gusta tu cuerpo, era una tortura dormir a tu lado sin poder acariciarte —susurró, mientras sacaba mi blusa y la dejaba a un lado, sobre el agua—. Eres

perfecta así, mírate, mira lo preciosa que eres, solo necesitas creerlo, luciérnaga. Necesitas sacar tu brillo, ese con el que me iluminas siempre.

Nos envolvimos en un abrazo, apoyé mi cabeza en su hombro.

—Quizá brillo porque se trata de ti —dije. Su cabeza negó.

—Tu luz te ha cegado tanto que no puedes verlo, lucecita.

Me relajé, como la mayoría de las veces, en su abrazo. La lluvia nos mojó, pero nos refugiamos en el otro.

—Gracias, D —susurré. La tormenta comenzó a cesar, hasta que los rayos del sol aparecieron y los pajarillos iniciaron sus cánticos una vez más. Sentía que era una metáfora, que él era el sol que alejaba las nubes grises de mí. Siempre fue de esa manera.

Cuando pasó aquello que tanto trabajo me costaba olvidar, Dave se mantenía en silencio acariciando mi cabello, mientras yo lloraba. No preguntaba, y en el fondo se lo agradecía, porque no quería hablar, solo quería liberar el asco que me producía toda la situación. Si él no hubiera estado ahí, yo habría caído.

Ambos salimos del agua, ya limpios, y caminamos hacia nuestra colina. La habíamos descubierto cuando éramos chicos, solo había césped y alguna que otra flor que adornaba el paisaje. Un gran árbol robusto y viejo —como el de la casa del árbol— se extendía en el centro, al igual que la cereza de un pastel.

Nos dejamos caer, él apoyado contra el árbol y yo entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho. Apoyó su barbilla en la curvatura de mi hombro y suspiró con melancolía.

—Perdóname —murmuró cerca de mi oído—. Te he lastimado, Carly.

Me giré para poder vislumbrarlo, sus ojos estaban apagados y ya no había señal de diversión en sus gestos. Acaricié su mandíbula, un tanto rasposa porque no se había afeitado, y aclaré mi garganta.

—Los dos nos lastimamos —aseguré, porque era verdad, pero eso era pasado y quería dejar todo eso en su lugar, deseaba empezar algo nuevo. Su abrazo se hizo más duro.

—No sé qué hacer para demostrártelo, no tienes idea de lo mal que me siento. Nunca debí actuar así, no sé cómo me aguantas. Si yo hubiera sabido que tenías sexo en la habitación de al lado habría asesinado al tipo. No te merezco, pero soy tan egoísta que no quiero estar lejos de ti.

—Cariño, ya basta —susurré con la voz temblorosa, porque no me gustaba que hablara de ese modo, como si no me mereciera—. Vamos a empezar desde cero.

—Es la primera vez que me dices *cariño* —contestó con una sonrisa ladeada y los ojos chispeantes—. Espero no equivocarme esta vez, no soportaría otro de tus rechazos.

Mi frente se arrugó; ¿rechazos?

—¿De qué hablas, D? Yo nunca te he rechazado —aseguré confundida. Sus párpados se abrieron y sus ojos me observaron con incredulidad.

—Claro que lo has hecho, muchas veces —soltó, así que negué con convicción—. ¿No? ¿Qué me dices de aquella vez en la que te invité al baile de primavera en la escuela? Te regalé una rosa, me dijiste que tenías mucha tarea y no ibas a ir. O cuando íbamos de vacaciones a la playa y no me dejabas untar bloqueador en tu espalda, mis manos picaban por tocarte y tú

decías que no.

—Me daba vergüenza —dije, a lo que chasqueó la lengua.

—Cuando empecé mi relación con Amanda te pregunté si te importaba y me dijiste que no, hasta me felicitaste —continuó con el discurso.

—Yo creí que lo preguntabas porque... Tú sabes, Amanda era una perra conmigo.

—Cuando íbamos al parque de diversiones siempre intentaba tomar tu mano en la montaña rusa y la quitabas. En el cine, cuando intentaba acercarme, te ponías en el otro extremo de la jodida silla. —Río, pero luego se serenó y adquirió seriedad—. Era frustrante porque parecía que no te dabas cuenta, por más que lo intentaba no lo notabas. Después empezaste a salir con Richard, estaba tan enojado.

—Estabas con Amanda, por eso yo... —No terminé la frase porque me interrumpió.

—No, no me digas que por eso te hiciste novia de ese bastardo —gruñó. Me encogí de hombros como respuesta, ya que, en cierta forma, sí lo había hecho por ese motivo. David gimió y me aferró como si creyera que en cualquier momento correría lejos de él—. Soy un imbécil.

—No lo eres —dije.

Dejamos que los minutos transcurrieran simplemente compartiendo miradas intensas. Nuestros labios se juntaron en repetidas ocasiones, como si no soportáramos la idea de mantenernos lejos; ya lo habíamos estado mucho tiempo.



\* \* \*

Nos encaminamos al área del campamento horas después, pero David tomó mi mano con firmeza, miró hacia todas partes y, después de comprobar que nadie nos miraba, trotó hacia la construcción del baño. Cuando estuvimos adentro cerró la puerta con pestillo y rodeó con posesividad mi cintura, tal parecía que ya conocía cada centímetro de mí y sabía cómo atraparme.

—Aquí te lo confesé —susurró. La decisión en sus facciones me hizo estremecer, lanzar un suspiro y apoyar mis palmas en su pecho.

—Sí —logré emitir con la respiración entrecortada.

—Dijiste que lo intentaríamos, ¿verdad? Vamos a hacer que funcione. — Afirmé con un movimiento de cabeza—. Quiero pedirte algo, entonces.

—¿Qué cosa? —solté un poco impaciente. Necesitaba que lo dijera lo más rápido posible o enloquecería, ni siquiera sabía si era lo que me estaba imaginando. Nunca, ni en mis más fantasiosos sueños, había soñado con que algún día me miraría como si yo fuera su todo y sus manos me buscarían a cada momento.

—Me gustas y te amo como no tienes una idea, luciérnaga —dijo tragando saliva con nerviosismo—. ¿Quieres...? ¿Quieres ser mi novia?

Mi boca se secó al escucharlo y mis comisuras se levantaron con felicidad. Jamás podría olvidar el dulce sonido de su voz al hacerme esa pregunta ni sus ojos brillosos al contemplarme. Tampoco el ligero sonrojo que apareció en sus mejillas. ¡Era David del que estamos hablando! No solía sonrojarse a menudo.

Mis ojos se aguaron y dejé que dieran un paseo lento por su rostro. Tantos

años anhelando aquel momento y al fin estaba sucediendo. Era aún mejor de lo que había pensado.

—Cariño, me estás matando —susurró, y rozó mis labios con lentitud. Mis piernas fallaron al sentir su toque tierno.

—Sí, Dave —musité, sintiendo mi corazón disparado, bombeando con frenetismo. Sus iris brillaron con emoción, mordió su labio hasta dejarlo blanco, mi vista cayó en ese punto y mi respiración se entrecortó al recordar todos nuestros besos anteriores, siempre fugaces, tiernos y ardientes.

Cuando regresé la vista, vislumbré el cambio en la tonalidad de sus pupilas. Su pecho comenzó a subir y a bajar, se relamió los labios. Bajó su cabeza y aplanó nuestras narices para abrir mi boca con la suya. Mi piel se erizó al sentir su aliento estamparse en mi cavidad.

—Te amo —dijo en un susurro.

—Yo también te amo —dije.

Gimió y apretujó mi cuerpo contra el suyo una vez más, no podíamos parar de hacerlo, se estaba volviendo adictivo. Me besó como si no hubiera mañana, con una pasión desbordante que solo nosotros podíamos entender, porque ambos la sentíamos. Tantos años sin expresar nuestros sentimientos iban a terminar consumiéndonos en una hoguera.

Él me cargó y me depositó en la barra del lavabo, sus manos echaron hacia atrás mi nuca para devorarme con más fuerza y las coló dentro de mi blusa. Con lentitud comenzaron a ascender y, a pesar de lo necesitada que estaba de sus caricias, detuve su mano porque no estaba preparada para ese gran paso todavía.

Mi mente se fue volando a años atrás, cuando Richard había intentado

aquello: lo detuve, se molestó y salió de mi casa hecho una furia. Esperé la rabia de David, pero él solo sonrió de lado con comprensión y satisfacción a la vez.

—Lo siento, me haces perder la cabeza —emitió risueño, mientras sus yemas se clavaban en mis caderas y sus dientes jugueteaban con mi labio inferior—. Te deseo.

Sentí la sangre estancarse en mis mejillas debido a su voz ronca y a sus palabras explícitas. Jamás me habían dicho cosas así.

—Intentaré controlar esta necesidad —susurró con la mirada clavada en la mía.

—No quiero que la controles, solo que aún no estoy lista para ese paso.

—Yo tampoco, quiero disfrutarte lentamente —contestó, y depositó un besito en la punta de mi nariz. Las esquinas de mi boca se levantaron.

—De acuerdo, D —dije. De pronto, su semblante cambió y se puso serio. Me tensé ante el cambio de actitud.

—Otra cosa, hablaré con nuestros padres —soltó de la nada. Mis párpados se abrieron con asombro, iba a decir algo, pero su índice me detuvo—. Lo haré, quiero que todos sepan que estamos juntos, y voy a empezar por ahí.

—Bien.

—¿Te irás de nuestra casa? —preguntó.

—No lo sé, papá dijo que no es necesario, pero lo sigo pensando, hace rato pasó algo extraño mientras platicábamos, algo le dolía. Puedes colarte en mi habitación en las noches, como cuando éramos adolescentes —dije.

—Si te vas lo voy a hacer. Ahora podré besarte y susurrarte cositas al oído

hasta que te estremezcas, justo como en este instante.

Estaba a punto de contestar a su descarado cuando un estrépito en la puerta nos hizo saltar del susto, ambos guardamos silencio. Un puño tocó rítmicamente cuatro veces y la voz de mi padre se escuchó.

—¡Carly! —gritó papá desde el otro lado, sonaba enojado y preocupado—. ¡¿Está David contigo?!

Nos miramos con pánico y se separó para que descendiera del lavabo de un saltito. Busqué alguna salida, alguna solución, porque no quería ser castigada por nuestras imprudencias tan pronto. Estábamos encerrados en un baño, pensarían mal. Escuchando de fondo los gritos de mi padre y los golpeteos, me giré hacia Dave y aclaré mi garganta.

—¡Ya voy, papá! —grité de vuelta, y empujé a David a una de las cabinas, entretanto emitía risitas divertidas y silenciosas e intentaba abrazarme, jugueteón.

—Puedo decirle ahora —emitió burlón. Lo silenció con un pellizco.

—Anda, métete ahí, siéntate en la taza y sube las piernas, D —susurré solamente para que él escuchara. Ingresó en el cubículo, pero se giró y me enrolló entre sus brazos antes de que pudiera marcharme. Depositó un tierno beso en mi comisura y me soltó con una sonrisa para encerrarse y hacer lo que le había pedido.

Acomodé mi ropa frente al espejo, aunque no estaba desacomodada en absoluto, y me encaminé hacia la puerta. Di un largo respiro antes de abrir. Los ojos escrutadores de papá analizaron el fondo y cada esquina del lugar.

—¿Por qué tanto escándalo? —le pregunté con tono casual—. ¿Cuál es el problema?

—¿David está contigo? —cuestionó suspicaz, con las cejas alzadas.

—No, dijo que estaría en la colina —respondí intentando lucir natural. Pude imaginar la mueca de burla que seguramente tenía Dave en el rostro. Salí del baño, esquivándolo. En realidad, solo quería llevarlo lejos de ahí y que David pudiera salir—. Iré a ayudar a Rachel con los bombones.

Me escurrí y solté todo el aire que estaba reteniendo en mis pulmones cuando vi que me seguía. Eso había estado demasiado cerca.

Empecé a hacer las brochetas, mientras escuchaba la plática de las mujeres sobre algo que no era de mi interés y los hombres estaban poniendo la fogata; una montaña de leños que amenazaba con desplomarse.

Una sombra salió del baño de puntitas, ahogué una risa porque lucía gracioso actuando como un espía misterioso. Sabía que lo hacía a propósito porque estaba mirando. Se escondió detrás de un árbol, seguro para simular que venía de la colina, y antes de salir me dirigió una mirada y me lanzó un beso. Simulé que lo atrapaba en el aire.

# Quince

Ingresé a mi carpa para cambiarme la ropa y reunirme con todos. Con una sonrisa delineé la cadena que me había regalado Carlene en uno de mis cumpleaños años atrás, la llevaba colgada. Escarbé en la maleta y obtuve la suya, hacía tiempo que la había perdido y yo la había encontrado debajo de la casa del árbol. Quise conservarla para mí, así que no le dije nada, no sé, era emocionante tener algo de ella. La acaricié con mis dedos y la escondí en una de las bolsas de mi pantalón de franela.

Al salir visualicé a todos reunidos en la fogata, mi padre ya estaba tocando su vieja guitarra acústica, siempre había tenido ese vejstorio. Recordé que papá había cantado canciones para Carly y para mí cuando éramos pequeños y no queríamos ir a la cama, él me había enseñado a tocar y a cantar, a amar la música, que era una parte muy importante en mi vida. Cuando era joven componía canciones para Carlene, les ponía notas y las guardaba en la funda de mi guitarra.

Los adultos me saludaron, pero lo único que pude ver fue su sonrisilla cuando me coloqué a su lado, nuestros muslos rozaron, también nuestros hombros.

—Hola, cariño —susurré en su oído. Su sonrisa se ensanchó e intentó morder su labio para retenerla. Me enloquecía cuando hacía eso, me daban

ganas de morderlo.

Dejé que mis manos la capturaran como una red envolviendo su cintura. Le di un beso en la mejilla y dirigí mi vista a los demás. Me percaté de las miradas curiosas de soslayo, los ojos de mi madre chispeaban con alegría, así que le indiqué con una señal que se mantuviera recatada, no quería que Carlene se sintiera presionada.

Carly movió la punta de su pie al ritmo de la canción y apoyó su nuca en mi hombro

—Hijo, ¿quieres cantar? —cuestionó mi padre. Asentí. Papá sabía muy bien cuánto amaba tocar y cantar. Me gustaba tocar la guitarra y perderme raspando las cuerdas. Mi padre había insistido que estudiara algo relacionado con eso, pero yo me negué todas las veces.

—Es para ti, cariño —lo dije alto y fuerte para que todos fueran testigos de aquello. Me miró con asombro y mis comisuras se levantaron al ver su timidez. Cuando recordé dónde me encontraba, clavé la vista en mi padre, que sonreía con suficiencia—. “I don’t want to miss a thing”.

Los acordes comenzaron a sonar, yo hice lo que siempre hacía cuando estábamos en la fogata: la levanté y la senté en mi regazo bajo la atenta mirada de todos. La aseguré con mis brazos y apoyé mi barbilla en la curvatura de su hombro. La música empezó a cobrar vida, combinaba con los sonidos de la noche. Era fácil cantar cuando se trataba de ella. Evoqué esas veces en las que me había animado a hacerlo delante de todos, siempre sonreía como si estuviera orgullosa de que fuera su amigo. Yo me convertía en un charco, siempre había cantado mirándola. Cuando las palabras no bastaban siempre había una buena melodía que describiese los sentimientos.

Entoné la canción, no quería perderme ningún segundo a su lado. Enredé nuestros dedos y le di un beso en la mejilla en una de las pausas; su cuerpo se estremeció y clavó su vista en el suelo, quizá evitando las miradas fijas de nuestros padres.

Acariciaba las letras de la canción con mi lengua, entretanto todos aplaudían para animar el ambiente, excepto nosotros, porque teníamos las palmas juntas; su padre me guiñó un ojo y mi madre levantó sus pulgares animándome a continuar, así que solté una risilla, pero mi entrecejo se frunció al vislumbrar a Ginger con el semblante tenso y la sonrisa fingida. Fue algo sumamente extraño, pero aparté la imagen, dado que no quería amargar ese instante con suposiciones. Además, ella siempre había sido un caso difícil.

Terminé la canción, la apretujé más y escuché cómo, despistadamente, cambiaron el ritmo de la música. Papá tocó otra cosa para darnos un momento, Carly se puso de lado y enfocó su mirada en la mía.

—Cantas precioso, D —susurró solamente para que yo la escuchara.

—Solo es porque te canto a ti —dije.

—Mentiroso. —Rio suavemente. Su risa hizo que mi corazón latiera rápido, tomé su mano y la llevé a mi cuello. Sus ojos chispearon—. Palpita muy rápido.

—Es porque estás cerca —respondí. Carlene llevó mi mano a su cuello y sonrió de lado con coquetería. Mis dedos palparon los latidos que golpeteaban desenfrenados, como un tambor dando el paso, a su fina piel.

—¿Ya te diste cuenta de que mi madre está extraña? —Afirmé con un sonido nasal. Carlene suspiró y torció la boca con disgusto—. Será difícil



convivir con ella otra vez.

—Las puertas de nuestra casa están siempre abiertas para ti, cualquier día de la semana, cualquier semana del mes, cualquier mes del año —murmuré, llevando mi mano a su nuca y acercándome para comerle la boca.

—Dave, están nuestros padres —emitió en un hilo con reproche fingido, pero no me importaba que se dieran cuenta de nuestra nueva relación, que era más que obvia, así que le di un besito en el filo de sus labios. Iba a reclamar, pero la silencié con mi dedo índice.

—Nos están esperando para asar bombones, luciérnaga —solté juguetón. Ella se levantó como si fuera un resorte y negó, simulando indignación. Se encaminó al toldo donde estaban nuestras madres preparando las brochetas.

No le quité los ojos de encima ni un solo segundo, cepillé con mis pupilas sus piernas largas y torneadas enfundadas en esos shorts —que me quitaban el aliento— escondidos por su camiseta holgada. Se me antojaba aprender sobre arte solamente para capturar de alguna manera lo linda que era, para plasmarla y que se diera cuenta de que no tenía por qué esconderse.

Alguien se aclaró la garganta, así que a regañadientes aparté mi vista. Su padre tenía la ceja alzada, tal vez intuyendo que mis pensamientos no eran nada sanos. Intenté controlarme, pero de vez en cuando le lancé miradas indiscretas. Ella se dio cuenta y levantó la esquina de su boca con picardía.

Iba a terminar matándome si no dejaba de hacer eso.

\* \* \*

Insistió en que nos acostáramos en nuestras respectivas tiendas pese a mis

quejas. Frustrado, me dejé caer en colchoneta. Me mantuve con los ojos estancados en el techo, siguiendo las líneas de las costuras y pensando en la actitud de Ginger; por algún motivo me inquietaba.

Un trueno estalló en la lejanía, otro lo acompañó, solo tenía que contar hasta diez para que ella hiciera su aparición.

Inicié la cuenta regresiva en mi mente y justo antes de llegar al número uno un ruido se escuchó en el exterior. La puertita fue abierta y cerrada desde adentro; esbocé una sonrisa al percibir su aroma inconfundible en el aire.

—Cambié de opinión —murmuró en voz baja. No podía verla debido a la oscuridad.

Dejó caer su almohada y una sábana con estampado de cocodrilos y se acostó a mi lado, hombro con hombro. Siempre agradecí que necesitara de mis abrazos y compañía en los días lluviosos, siempre me había sentido un suertudo.

Me acosté de estómago, pasé mi brazo por encima de su abdomen y coloqué mi cabeza en el espacio entre su cabeza y su cuello, donde respiré profundo para embriagarme con su aroma. Dejó de respirar durante un segundo, solo me revolví y me acomodé lo más cerca que pude. Nuestras piernas se enredaron. Terminó relajándose como siempre hacía.

Luego recordé que aún mantenía el colgijie en la bolsa de mi pantalón, así que llevé mi mano hasta ese punto y la palpé por debajo de la tela, sentí los bordes y sonreí junto a su piel. Decidí conservarlo: por algún motivo se había quedado conmigo todos esos años.

—Hasta mañana, cariño —susurré, ya casi entrando en un sueño arrebatador.

\* \* \*

El último día de campamento, después de desayunar, decidimos pasear en moto. Carly se subió a la suya y me subí detrás suyo. Ella saltó y, antes de que pudiera moverme de mi cómodo asiento junto a ella, rodeé su cintura y apreté mis muslos a su alrededor. Dio un respiro profundo antes de encender el motor.

—¿Estás listo para conocer a una verdadera mujer, grandote? —soltó burlona, y lanzó una carcajada, con lo que consiguió calentar mi sangre todavía más.

El viento sacudía su cabello debido a lo rápido que manejaba, ¡estaba loca! Estrujé con nerviosismo su cintura.

—¡Carly, baja la velocidad! —grité para que pudiera escucharme por encima del ruido que producía la moto y el aire al romperse. Ella volvió a reírse, así que giré los ojos, exasperado, pero me sorprendió: disminuyó la velocidad hasta que la dejó estacionada en medio de la nada.

No me despegué de su cuerpo, solamente giré la cabeza para ver el entorno. Nos encontrábamos alejados del campamento en medio de un pastizal desolado. Negué con la cabeza.

Carly se recargó en mi espalda y se refugió en mis brazos, sin decir nada ni hacer el amago de bajar. Entonces entendí todo. ¿Era posible que ella quisiera estar a solas conmigo y por eso había conducido hasta ahí? Nuestros padres no conocían esa zona, así que era obvio que nadie nos iba a molestar.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté en un susurro. Se retorció entre mis brazos, de alguna manera quedamos más cerca.

—Quería estar contigo —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Para qué? —murmuré, entretanto depositaba besitos en el laberinto de su oreja. Carly respiró hondo y apretó mis brazos pegados a su cintura.

—Para abrazarte, quiero abrazarte sin que nadie nos vea, D. Yo solo... quiero estar contigo un momento —dijo después de un silencio.

La apreté todo lo que pude y dejé caer mi cabeza en su hombro, hasta que fui capaz de tocar con mis labios su mandíbula. No necesitaba nada si nos quedábamos así por siempre.

—Te amo —dije—. Si pudiera inventar una palabra para describir lo que me provocas lo haría, luciérnaga.

—No me digas esas cosas porque no sé qué responderte —respondió con una sonrisita jugando en sus labios.

—Cuando no sepas qué responder dame un beso, es el mejor pago que podrías darme —murmuré.

Ella giró su rostro, obediente, y unió nuestras bocas en un beso lento y pausado que aceleró mi respiración. Me trastornaba la sensación de poseerla y de saber que era su aliento el que se combinaba con el mío, que era su lengua la que me acariciaba.

La amaba, mi corazón era testigo de lo emocionado que estaba porque no solo me había dado una oportunidad de demostrarle que la quería, también me había confesado su amor. Cuando escuché sus palabras pensé que estaba soñando como muchas otras veces, así que aguardé esperando que el sueño se detuviera, pero entonces la tenía ahí frente a mí y era real. Éramos reales y eso era lo que importaba, que en aquel momento podía acariciarla y besarla sin inhibiciones, no importaban los años, habían valido la pena.

Esa electricidad que había entre ambos nos estaba consumiendo, era tal que en minutos ya estaba acariciando una de sus piernas y ascendía apretando su piel. Luego recordé que me había pedido tiempo y detuve el recorrido. Carly gimió en mis labios y deshizo el encuentro de nuestras bocas.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó llevando aire a sus pulmones. Estaba a punto de echarse hacia atrás, así que la besé de nuevo con deseo y mordí su labio inferior. Ella me miró con la vista nublada.

—Porque me lo pediste, voy a seguir tus deseos, aunque me esté muriendo por acariciarte.

Sus ojos brillaron, no entendía por qué se alegraba cada vez que le decía algo sobre respetar su decisión de no ir más allá. Mis párpados se entrecerraron y mi mandíbula se apretó al hacer conjeturas. Me miró por debajo de sus pestañas.

—¿Podemos hablar, cariño? —cuestioné, a lo que asintió cautelosa, no muy segura de aceptar: me conocía lo suficiente como para saber que algo rondaba mi cabeza. Había demasiadas cosas que sentía que me escondía y no quería eso. Deseaba saberlo todo, sus miedos y temores, porque sus alegrías ya me las sabía, pero ella siempre había escondido lo malo—. Quiero que seas sincera.

—De acuerdo —susurró.

—Sé que nunca te gustó usar vestidos y esas tonterías, pero ¿por qué un día de pronto cambiaste todo tu guardarropa?

Carlene nunca fue femenina, pero un día dejó de usar colores y empezó a usar pantalones y blusas holgadas oscuras. Esa semana su comportamiento había sido extraño, la había encontrado demasiadas veces llorando escondida

en la casa del árbol o quedándose perdida en sus pensamientos mirando un punto fijo en el suelo.

Siempre me pudo que por más que había preguntado, ella nunca me confió lo que tanto la perturbaba, y estaba seguro de que no era algo bueno, o me lo habría dicho. Lo sentía, era imposible que una chica tan linda como ella se sintiera mal consigo misma. ¡Vamos! Existían los espejos y ella era preciosa. Fui testigo de las miradas que muchos le mandaban cuando estaba distraída.

Se tensó y suspiró con dolor.

—No quería que nadie me viera, no quería que me miraran, deseaba ser invisible. De alguna forma, esa ropa me hace sentir segura —contestó dubitativa, como si estuviera cuidando sus palabras—. Después simplemente me acostumbré. Me agradaba molestar a mamá, se ponía furiosa cada vez que vestía así. Sé que es mi madre, Dave, debo respetarla y todas esas cosas, pero nunca me trató como si fuera su hija, ella me lastimó mucho.

Me quedé en silencio analizando sus palabras. Recordé aquella vez en la que había defendido a Carly: habíamos pasado la tarde haciendo los deberes en su habitación, su madre entró hecha una furia, le gritó cosas hirientes como si quisiera demostrarme que no valía nada, su voz era helada. No pude contenerme, me detuve frente a su rostro y le advertí que no permitiría que la tratara así, la amenacé con contarle a Steven, así que se fue de ahí con el rostro rojo de la ira.

Su madre era especial, a veces estaba bien, otras no tanto. Quizá Ginger le había hecho algo malo, algo que nadie sabía.

—¿Esconderte de qué? ¿Por qué deseabas ser invisible? —pregunté en un susurro, intentando lucir calmado, pero mi interior era una guerra.

—Dave... —Se detuvo en seco y respiró—. Hay cosas que debemos dejar en el pasado porque solo arruinarán nuestro futuro si las revivimos. No me hagas eso, no me hagas recordar, por favor... No quiero, entiéndeme, quizá algún día pueda.

Por algún motivo sus palabras me helaron la sangre. Carly ocultaba algo, un secreto que la estaba torturando, y no se atrevía a hablar de ello.

Estaba seguro de que fuera lo que fuera era peor de lo que me imaginaba.

# Dieciseis

Me desperté a su lado, recorrí con la mirada sus facciones y lancé un suspiro. Decidí salir de la tienda para dar un paseo y aclarar mi cabeza. Regresar a casa de mis padres no era una idea que me hiciera feliz, por el contrario, pero sentía que no me quedaba otra opción, algo en mi interior me decía que tenía que regresar, aunque eso me convirtiera en una estúpida.

Di un par de pasos, pero me arrepentí al instante. Mi madre estaba sentada en uno de los troncos de madera de la fogata, mirándome; parecía como si me estuviera esperando, porque en cuanto me vio me indicó con la barbilla que me acercara a ella.

El hielo penetró mis venas, arterias y nervios con tan solo una simple mirada. Parecía que el frío se apoderaba de mí cada vez que Ginger intentaba tener un momento privado conmigo. Yo no quería, no lo deseaba, me aterrorizaba muy en el fondo, a pesar de que creía que era fuerte y podía enfrentarla.

Siempre había tenido dos caras: la que usaba con la gente y con mi padre y la que usaba cuando las dos estábamos a solas. La segunda era tan amenazante que en seguida me sentí inferior, como siempre; cada vez me hacía recordar, y eso me dolía. Agaché la cabeza como acto sumiso y caminé hasta ella. Mi sien palpitaba, mi inconsciente me ordenaba que regresara al



calor de mi mejor amigo.

—Siéntate, Carlene —dijo con una extraña animosidad, algo que me descolocó porque no solía hablarme de esa manera. Hice lo que pidió y clavé la vista en la tierra, no siendo capaz de hacerle frente: sabía cómo vencerme—. ¿Qué está pasando entre Dave y tú?

Guardé silencio, decidiendo mentalmente entre mentir o decir la verdad.

—Nada. —Hice el intento de levantarme, porque necesitaba huir, pero sus uñas se cerraron en mi antebrazo y me regresaron al mismo asiento. Suspiré resignada, ¿qué más podía hacer?

—Carly, esto lo hago por tu bien. —Tragué saliva, aún no había dicho nada malo y yo ya estaba temblando. No quería escucharla y que llenara de basura mi mente. Estaba feliz, demasiado, y lo arruinaría—. No te hagas la tonta, ¿de verdad piensas que un chico como Dave va a enamorarse de ti? Carlene, sé que lo quieres, pero no permitas que eso que sientes te ciegue, hija.

Un nudo se comenzó a formar en la base de mi garganta, me sentí mareada. Otra ola de recuerdos apareció en el fondo de mi cerebro, pero los aparté al instante, no quería torturarme más, no más tiempo. Ya no.

—¿Por qué lo dices? —pregunté con la voz temblorosa entretanto la miraba de reojo. Esbozó una sonrisa de lástima que lo único que hizo fue partirme más el corazón.

—David tiene un expediente lleno de chicas, Carly, y ninguna es como tú, acéptalo de una vez o acabarás lastimada. Muy en el fondo lo sabes, continúas negándolo —dijo tratando de consolarme.

Se levantó, se dirigió hacia la casa de campaña que era de mis padres con su andar femenino y perfecto. Me quedé ahí, sentada. Antes habría corrido

para esconderme debajo de la cama, llorar por horas y lamentarme porque mi madre me trataba de ese modo. ¿Cuánto podía aguantar una persona? No tenía idea, ni sabía si estaba agotada porque seguía retorciéndome en los mismos pensamientos. Lo que sí recuerdo es haber levantado la cabeza y susurrarme que iba a creer en la persona que había permanecido a mi lado todos aquellos años, el único que me había apoyado en cada decisión, y ese era David. Si Dave no hubiera estado aquellos días conmigo, yo jamás habría salido del pozo oscuro en el que estaba.

No entendía los motivos que tenía mi madre para tratarme así, pero ya no dejaría que me siguiera manipulando a su antojo como una vez lo había hecho. No era la misma niña que había sido abusada por su culpa, así que me armé de valor, me prometí arriesgarme y confiar en las personas que siempre me habían demostrado su cariño.

No me levanté del tronco, simplemente permanecí allí, esperando quizá una señal de que estaba haciendo lo correcto. Luego lo vi salir y mirar alrededor, salté como un resorte y corrí a sus brazos, me lancé y rodeé su cuello. David me sostuvo como siempre lo había hecho.

Deseaba que cada palabra de mi madre desapareciera y dejara de torturarme, deseaba poder pasar la hoja de ese capítulo, quería dejar los dolores de mi pasado atrás. Pero, sobre todo, deseaba estar con Dave y que me amara como yo lo hacía. Eso era vital, quería sentirme segura sobre algo por primera vez en la vida.

—Hagamos una promesa —susurré en su oído.

—¿Qué clase de promesa? —preguntó con curiosidad.

Cerré los ojos y vislumbré la primera vez que me había besado en el césped

que compartían nuestras casas. Después de aquello había apretado mi cadena tan fuerte que se marcó en mi palma. En ese entonces no comprendía por qué mi boca hormigueaba.

Acuné su mano con la mía y lo jalé para que me siguiera, nos internamos en el bosque. En realidad, no sabía qué hacíamos, mi cabeza daba mil vueltas hasta que algo, tal vez un poco soso, se me ocurrió.

—¿Traes la llave del coche? —cuestioné, y me detuve frente a un gran árbol, uno de los muchos que había ahí. Dave asintió sin entender para qué la necesitaba, pero la obtuvo de la bolsa de sus pantalones y me la tendió de todos modos.

Di un respiro profundo y me acerqué al tronco, comencé a tallar mi inicial haciendo fricción con la punta, mientras él me observaba con la boca abierta. Cuando terminé, no necesité decirle lo que tenía que hacer, Dave tomó la llave e hizo lo mismo. Marcó en aquel árbol su inicial y las rodeó con un corazón. Era tonto, pero se sentía bien, era como una señal de que ahí habíamos decidido comenzar de nuevo.

Nos fundimos en un abrazo, no faltaban las palabras porque ambos conocíamos lo que el otro quería decir. Todo lo malo se borró de mi cabeza, solo éramos él, yo y nuestra promesa.

\* \* \*

Los asientos traseros de la camioneta de Arthur siempre nos brindaron privacidad, solíamos conversar y hacer bromas que creíamos que nuestros padres no debían saber.

Aquel día íbamos uno al lado del otro, su mano se escabulló con sigilo y lentitud hasta que fue capaz de tocar y acunar la mía. Mil mariposas revolotearon en mi estómago: seguía sin acostumbrarme. Sus yemas trotaron por mis nudillos y recorrieron los trayectos irregulares de mi palma, me convertí en un manojito de nervios.

Miré hacia el frente y me topé con la cabellera de mi madre. Recordé lo que me había dicho más temprano. Por misterioso que fuera, no me sentía indefensa e insegura. No permitiría que ella y todo lo que había provocado influyeran en mi vida, no más, así que recargué mi cabeza en su hombro y procuré adherirme a él. David sonrió de lado, miró por debajo de sus pestañas a nuestros padres —que estaban sumergidos en una plática sobre caballos— y soltó mi mano. Iba a preguntar el porqué de aquello, pero luego sentí su brazo deslizarse detrás de mi cintura; curvé la espalda para que pudiera hacerlo.

Apenas me tocaba y yo ya era un incendio.

—¿Y si te doy un beso? —preguntó en un susurro frente a mi oído. Lo miré con la ceja alzada.

—¿Y si me das muchos cuando lleguemos? —respondí con una sonrisita. Sus labios se abrieron por el asombro que le causó mi osadía.

—Trato hecho —sentenció y regresó la vista al frente. Quise hacer lo mismo; no obstante, lancé un chillido del susto. La cabeza de mi padre giró con rapidez y sus ojos me enfocaron.

Me obligué a sonreír e intenté apartar la mano de la piel desnuda de mi cintura. Dave aguantaba la risa, mientras me acariciaba con descarado por debajo de la ropa.

Aclaré mi garganta con nerviosismo porque papá aún esperaba una

respuesta.

—Sufrí un calambre, lo siento —murmuré con los dientes apretados, aunque me encantaban sus juegos.

Papá negó divertido y regresó la atención a la conversación. Dave detuvo los movimientos de sus dedos, le di un codazo en las costillas, de igual modo. Lo escuché reír entre dientes, depositó un beso en el filo de mi pómulo y me dijo susurrando que me amaba. Aquellos momentos me llenaban de dicha. ¿Cuántas probabilidades había de que tus deseos se hicieran realidad? Siempre lo había amado, y aunque creía que era imposible, mi corazón lo amaba aún más.

Tenía mucho que contarle a Lissa y debía empacar mis cosas cuando llegáramos a casa.

\* \* \*

Media hora después aparcamos a las afueras de la casa de Dave y le prometí a papá que empacaría y me iría a mi antiguo hogar con algunas de mis cosas.

Entramos a trompicones con dos pares de maletas cada uno y las dejamos en el recibidor. Me encaminé a la cocina porque estaba sedienta y obtuve agua del refrigerador. Me atraganté cuando sus manos me envolvieron desde atrás, cerré los ojos y dejé la botella en la encimera.

—Estamos solos —dijo—. Hicimos un trato.

De un solo movimiento me volteó y se enredó a mi alrededor. Me aventuré y besé sus labios, y él suspiró en mi boca y siguió mi ritmo lento. Sus manos

resbalaron por mi columna y acunaron mi trasero, por lo que me colgué de su cuello y permití que me condujera a donde deseara, no me inmuté porque estaba entretenida disfrutando de su aliento y su olor, de cómo apretaba mi cuerpo contra el suyo. Pronto mi espalda hizo contacto con algo suave, caímos al sofá. Me resbalé hasta que encontré una posición cómoda y permití que se colara entre mis piernas. Verlo encima de mí hizo que un destello iluminara mi mente, sentí que ya había vivido eso antes.

Lo besé con todo lo que pude sacar de mi alma y estrujé su cabello como solía hacerlo. Sus caderas comenzaron a bambolearse contra las mías, creando una fricción que me hizo gemir.

—¡Maldición! —exclamó. Fuimos ralentizando la profundidad de los besos; no obstante, la pasión no menguó.

Lejos de sentirme incómoda, aquello era lo que tanto buscaba, me sentía segura con él. Los labios de Dave se posaron en mi cuello y repartieron besos diminutos en él, su lengua me tocó como si fuera una pluma.

Apoyó su frente en la mía sin dejar de mover su boca contra la mía y lanzar ronroneos de apreciación que me hacían estremecer.

—¿Y si nos quedamos así todo el día? —cuestionó en un susurro—. Yo mañana te ayudo a empacar, pero hoy vamos a besarnos por todos esos años que no lo hicimos.

No necesitó demasiado para convencerme porque yo también lo deseaba, se deshizo de su playera dejando al aire una estructura que me mataba de los nervios. Estaba lejos de ser perfecto, tenía imperfecciones, así como yo. Sus brazos me rodearon, nos acomodamos y nos perdimos en la mirada del otro. Coloqué mis palmas en sus bíceps porque moría por tocarlo, sonrió

motivándome para que continuara con la travesía, y así lo hice: acaricié su cuello, entretanto su nariz recorría mi mandíbula. Suspiré en cuanto sentí su aliento en mi oído; permaneció ahí, quizá disfrutando de lo que me ocasionaba en ese lugar.

—Tu punto débil —dijo, provocando un escalofrío. Normalmente lo habría abofeteado por decir algo así, pero yo también acababa de enterarme de que lo tenía, o quizá él era el punto débil y no importaba dónde tocara.

Me convertí en cera derretida, él era el fuego que me quemaba. Su piel ardía debajo de mis palmas y sus labios incendiaban mi razón. Estaba cayendo... no, ya estaba a sus pies.

—Te amo, D —murmuré.

—Yo también lo hago, cariño, somos uno solo.

Y yo quería creerle, así que fue justo lo que hice.

No podíamos despegar las miradas, como si necesitáramos comprobar que aquello era real. Tampoco despegamos las bocas ni los alientos ni nuestros cuerpos ni nuestra atención, todo permaneció en su lugar.

Muy en mi interior tenía pánico de que lo que habíamos formado en el campamento se esfumara de un día para otro, sin embargo, había algo en sus pupilas que me mantenían en calma. Quizá era su forma de mirarme, besarme o acariciarme, como si no hubiera otra cosa que lo hiciera más feliz que eso; muy parecido a lo que yo sentía.

Cuando comenzó a anochecer, ambos subimos e ingresamos en mi habitación, me tomó por la cadera y me condujo a la cama entre bromas.

Se acostó a mi lado sin dejar espacios entre nosotros y continuamos con

una serie de besos que fue consumiendo el tiempo.

\* \* \*

No sé cuánto tiempo pasó, un timbrido nos sacó de nuestra burbuja, giré el rostro buscando la fuente del sonido, pues creía que era el despertador. Dave se movió a mi lado y tomó su móvil de la mesita de noche refunfuñando, clavó su mirada en el identificador y frunció el ceño. El aparato dejó de sonar y comenzó de nuevo. Bufó entre dientes.

—Ya vuelvo, cariño —murmuró, y se levantó de la cama. Con los párpados pesados lo vislumbré salir, miré la hora y dejé caer mi cabeza en la almohada. Estaba agotada y lo único que quería era dormir, pero escuché un grito alterado.

Me enderecé de golpe e intenté prestar atención a la voz molesta de David: claramente estaba enojado gritándole a la persona con quien hablaba. Lo escuché corriendo por las escaleras.

Brinqué para acompañarlo, fuera lo que fuera era algo que le disgustaba o, de lo contrario, no estaría tan agitado. Traspasé el umbral, se abrió y me detuve para entender sus reclamos.

—¿Qué mierdas haces aquí?! —exclamó furioso. No pude escuchar la respuesta del receptor—. ¡Quiero que te vayas! Entre tú y yo ya no hay nada, vete.

Sus palabras me helaron las venas. Era una de las tantas que habían pisado su alcoba. Tomé aire y seguí caminando, decidida a averiguar de quién se trataba, me imaginaba a la pelirroja intentando seducirlo con sus pucheros



brillosos, tacones altos y falda corta; apreté la mandíbula y me rogué calma.

De puntitas bajé los escalones de uno en uno hasta que pude vislumbrar a la causante de la interrupción de mi sueño.

Sus cabellos caían aún más perfectos que antes y sus curvas moldeaban la ropa que usaba. Sus ojos azules estaban clavados en David, que refunfuñaba y le indicaba que se largara.

¿Qué hacía ella ahí? Se suponía que estaba en Londres estudiando comunicación. Todos mis miedos de adolescente se hicieron presentes, me agarré del barandal para no caer al suelo.

—David, cariño, solo quería avisarte que he vuelto y no planeo irme esta vez —dijo con una sonrisita bailando en su boca—. No debí marcharme como lo hice.

La miré con incredulidad porque no entendía por qué cuando todo se veía claro llegaba algo a opacar el brillo.

Dave lanzó una carcajada de burla. A pesar de todo, que él no estuviera eufórico por la visita me daba tranquilidad. Sin embargo, sabía cómo era ella, sabía que si quería, haría lo que fuera para tenerlo de vuelta.

—Escucha, no estoy solo, no lo voy a estar nunca más.

La chica se quedó parada mirándolo con confusión: quizá no esperaba un rechazo por parte de él. Buscó con su mirada algo detrás de su cuerpo, entonces nuestros ojos contactaron y sus labios se ladearon haciendo una mueca.

David se giró y estancó sus pupilas en mí con pánico, casi rogándome que no malentendiera las cosas, pero no lo hacía, porque lo había escuchado todo.

Caminé hasta él, bajo la atenta mirada de los dos, me posicioné a su lado dejando que rodeara mi cintura con sus brazos y depositara un beso en mi sien. No volvió a mirarla.

Me llené de valor y alcé la barbilla para enfrentarla, porque no dejaría que su presencia me alterara. La batalla inició, y no estaba dispuesta a dejarme vencer esta vez.

Miel contra azul, Carlene contra Amanda.

## Segunda Parte

*Morimos en mi cuarto en que estoy solo,  
en mi cama en que faltas,  
en la calle donde mi brazo va vacío,  
en el cine y los parques, los tranvías,  
los lugares donde mi hombro  
acostumbra tu cabeza y mi mano tu mano  
y todo yo te sé como yo mismo.*

*Morimos en el sitio que le he prestado al aire  
para que estés fuera de mí,  
y en el lugar en que el aire se acaba  
cuando te echo mi piel encima  
y nos conocemos en nosotros,  
separados del mundo, dichosa, penetrada,  
y cierto, interminable.*

FRAGMENTO DE NO ES QUE MUERA DE AMOR

JAIME SABINES

# Diecisiete

Verla no provocó nada en mi interior. Amanda nunca me produjo nada, porque Carly siempre había estado en mi mente.

La sentía tensa bajo mi tacto, pero se mostraba firme e inquebrantable. Notaba que estaba cambiando ciertas actitudes, que tenía más confianza en lo que hacía. Por un momento pensé que se escaparía otra vez, pero no fue así. Ella confiaba en mí y eso solo me hacía amarla más. No quería quitarle los ojos de encima, porque sabía que si Amanda la provocaba iba a saltar, y no quería que la lastimaran.

Las dos se mantuvieron en silencio hasta que alguien se aclaró la garganta.

—¿Así que están juntos? —cuestionó la pelinegra con seriedad. Iba a contestar, pero Carly se me adelantó. Esboqué una sonrisita que quedó escondida en su cabello.

—Sí —escupió tajante. Otro silencio atronador se hizo presente, y después de unos segundos volvió a hablar.

—Lo siento, Carly, no lo sabía. —Me atreví a mirarla de reojo porque su tono no me gustaba en absoluto, la conocía y sabía que era una chica que hacía dramas por cualquier mísera cosa. Su tranquilidad ante la situación no cuadraba—. Pensé que David estaba soltero o, en su defecto, con alguna otra,

no creí que al fin se había atrevido a hablarte sobre sus sentimientos. Me da gusto que estén juntos, hacen una linda pareja.

Carlene lanzó una carcajada burlona.

—¿A quién quieres engañar? ¿Crees que te creo? No soy estúpida —se defendió Carly con la barbilla alzada y los brazos puestos en jarras.

—No, solamente crecí y dejé de ser una cría. Comprendo que están juntos y se quieren, lo respetaré —contestó encogiéndose de hombros.

Algo en todo el asunto seguía sin encajar. Carlene no respondió nada, Amanda se dio la vuelta sin más y descendió los escalones de la entrada. Escuchamos cómo arrancó el coche y se perdió en la lejanía.

Se deshizo en mis brazos y sacó todo el aire de sus pulmones. La cobijé en mi pecho para transmitirle seguridad.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Lo estoy —contestó en un suspiro.

—Estuviste genial —dije con una sonrisa, y estiré el brazo para cerrar la puerta; necesitábamos algo de privacidad.

Alzó la cabeza para mirarme, abrió la boca para hablar, no dijo nada porque volvió a cerrarla, así que la llevé al sofá y me senté a su lado. Recargó su brazo en el respaldo y me enfocó, barrió con sus pupilas mi cara, quizá buscando algo.

—¿Te sigue gustando? —pidió saber, y mordió su lengua, sabía que hacer la pregunta le había costado. Negué con la cabeza y me moví para que quedáramos más cerca.

Jugueteé con un mechón de su cabello rebelde.

—Me gustas tú, ya lo sabes —dije mirándola a los ojos para que notara la verdad. Después de saber que ella sentía algo por mí nada volvería a ser lo mismo, yo ya no tenía qué ofrecerles a las demás.

—¿De verdad, D? Si me lo prometes, voy a creer en ti sin importar nada, siempre ha sido de esa manera. Te amo, y si me dices que ya no te interesa Amanda, vo... —Su nerviosismo me estaba volviendo loco. Lejos de enojarme por su duda, sentí que mi corazón se derretía como chocolate en el fuego.

La interrumpí chocando sus labios con los míos. Automáticamente mi mano la rodeó y se escabulló debajo de la playera que llevaba puesta. No lo hacía con dobles intenciones, solamente me gustaba sentir su piel en la mía.

—Te lo prometo —susurré vislumbrando sus párpados cerrados y sus comisuras alzadas.

\* \* \*

No quería que se marchara, no cuando nos estábamos conociendo de otra manera. Tampoco deseaba que regresara a casa de sus padres, su madre siempre la perturbaba y no quería que volviera a sufrir como en la adolescencia. No obstante, no logré convencerla, así que la ayudé a empacar.

—¿Voy a poder colarme por las noches? —cuestioné al dejar las maletas en la cama de su antigua habitación. Carly soltó una risita y se detuvo frente a mí. La rodeé de inmediato.

—Cuando estén dormidos —contestó y me regresó el abrazo. Se sentía demasiado bien, su cuerpo encajaba en el mío.

Una hora después salí para regresar a mi casa. Me llevé una sorpresa cuando vi el camión de una florería estacionado. Un hombre se acercó diciendo que tenía una entrega para Carlene Sweet. Con confusión, firmó los papeles que le tendió. Automáticamente los celos se apoderaron de mí.

Le habían mandado un arreglo floral más grande que yo. La escuché despachar al sujeto y darle propina, cerró la puerta y no se acercó a mí. ¡No se acercó! ¿Por qué demonios no se acercaba y me daba una explicación? Yo no podía dejar de apretar mis puños ni de lamentarme porque no tenía el dinero suficiente para comprarle unas flores de ese tamaño. Agarró la tarjetita y miró lo que decía con seriedad.

—¿Quién las mandó, luciérnaga? —pregunté con los dientes apretados. Creo que lo sabía, conocía la respuesta antes de que ella lo dijera. Carlene suspiró con pesar, tal vez creía que me pondría como loco, y no se equivocaba—. Dímelo.

—Richard —soltó, haciendo que más enojo me invadiera. ¿Por qué demonios le mandaba flores? Los recuerdos de cuando éramos adolescentes se precipitaron en mi mente. El rubio con las manos en las caderas de Carlene, el rubio con sus labios en los labios de Carlene, el rubio mirándome burlón mientras la besaba. ¡Joder! ¡No! No quería pasar por aquello de nuevo, no lo resistiría, no después de saber cómo era amarla.

—¡Ese bastardo! —rugí entrando en un trance que me cegó por completo.

Me lancé hacia el arreglo floral y lo destruí. Aplasté con mis suelas los pétalos y luego sacudí mi cabello con frustración.

Decidí mirarla, tenía los labios convertidos en una línea recta y me miraba con incredulidad, como si estuviera decepcionada de mí. Yo no deseaba ver

cómo me dejaba, así que pasé por su lado y salí de ahí; comenzaba a ahogarme, llevábamos juntos muy poco y ya lo había estropeado.

—Ni se te ocurra volver con esa actitud, David. —Alzó la voz para que la escuchara. Me marché, estaba demasiado enojado y no quería arruinar más las cosas. Me trepé en la vieja camioneta y giré el volante cuando estuvo encendida. Vagué en mis pensamientos hasta que aparqué frente al parque de nuestras vidas, aquel al que siempre habíamos ido cuando éramos niños.

Ahí habíamos vivido parte de nuestra infancia, jugando en los juegos llenos de barrotos de colores o con alguna pelota, o simplemente sentados para contemplar las nubes. Me dejé caer en la misma banca que frecuentábamos, porque sí, teníamos nuestro asiento favorito.

Teníamos no más de trece, para entonces Carlene ya era una experta en los deportes y los chicos se asombraban al escucharla hablar sobre fútbol o básquetbol, cualquier deporte, en realidad. Yo también la admiraba cuando lo hacía. Recuerdo que llevaba el cabello suelto porque su madre la había obligado, nos sentamos en la banca sin decir nada. Estaba nervioso, así que obtuve un chocolate del bolsillo de mi pantalón para entretenerme con algo. Era su favorito, por lo que le di un poco. Unos chicos la veían desde el otro lado de la acera, no quería que la invitaran a jugar y se dieran cuenta de lo genial que era, entonces tomé su mano y los miré con el ceño fruncido. Ellos se fueron, pero no la solté porque, en realidad, el toque era lo más emocionante que había sentido jamás.

Nunca había tomado la mano de una chica. La de Carly era pequeña en comparación con la mía. ¿Quién iba a pensar que se sentía de la misma manera?



La amaba, nos amábamos. Nadie iba a meterse entre nosotros, lucharía para que no fuera de ese modo, para que estuviéramos juntos. Me puse de pie, sabiendo a la perfección lo que tenía que hacer.

\* \* \*

Se estaba comportando como un infante inmaduro, no era el hecho de que se pusiera a romper el arreglo por terquedad, era que me hacía sentir como si fuera capaz de engañarlo. ¡Por Dios! Llevaba toda mi vida enamorada de él.

Malhumorada, esquivé a mi madre —escuché cómo refunfuñó por pasar a su lado corriendo— y me encerré en mi habitación dando un portazo que bien pudo haber roto las ventanas de la planta alta, pero en ese instante no me interesó eso, ni el grito de disgusto que mi padre lanzó. Me dejé caer en la cama como si fuera una montaña de hojas, las imaginé volando a mi alrededor, esparciéndose en el suelo y cubriéndome del mundo, dejándome escondida debajo de su olor a arce.

Dave y yo solíamos hacerlo: juntábamos las hojas que caían en otoño, creábamos una especie de cama y luego nos lanzábamos juntos. Siempre terminábamos con la ropa manchada de tierra y los cabellos llenos de pedazos de hojas secas. Lo que más recordaba era lo que hacía mamá para regañarme después.

Sacudí la cabeza, no me gustaba recordar ciertas cosas que solo me lastimaban. Pensaba que tenía que perdonarla porque era mi madre, y me sentía mal por detestarla como lo hacía. Todo era parte de mi pésima autoestima y de que no me valoraba lo suficiente como para darme cuenta de que ella solo me hacía daño.

Cuando me deshice de lo que tanto me quitaba la tranquilidad, recordé la manera tan drástica en la que David había actuado: no me dio tiempo siquiera de hablar o decir algo, comenzó a descargar sus celos contra un montón de florecillas. Evoqué, en ese instante, la primera vez que Richard me había obsequiado algo: una caja gigantesca de chocolates. La había dejado en mi habitación, ingresé a mi cuarto de baño para asearme y, en cuanto salí, vislumbré mi caja de chocolates aplastada en manos de Dave. Le creí cuando me dijo que se había sentado encima sin ver. No sabía qué creer, probablemente también lo había hecho a propósito.

En lugar de enojarme, entré en un estado de euforia y comencé a reír con desenfreno, no me importó que mi padre entrara en mi recámara contrariado y se fuera de ahí con gesto divertido. Froté mi abdomen para calmarme. ¿Cómo no me había dado cuenta de sus sentimientos? Escuché los pasos de mis padres, que se dirigían hacia su habitación, al fondo del pasillo, así que tuve que calmarme.

No entendía por qué Richard me había mandado flores, no me gustaban las de esa clase —no era muy amante de cualquiera en general—, y eso solo fue un claro ejemplo de lo poco que me había conocido mientras habíamos salido. Y aunque era alguien a quien le gustaba jugar vencidas y eructar después de tomar refresco, le tomaba demasiada importancia a ese tipo de detalles. Lo que tenía bien claro es que debía aclarar ciertas cosas con él antes de que todo se me saliera de control, ya no me interesaba tenerlo en mi vida, no desde que me había dado cuenta de cómo era en el dichoso bar. Yo no era de las que confiaba dos veces, y él ya me había traicionado.

Vislumbré las estrellas del techo, que brillaban por la oscuridad, y escuché un golpe en mi ventana. Creí que era ocasionado por el viento, pero volví a

escucharlo una segunda vez, de modo me enderecé dudosa y me encaminé a la fuente del sonido.

Mordí mi labio cuando lo vislumbré debajo de mi ventanilla con un puñado de piedras en su mano. Me indicó que la abriera, así que lo hice, y con señas le pedí que guardara silencio, porque seguramente mis padres estaban durmiendo y no me apetecía discutir con ellos.

El ambiente me transportó a años atrás, cuando él escalaba la pared de alguna forma desconocida para mí. Cada vez que lo hacía me aterraba, pero él insistía y yo no era capaz de resistirme demasiado a sus ruegos. Jadeante llegó al destino y entre gemidos se coló a mi habitación. Parecía un anciano después de haber corrido más de un kilómetro.

—Ya no soy tan joven como para hacer esto todos los días, tendrás que abrirme la puerta. —Suspiró y tronó el hueso de su cuello y el de sus nudillos y me miró aprehensivo—. Lo sé, me comporté como un niño, no pasará de nuevo.

De su espalda sacó una rosa blanca; él sí que sabía qué era lo que me gustaba, y eso me encandilaba de muchas formas.

—No puedo comprarte un arreglo enorme para reponerlo, pero sabes que si tuviera el dinero no solo te compraría uno, te daría miles —susurró y colocó la flor entre mi oreja y mi cabello.

—Esto es muy romántico —apunté, y lo abracé sin pena. Sentí su sonrisa en la coronilla de mi cabeza y su pulso incontrolable en mi mejilla apoyada en su pecho. Olía a su perfume, un suave aroma que siempre me hacía vibrar y que podría reconocer en cualquier parte.

Sus brazos me apretaron y su respiración cosquilleó en mi oreja, donde

depositó tiernos besos que me transportaron a otro mundo. Suspiré porque tenía que liberar lo que sentía o explotaría, ya mis piernas amenazaban con quebrarse y mis pulmones parecían no reaccionar.

Él continuó el recorrido por el largo de mi cuello, sentí la calidez de su lengua un par de ocasiones. Apartó con delicadeza el tirante de mi blusa y besó la piel de mi hombro desnudo. Era tan dulce y tan tierno conmigo, sus movimientos eran tan controlados y perfectos que no lo detuve, no estaba segura de si lo lograría.

Sentí sus manos ascender por mi espina y escabullirse debajo de mi ropa, moldeó mi cintura y delineó la línea de mi ombligo. Subió y subió hasta que no fui capaz de razonar en absoluto por su manera de estrujarme y besarme, no conocía el universo que me estaba mostrando.

Nuestras caderas encajaron. Miles de suspiros salieron de mi boca cuando sentí la fricción justo en ese punto especial, él, en cambio, gruñó y me erizó la piel.

Sin embargo, cuando intentó desabrochar mi pantalón, sí que lo detuve con la poca cordura que me quedaba. Se echó hacia atrás y, con la mirada nublada, llevó sus manos a otro lado.

—¿Lo arruiné? —preguntó con voz rasposa y electrizante. Sonreí de lado y negué con la cabeza. ¿En qué mundo sentir aquello sería arruinar algo? Me dio un beso que me demostró lo mucho que quería estar de esa manera conmigo, pero no insistió ni mostró señal de enojo.

No era virgen, pero mis experiencias no habían sido las mejores, tenía miedo de decepcionar a David, por eso lo detenía. Mi cabeza aún no estaba preparada, a pesar de que mi cuerpo rogaba fundirse con el suyo.

Solo me besó con pasión, paseando su lengua por toda mi boca y mordiendo mi labio un par de veces, acercándose a él, aunque ya no había más espacio. Lo besé de vuelta igualando su ritmo.

Más tarde me recosté sobre él, mientras acariciaba mi cabello y enredaba nuestras piernas con picardía.

—Tengo miedo, Carly —me dijo en un murmullo que me hizo alzar la cabeza y cuestionarlo con la mirada—. Están pasando cosas extrañas: primero tu madre con su actitud, luego Amanda y, al final, Richard mandándote un jodido arreglo de más de doscientos dólares.

Yo también lo creía.

—Prométeme algo —pidió con urgencia, y alzó su palma abierta para que yo colocara la mía ahí. Lo hice sin dudarlo—. Promete que siempre vamos a creer en nosotros sin importar qué y cuan mala se vea la situación. Hablaremos y lo discutiremos. Promete que nunca te alejarás, luciérnaga.

El nudo en su garganta me mostró lo aterrado que estaba; no quería que se sintiera así.

—Te lo prometo —susurré mirando sus iris verdes.

—Nunca será lo mismo si tú me dejas, nada podría llenar el hueco y el vacío que dejarías. —Soltó y cerró los párpados impidiendo la visión de su mirada afligida.

Sellé mis palabras con un besito en sus labios y me adherí a su cuerpo. Le susurré que lo amaba y él hizo lo mismo. Quería creer que así permaneceríamos toda la vida y que nada sucedería, porque ya nos teníamos, al fin, el uno al otro. Después de tantos años merecíamos estar juntos y disfrutar de eso, pero como siempre me equivoqué, porque a veces el mundo

no quiere girar a nuestro favor.

\* \* \*

A la mañana siguiente él salió por la ventana y luego tocó la puerta para entrar en la casa como una persona normal. Ingresó con una amplia sonrisa y fue directo a abrazarme y a depositar un beso en mis labios. Mis padres veían, y sí, me inquietó la seriedad que llevaba mi madre en el rostro. No entendía cuál era su problema.

Los días comenzaron a pasar uno tras otro, las vacaciones junto a él no eran tan aburridas. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en el departamento con D, hacíamos cualquier cosa: podíamos pasar una tarde entera mirando películas y después juzgándolas como si fuéramos expertos en cine, aunque no supiéramos nada en realidad. Me daba palomitas en su boca y entre risas se las arrebatava, no dejaba que me apartara porque comenzaba a besarme y, de alguna forma, terminaba encima de mí en el sofá.

Otras ocasiones me hacía compañía mientras pintaba mis cuadros. Le conté sobre mis verdaderos deseos: yo había querido estudiar pintura y no una licenciatura en letras, pero mi madre me había matriculado en eso. Me animó a seguir pintando, incluso buscó en internet exposiciones de arte donde podría intentarlo con mis obras.

Cada noche entraba a mi recámara a escondidas y se metía debajo de las sábanas, después rodeaba mi cintura y me pegaba a él, mientras me susurraba al oído que me amaba una y otra vez. Había otras veces en las que la pasión nos ganaba y terminábamos envueltos en una sesión de besos y caricias.

Salimos juntos a muchas partes, aunque fuera un sencillo parque a la vuelta de la casa. También era divertido compartir un helado de vainilla, sentados en algún columpio y charlando de cosas sin sentido.

Yo nunca me aburría a su lado, siempre hallaba la manera de hacerme reír, de hacerme olvidar todo lo que no fuera él.

En mi casa era el mismo problema que había tenido siempre: mi madre revoloteaba a mi alrededor insistiendo en que era un hombre con pechos y que necesitaba arreglarme o, de lo contrario, Dave se terminaría aburriendo de salir con alguien que se vestía igual que él. Entonces David saltaba y se le plantaba con el rostro furioso y le decía que él me amaba con esa ropa, que no intentara cambiarme o me llevaría de regreso al departamento.

Los verdaderos problemas sucedían cuando no estaban él o mi padre: Ginger se acercaba como una planta carnívora que intentaba seducir a su presa y me hablaba con las palabras cariñosas que solo utilizaba cuando quería manipularme y hacer explotar mi cabeza. Y me recordaba todo lo que había ocurrido cuando apenas había sido una chiquilla que empezaba a presentar los cambios de la adolescencia. No titubeaba en describirme ese lugar o a las personas que solían estar en él, pero supe controlar mi angustia; creo que eso solo hizo que se enfureciera más.

Comencé a tener pesadillas de nuevo, imaginaba todo, era como si lo estuviera viviendo otra vez, y me aterraba. Me daba asco y sudaba, y con las migajas de mis sueños aún transitando en mi cabeza corría a vomitar al baño. Dave sostenía mi cabello y luego limpiaba mi boca con un pedazo de papel, me daba palmaditas en la espalda y me vislumbraba con aprehensión. Veía en sus ojos las múltiples preguntas que no musitaba, todo aquello alguna vez lo vivimos. Después se acurrucaba junto a mí y me arrullaba toda la noche.

Me preguntó demasiadas veces qué era lo que me atormentaba, pero le suplicaba que parara y lo dejara a un lado; no deseaba revivir más lo que estaba tan vivo en mi mente y mi cuerpo.

Lissa andaba de viaje fuera de la ciudad con sus padres en algún crucero, así que solo charlábamos de vez en cuando por teléfono o mensajes de texto. Le conté todo lo que había ocurrido en el campamento, recuerdo que lanzó un grito de emoción y no paró de hacer preguntas hasta que la convencí de que ya no había más por contar.

Mi padre comenzó a presentar una serie de molestias: le dolía el pecho al caminar, se mareaba demasiado fácil e, incluso, lo llegué a ver pálido sin motivo aparente. Me preocupé, a pesar de que mamá decía que seguramente era por falta de sueño, y papá creía lo mismo. No obstante, llegué a la conclusión de que era mejor asegurarse de su salud. Se hizo unos estudios, le recetaron un cambio drástico de dieta y unas pastillas para prevenir infartos. Obviamente, me puse como loca, porque mi padre siempre había sido un hombre sano, no entendía por qué de pronto se estaba enfermando, así, de la nada. Él me prometió que todo estaría bien; le creí, porque nunca me mentía. Él era otro de los soles de mi oscuridad.

David iba todos los días a mi casa y le preparábamos una de las tantas recetas que le había recomendado el doctor. Por él intentaba fingir que todo estaba bien. A veces lo encontraba mirándome fijamente y con el ceño fruncido, así que me acercaba y acariciaba su entrecejo con los dedos, le sonreía y le contaba cualquier cosa para que las malas ideas se dispersaran. A veces funcionaba, otras no.

No estaba tranquila en casa, solo permanecía en el sitio por papá. En ocasiones me encontraba sentada en mi cama y ella se detenía en el umbral de



mi habitación y me observaba sin moverse. Mamá se mantenía ahí casi sin pestañear, a pesar de que le enviaba miradas amenazadoras; era como si estuviera en otro mundo. Luego simplemente se iba y todo volvía a ser calma para mi organismo.

Richard me buscó un par de veces, no lo recibí en ninguna ocasión, pero un día él y Dave coincidieron. David lo tomó de la camisa y lo zarandeó como si fuera a penas una pluma para él, le advirtió que me dejara en paz, que yo ya estaba con alguien y que no permitiría que se metiera entre los dos. Me asusté un poco cuando Richard soltó una carcajada burlona. David se enfureció y le propinó un puñetazo en el pómulo.

El rubio dejó de ir a mi casa, pero no detuvo la corriente de mensajes de texto, los cuales ignoraba.

Amanda no volvió a aparecerse y Dave me prometió que no había sabido nada de ella después de aquel incidente. Debería de haber estado feliz de que se alejara, pero algo en mi pecho me decía que no me confiara del todo. Empezaba a entender el temor que David tenía, pero me dije que era normal porque era una relación nueva y había muchos sentimientos involucrados; era obvio que me sintiera de ese modo.

El tiempo pasó con una rapidez sorprendente y, con él, la relación entre Dave y yo crecía y se fortalecía cada segundo más. Aunque al principio nuestros cuerpos fueron los que gobernaron, pasadas unas semanas él empezó a hablar de un futuro juntos. Me preguntó qué planes tenía y me contó lo que él deseaba. Nos reímos al darnos cuenta de que éramos muy opuestos en nuestras metas: yo deseaba terminar la carrera y seguir estudiando, él quería montar un despacho y tener una familia conmigo.

—Es demasiado pronto —le dije. Dave lanzó una carcajada y me sentó sobre su regazo, para después estabilizarme con sus brazos.

—Ya lo sé, no estoy diciendo que tendremos bebés ahora, aunque no me importaría empezar a elaborarlos en este instante, luciérnaga —ronroneó en mi oído, a lo que me estremecí. Sentí el sonrojo invadir mis mejillas, así que intenté ocultarme, pero como siempre él me descubrió y cubrió mi rostro con besos.

Luego acarició mi mejilla y me susurró que se acomodaría a lo que yo quisiera.

Y entonces todo se salió de control, se nos resbaló de las manos, entre los dedos.

# Dieciocho

Llegó a recogerme muy temprano por la mañana, bajé corriendo las escaleras y, sin despedirme de mi madre, que me miraba con molestia, salí y me interné en el vehículo.

Me incliné hacia él y me dio un beso largo, que tuvimos que parar porque se nos estaba haciendo tarde. Aceleró, yo subí el volumen de la música y abrí la ventanilla.

No quería volver a clases, no deseaba enfrentarme a las chicas presumidas ni a los profesores, lo único bueno era que podría ver a Lissa.

Aparcamos en el mismo lugar en el que solíamos hacerlo, descendimos del coche y colgué mi mochila como siempre. Me despedí con una sonrisita e hice el amago de caminar hacia mi facultad, pero un cuerpo se plantó a velocidad luz frenándome y haciéndome tropezar. Él me sostuvo y sonrió de lado.

—¿A dónde crees que vas, luciérnaga? —cuestionó divertido. Entrecerré los ojos sin comprender qué era tan gracioso. Con su dedo índice quitó la mochila de mi hombro y se la colgó como yo lo había hecho, después alzó una ceja, esperando mis reclamos y que intentara arrebatarme mi bolso. Giré los ojos e inicié el trayecto, y Dave se puso a mi lado; sentí su mano acunar la

mía.

Lo miré de reojo: él sonreía con suficiencia, de verdad estaba orgulloso de estar conmigo, estaba completamente feliz, así que hice lo mismo: sonreí y alcé la cabeza, sin importarme los murmullos ni las palabras o las miradas de las chicas. Me concentré en su mano y pude hacerlo.

Llegamos al edificio, pensé que me soltaría, pero no lo hizo. Vislumbré la cabellera rubia de Lissa, quien se encontraba mirándome con emoción desde nuestra banca. La palma libre de Dave envolvió mi cintura.

Entonces, sin que lo predijera, juntó su boca con la mía y mi suelo tembló. Automáticamente todo mi alrededor se perdió en alguna parte de la dimensión, me olvidé de la gente que nos observaba con asombro, y todo porque su lengua acarició la mía y sus manos se fundieron en mi piel por encima de mi ropa. Me besaba como si quisiera decirme: «A la mierda la gente si esto se siente así de bueno». Se sentía más que bueno.

Un gruñidito me hizo recordar en dónde estábamos, así que con una sonrisa lo alejé lo suficiente como para que reaccionara; se quejó al sentir la lejanía de nuestros labios.

—¿Qué haces? ¿No quieres besarme? —cuestionó con sorna, a lo que mordí mi labio inferior. Me estaba provocando, y vaya que lo consiguió, quería cerrarle la boca y que dejara de decir tonterías.

Quitó su mochila y la mía de su hombro, que cayeron ocasionando un sonido en el suelo, y me pegué a su cuerpo. David me recibió gustoso y apretó todo lo que pudo. Escuché de fondo una serie de gritos para animarlo, no recuerdo muy bien porque volví a temblar. Lo besé como él minutos atrás había hecho, una de sus manos estrujó mi cabello e hizo mi cabeza hacia atrás

para profundizar aún más.

—¿Cómo he podido vivir sin tus besos todo este tiempo? —preguntó con timbre ronco después de detener el beso—. No podría vivir sin ti, luciérnaga.

—Yo tampoco, D —dije en respuesta.

Así permanecemos un par de minutos hasta que, con un dejo de tristeza, dijo que debía irse o llegaría tarde.

—Suerte en tu primer día, cariño —emitió.

—Suerte para ti también —le deseé de vuelta. Me miró y ladeó la cabeza para estudiarme. Le iba a preguntar si pasaba algo, pero me enseñó su extensa sonrisa y besó la punta de mi nariz.

—Recuerda nuestra promesa —murmuró recobrando la alegría que se había esfumado por medio segundo. Lo solté, me guiñó un ojo con picardía. Lo vi partir con su mochila, la tenía desde la secundaria e insistía en seguir usándola a pesar de que estaba deshilachada de algunas partes. Así era él, también por ese motivo conservaba la vieja camioneta, algo sobre la suerte. Como tonta le sonreí a su espalda hasta que lo perdí de vista en un tumulto de estudiantes.

Di un respiro para girarme y encarar los rostros que habían sido testigos del encuentro. Las mujeres me miraban de arriba abajo con una mueca de incredulidad.

Ubiqué a Lissa, que me miraba con la boca abierta y los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Me dirigí hacia ella sin pensarlo. En cuanto llegué, se colgó de mi cuello y comenzó a saltar como infante frente a un parque de diversiones, lanzando grititos de emoción. Creo que parecíamos dos adolescentes emocionadas porque el chico que les gustaba las había saludado.

En mi caso era que el chico del que siempre había estado enamorada también estaba enamorado de mí.

—¡Joder! ¡Lo sabía! —exclamó en mi oído, haciendo que me echara hacia atrás. Me soltó y comenzó a abanicarse como señora del Renacimiento en una obra teatral—. Demasiada tensión sexual para un solo día, superaron mi dosis máxima.

Le di un golpe juguetón en el hombro y le pedí que no hablara tan alto porque me sentía parte de un zoológico con toda esa atención puesta en mí.

Nos sentamos en una banca de piedra, la que solíamos usar antes de que llegara la hora de entrar a la facultad, y me relató todo sobre el cruce al que había ido. Había conocido a un chico, la química los llevó a una habitación... Al día siguiente la ignoró.

—Es la última vez que caigo, estoy cansada de todos —sentenció como si de verdad lo creyera. Siempre decía lo mismo.

Muchos muchachos se acercaban a Lissa para conquistarla: era una chica atractiva, inteligente y vivaz. Lo malo es que se ilusionaba con facilidad y acababa llorando y deprimida en su habitación, viendo capítulos repetidos de *Vampire Diaries* dos semanas después de que los conocía. Luego se acordaba de su primer exnovio, iba corriendo a sus brazos para que él la consolara y después la mandara a la mierda. Ella decía que estaba maldita, aseguraba que su mala suerte había empezado después de su relación con Ian Green. Sí, Ian había estado perdidamente enamorado de Lissa, o eso pensábamos. En ocasiones la encontraba mirándolo con melancolía, después hacía como si nada. No necesitaba que me lo dijera porque a mí me pasaba lo mismo con David. Recuerdo que solía acariciar su cabello cada vez que terminaba con

alguien y se ponía a llorar por el ojiazul. Por lo regular, la consolaba con un enorme bote de helado de chocolate y juntas veíamos su serie favorita, debatiendo quién era el más apuesto de los hermanos Salvatore.

Después de unos minutos me rogó saber sobre lo ocurrido en las vacaciones. Lo hice sin guardarme ningún detalle, era la única con la que podía hablar de esa manera. No me interrumpió, solo una vez para regañarme por haber tardado en revelar mis sentimientos; dijo que tendría que haberlo besado en ese baño y haberme olvidado de todo. Contesté que necesitaba seguridad y él me la dio unos días después.

Las clases pasaron sin contratiempos. Sinceramente, no puse mucha atención, mi mente estaba en otro sitio: repasando los momentos en el campamento. ¡Demonios! Sus caricias eran lo mejor de todo, delineaba con tanto cariño que de solo imaginarlo me estremecía. Lo hacía como si yo fuera barro que necesitaba ser moldeado y él era el artesano que me estaba formando.

\* \* \*

Era la décima vez que veía el reloj en la pared, tamborileé mis dedos en el banco y volví a corroborar que no me estuviera equivocando. El licenciado explicaba algo sobre leyes mercantiles, pero no podía distinguir el sonido de su voz, era un eco lejano.

Veinte minutos faltaban para verla de nuevo y poder abrazarla. Solo podía pensar en eso y en su olor. Ella comenzaba a hacerme adicto y no podía controlar eso. Cada vez la deseaba más y más. Moría por sentirla toda.

En cuanto nos fue permitido abandonar el aula, lo hice, y caminé dando zancadas para ir en su búsqueda.

La vi justo cuando estaba saliendo, iba al lado de Lissa, platicando algo y riendo. Me quitó el aliento. La rubia alzó su barbilla para señalarme y Carlene se giró y me enfocó con sus ojos miel, esos que parecían endulzarme la existencia. Se despidió de su amiga y corrió hacia a mí. Todo se evaporó cuando se lanzó a mis brazos.

—Te extrañé —dijo cerca de mi oído, haciendo que mi piel se erizara. Moría porque me dijera algo como «mi amor» o «cariño» y no solo «D», pero esperaría un poco más y, si no, se lo sacaría a suspiros.

Caminamos juntos a la camioneta, encendió la radio y comenzó a mover la cabeza al ritmo de la música. Al llegar a su casa la acompañé; no me iría hasta recibir lo que tanto quería.

—¡Te trajeron algo, Carly! ¡Lo dejé en tu habitación! —gritó su madre desde la cocina.

Una vez adentro casi hago combustión de la rabia. Respiré profundo y exhalé para calmarme y recordarme que ella estaba conmigo y no con ese bastardo que lo único que hacía era meterse entre nosotros.

Aún no comprobaba si era un regalo de Richard, pero estaba más que seguro que sí. Y en efecto: Carly se acercó, tomó la tarjeta del ramo de rosas rojas e hizo una mueca de disgusto, luego me miró y me la tendió. Agarré su brazo y la atraje hacia mí. Todo eso me ponía muy ansioso. Su nariz se refugió en mi pecho, rodeó mi cintura con sus brazos.

—Quiero matarlo —murmuré con la mandíbula contraída—. Quiere recuperarte.



—Puede quedarse esperando porque yo estoy muy cómoda aquí —respondió. De alguna forma, saber que ella nunca lo había querido me reconfortó, pero, de cualquier manera, no me agradaba que le mandara regalos todo el tiempo.

De soslayo clavé la vista en el ramo; pediría un aumento, eso es lo que haría, y le compraría una jodida florería. Me destrozaba no poderle comprar un regalo así de grande. Sí, mis padres me habían dado la casa, pero yo debía mantenerla y pagar mis gastos, y eso me quitaba casi todo el capital.

Me sentía en desventaja en ese sentido, era el segundo arreglo floral que le daba y, si lo hacía una tercera vez, no tendría cabeza para controlarme. Lo buscaría y dejaría su cuerpo inservible.

Se despegó de mí y tomó el objeto de mi angustia entre sus manos para depositarlo en el bote de basura junto con la nota. Luego se dejó envolver por mis brazos, tal parecía que era la pieza que me complementaba.

—No era necesario, cariño —susurré.

—No, pero no las quería de todas formas —contestó, y besó mi comisura. Sabía que lo estaba haciendo para evitar mi molestia—. Por cierto, en el campamento nos compré algo y no te lo he dado.

Se dirigió hacia su mesita de noche y abrió el cajón, obtuvo algo de ahí y luego regresó a mi lado. Estiró el brazo y me dejó ver lo que llevaba en la palma. Un dije casi idéntico al que me había dado de pequeños era lo que me estaba entregando, de la misma forma. Lo abrió para dejarme ver nuestras dos fotos, pero de nosotros ya mayores.

Lo tomé como si fuera un tesoro valioso y la miré, y ella me mostró el suyo, que colgaba de su cuello. Hice lo mismo que había hecho hacía años:

me lo coloqué encima del que ya traía.

Seguramente entraría en cólera si se enteraba que, en realidad, su cadena no se había perdido como creía, sino que la tenía yo. Nos despedimos entre besos y alientos mezclados y prometí que iría en la noche para dormir a su lado, como lo había estado haciendo todas esas semanas.

Me acompañó hasta mi coche y me deseó suerte. Antes de arrancar el motor pude ver a su madre parada frente a una ventana en la parte superior de la casa, con los ojos clavados en nosotros, mirándonos casi de manera fantasmal. Me pregunté si le molestaba el ruido de la camioneta; lo dudaba, porque desde siempre la había tenido y ella nunca había hecho ningún comentario. Pensé que quizá nos había descubierto durmiendo juntos, pero lo creía poco probable. Luego recordé que había dado la noticia del regalo en la recámara de Carly con mucha alegría; apreté el volante hasta que mis nudillos se volvieron blancos. ¿Quería que su hija regresara con ese bastardo que la utilizó? ¿Por qué querría algo así? No es que yo fuera el mejor partido, porque a decir verdad era todo lo opuesto, pero había crecido a su lado como si hubiera sido mi tía. Me quedaba en su casa, siempre comía o cenaba con ellos, nunca habíamos tenido una mala relación como para que se negara a nuestro noviazgo. Además, sabía a la perfección lo mucho que amaba a su hija y que habría dado mi vida o cualquier cosa por su bienestar, siempre era ella lo primordial para mí.

Estaba en una encrucijada mental porque no sabía qué pensar y no tenía modo de averiguar qué era lo que sucedía en la cabeza de esa mujer. Si mi madre supiera algo, me lo hubiera dicho, y no era así.

Después de un rato de torturarme pensando que nos separaría, llegué a la conclusión de que eran ideas mías y que estaba paranoico. Creí que estaba

alucinando, así que deseché mis nervios.

El despacho Cloud era un cúmulo de oficinas con múltiples abogados, los mejores de Nashville para ser exactos. Era difícil entrar en la organización por la competencia, pero, afortunadamente, había conseguido un lugar gracias a mis buenas calificaciones y las recomendaciones de mis profesores.

Al obtener una plaza en el sitio, calificaban mi desempeño durante la estadía y podía ganarme la oportunidad de pertenecer a ellos cuando me graduara para así emprender e ir fortificando mi carrera, de modo que, aunque moría por mandar todo al infierno e ir con Carly, tuve que aguantar las ganas y estacionar en el lugar designado para mí.

Cuando entré pude percibir el aura un tanto tensa, con las secretarias y asistentes andando de un lado para otro y asomándose hacia la oficina principal. Había un dueño de todo aquel imperio: el señor Edd Cloud, un viejo canoso muy amigable y cálido que lo único que buscaba era el bien de su empresa, sus trabajadores y sus clientes.

Me acerqué a uno de mis compañeros, que se movía nervioso junto a un bebedero de metal, para hacerle algunas preguntas. Lo que recibí de respuesta no fue nada alentador: el viejo Cloud había fallecido el día anterior por una sobredosis, sus hijos no tardaron ni veinticuatro horas en adueñarse del despacho y venderlo, así que en ese preciso momento estaban haciendo la transferencia de bienes al nuevo dueño, que seguramente nos mandaría a la mierda a todos para instalar a otros perfiles que fueran más de su agrado.

Era doloroso hasta cierto punto que nuestro jefe muriera, no voy a mentir, dolía. Recordé el primer día de trabajo y lo nervioso que me encontraba, él llegó y apretó mi hombro como si fuera parte de mi familia; me dijo que

todos en la vida alguna vez pasábamos por esa sensación, pero que si nuestro carácter y determinación nos permitían continuar y demostrar lo que valíamos, entonces habíamos nacido para la abogacía.

Suspiré porque mi deseo de trabajar más horas para poder darle una sorpresa a Carly no se vería realizado y acabaría despedido al final del día o de la semana. No podíamos hacer nada, porque nos darían nuevas instrucciones, así que todos estábamos a la espera de lo que pasaría. Unos parados con cara preocupada, otros bromeando o platicando como si nuestro futuro no fuera a verse arruinado en segundos. Yo me mantuve con los ojos clavados en mis zapatos negros.

Pasados un par de minutos, las puertas se abrieron y comenzaron a salir los hijos del fallecido Cloud. Lo que vi después me dejó casi sin aire, quería desaparecer y mudarme de estado: ahí, saliendo de la oficina, estaban Bruno West y, detrás de él, su hija Amanda.

Maldije mil veces. ¿Por qué precisamente él era el comprador del imperio Cloud? Ya me lo imaginaba cambiando el nombre de la empresa y todo lo demás; me daban arcadas solo de pensarlo. Lo conocía a pesar de que nunca había entablado mucha conversación durante mi noviazgo con Amanda: hacía todo lo que su nena caprichosa pedía, era increíble la manera que tenía su hija de manipularlo, como si fuera su marioneta.

Ella alzó la vista y paseó su mirada por todo el vestíbulo, nuestros ojos se encontraron a medio camino y esbozó una sonrisita de satisfacción que no pude entender. No regresé el gesto, claro está. Me saludó como si fuéramos los amigos de toda la vida, por lo que los que me rodeaban me miraron con asombro; yo también estaba asombrado, y un poco pasmado. ¿Cómo demonios podía ignorarla si era la hija de mi nuevo jefe? Aun así lo hice, dejé

de mirarla e hice como si no hubiera visto nada.

Sabía que con mi actitud la estaba provocando, pero ya no me interesaba, y debía dejárselo claro para ahorrarme problemas.

Dieron un discurso sobre la importancia de entender los cambios que se presentarían y que todos recibiríamos el apoyo de la empresa cualquiera que fuera la manera de proceder del dueño. Nos invitaron a una celebración que le harían al señor Cloud la semana próxima y después se fueron sin más.

West nos dio la bienvenida a su empresa, iba a haber recorte de personal y ya tenían a los posibles candidatos que quedarían fuera, pero harían entrevistas a todos de todas formas. Cambiarían el nombre, de modo que oficialmente estábamos sin empleo porque la empresa era otra. No estaba seguro de si me moverían o no, tampoco de querer quedarme y ver a Amanda yendo y viniendo a cualquier hora del día. Podía asegurar que Carlene tampoco se lo tomaría muy bien.

Mi distracción no me permitió huir, y en cuestión de segundos la pelinegra ya estaba a mi lado hablando de que tendría una oficina y que sería bueno que fuéramos a almorzar juntos alguna vez.

—Lo siento, yo almuerzo con mi novia —le contesté lo más tajante que pude, pero sin llegar a ser grosero. Me costaba demasiado mantenerme cerca. Amanda asintió como si de verdad entendiera lo que decía.

Cuando la conocí en mi adolescencia no me había gustado nada de ella, era una chica de trato fácil con la que podía acostarme en ocasiones, el tipo de mujer que me hacía olvidar durante unos segundos que estaba enamorado de mi mejor amiga. Sin embargo, ella estaba enamorada de mí y le dije que formalizaríamos si dejaba a Carly en paz. Recordaba cómo habíamos

terminado y la fuerte bofetada que había recibido aquel día, me la merecía: decir el nombre de alguien mientras tienes sexo con otra no es nada lindo. Terminamos en ese mismo instante mientras nos poníamos la ropa. Días después intentó que regresáramos, pero me negué porque deseaba luchar por la chica que amaba. Amanda lloró y suplicó, pero la rechacé recalcando que estaba enamorado de Carlene. Ella se fue a estudiar al extranjero después de eso, no sin antes recalcar que odiaba a mi luciérnaga.

—Entiendo, David, quizá algún día podamos, no sé... —ronroneaba mandándome miradas lascivas, y apretó mi antebrazo con coquetería. Ya me sabía sus juegos, así que me zafé de su agarre y dejé de verla para prestarle atención a un compañero que aflojaba el nudo de su corbata—. Tranquilo, es broma.

Y lanzó una risita para después batir su cabello e irse bamboleando las caderas.

Como no había nada que hacer ese día, todos partimos hacia nuestras casas. Manejé hacia la suya porque ya no aguantaba más, necesitaba sostenerla y quería creer que ya era demasiado tarde como para entrar al igual que un fugitivo, me hacía sentir travieso. Estacioné la camioneta cuerdas atrás para que no identificaran el ruido que hacía el motor y troté. Me colé entre nuestros jardines y alcé la barbilla para ubicar su ventana. La ventanilla estaba abierta y la luz apagada, pero un destello amarillo me indicó que se encontraba despierta.

Con dificultad inicié la travesía para sorprenderla, me resbalé un par de ocasiones, pero pude mantener el equilibrio hasta que llegué al filo de su ventana y suspiré con alivio. Asomé la cabeza y la vislumbré ahí, tendida boca abajo en su cama, moviendo sus piernas de atrás hacia adelante, con los

auriculares puestos. Miraba un libro con el ceño fruncido. De pronto sus ojos se alzaron y se clavaron en los míos, casi me caí por el temblor que dieron mis rodillas.

Se quitó los audífonos y caminó hacia mí, tal vez para ayudarme. Llevaba un short corto para dormir que me dejó la boca seca.

—¿Estás loco? Vas a matarte, cielo —musitó con angustia, y tomó mis brazos para ayudarme a subir. No obstante, en lo único en lo que podía pensar era en que le comería los labios muy despacio porque me había llamado «cielo». ¡Era su cielo! ¡Ella era mi jodida galaxia!

Poco a poco adentré mi cuerpo en su habitación y caí de bruces en la alfombra del suelo, haciendo que ella riera. Mi corazón se calentó.

Vislumbré sus pies descalzos y sus pantorrillas, que me invitaban a saborear su piel; toda ella lo hacía. La tomé desprevenida y planté un beso en el dorso de su pie, ella se calló de golpe. Me encantaban sus piernas largas, eran infinitas, y sabía que podía perderme horas recorriéndolas. Quería hacerlo, pero no sabía si era demasiado.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó divertida. Me levanté de un salto y me pegué a su boca como tantas ganas tenía.

Se asombró de mi necesidad, pero duró poco y, pronto, me correspondió con la misma entrega. La conduje hasta que topó en el filo de la cama, caí encima suyo. No aguanté más, acaricié sus piernas, sus muslos.

Pasado un rato, nos acostamos ya listos para dormir, la abracé por la cintura y me adherí sin dejar espacios.

—Estás muy callado, ¿pasó algo? —preguntó. Deposité un beso en su sien.

—No, cariño, son tus labios los que me dejan atolondrado —dije como respuesta. Debí haberle dicho la verdad, que el padre de Amanda había comprado la empresa y que ella me coqueteaba sin razón, pero no lo hice porque creí que le haría más daño. Era lo último que deseaba, que se martirizara por la presencia de la persona que la había lastimado.

La observé dormir y acaricié su perfil sin saber que estaba cometiendo el primer error: ocultarle la verdad.



# Diecinueve

Una semana después la escuela ya me estaba tupiendo de trabajos, exámenes y otra serie de cosas que me producían jaqueca. Me encantaba leer y el arte en general, pero jamás quise inscribirme en Letras.

Nunca olvidaré su manera de chantajearme. En ese entonces le tenía pavor a mi madre y a sus ataques, tenía miedo de enfrentarla o, al menos, de decirle a alguien que me ayudara.

Estaba sentada en una de las sillas de mi habitación, la que colindaba con la ventana y el balcón, con un gigantesco libro en mis piernas. En realidad, solo estaba haciendo tiempo hasta que llegara David: era viernes e iríamos a pasar un tiempo a solas.

Desde hacía días que lo notaba tenso, en múltiples ocasiones le había preguntado si ocurría algo en la universidad o en el trabajo, le creí cuando me había dicho que no, yo no tenía por qué dudar de sus palabras si nunca me había mentado. Puso de pretexto que despachos Cloud había sido vendido y corría el riesgo de ser despedido, sabía lo mucho que significaba su empleo para él y para su carrera. Era un apasionado de lo que hacía. Muchas veces me adentré en los debates que Jurisprudencia hacía, él estaba entre los exponentes; me fascinaba mirarlo argumentar cosas y crear estrategias para atacar a sus rivales.

Sinceramente no sé por qué no salía de mi carrera para irme a lo que realmente amaba hacer: pintar. De pequeña soñaba con ingresar a alguna academia de arte, añoraba hacer exposiciones con mis cuadros y subastas y ganarme el dinero que fuera por hacer lo que me gustaba. En eso se quedaron aquellos anhelos, en sueños de una adolescente espantada.

Una punta de uno de mis lienzos se asomó debajo de mi cama, ahí los escondía del mundo. Cerré el objeto que se encontraba sobre mis muslos y me hiqué frente a la cama para obtener la pintura.

No obstante, no llegué a sacarlo: mi madre profirió mi nombre en un grito que me hizo suspirar. No respondí, con la esperanza de que me olvidara, pero volvió a llamarme un tanto desesperada y furiosa al mismo tiempo. Bajé las escaleras a pasos rápidos, decidida a no enfurecerla porque moría por regresar a mi habitación para pintar o hacer algo mejor que verle la cara.

Me quedé petrificada en la entrada de la sala: no lo había visto todavía porque una pared nos separaba, pero se me heló la sangre al reconocer su voz. ¿Por qué Richard seguía insistiendo en algo que no iba a pasar? No quería ser su amiga ni su novia ni siquiera su conocida. Me quedé ahí, de pie, sin saber qué hacer, no comprendía por qué motivo mi madre lo había invitado a pasar. David llegaría dentro de poco y lo encontraría en mi casa. Tallé mi rostro, frustrada, sintiendo cómo el enojo me recorría. Ese imbécil se había burlado de mí y luego aparecía tan feliz como si nada hubiera pasado.

Me adentré en el sitio y vislumbré la extensa sonrisa de mi madre. En cuanto se percataron de mi presencia ambos guardaron silencio. Clavé la vista en el rubio y apreté la mandíbula. Estaba demasiado enojada, solo quería que dejara de enviar los regalos que no me había enviado cuando éramos novios.

—Hola, Carly, solo pasé a saludar —dijo, y se levantó del sillón para comenzar a acercarse. Cuando lo tuve cerca di un brinco hacia atrás.

—No seas grosera con Richard, Carlene —ordenó mi madre con ese tono aterciopelado que solía usar y que detestaba porque me hacía recordar cosas que prefería dejar en el olvido.

Le lancé una mirada envenenada, la peor que encontré en mi repertorio, para que se callara y dejara de ordenarme.

—Lárgate de aquí que este no es asunto tuyo —le siseé con los puños hechos nudos. Me dirigió una mirada llena de intensidad, para luego girarse y marcharse del lugar.

Centré toda mi atención en el sujeto frente a mí, sus ojos azules se estancaron en mi rostro y permanecieron serenos. Iba a hablar, pero lo interrumpí.

—Quiero que te vayas ya mismo y dejes de hacer este jueguito tuyo que no me divierte —musité sin titubear. Richard fingió asombro y se llevó su mano al pecho, entretanto movía la cabeza hacia los lados para enfatizar lo que estaba a punto de decir.

—No es ningún juego, Carly, solo quiero disculparme de algún modo —soltó. Deseaba callarlo, pero volvió a hablar, interrumpiendo el montón de letanías que moría por decir—: quiero que seamos amigos, ya tu madre me dijo que estás saliendo con David, no pienso inmiscuirme en su relación si es lo que piensas. Solo intento remediar el daño que te causé. Te habría dicho todo esto por teléfono si lo contestaras, necesitaba pedirte perdón por lo que te hice aquel día en el bar...

—Ya no me interesa, eso ya lo olvidé —emití con urgencia—. Al contrario

de ti, yo no quiero ser tu amiga, para ser amigos necesito que haya confianza y hace mucho que dejé de tenértela. Así que por favor deja de mandar esas ridiculeces y regresa a tu vida, que yo estoy muy feliz con la mía.

El ambiente se volvió pesado de pronto, no se escuchaba más que nuestras respiraciones en la estancia. Richard asintió una sola vez y se encaminó hacia la salida que ya conocía, lo acompañé porque quería asegurarme de que saliera.

Los dos salimos por la puerta principal, él se dirigió hacia su auto y yo me mantuve como una estaca en el césped. A mitad de camino se detuvo y se dirigió hacia mí de nuevo.

Se acercó de más, así que di pasos hacia atrás. No vi venir sus movimientos porque jamás creí que haría algo como aquello. Estampó unos labios llenos de rudeza con los míos y apretujó mis muñecas impidiendo que lo golpeará, quitándome de ese modo cualquier escapatoria posible.

Me sacudí lo más que pude, pero me mantuvo aprisionada mientras intentaba mover mi boca con la suya; la mía era una dura línea que no modificaría ni siquiera para rogar auxilio. Me dio tanto asco que un par de lágrimas se escaparon de las esquinas de mis ojos. Quería gritar, pero entonces mi boca se abriría y él tomaría ventaja de ese movimiento. En medio de mi pánico, recordé aquellas clases a las que había ido cuando estaba en secundaria: el maestro solía decir que mantuviéramos la cabeza fría para encontrar el punto débil de nuestro oponente. En ese instante no me importó la calma.

Levanté mi rodilla y acerté en el lugar exacto, lo supe porque él me soltó como si quemara y se dobló por el dolor, lanzando algún gemido y gruñido

hacia mí. No obstante, lo que vi después volvió a dejarme helada: ahí en mi césped se encontraba Dave. Estaba tan rojo que pensé que estallaría en cualquier momento.

Iba a explicarle qué hacía Richard y que yo no lo había besado por voluntad propia; les rogaba a las fuerzas celestiales que él hubiera visto toda la escena. No me dejó siquiera pronunciar una sílaba porque tomó al rubio de la camisa y lo jaló hasta que quedaron sus rostros casi unidos. Sus narices chocaban, uno bufaba y el otro simplemente lo miraba con un reto secreto en la mirada.

—¡No te le acerques, imbécil! ¡Carlene está conmigo ahora! ¡No voy a permitir que hagas esto! —exclamó, en un rugido, el castaño. Parecía que iba a asesinarlo si el otro se atrevía a refutar. Nunca lo había visto tan amenazador. ¿Cómo había controlado ese carácter cuando Richard y yo éramos novios?

—Eso puede cambiar fácilmente. —Se atrevió a sentenciar el rubio con la barbilla alzada, al tiempo que clavaba sus dedos en los antebrazos de Dave. Su respuesta me descolocó, solo lo estaba provocando y, según lo que me había dicho en mi sala minutos atrás, ambas versiones no concordaban, así que supuse que algo malo estaba sucediendo, porque él solo quería enfadar a David, y lo estaba logrando.

Los dos se encontraban perdidos en las amenazas que se dirigían con la mirada y con la expresión corporal. Vi la decisión en sus ojos verdes antes de que ocurriera todo: siempre que estaba rabioso y quería acabar con el contrincante arrugaba el gesto de una forma que hasta el más valiente luchador se asustaría. Cuando estaba en la adolescencia solía pensar que era una de sus expresiones más atractivas, pero en ese momento tuve miedo de lo que pudiera hacer. Sabía lo que haría, así que intenté detenerlo, pero fue más

rápido.

Elevó su puño y lo llevó directo al pómulo de Richard, quien no se esperó la agresión, pues no hizo el amago de protegerse. Un gemido de dolor se escapó de su garganta. Dave comenzó a lanzarle golpes al azar, las aletillas de su nariz se abrían y se cerraban, mientras el otro intentaba defenderse y lloriqueaba pidiéndome que lo parara.

No podía ver el rostro de Richard, pero por la fuerza con la que Dave lo golpeaba supuse que ya estaba bastante mal. Fue la primera vez que no supe cómo actuar para calmar a mi amigo, jamás lo había visto en aquel estado, así que simplemente alcé la voz, con la esperanza de que escucharía.

—¡¡David, para!! —grité desesperada cuando las gotas de sangre comenzaron a manchar el suelo. Él se detuvo al escucharme, cuando iba a golpearlo una vez más, y tragó saliva admirando cómo Richard se retorció para salir de su agarre, con la mitad del rostro hinchado y la otra sangrante, tambaleándose como si fuera imposible mantenerse de pie.

El joven agredido no volteó ni una sola vez en nuestra dirección, simplemente se dirigió a su coche y se montó en él para perderse en la calle.

Le dirigí una mirada de soslayo. David miraba sus manos con fijeza y sin expresiones en su rostro. No sabía qué estaba pasando por su cabeza y eso me aterraba. Tenía miedo de que no me creyera y que haber visto ese beso fuera demasiado.

—¿Dave? —lo llamé en un susurro. Me miró y eso bastó para sacar todo el aire de mis pulmones. Estaba herido, intenté acercarme a él porque deseaba abrazarlo, pero me detuvo antes de que pudiera hacerlo.

—Dame unos minutos, Carlene —pronunció seco. ¿De verdad creía que

entre Richard y yo había algo? Me apresuré a sacarle esa idea de la cabeza, no podía ser eso, ¿cierto?

—D, te juro que yo no lo besé, fue... —Mi garganta comenzaba a cerrarse, mi cabeza era un tumulto de ideas juntas y quería vomitar mi desayuno. ¡Dios! Todo era un malentendido—. Tienes que creerme, yo te amo a ti.

Bajé mi cabeza avergonzada por todo aquello y porque él no musitaba palabra. Mi vista se nubló, pues realmente creía que me dejaría. Me sentía triste, no tenía manera de comprobar mi inocencia si decidía no creerme. ¿En qué planeta yo cambiaría a Dave por Richard?

Pude vislumbrar sus zapatos frente a los míos, su dedo índice levantó mi barbilla. Me sonreía con ternura, achiqué los ojos midiendo su mirada. Me arrastró a sus brazos y me enfundó en un abrazo.

—Jamás dudo de ti, cariño —murmuró—. Es solo que... Nunca me había sentido así de enojado. Si tú no hubieras hablado para detenerme, no sé qué habría hecho con él... Quería ahorcarlo, quería que no se atreviera a acercarse a ti de nuevo.

Lo estrujé con más fuerza por lo profundo que me sonaron sus palabras y hundí mi cabeza en su pecho para empaparme de su olor. Olía a limpio, era su aroma característico, tan varonil y natural.

—Lo besé muchas veces antes —solté, porque de algún modo necesitaba que lo supiera. Lo sentí tensarse—, pero ninguna de ellas me hizo olvidar que era a ti al que quería, y mi corazón tampoco lo olvidó. No necesitaba besos para que palpitará cuando se trataba de ti.

—No me digas esas cosas, luciérnaga —murmuró en mi oído. Su tono juguetón me indicó que el problema anterior había quedado en el pasado.

Sonreí, pero luego mi seriedad volvió y el coraje blandió una vez más por mis venas.

Solo pensaba en una sola persona: mi madre.

Tal parecía que intentaba que Dave terminara conmigo. Que hubiera regresado a casa no significaba que seguía siendo la misma niña de siempre y que podía gobernarme como hacía. Su tono seguía repiqueteando en mi cabeza.

Me separé de él y corrí a la entrada, la busqué en la cocina, ella solía permanecer horas y horas en el mismo sitio haciendo cosas que solo mi padre comía. Ahí estaba, con un guante acolchonado de un tono amarillento. Dobló su cuerpo y jaló la manija del horno. El olor a pastel de carne llenó mis fosas nasales: el platillo favorito de papá.

Sus pupilas me encontraron, colocó el recipiente encima de un mantel que había en la encimera y se sacó los protectores de las manos. Hizo todo eso sin dejar de mirarme, amenazante. No obstante, no detuve lo que deseaba decirle.

—Que sea la última vez que te metes en mis asuntos, no entiendo por qué motivo dejaste pasar a Richard a la casa sabiendo que era probable que Dave llegara, más aún si sabes que soy su novia. No me interesa... —musité con la mandíbula apretada. Los puños iban a tronarme si no dejaba de cerrar mi palma con dureza. Ella sacudió su cabello rubio y ladeó la cabeza, mientras me examinaba como si yo fuera parte de un experimento. Intentó hablar, pero la detuve porque aún no había terminado—. No te atrevas a hacer todo lo que me hiciste cuando era una estúpida, ya no soy la misma, no uses ese tono conmigo porque sabes que sé que lo haces para que recuerde lo que hacías. ¿Por qué intentas lastimarme más de lo que ya lo hiciste?



Sus tacones traquetearon en el suelo, se plantó frente a mí y alzó la mano dispuesta a darme un golpe en la mejilla. Muchas veces lo había hecho cuando intentaba defenderme, sin embargo, esa vez detuve la cachetada con mis brazos.

—Deja de hablar como si yo tuviera la culpa, Carlene. No tenía idea, tú nunca dijiste que no querías, no pude hacer nada —dijo, como si se tratara del clima. Solté una risa sarcástica, la detestaba con cada poro de mi ser.

—¿No pudiste hacer nada o no quisiste? Cualquier madre habría hecho algo, pero entonces tú fuiste la que me llevó a ese lugar sin haber motivo y sin mi consentimiento. Tú fuiste la que lo permitió y te quedaste ahí escuchando cómo lloraba, gritaba y te rogaba que les pidieras que se detuvieran. —Mi labio inferior tembló, sacudí un par de lágrimas que rodaron por mis pómulos; ya no se me antojaba que fuera testigo de todo el daño que me producían los recuerdos, todo lo que ella me había hecho.

No respondió porque ¿qué podía decirme si ambas sabíamos que era verdad? Que ella por algún motivo había decidido que merecía ser castigada de ese modo. Cuando cuestionaba el porqué, ella solo decía que tenía que aprender a ser obediente, que de alguna forma debía entender que era una mujer. Tan solo tenía trece años, era una niña que no entendía y creía que su madre tenía razón, que merecía aquello solo por haber manchado la alfombra que había comprado por Ebay.

—No te metas en mi relación con David, ya no te tengo miedo y contigo no me tocaré el corazón, así que deja mi puta vida de una maldita vez —vociferé con cólera. Los recuerdos transitaban como llamas ardientes en mi cabeza y me quemaban, y yo deseaba apagarlos a como diera lugar, sin importar el método.

—Ya te dije que Dave no te conviene, Carlene, te vas a acordar de mí cuando él pase de ti y se busque a alguien con más cualidades y mejor que tú —emitió con soltura y confianza. Ella de verdad creía que él me cambiaría. No me dolía ese pensamiento, porque era imposible, lo que me lastimaba era que mi propia madre me creyera tan poca cosa y le fuera tan fácil decirlo... Aseguraba que yo era una porquería y que no podía ser amada por alguien como Dave.

—¿Y según tú quién me conviene? ¿Richard? ¿Ese bastardo que me engañó y me insultó? —pregunté, confundida. Sonrió de lado y apretó mi hombro, pero me deshice de su toque porque no lo toleraba.

—Richard al menos es sincero y te dijo lo que realmente necesitabas escuchar, no endulzó tu oído como seguramente David hace. Debes entender que no eres como las otras chicas, Carly. Habiendo tantos espejos, ¿aún no te has dado cuenta de lo fea, gorda y sin chiste que eres? —Ya no eran dagas porque ya era una costumbre para mí escucharla hablar de esa manera.

—No puedo creer que seas mi madre —murmuré más para mí que para ella, pero lo escuchó. Se giró y se acercó de nuevo a la carne que estaba horneando, comenzó a picarla con palillos y a revisar si estaba cocida.

—Yo no puedo creer que seas mi hija —contestó, y me lanzó una mirada despectiva para después continuar haciendo la comida e ignorarme por completo. Lo peor de todo es que lo decía con tranquilidad, de verdad lo sentía. No puedo explicar mis sentimientos, en realidad no me dolía su rechazo. Después de haber vivido un infierno, las personas se acostumbraban hasta que llegaba al punto de que ya no dolía más. Ya nada me dolía porque ya había sentido todos los dolores posibles y, entonces, mi corazón formó una pared para protegerse del exterior.

Eso es lo que sentía: nada.

Mi pared se había construido desde hacía mucho tiempo, así que era resistente y ya no me importaba lo que decía.

Sin embargo, necesitaba estar sola, reclusa en mi burbuja. Corrí afuera del sitio y me topé con David, que se encontraba pasmado en el suelo, quizá porque había escuchado todo, pero ¿qué más daba? Lo esquivé, necesitando con urgencia refugiarme en el lugar donde siempre me sentía feliz, donde podía respirar.

Crucé el césped una vez afuera y comencé a subir las tablas de colores de la casa del árbol. Ya no necesitaba brincar para poder alcanzar el suelo como cuando era pequeña y Dave me ayudaba a subir. Me refugié en un rincón y llevé mis piernas hasta mi pecho para apoyar mi frente sobre mis rodillas.

Lo evoqué, eso sí no podía controlarlo.

Recordé aquel edificio mugriento en una esquina de uno de los barrios de clase baja de Nashville. Me llevó y me dijo que recibiría mi castigo por haber quebrado una ventana de la casa mientras jugaba con David a fútbol. No sabía a qué se refería, creí que me dejaría en aquel lugar y luego iría por a mí, pero no fue así. Él apareció, no había rastro de cuero cabelludo en su cabeza, tenía una nariz enorme y llevaba una bata blanca. Su placa decía que era doctor.

Mi madre le dio un fajo de billetes y se agachó hasta que su rostro quedó frente al mío, palmeó mi cabeza como si fuera su mascota.

«—Él te va a enseñar que eres una señorita, Carlene».

El hombre me llevó a lo que era su consultorio y cerró la puerta.

Cuando salí de mi recuerdo me di cuenta de que estaba llorando. Así fue como comenzó todo. Había veces que moría por contarle a papá, pero nunca me atreví, y en ese momento era casi imposible por sus problemas en el corazón. No deseaba verlo sufrir y no quería que enfermara por mi culpa.

Unos brazos me rodearon, no necesité verlo para saber a quién pertenecían y lo abracé de vuelta, porque lo necesitaba más que a nada. Él había estado conmigo aquellos días —aún sin saber el porqué de mis lágrimas—, nunca le dije nada porque me daba vergüenza, dejó de cuestionarme y solo me arrullaba hasta que mis ojos se hacían pesados y me quedaba dormida.

Su calor evaporó un poco mi dolor, era una especie de medicina contra los males de mi alma. Besó mi sien en repetidas ocasiones, hasta que dejé de sollozar y solo permanecí ahí, fingiendo que no tenía que enfrentarme al mundo.

—¿Qué fue lo que te hizo, Carly? —preguntó en un susurro que me heló la sangre. Lo había escuchado todo y ahora quería respuestas. No sabía si quería darlas, pero estaba segura de que de alguna manera necesitaba liberarme, porque mi resistencia se estaba acabando. ¿Con quién más hablaría si no era con él? No era como si pudiera confiar en cualquiera—. Confía en mí, luciérnaga. Sabes que te apoyaré pase lo que pase, te amaré sea lo que sea y te ayudaré a superar eso que te duele. No me gusta mirarte así y no saber lo que te pasa, no saber cómo consolarte. Déjame estar contigo en las malas también.

Sus palabras me hicieron llorar otra vez. Me sentó en su regazo y acarició mi espalda con un ritmo constante para que me calmara. Quizá no estaba lista, porque ciertamente nunca lo estaría, pero necesitaba decirlo, que alguien me dijera que todo estaría bien y que tarde o temprano se borrarían

las heridas. Que tarde o temprano podría destruir los ladrillos de mi pared y sería capaz de volar con las alas que me habían amarrado, y brillar con la luz que se había fundido el peor día de mi vida.

Enterré la cara en su cuello y aclaré mi garganta, sintiendo el ácido ascender por mi garganta, mientras recordaba y me preparaba para hablar.

# Veinte

Asistía a la secundaria, en ese entonces salía a jugar todas las tardes con David en el parque cerca de nuestras casas. Recuerdo que llegaba a casa con los zapatos manchados de lodo, solía agachar la cabeza cuando mi madre me gritaba colérica por ensuciar su piso costoso de madera.

Aquel día estábamos jugando en el jardín con una pelota de fútbol americano, no pude parar uno de los pases, así que esta se estrelló en la ventana de la habitación de mamá y papá. Ella dormía una siesta justo en ese momento.

La vimos asomarse con los ojos repletos de rabia. Ya me la imaginaba gritoneándome lo tonta que era y no deseaba que me avergonzara delante de Dave como hacía en ocasiones, así que me despedí de él y entré.

Escuché sus pasos apresurados bajando las escaleras, se acercó a mí y me sacudió apretando de forma asfixiante mi cuello. Ya estaba llorando, estaba asustada porque, aunque siempre había sido reacia conmigo, jamás me había maltratado así. No lo vi venir, levantó su mano y me profirió una cachetada en la mejilla, el golpe fue tan fuerte que me envió al suelo. No reaccioné en ese instante, solo la miré asombrada y con los ojos un poco nublados.

Pero para ella eso no había sido suficiente: de un jalón me levantó y me

golpeó en la mejilla opuesta, me levantó de nuevo tirando de mi brazo y, cuando estuve de pie, volvió a darme una cachetada, y así continuó hasta que se cansó de mis súplicas y ruegos. Se fue de ahí, dejándome tirada en el suelo con lágrimas bañando partes doloridas de mi rostro; las sentía arder, al igual que mis talones y rodillas.

Pronto regresó y, a rastras, me llevó a mi habitación, me colocó delante del espejo y me dijo que no le dijera nada a papá porque si lo hacía él iba a sufrir demasiado, mientras maquillaba las partes rojas en la piel de mis pómulos con una crema del color de mi piel.

Me gritó que dejara de llorar porque estropeaba el maquillaje y susurró que era como un niño que no disfrutaba de lo que a las chicas les gustaba. Me hizo pedirle perdón porque tendría que limpiar el desorden que yo había hecho, pero después cambió de opinión y me dio un recogedor, no me dejó levantarme a pesar de que el piso ya estaba limpio, me miraba con superioridad desde arriba. Luego se dirigió a la cocina, no sin antes decirme que me enseñaría lo que era ser una verdadera mujer y que, después de que aprendiera, no querría volver a comportarme como un niño. Alcancé a ver su cabello rubio a pesar de mis ojos empañados y, de alguna manera, me convencí de que me lo merecía porque era una mala hija. Que si fuera de otra manera ella no habría actuado así, de verdad lo sentía de esa forma.

Cuando papá volvió aquel día, evitaba mirarlo a los ojos porque sabía que lloraría y se lo contaría todo. Sentía las pupilas de mi madre clavadas en mí —amenazándome en silencio—, mientras le sonreía a mi padre y lo miraba comer la cena que le había preparado. Yo tenía miedo de que papá sufriera, así que no le dije a nadie. Ni siquiera a David, quien no se cansaba de cuestionarme: él sabía que algo ocurría, porque me mantenía en silencio

cuando normalmente no paraba de hablar.

Una semana después, me recogió en las puertas del colegio y comenzó a avanzar por las calles de la ciudad. Se adentró en un barrio que no conocía, se lo pregunté varias veces porque presentía algo malo, pero simplemente me ignoró, como si no hubiera dicho nada. Al estacionar frente a una construcción de color blanco, volvió a repetir las mismas palabras que había dicho después de haberme dejado por segunda vez en el suelo la semana anterior. Me llevaba a aquel lugar para mostrarme lo que era ser mujer, porque yo no podía aprender por mis propios méritos. Me dije que era mi madre, que ella no haría nada malo.

¡Qué equivocada estaba! No le importó que compartiéramos la misma sangre, tenía pleno conocimiento de lo que ocurriría y no le dolió cuando le rogué que me perdonara por haber roto la ventana. No le importó cuando le rogué que no me llevara a ese lugar nunca más.

Sin embargo, cuando entré y analicé a las personas en la pequeña habitación, trastabillé queriendo huir, pero me detuvo apretujando mi cabello hasta que dolió. No es que fueran desagradables a la vista, es que me miraban y no sabía por qué, nunca me gustó que me miraran demasiado.

Un hombre que llegaba casi al techo, con barba de candado y un aro plateado en su nariz se acercó y Ginger le tendió un montón de billetes. Yo solo podía mirar la placa que colgaba de una bata más amarillenta que blanca. Busqué frenéticamente algún certificado colgado en las paredes, algún diploma o documento que confirmara que fuera médico, pero no encontré nada. Fue entonces que me puse más nerviosa que antes y mi corazón comenzó a palpar.



El hombre acunó mi nuca y me obligó a caminar con empujones. Nos siguió una mujer robusta que masticaba un chicle rosa y hacía bombas.

Era un cuarto con mal olor, con una especie de cama al fondo. La mujer prendió las luces y me llevó por el codo a un biombo. Comenzó a quitar mis pantalones, la golpeé en la nariz y unas cuantas veces en el estómago, pero de alguna forma me controló. Yo era una flacucha y ella era demasiado grande.

Entre ambos me colocaron en la camilla. No dejaba de retorcer mi cuerpo, de gritar que me soltaran, que yo no había permitido eso, que no quería que me revisaran. Él me explicó que era un ginecólogo y que mi madre había autorizado que me enseñaran. Por mi mente no pasaba idea de qué podría enseñarme ese sujeto.

Con rudeza, inspeccionó mi parte íntima, entretanto la mujer me impedía moverme y patalear. Sabía que cuando las chicas llegaban a cierta edad debían hacer eso, pero yo no estaba preparada ni física ni mentalmente, y el terror me carcomía por dentro. Las lágrimas no cedían, yo ya había creado un mar entero en ese asqueroso lugar. Mis gritos se combinaban unos con otros. Los que eran de horror y los de dolor. Él me lastimaba y parecía no importarle.

No podía entender cómo mi madre me había hecho aquello, ¿me lo merecía por haber roto una ventana? ¿Por qué dejaba que me tocaran sin mi consentimiento? Porque eso era lo que hacía, me tocaba mientras la otra observaba, estaban abusando de mí, mi madre me había llevado ahí para que lo hicieran. Llegó un punto en el que mi garganta no pudo gritar más, solo sentía mi labio inferior temblar, y cerré los ojos. Solo quería que Dave me abrazara como siempre hacía cuando sonaban los truenos de las tormentas y yo estaba asustada, en aquel momento lo necesitaba más que nunca.

De vuelta a casa miré sin ver el camino de regreso, los edificios pasaban frente a mi vista nublada, mientras ella decía que era por mi bien y que recordara lo de mi padre, pero no le prestaba atención. Tenía otras batallas que solucionar en mi interior, guerras que no sabía si podría vencer. David me esperaba en la entrada de mi casa, lo esquivé y le dije que me dejara en paz; no deseaba verlo. Me encerré en mi habitación y puse el seguro. De un momento a otro Dave se acostó a mi lado y me abrazó, supuse que había entrado por la ventana, y entonces me permití llorar en su pecho. Las visitas al doctor no eran constantes, cuando se molestaba demasiado me llevaba, así que evitaba hacerla enojar. Me moría de miedo, pánico, dolor e impotencia, sentía que no tenía salida, y así era.

—No siempre sucedía lo mismo —susurré con la respiración entrecortada y la voz temblorosa—. Había veces que mi madre entraba y veía todo. Ella también hacía cosas en casa: me daba cachetadas o jalaba mi cabello, le gustaba dejarme debajo del chorro de agua helada por horas, sobre todo recordarme cada segundo todo lo que podían hacerme si no me portaba bien. —No podía dejar de llorar ni de sorber por la nariz, tampoco podía dejar de hablar, era como si mi cuerpo necesitara sacarlo—. Luego llegaba a casa y estabas esperándome en las escaleras para ir a jugar. Me enojaba saber que yo estaba sufriendo un castigo y tú solo pensabas en pelotas y helados. No hacías más que preguntarme qué me pasaba una y otra vez, y yo sentía que te odiaba por recordármelo, y te gritaba que me dejaras, pero entonces corrías para alcanzarme, me abrazabas hasta que me calmaba y besabas mi cabeza hasta que dejaba de llorar y te abrazaba de vuelta.

Guardé silencio, mis palabras casi hacían eco en el rincón de la casa del árbol, donde nos encontrábamos él y yo, donde había confesado la peor parte

de mi existencia y donde me había escondido muchas veces de ella. Alcé la cabeza para mirarlo y me di cuenta de sus ojos cristalizados y de su respiración agitada.

—Quería odiarte, necesitaba odiar a alguien, pero cuando me refugiaba en tus brazos todo era diferente. Sentía que podía vencer todo, que era fuerte y sentía paz, pronto me sentía estúpida por haber pensado que te odiaba. Eras ese pequeño destello en mi oscuridad y solo quería estar contigo porque no había otro momento más feliz que el que compartía contigo. Cuando estabas no pensaba en nada más, me hacías reír, me hacías olvidar todo. Luego llegaba la noche, donde me la pasaba sollozando en mi almohada mientras pensaba en que quería que amaneciera para que me hicieras olvidar de nuevo. Me decías luciérnaga, lo sigues haciendo, y yo me reía porque la única luz eras tú. Tú eras, eres y seguirás siendo ese brillo que no permitió que mi vida se opacara, como la luz de una luciérnaga.

Le relaté a David todo, mientras mi cabeza descansaba en su pecho y mis ojos dolían de tanto llorar, mis pulmones de absorber aire y mis dedos de apretar su camisa. Sus brazos me envolvieron y me apretaron con demasiada fuerza, no me interrumpió ni tampoco dijo nada cuando acabé. Su silencio era mejor que cualquier cosa. Una gota de agua cayó en mi cuero cabelludo, así que alcé la vista una vez más.

Estaba llorando con dolor en sus facciones.

—No llores, D —pedí. Sus párpados se abrieron revelando una mirada torturada que me heló la sangre y me secó la boca. Examinó mi rostro y depositó besitos en mi frente. Se dedicó a limpiar el agua salada que resbalaba por mis pómulos, yo hice lo mismo.

—Voy a matarla —gruñó con los dientes apretados e hizo el amago de pararse, pero no lo dejé, enrollé mis brazos a su alrededor.

—No me dejes —supliqué. Como si mis palabras fueran órdenes, dejó que me acurrucara.

—Si yo... Si hubiera... No tenía idea... No imaginé esto. —No podía formar oraciones coherentes y lo entendía, yo tampoco lo habría creído si no lo hubiera vivido. Me tranquilicé y cerré mis párpados sintiéndolos pesados —. Te amo, cariño, te amo tanto.

Me hacía feliz que no sintiera lástima o cambiara sus actitudes conmigo. Sus brazos me aferraron como si yo fuera lo que lo mantenía estable.

—Tus ojos siempre me enamoraron, siempre me llenaban de valor, me hacían sentir que era importante. Había veces que volteabas tu rostro y veía algo, por un segundo la chispa se iba y tu rostro se volvía triste, y yo solo quería que regresara la luz y te hacía reír. Entonces volvía a brillar como foquito de Navidad, y yo podía sonreír y sentirme valiente e importante de nuevo. Solo eso me importaba, que tú me miraras así, no deseaba ser valiente e importante sin ti. No quiero que vuelvas a estar así, luciérnaga, y no pienso permitir que te quedes en este lugar, ¿entiendes? —Tomó aire y volvió a hablar con determinación—. ¿No quieres vivir conmigo? Bien, pero no vivirás aquí tampoco. Puedo rentarte algún departamento, lo que tú quieras, no estarás con esa enferma ni un minuto más, así tenga que llevarte a rastras.

Asentí sin ganas de discutir.

—Debiste de habérmelo dicho antes, luciérnaga. Yo te habría ayudado, habría estado a tu lado, habría asesinado a ese maldito infeliz —susurró en un gruñido. Clavé mi vista en una madera y negué sacudiendo la cabeza.

—Éramos pequeños, ¿qué habríamos hecho? Tenía miedo, me daba vergüenza, odiaba mi cuerpo, y aún lo hago. —Un sollozo se escapó de mi boca. Dave tomó entre sus manos mi rostro e hizo a un lado el cabello rebelde que se pegaba debido a los rastros de lágrimas en mis mejillas

—Estás a salvo ahora, cariño. No voy a permitir que nada malo te pase, lucharé contigo, haré que te ames como yo lo hago. —Guardó silencio, después continuó—: tu padre debe saberlo ya mismo.

—P-papá está enfermo —logré decir con voz entrecortada. Él no sabía nada y corría riesgos al padecer del corazón, saber algo así le afectaría sobremanera. No quería ser la culpable y no soportaría que le pasara algo, jamás me lo perdonaría. Él y David eran todo para mí, lo único que me quedaba.

Dave se desinfló al entender mi punto.

Me costó trabajo convencerlo de que guardara silencio y no fuera corriendo a reclamarle a mi madre. Lo notaba enojado y melancólico, pero en ningún momento me soltó. Sin saber que así sería, había encontrado la cura que alejaba esos malos momentos, su presencia los evaporaba.

No me despedí de Ginger, llamé a mi padre y, después de una plática sobre tomar precauciones si Dave y yo íbamos a tener una «relación más seria», nos fuimos. Ni siquiera empaqué, lo único que quería era desaparecer de ese lugar. Alejarme.

\* \* \*

Apenas entré, un aura de tranquilidad me invadió, me relajé al instante.

¿Por qué demonios me había ido en primer lugar? No había podido vivir ni un mes junto a mi madre, era tonto lo que había hecho.

Su mano tomó la mía, me condujo hacia la cocina.

—Siéntate, cariño —pidió, señalando mi taburete preferido con la barbilla. Lo hice y lo miré con los ojos entrecerrados, midiendo lo que estaba haciendo: comenzó a dar vueltas por toda la habitación y a sacar recipientes al azar. A pesar de mi estado un tanto decaído quería reírme a carcajadas.

—Dave, pidamos una pizza —recomendé, porque él era un desastre para cocinar. No era como si yo fuera la experta, pero al menos sabía diferenciar la clara de la yema. Lo vi negar y fruncirle el ceño a una lata como si fuera el dilema más grande del planeta.

—Quiero que te sientas bien, voy a cocinarte algo —sentenció decidido, mientras yo procuraba mantener mi gesto serio al vislumbrarlo fracasar en sus intentos por cocinar pollo al vapor. En cuanto sacó el cuchillo para partir vegetales, el pánico me invadió, no quería que terminara sin dedos.

—Tu sola presencia me hace sentir bien, D, no necesitas todo esto para lograrlo —susurré señalando la encimera manchada de aceite.

Terminamos ordenando comida rápida cuando se dio por vencido; la comimos en el sillón sumergidos en nuestros propios pensamientos y en un silencio cómodo. Al terminar me jaló haciendo que me recostara en su regazo, entretanto cepillaba con sus dedos mi cabello. Unas cuantas lágrimas cayeron de mis ojos, todavía seguía sin poder creer que le había contado todo a alguien. Lejos de querer huir, sentía menos opresión en mi pecho. No era libre, no era presa tampoco.

—Sabes que nada de lo que pasó es tu culpa, ¿verdad? Eres una víctima,

Carly, y deberías aceptar que la justicia se haga cargo de lo que te hicieron. Yo puedo encargarme, cariño, déjame hacerlo porque, si no, voy a ir a golpearla. No me va a importar si es mujer, es un jodido monstruo. — Hablaba atropelladamente, creo que decía lo que pasaba por su cabeza sin darse cuenta de sus palabras. Que él me protegiera me hacía sentir más segura, sabía que mi madre ya nunca me llevaría a ese lugar porque ya era una mujer adulta consciente de la injusticia que se había cometido, pero necesitaba el apoyo de alguien al menos, un ancla que me estabilizara a pesar de las fuertes olas.

—Ya lo sé, Dave, pero piensa por un segundo en mi padre. Está enfermo, puede pasarle algo y yo no puedo siquiera pensar en estar en un mundo donde él no esté —respondí.

—Tu padre tiene el derecho de enterarse del daño que le han causado a su hija y de saber con qué clase de perra está casado y comparte su casa —rugió, a lo que me encogí. Él se dio cuenta y descompuso el gesto—. Lo siento tanto —murmuró, y me abrazó. Lo abracé de vuelta. Así permanecimos mucho tiempo, sin decir nada, me mecía y me susurraba que me quería—. Perdóname, debí suponer que algo así estaba sucediendo, debí obligarte a que me lo dijeras. Yo habría ido con tu padre, habría hecho todo, Carly.

—No tienes la culpa, Dave, yo tampoco —finalicé, porque ya no quería hablar sobre eso y, al parecer, entendió.

\* \* \*

Se suponía que debía estar preparado para casos como esos, era mi obligación saber lo que se debía hacer y no sentirme acorralado. ¡Estaba a

punto de graduarme! ¡Caray! Aún sentía la rabia, no entendía cómo una madre podía hacerle eso a su hija; estaba indignado, enojado y triste.

Recordaba cada cosa que Carlene había dicho, los gritos pidiéndome que la dejara en paz, las lágrimas que habían mojado mis camisetas, las miradas llenas de terror que le dirigía en ocasiones a su madre, el no querer entrar a la casa con los zapatos llenos de tierra, su forma de vomitar cuando tenía esas pesadillas que la hacían retorcerse en la cama. Sufría en mi propia jodida cara y yo no había podido verlo. Estaba estudiando jurisprudencia y no fui capaz de percibir sus problemas, me sentía como una basura, la peor de ellas porque no había sido capaz de ayudarla.

Así que debía enmendar las heridas que su madre le había provocado sin importar la cantidad de hilo que necesitara.

No quería dejarla, pero debía ir a la oficina para averiguar si seguía teniendo empleo. Me cambié la ropa mientras la veía dormir. Sus cabellos estaban esparcidos en su almohada y sus labios entreabiertos me tentaban a mandar todo a la mierda y quedarme a su lado hasta el fin del mundo. Una de sus piernas salía por debajo de la sábana, no pude resistirme. Me acerqué y acaricié la longitud de su extremidad, se agitó entre sueños y se despertó.

Sus párpados aletearon hasta que fueron dos soles abiertos, sus comisuras se alzaron al verme. ¡Dios! Anhelaba poder verla despertar cada día, no había otra cosa que quisiera, solo eso y saberla feliz.

Mi camiseta de alguna banda de rock se pegaba a sus curvas, ella no lo notaba o no quería verlo... Era simplemente perfecta para mí.

—¿Qué pasa? —preguntó con la voz ronca por el sueño y yo, yo... Quería hacerle el amor.



Cerré los ojos y respiré profundo, tragué saliva para disipar las ansias que tenía mi boca de recorrer su cuerpo. Me centré en contar hasta diez, pero mis sentidos intentaban captar sus movimientos: se deshizo del edredón, la escuché acercarse.

—¿Dave?

Estaba frente a mí, abrí los párpados y la vi demasiado cerca. Su sonrisa se borró en segundos y su respiración se cortó. Le rogaba a Dios alguna distracción, pero en cuanto sus ojos se posaron en mis labios, me perdí.

Me lancé como animal hambriento, besé hasta la última esquina de su boca y palpé con mi lengua la suya, creando un baile, una danza de fuego que me quemaba hasta el último rincón. Mis manos vagaron por su figura, mis yemas recorrieron esos muslos que me habían vuelto loco desde que había entrado a la pubertad. Su abdomen, su torso, su cuello, su lóbulo, todo se adecuaba a la perfección conmigo. Sus suspiros endulzaron mis oídos, como una melodía sinfónica. Carlene se acomodó de tal manera que, después de rodear mi cadera con sus piernas, nuestras caderas encajaron. Gruñí, gruñó, y tuve que apretar los párpados para no estallar.

—Detén esto ahora, luciérnaga, no soy tan fuerte como para parar y no creo poder hacerlo si no me lo pides —susurré enterrado en su cuello, con los dedos delineando sus costillas, ansiosos por ascender, y con las caderas friccionando las suyas.

—No quiero que pares hoy, D —dijo con su aliento rozando mi oído. Todo se borró de mi cabeza. Solo existía ella, solo nosotros.

Mis manos subieron con extrema lentitud, iba a disfrutar cada sensación, mientras seguía presionando con suavidad esos puntos cálidos entre nosotros.

Mi palma se detuvo antes de llegar al destino. ¡Era demasiado para mí! Apoyé mi frente en la suya, con nuestras bocas tocándose.

—Mírame, por favor, no dejes de mirarme —le rogué, lo hizo. Estaba agitada y se arqueaba, decía mi nombre con la voz entrecortada.

Acuné cada curva que fue posible, cada elevación, cada concavidad, cada hueso, cada milímetro de ella. Todo fue más perfecto en cuanto nuestras pieles se unieron y nuestros sudores se combinaron. «Te amo, te amo, te amo», lo repetíamos al unísono, casi como una canción, un dueto en donde los acordes eran sus sonidos de placer y los míos, las notas que los complementaban.

La sentía por cada centímetro de mí, su cuerpo invadía al mío, su olor se colaba en mis pensamientos y mis pensamientos no podían parar de grabar la imagen de sus ojos mirándome con absoluta adoración.

Encajábamos, no como un rompecabezas que podía ser arruinado, éramos como los planetas en las órbitas y el sol en la vía láctea, que, si el destino los quería separados, tarde o temprano acabarían destruidos.

Le entregué mi alma, mi cuerpo, mi corazón, mis pensamientos, aunque siempre habían sido suyos.

Me hizo el amor, le hice el amor y nunca nada sería más perfecto para mí que ella y yo formando un solo cuerpo, una sola vida.

# Veintiuno

Después de asearme y desayunar, me senté en el sofá bohemio y deshilachado de la sala. Me quedé mirando a la nada, recordando los labios de Dave por todas partes y la sensación de su cuerpo presionando al mío. Había sido tan tierno y cuidadoso, tan tranquilo y calmado. Solo quería que regresara de trabajar para poder repetir todo el amor que habíamos creado el día anterior. Con solo recordar mi corazón se agitaba.

Con impaciencia miraba el reloj de la pared y contaba los minutos, esperando que la puerta de la entrada se abriera en cualquier momento y entrara David. Por algún motivo no llegaba, después de dos horas él seguía sin aparecer. Su número me mandaba a buzón. Me dije que quizá estaba ocupado con sus nuevos directivos y me fui a mi habitación para relajarme mientras él llegaba.

Obtuve mis pinceles y mis tarros llenos de pintura, y tendí en el suelo una enorme manta blanca para pintar cualquier cosa que se me viniera a la mente. Inicié las mezclas de colores, pero no completé la tarea. Un dolor profundo y punzante estalló en mi pecho, el aire salió de mis pulmones, me doblé a la mitad porque no pude soportarlo.

No me importó que el recipiente se deslizara de mis dedos, cayera y pintara el suelo de rojo escarlata. Cuando pude estabilizarme, un sonido chirriante

retumbó en las profundidades de mi cráneo, mi teléfono móvil no paraba de sonar.

Un escalofrío recorrió mi piel mientras me encaminaba hacia el aparato, la opresión en mi pecho no dejaba de torturarme. Con la mano temblorosa me llevé el auricular al oído y presioné el botón del telefonito verde.

—¡¡Carlene!! —gritó con desesperación mi madre. Nunca me llamaba, un nudo se instaló en la base de mi garganta y comenzó a ahogarme, presentí lo peor—. Necesito que vayas al *Hospital St.Aine*, tu padre se puso muy mal, estamos en una ambulancia ahora.

Sus palabras sonaron como un eco, no podía entenderlas, no quería hacerlo y darme cuenta de la gravedad del asunto: mi padre iba en una ambulancia porque se había puesto mal. Colgué el teléfono y comencé a marcar el número de David, no tenía conmigo las llaves de mi Mustang y él se había llevado las de su camioneta. Apreté la mandíbula cuando me mandó a buzón dos veces seguidas.

Salí y comencé a correr hacia la parada de autobuses más cercana, un tumulto de gente estaba esperando al camión. Los minutos siguieron pasando y ningún transporte llegaba al sitio, toda la angustia me hizo lanzar un grito frustrado que llamó la atención de algunos peatones. Yo solo quería estar con mi padre, verlo, abrazarlo y decirle cuánto lo amaba.

Casi me atropelló un auto en un intento por llamar la atención de un taxi. Me subí y ladré la necesidad de llegar lo antes posible. El conductor se puso en marcha como si fuera su vida la que estaba en juego, pero tal parecía que la suerte no estaba de mi lado.

El tráfico llenó las calles por las cuales era inevitable pasar, estábamos

parados a la mitad del camino. Le pagué al taxista con premura y corrí por la acera. No me detuve en los semáforos que marcaban verde, los cláxones me dejaron aturdida.

Cuando llegué al hospital, vi a mi madre en la recepción, sentada en la silla de uno de los rincones. Me acerqué, me impactó su calma, me miró unos segundos y luego me enfundó en un abrazo que no supe corresponder. Sus ojos estaban rojos, al igual que sus mejillas, entonces relajé los hombros porque me di cuenta de que había estado llorando. Y eso solo significaba una cosa: papá estaba mal, mal de verdad. Mamá nunca lloraba.

—¿Qué pasó? —Intenté que mi voz no sonara como un desastre. Mis dedos se retorcieron y mi labio inferior tiritó. Ginger me tomó de la mano y me llevó a uno de los sillones de la pulcra sala. Rodeó mis hombros y me arrulló en sus brazos de forma maternal, envaré la espalda debido a la incomodidad.

—Steven se puso mal, Carlene. Yo no estaba en casa, fui al centro comercial a hacer algunas compras porque iba a prepararle su platillo favorito. —Me dio una mirada con la vista nublada. Fue ahí cuando recordé que era su aniversario—. Estaba en el suelo cuando llegué, llamé a la ambulancia y eso es todo. N-no sé qué pasó, es mi culpa, debí haber estado con él.

Lágrimas cubrieron sus mejillas, apreté su mano, sintiéndome un poco torpe porque no sabía qué hacer para reanimarla, no la conocía lo suficiente, o tal vez sí y no quise darme cuenta. Iba a responder justo cuando un doctor entró por las puertas dobles y gritó el nombre de papá. Me puse de pie y, junto a mi madre, caminé con la vista fija en los gestos del médico.

—El señor Steven Sweet sufrió de un ataque al corazón. A pesar de que sus

signos vitales están estables, no se encuentra bien, algo está ocurriendo con su cuerpo, intentamos averiguarlo, tendremos que hacer algunos análisis más, ya que encontramos sustancias extrañas en su sangre —dijo de forma profesional y mirando a mi madre, esperando su aprobación. Aceptó la solicitud con un asentimiento.

¿Sustancias extrañas? ¿Qué significaba eso?

El doctor hizo el amago de irse, así que olvidé todo lo que había escuchado y lo detuve.

—¿Puedo verlo? —cuestioné en un susurro. Necesitaba sostener su mano un segundo para comprobar que estuviera bien.

Me dejó pasar a la sala de observación con la condición de que utilizara todas las barreras protectoras. Me puse una bata azul, guantes, un gorro y un par de zapatos de tela. La enfermera me encaminó hacia la habitación.

Cuando cerró la puerta para darnos un momento a solas, alcé la vista.

Se veía más pequeño de lo que en verdad era, su cuerpo estaba postrado en una camilla, tubos salían de su nariz. Con sus ojos cerrados, me impedía la vista de unas pupilas iguales a las mías. Me acerqué, con lágrimas en los ojos, y me senté a su lado.

Tomé su mano entre las mías y me las llevé al rostro, imaginando que él era el que perfilaba mi mejilla tal y como siempre hacía.

Los recuerdos me golpearon.

Su sonrisa cada vez que le lanzaba la pelota tan alto que tenía que saltar para alcanzarla. La imagen de Dave y de nuestros padres riendo mientras construían una casa del árbol para nosotros. Cada noche que me iba a mi

habitación después de pelear con mamá para sentirme miserable y él entraba a acariciar mi cabello; después se marchaba y Dave entraba por la ventana, como si estuvieran sincronizados para hacerme sentir especial. Juntos veíamos caricaturas, y reía conmigo de cosas tontas que solo les gustaban a los niños. Él preparándome un pastel a escondidas en mi cumpleaños número doce, cuando mi madre me había castigado. Miles de dibujos donde solo estábamos él y yo jugando, brincando, corriendo, hablando. Sus gritos cada vez que me veía llorar y le ordenaba a mi madre que me dejara tranquila.

—Te amo, papá, y te necesito junto a mí, por favor no me dejes —susurré con la garganta ardiendo, quemándose, desgarrándose—. Necesito que estés a mi lado cuando por fin haya una exposición de mis pinturas, quiero que seas tú el que me entregue en mi boda si es que llega a haber una. Solo... solo quiero que sigas sosteniéndome como todo este tiempo lo has hecho.

Me limpié el rostro y apretujé los párpados para poder mirarlo. Con las yemas de mis dedos perfilé su rostro, esperando que alguna parte de él escuchara mis ruegos, sintiera mis caricias o cualquier cosa por mínima que fuera.

Quería creer que todo iba a estar bien y que papá, tarde o temprano, abriría los ojos y me susurraría que dejara de llorar porque las estrellas no debían llorar. Con esperanza me mantuve ahí, pero su voz nunca llegó.

Pasados un par de minutos tuve que dejar a mi padre, no sin antes darle un beso en la frente y cepillar su cabello una última vez, prometiendo volver lo antes posible. Me quedé frente a su camilla antes de salir, por alguna razón sentía que era un momento especial.

—No suelo decirte muy a menudo lo que siento, a veces me cuesta trabajo,

contigo nunca fue complicado. Te amo, papá, todavía tenemos que vivir muchas cosas juntos, nos quedan muchas aventuras, vas a salir de esta, y después nos reiremos de este momento desagradable. Sé que me escuchas, sé que me sientes, por favor recuerda que te amo y te necesito. —Di un respiro profundo porque la voz comenzaba a fallarme.

Sonreí con tristeza y salí.

Mamá no estaba por ninguna parte, así que comencé a llamar a David una vez más. Pronto sus padres llegaron y me envolvieron en un abrazo, intentando mostrar su apoyo. Rachel y Arthur eran dos seres maravillosos que siempre habían estado junto a mí. Nos quedamos en silencio, yo perdida sin poder pensar y los otros haciendo lo mismo, sumergidos en sus propios pensamientos.

Decidí levantarme y caminar hacia algún lugar silencioso donde refugiarme. Quería estar sola, quizá para charlar con un Dios misericordioso o conmigo misma, en el peor de los casos. Deambulé como espíritu encantado en el hospital hasta que llegué a la salida y respiré aire fresco. Necesitaba despejarme, por lo que me quedé quieta contemplando el anochecer y el cielo oscurecerse en un río rojizo.

—¿Carly? —susurró una voz conocida a mis espaldas. En otro momento me habría puesto a despotricar en contra de él, pero en aquel instante no tenía ánimos, mucho menos fuerzas para iniciar una pelea—. ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí?

Me giré para encararlo, abrió los párpados cuando se dio cuenta de mi estado. Se acercó dando pasos largos y agarró mis hombros.

—¿Qué está pasando, Carlene? —preguntó Richard con la frente arrugada,



buscando en mi rostro alguna respuesta, casi como si estuviera preocupado.

—¿Qué haces a-aquí? —tartamudeé y sorbí por la nariz sin apartar la vista de la suya. Se encogió de hombros.

—Vine a una consulta, después te cuento, ahora dime, ¿qué sucede? —pidió saber. Lo único que quería era apoyo, que los brazos de David me rodearan y que su cálido aliento me arrullara.

Me deshice de las manos del rubio y cogí mi teléfono móvil por milésima vez, a esas alturas ya debería haber llegado a casa, pero fue en vano, pues nadie dio señal de vida del otro lado de la línea. Sollocé más fuerte y lancé mi celular contra una pared de concreto; el aparato explotó en decenas de piezas que se esparcieron en el cemento de la banqueta.

Me llevé las palmas a los ojos para que nadie fuera testigo de lo patética que seguramente lucía. Richard no se callaba, no dejaba de cuestionarme y de pedirme una explicación que no quería dar.

—¡¡Solo quiero a David!! ¡Maldita sea! —grité fuera de mí y con los dientes apretados. Sabía que me estaba desquitando con alguien que no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Dónde está? —cuestionó.

—No... No lo sé —Una idea desagradable se cruzó por mi cabeza, ¿qué tal que a Dave le había pasado algo y por eso no contestaba mis llamadas? Levanté la vista con preocupación—. ¿Podrías llevarme al departamento? Haré lo que pidas, Rich, solo llévame.

—Por supuesto, Carlybu...

Nos dirigimos hombro con hombro a su vehículo. Sin decir muchas

palabras manejó hacia la casa de D, le agradecí el silencio porque no tenía ganas de entablar una conversación con diálogos vacíos. Aparcó a las afueras de la casa de David, mi corazón palpitó desenfrenado cuando vislumbré su camioneta estacionada en la cochera.

Me bajé del auto y me dirigí hacia la entrada, entonces recordé que no traía llaves. Sin embargo, Dave siempre dejaba un juego debajo del tapete, así que lo obtuve y comencé a abrir la puerta lo más rápido que pude.

Una vez que logré entrar, inicié la búsqueda, pero algo en el sofá llamó mi atención e hizo que mi pecho se estrujara. Había una falda de mezclilla, yo no usaba faldas. Me dije que era una tontería, que no debía desconfiar solo porque una prenda estaba tirada ahí. Luego escuché ruidos en la planta alta, por lo que ascendí las escaleras de dos en dos, y los susurros y las risitas llegaron a mis oídos. Detuve mi mano en la perilla con la respiración fallándome, mi mente creaba millones de escenarios, ninguno agradable.

Me armé de valor y abrí, en la cama había dos mujeres recostadas. La escena por sí sola me robó la respiración, pero cuando descubrí la identidad de ambas el alma se fue a los pies. Sentí como si alguien me hubiera arrancado el corazón y lo hubiera pisoteado hasta hacerlo trizas.

Eran Amanda y Leila.

Las dos centraron sus ojos en los míos, entonces supe lo que era la verdadera traición. Amanda hizo un gesto de burla y señaló la puerta del baño. Respirando agitadamente y con las palmas hechas nudos, caminé hasta el sitio e ingresé: todo se confirmó de la manera más horrible.

La bañera estaba llena, una serie de velitas violetas decoraban el borde y, en el interior, se encontraba el amor de mi vida sin rastro de ropa. Su cabeza

reposaba en la pared, sus párpados estaban cerrados y sus labios entreabiertos; dormido y yo rota, descansando y yo con una guerra interna, engañándome mientras mi padre estaba enfermo y yo lloraba sosteniendo su mano.

Deseaba gritarle y golpearlo hasta sacarle sangre, pero lo que más quería era salir de allí y no verlo jamás. Elegí la segunda opción con el corazón convertido en cenizas. Aún no procesaba todo lo ocurrido, aún no me creía que eso estuviera pasando.

—Te diste cuenta demasiado tarde, luciérnaga —bromeó Amanda antes de que pudiera huir de la escena que intentaba matarme. Mis pies se estancaron, no pude dar un paso. El ácido de mi estómago avanzó hacia arriba, habría vomitado si no me hubiera sentido tan humillada.

—¿Te diviertes haciéndole daño a los demás? Me da lástima que necesites lastimar para ser feliz —solté sin titubear, e inicié mi retirada.

Era difícil creer que la persona que me había mostrado cariño al final me había volteado la cara. Se había burlado de mí, había sido un juego, una mentira. Todo mi mundo se desmoronó frente a mis ojos, uno de mis pilares se derrumbó, y yo no sabía qué tenía que hacer para no morir aplastada por esa construcción que me había encargado de elevar con el pasar de los años. La persona que amaba y mi único y mejor amigo, de pronto no era lo que yo pensaba. Me había fallado cuando más lo necesitaba, había decidido ser honesto cuando yo necesitaba que me mintiera y estuviera a mi lado.

Miré mis dedos temblorosos, aunque no del todo bien porque había agua interponiéndose, y recordé las palabras que me había dicho mi madre. Al final había tenido razón: yo no era suficiente y nunca lo sería.

Salí de ahí como un rayo, esquivando un brazo que intentó frenarme y corrí. No sabía a dónde me dirigía, tampoco lo que estaba haciendo. Solamente avancé por un camino y después tropecé. No intenté levantarme porque las fuerzas se me habían agotado, abracé mis rodillas y enterré mi cabeza en la tierra, sintiéndome como un diminuto insecto.

David, mi Dave, el que siempre había estado conmigo, la persona que me había tomado de la mano cuando era pequeña para cruzar la calle, el hombre al que le había contado todos mis secretos, me había engañado. Entonces sentí que sí era posible odiarlo, porque ya lo hacía, pero también lo amaba con una fuerza que terminaría haciéndome explotar tarde o temprano.

La frialdad de la tierra me heló la mejilla y mis lágrimas hicieron que se adhiriera a mi piel.

—¿Por qué, Dave? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué si te di todo? —Y así pasé el tiempo, preguntándole a la nada y estrujando el suelo con mis puños.

Mi cabeza comenzó a punzar, mis labios a tiritar y mi cuerpo a temblar. Los dedos me empezaron a doler por tanto apretar, sin embargo, no quería irme ni moverme.

Recuerdo que me levanté del suelo y avancé por las calles, necesitaba ir con lo único que me quedaba. Estaba segura de que mi padre me iba a ayudar a levantarme y a olvidarlo. En ese momento sentí que lo odiaba, me había acostado con él, y no solo eso, le había entregado todo lo que era. Le había dado no solo mi cuerpo, le regalé mi alma y no sabía qué hacer para recuperarla.

Llegué al hospital tiempo después. El ambiente en la sala de espera hizo que mi espalda se enderezara y mi mente se despejara, me tensé y paseé mi

mirada por los rostros de mi madre y de los padres de Dave en busca de respuestas.

Cuando Ginger comenzó a llorar se formó un nudo en mi garganta, Rachel me tomó de los hombros y me miró directo a los ojos, su mirada triste no me calmó.

—Hubo otro infarto, Carly —susurró con voz dulce. Mi pecho se apretó tanto que pensé que se encogería.

—Está bien, él se va a recuperar —aseguré con la voz fallándome. Mi mundo se cayó por tercera vez en el día cuando la vi negar con la cabeza, y eso bastó para entender todo.

—Lo siento, cariño, lo siento tanto. —Ya no presté más atención porque mis rodillas se doblaron, mis piernas no reaccionaron y mis gritos histéricos llenaron el lugar.

—¡¡No!! ¡¡No!! ¡Él no! ¡Dime que él no, Rachel! Él me prometió que estaría a mi lado siempre, que no me dejaría. ¡Mi papá no! —gritaba a todo pulmón en el suelo, con las mejillas empapadas y el alma rota. Quizá si gritaba alguien me escucharía, él regresaría y no lo apartaría de mi lado nunca.

Pronto, lo único que pude ver fue el color negro porque alguien llegó, me sostuvo y pinchó mi brazo derecho, llevándome a la inconsciencia, a un lugar donde no dolía más.

# Veintidos

Imagina.

Imagina su andar, la forma de mirar, la ropa que solía usar cuando quería encender una fogata en medio del bosque. Imagina su sonrisa más ladeada de un lado, del derecho por lo regular, y luego piensa en sus manos gruesas y duras. Imagina que estás vacía, que no encuentras un motivo para seguir viviendo y que desearías simplemente desaparecer del mundo y borrar el pasado. Vislumbra en tu mente que se detiene frente a ti y acaricia tu mejilla, después cepilla tu cabello con dulzura, como si fueras la piedra más preciosa.

Imagina que ladea la cabeza y se aclara la garganta, pero luego sonrío y te enreda en un par de brazos, obligándote a rodear su cintura; y te aprieta tanto que crees que son tus brazos y podrás combatir cualquier cosa con ellos. Él era mi fuerza para resistir, para levantarme cada mañana a pesar de que creía que mi vida no valía nada. Me bastaba su calor y su voz un tanto enronquecida, ver su cabello tornándose blanco y unas cejas gruesas y perfiladas.

Ahora piensa en él sentado en el sillón de la sala comiendo frituras contigo, señalando al televisor y lanzando una carcajada cuando el dibujo animado se resbala con una cáscara de plátano. ¿Puedes verlo? Luego te sienta sobre su regazo y te cuenta sus viejas aventuras o cualquier cosa que se le venga a la

mente.

Imagínalo adornando un enorme pino de Navidad y alzándote para que puedas colocar la estrella en la parte superior. Él a tu lado enseñándote a resolver un polinomio o explicándote a despejar letras en un cálculo matemático.

Podía sentirlo correr a mi lado en el césped, gritándome que si podía alcanzarlo recibiría una ración de dulces, aunque eso significara la furia de mi madre. Aún recuerdo sus brazos alrededor de mi cintura, abrazándome o alzándome para que pudiera alcanzar el tarro de galletas de la alacena. Su dedo índice sobre sus labios ordenándome silencio cuando hacíamos juntos alguna travesura. Su mirada triste cuando le contaba las cosas que me pasaban en la escuela y las palabras de ánimo cuando le contaba lo mucho que amaba a Dave. Con él compartía cada milésima parte de mi existencia, la parte que podía contar para no lastimarlo o perjudicarlo. Amaba las arrugas en las esquinas de sus ojos, que significaban una vida llena de risas, y su sonrisa... ¡Su sonrisa era la mejor del mundo! Su sonrisa me hacía sonreír.

Pero a pesar de todo lo que imaginaba, sentía y recordaba, en aquel instante lo único que veía era el inicio de una construcción rectangular de cemento, una tumba fría y helada que no se asemejaba a lo que mi padre era en verdad.

La gente, sus conocidos y amigos, se arremolinaban alrededor con rosas blancas en sus manos. Algunos con la vista fija al frente, otros con la mirada clavada en el gran hueco, y otros, como yo, con los ojos cerrados sintiendo la agonía en el pecho, una capaz de matar de a poco.

Me hubiera gustado despedirme de él, decirle lo mucho que lo amaba, contarle cuánta falta me iba a hacer. Me hubiera gustado contarle toda mi

vida, que lo escuchara con mis propias palabras, decirle en quién me había convertido ella.

Deseaba tantas cosas: darle un último beso, que me diera una de sus miradas para decir adiós o, simplemente, sentirlo cerca por un momento.

Los presentes se despidieron con abrazos y palabras de apoyo, sin saber que solo hacían más grande mi vacío, confirmando que su ausencia era real y que ya no lo vería ni lo sentiría más. Todavía no había pasado el tiempo y ya lo extrañaba. Aun ahora, cuando voy a visitarlo, el dolor es tan fuerte que me dobla por la mitad.

Ginger palmeó mi brazo y me animó a que nos fuéramos a casa. Negué, pues no estaba lista para dejarlo. La vi asentir y retirarse. Pronto me encontré en la soledad del cementerio; yo estaba más muerta que los que yacían debajo de mí.

Me acerqué y dejé que mis rodillas se debilitaran, ya no aguantaba más, ya no me quedaba nada.

Una gota de lluvia cayó en mi cabeza, después una serie de estruendos resonó en las alturas. Sentí un escalofrío, tenía miedo, aunque ya no de los truenos.

—No me olvides, papá, por favor no me olvides —le supliqué, esperando que estuviera escuchándome, con la ilusión de que no me abandonaría y que me guiaría de algún modo.

La lluvia me empapó. Ahí me encontraba yo, tendida en el lodo, con las lágrimas siendo disfrazadas por el agua, y mis sollozos y gritos perdidos entre los rayos. Yo era una tormenta.

Los vellos de mi cuello se erizaron al sentir una presencia a mis espaldas,



todo el aire se me salió de golpe, como si me hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Sabía perfectamente quién era, no me moví, ni siquiera pude respirar.

—Luciérnaga... —susurró tembloroso. A pesar de que quería mantenerme fuerte, no lo logré. Un gemido escapó de mis labios al escuchar su voz. Apoyé mis palmas en el suelo, quería que me dejara sola, pero al mismo tiempo necesitaba a mi mejor amigo.

Me rodeó y me levantó de un jalón rápido. Aunque lo deseaba con fuerza no quería que me tocara. No podía con tanto, tenerlo alrededor era demasiado, sentir su traición a flor de piel me estaba acabando.

—¡Suéltame! —exclamé, y me revolví con agresividad. No logré mi propósito, pues él me apretó aún más.

—*Shh*, cariño, déjame estar contigo un momento, solo un segundo. —Me detuve al notar su timbre de voz... ¿Estaba herido? Él no tenía derecho a estarlo. Me di la vuelta para enfrentarlo, pero la tristeza en su mirada rompió todas las barreras.

Estaba empapado, su cabello se adhería a su rostro y sus ojos estaban rojos. No lucía como él, pero no supe interpretar por qué. No pude detenerlo, me abrazó y me estrujó, pero no lo rodeé de vuelta. Clavé la cara en su pecho y me permití creer que de verdad le importaba.

¡Dios mío! ¡A él también lo extrañaba! Lo extrañaba como un cuerpo sin su sombra, como un cielo sin sus nubes, una estrella sin sus vértices, o una luciérnaga sin su luz. Ya no brillaba más, me estaba fundiendo.

—Déjame, por favor —murmuré cansada de pelear.

—Permíteme consolarte y estar contigo, aunque sea por los viejos tiempos,

cariño, sé cuánto lo amabas. No soporto verte así y estar lejos —dijo, a la vez que su pecho se agitaba; él estaba llorando junto conmigo.

—¿Por qué mi padre? ¿Por qué él? —pregunté dolorida, incapaz de aceptar mi realidad.

—Hay veces que no hay una respuesta, no puedo dártela ahora. Tienes que ser fuerte por él, por ti. Las personas no se van del todo, siempre permanece una pequeña parte en nosotros, una que nos ayuda a recordarlos.

Medité sus palabras en un profundo silencio que solo era interrumpido por la brisa del viento y los truenos, la lluvia que nos mojaba y corría por nuestros cabellos como diminutas gotas de rocío. Después de un rato, los párpados comenzaron a pesarme, y una arcada me hizo recordar cuánto daño me había hecho la persona que me estaba consolando.

—Mis padres ofrecen su casa para que te quedes ahí, Carly —susurró minutos después, casi como si sintiera lo que estaba corriendo por mi mente.

Me deshice de su abrazo y di un paso atrás. Había dejado de llorar y ahora sabía de quién tenía que huir; ya no le tenía tanto pavor a mi madre, ahora temía tener que ver con David o estar cerca de algo que me lo recordara. Además, no deseaba alejarme de los recuerdos de mi padre, era lo único que podía mantenerme de pie. Después de todo, mis dos pilares habían muerto.

—Diles que muchas gracias, me quedaré con mi madre. —De verdad quería intentarlo, quería perdonarla, ansiaba tener a alguien que me amara lo suficiente como para no engañarme, y ella no me había engañado, me había dicho una realidad que yo me había empeñado en no querer ver.

Dave respiró hondo, como si estuviera tratando de tranquilizarse. Apretó sus puños, tanto que sus venas saltaron a la vista. Luego su cara se contrajo

como si su cuerpo estuviera lastimado físicamente.

—¿Puedo explicarte? ¿Puedes escucharme tan solo dos minutos? Te juro que no es lo que parece —pidió ansioso. Ahora que lo veía bien, lucía pálido y desmejorado, luego me dije que solo quería justificar lo que había hecho.

Sacudí la cabeza hacia ambos lados y clavé la mirada en sus zapatos manchados de tierra mojada.

—Es mejor que todo termine aquí, comienzo a odiarte, ¿sabes? No hagas que lo haga con cada parte —dije con el tono más neutral que encontré, como si mis propias palabras no me estuvieran acuchillando el pecho.

Absorbió aire por la nariz de forma ruidosa. Necesitaba lastimarlo como él me había lastimado, necesitaba herirlo para protegerme un poco, aunque así me estuviera lastimando a mí misma.

—¿Me odias? Yo te amo más que nunca. Yo... Luciérnaga, ¿de verdad crees que te haría algo así? —Comenzó a hablar. Hice el amago de irme, pero me detuvo sosteniendo con firmeza mi codo.

Miré ese punto con tristeza y con lentitud dirigí mi mirada a la suya, arrastrándola lo más que pude porque quería evitar ese contacto tan íntimo.

—Sé lo que vi —me limité a contestar, sin querer apartar la vista. ¡Joder! Solo iba a mirarlo para grabarlo por última vez, porque ya no lo quería cerca y necesitaba recordarlo con la mayor claridad posible.

Cepilló su rostro e intentó acercarse, me deslicé hacia atrás. Le afectó más de lo que pensé, sus hombros cayeron y sus ojos se convirtieron en dos lagunas tristes. No dejaba de tragar saliva.

—Estás enojada y triste ahora, quizá podamos hablar mañana, tal vez si me

dejas explicarte, cariño... —Un nudo se estaba formando en mi garganta. De nuevo sentí la calidez de mis lágrimas empapando mis pómulos. A él no le bastaba con haber tirado a la basura todo lo que le había dado, quería terminar conmigo.

—No, Dave, no va a haber un mañana, no quiero escuchar tus estúpidas explicaciones y no quiero que me vuelvas a llamar «cariño». —Todo lo dije sin apartar los ojos de los suyos—. Y no solo eso, no quiero tenerte cerca.

—¡Joder, Carly! ¡No pasó nada! Yo no te engañé con nadie, sabes que jamás lo haría, que jamás arruinaría lo que siento y mucho menos nuestra amistad —dijo, a lo que me encogí de hombros.

—Lo nuestro nunca debió pasar, jamás me he arrepentido tanto de algo en mi vida. Probablemente habría seguido y te habría superado tarde o temprano, me habría podido despedir de mi padre y no te estaría teniendo tanto asco en este momento —musité con los dientes apretados, vislumbrando como cada oración le producía un sollozo, un temblor.

—No me digas eso, Carlene, eres mi vida, eres mi todo. Sabes que no es lo que parece —hablaba entrecortadamente y mirándome sin el brillo característico de sus ojos.

—No me importa si es lo que parece o no lo es, no me importa si estoy equivocada o lo estás tú... Ya no quiero estar contigo, ya no quiero verte, ya no quiero que me sigas lastimando. Ya no me busques, Dave.

Dirigí mi vista hacia donde mi padre estaba y le susurré que lo amaba, entonces comencé a caminar hacia la salida. Fue una suerte que no me siguiera o hiciera el intento de hacerlo. Con agua a borbotones saliendo de mi interior, las extremidades a punto de colapsar y un hueco en mi interior, me

encaminé a una casa que ya no parecía un hogar, solo estaba la frialdad de Ginger, solo estaba la niña tonta que fui alguna vez.

Me dejé caer en mi cama, luego miré las estrellas pegadas en el techo y comencé a gritar. Me puse de pie, las arranqué sin saber cómo, recuerdo que las tiré al suelo y saqué los cuadros de debajo de mi cama para romperlos también.

Destrocé todo.

Me acosté con la primera fotografía que encontré y no me moví, ni siquiera cuando me levanté al día siguiente, o al siguiente, o al siguiente. Me limité a ignorar las necesidades de mi cuerpo con los ojos cerrados, aunque no fue difícil, lo que sentía opacaba cualquier malestar. Solo me levanté un par de veces a tomar agua.

Lo había perdido, a mi padre, al hombre más importante en mi vida. También había perdido el mismo día a mi mejor amigo, a mi cómplice, al hombre que amaba.

No podía digerir los alimentos, no me daban ganas de levantarme, solo dormía y simulaba que nada pasaba, que mis días no eran grises.

Ignoré todas las llamadas de David, las de Lissa, y le pedí a mi madre que no recibiera visitas para mí. Ignorar al mundo parecía tan fácil, estar en mi burbuja era más sencillo que mirar los rostros de lástima de los demás.

Cuatro días después el hambre que rugía en mi estómago no se comparaba con los gritos que daba mi alma. Cuatro días después estaba más hundida que nunca, más que lo que había estado alguna vez en mi adolescencia.

Estaba sentada en el filo de mi cama, mirando la fotografía que no había soltado desde que papá se había ido, la dibujaba con los dedos una y otra vez.

Recordaba ese día: papá y yo recostados en el césped, mirando las nubes después de haber jugado con mi pelota nueva.

La puerta de mi habitación rechinó, apareció mi madre vestida formalmente y se plantó frente a mí con una mueca de disgusto que decidí ignorar. Se situó a mi lado y suspiró.

—Las cosas van a cambiar, Carlene —empezó con su tono aterciopelado. El miedo corrió por mi garganta como ácido—. Tu papá ya no está, ahora solo me tienes a mí, hija, tenemos que ayudarnos entre las dos. No contamos con mucho dinero, ¿sabes? Hay muchas deudas que solventar si no queremos irnos a la calle, yo ya soy vieja, nadie querrá contratarme...

—¿Deudas? —pregunté frunciendo el ceño, papá siempre había sido precavido.

—Sí, tu padre no nos dejó nada más que eso, y pueden desalojarnos, el banco puede quitarnos todo, ni siquiera hay comida en la alacena, Carly, ¿entiendes? —Asentí. La habitación se quedó en silencio, casi podía escuchar los engranes de su cabeza girar por lo concentrada que se encontraba—. Estuve pensando y tengo la solución perfecta...

No me gustó cómo dijo aquello, cómo giró para enfocarme desafiante.

—¿Qué? —me aventuré a preguntar, dudosa y cautelosa, sin querer saber del todo la respuesta. Un escalofrío me recorrió la piel cuando la vi sonreír de lado, mostrando su juego de dientes perfectamente blancos.

—Tienes que casarte —soltó como si nada, como si yo fuera un jodido objeto que podía ser manipulado a su antojo, como si fuera la marioneta o el instrumento de su orquesta.

Me levanté agitada y me aparté lo más que pude, pero no sirvió de mucho,

ya que ella me siguió, me acorraló contra la pared más cercana y estudió mi rostro. Le mantuve la mirada con el poco valor que me quedaba.

—No lo voy a hacer —solté sin titubear.

—Te vas a casar con Richard, niña egoísta —dijo altanera. ¿Qué tenía que ver Richard en todo ese asunto?—. No me importa si quieres hacerlo o no, lo vas a hacer, no vas a salir de aquí hasta que aceptes mi decisión.

Me contempló esperando que dijera algo, pero al no encontrar más respuesta que mi mudez, salió hecha una furia azotando la puerta tan fuerte que me hizo saltar.

El día siguiente no fue mejor, apareció en mi estancia alguien a quien no quería ni deseaba ver. Entró como si tuviera el derecho de hacerlo, jamás lo había visto andar de esa forma tan prepotente, y se situó a mi lado con confianza. Me fui al otro extremo de la cama y lo miré con fijeza, esperando alguna explicación de su presencia.

—¿Ya te avisó tu madre? —cuestionó con la ceja alzada. Me sorprendió su comportamiento, su altivez, la seguridad con la que hablaba. Quería mandarlo al infierno, pero estaba cansada, mi cabeza dolía, mi vista se nublabo, hasta hablar empezaba a ser una tarea complicada.

—No lo haré —musité.

—Tienes que hacerlo, Carlybu, es un acuerdo que tenemos tu madre y yo —soltó. Esas palabras me descolocaron, me eché hacia atrás y tragué saliva. Iba a preguntar a qué se refería, pero no fue necesario porque él no había terminado de soltar toda su basura—. Voy a heredar la fortuna de mi abuelo, pero para eso necesito casarme: tu madre se llevará una parte del dinero y tú te casarás conmigo.

A pesar de lo débil que me sentía, me levanté hecha una furia y me lancé contra él. Comencé a lanzar golpes al azar a su rostro, a su pecho, entretanto repetía una y otra vez que no me casaría nunca con él. Me frenó con facilidad y me zarandeó como un trapo viejo.

—Lo siento mucho, pero lo harás, Carlene. Ya le di a tu madre una parte, te toca hacer tu papel —dijo.

Creía que ya me había secado, pero en ese momento comenzaron a salir lágrimas a raudales. El rubio seguía sosteniéndome con rudeza, quité sus manos de mis brazos y, en un incontenible impulso, le escupí al rostro.

Sus párpados se cerraron por la rabia, se limpió con el dorso de su mano y clavó su mirada —que antes me había parecido amable— en la mía. Me agarró los antebrazos y me aventó, caí en el colchón y levanté la barbilla, porque no le daría el gusto de verme humillada.

No quería a Richard, no quería pasar el resto de mi vida con él.

—Tienes dos semanas solamente —gruñó con los dientes apretados antes de salir del cuarto.

Me dirigí hacia la ventana y paseé la mirada sobre la casa de al lado: su camioneta estaba ahí, no es que quisiera verlo, pero también me dolía que en esos cuatro días no hubiera hecho el intento de buscarme o hablar conmigo más que una llamada o una visita casual.

Siempre me imaginé una gran boda, deseaba tener una linda familia, hijos a los cuales podría darles amor, podría darles lo que a mí no me habían dado. Y todo lo imaginaba con David, era tonto, pero cuando era adolescente me gustaba soñar que algún día terminaríamos juntos, que compartiría toda mi vida con él, tomada de su mano.



Tal vez casarme con Richard habría sido una salida a todos mis problemas: no tendría que ver a mi madre y podría huir de mis sentimientos. Luego me regañé por pensar de ese modo. Por más que me escondiera, David siempre me perseguiría donde quiera que estuviera.

Solo me quedaba una salida: escapar. Y lo habría hecho si no me hubiera sentido de aquella forma.

Al término de esa semana, mi cuerpo ya me pesaba y el interior de mi estómago parecía que quería consumirme desde adentro. Era un dolor profundo y me mareaba con facilidad, así que procuraba quedarme quieta en la cama o dormirme. Siempre estaba dormida, así que no recuerdo mucho.

Mi madre no volvió a entrar, al menos no que yo supiera.

En una de las ocasiones en las que desperté y pude enderezarme, vislumbré un pequeño frasco en la mesita de noche a mi lado. Con manos temblorosas lo tomé y lo reconocí al instante: eran las pastillas que solía utilizar mi madre para dormir. No recordaba haberlas llevado a mi habitación, y no entendía muy bien qué hacían allí, todo era demasiado confuso.

Luego una idea llegó a mi cerebro, estúpida y cobarde, pero así fue.

Hubiera sido tan sencillo acabar con mi vida en ese momento, tomar esas pastillas y dejarme ir para no volver más. No tenía muchos motivos por los cuales luchar, no sabía que yo era el motivo más grande. Creía que estaba arruinada y que nada volvería a ser lo mismo.

Apreté el bote con rabia, no iba a suicidarme, y no lo hice, pero tampoco hice algo que mejorara mi estado.

Pasó el tiempo, no lo sé, no es claro, un día simplemente dejé que la nada me consumiera, esperando que me llevara a un mundo más tranquilo.

# Veintitres

Por millonésima vez en el día —y en la semana— Carlene había decidido ignorar mis llamadas y yo me estaba volviendo loco. Ya habían pasado dos semanas y yo no podía avanzar, no la había visto desde aquel día en el cementerio y estaba asustado. Jamás la había dejado de ver durante tanto tiempo, el miedo me carcomía. Estaba también el punto de que ni siquiera con Lissa quería hablar, ella también estaba preocupada.

Me encontraba en casa de mis padres, clavado en la ventana que colindaba con la suya y a la espera de alguna señal de que estaba ahí. No había movimiento, no había nada que me indicara que alguien habitaba en el sitio.

Día y noche me mantenía en guardia, a la espera de que saliera o se asomara, pero no ocurría y no sabía cuánto tiempo iba a soportarlo.

Había varias cosas que me molestaban y me hacían sentir miserable. Primero que nada, ya no estaba Steven. Él era muy importante para mí y para mi familia, había crecido cerca de los Sweet. Él era como un segundo padre, yo siempre supe que cuando mis padres no estuvieran, podía recurrir a Steven, pues me iba a recibir con una sonrisa. Él siempre estaba feliz, no merecía morir tan pronto.

Mi madre se detuvo a mi lado y frotó mis hombros intentando darme calor

y apoyo, ella también había intentado visitar a Carly, pero Ginger no dejaba ni que una mosca se posara en la puerta. Era como si tuviera un radar integrado y, antes de que pudieras llamar, ella ya estaba despachándote. Mi madre decía que intentara comprenderlas, que la pérdida había sido enorme, que necesitaban pasar un tiempo a solas para asimilar lo que ya no tenían. Y tenía razón, excepto en que Carly necesitaba estar sola.

Yo la conocía más que a la palma de mi mano, sabía que todo la estaba lastimando. De solo pensarla llorando desgarrada y sola, se me partía el alma. Quería abrazarla, besarla y arrullarla en las noches, incluso ser su almohada.

Suspiré cansado y dolorido, la cabeza seguía punzándome cuando hacía cualquier esfuerzo, por mínimo que fuera.

—Deberías descansar, David, tú tampoco estás bien, hijo —susurró con timbre apagado. La miré de reojo y le di una sonrisa triste. Yo no iba a estar bien hasta que tuviera a Carlene entre mis brazos de nuevo.

Así que lo hice, me encaminé hacia la salida, decidido, pese a las súplicas de mamá. Me estaba comportando como un crío, pero no podía evitarlo. Era eso o deprimirme, y no podía dejar que la situación me venciera.

Decidí mentalmente entre tocar la puerta, como una persona normal haría, o arriesgarme de otro modo. Sabía que no podría verla si tocaba la puerta, di un respiro y caminé cauteloso hacia la parte inferior de su ventana.

Cuando llegué a la cima, alcé la barbilla y entrecerré los ojos con la intención de captar algo del interior, pero la cortina estaba ocultando su habitación. Tenía que entrar, debía hacerlo, algo me lo decía.

Estaba acostumbrado a entrar de aquella manera, así que no fue difícil. Cuando ingresé lo hice despacio, ya que no sabía con qué me iba a encontrar

una vez dentro. No obstante, apenas entré, un olor desagradable llegó a mis fosas nasales.

Fue entonces cuando me dio miedo.

Carly era desordenada por excelencia, desde pequeña lo había sido, no le gustaba arreglar nada, le iba bien el desorden. Sin embargo, jamás convivía con suciedad, y aquel sitio apestaba. Me di la vuelta y todo el aire se me salió de golpe, tuve que agarrarme del mueble más cercano porque ni en mis peores pesadillas pensé que alguna vez me iba a encontrar con esa escena.

Un bulto pálido, como un fantasma, estaba postrado en la cama. Sus ojos estaban cerrados, su boca parecía sellada. Creí que estaba muerta y eso... Eso ha sido el momento más jodido de mi vida.

No sabía a qué temerle más, si a los huesos que sobresalían por cada parte de su cuerpo, o al frasco que apretaban y aferraban sus dedos.

Tambaleante me acerqué, con un nudo estrangulando a mi garganta, con los ojos ardiendo y quemando, con la respiración lenta. Vi ascender su pecho casi imperceptiblemente, entonces supe que tenía que sacarla de ahí.

Me doblé por la mitad porque sentía que su estado me asfixiaba. La iba a cargar, la llevaría lejos y la cuidaría. Por mi vida que lo haría.

—Perdóname, cariño —le susurré con la voz quebrada.

Vi el movimiento de sus párpados al reconocer mi voz, los abrió solo un poco. Aparté de un manotazo el frasco que estaba en su mano casi como si fuera una alimaña y me tragué el dolor al confirmar que eran pastillas para dormir. ¡Un puto frasco de pastillas para dormir! Ella no tomaba esas porquerías, nunca lo haría. Supe que ella era lo que olía así de mal al tomarla entre mis brazos.

—Dave —dijo en un susurro que me heló las venas. Su voz era tan rasposa que la percibía como lija.

—Shh, tranquila —solté, apretujándola contra mi cuerpo cuidadosamente porque no quería lastimarla. Se sentía tan liviana, tan frágil, tenía miedo de romperla o dañarla de alguna forma.

Inicié el trayecto para salir, se acurrucó en mi pecho y no dijo nada más. No puedo decir si estaba inconsciente o no porque estaba muy concentrado en salir de ahí. Bajé las escaleras tan rápido que en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la planta baja y caminando hacia la puerta.

—¿Q-qué crees que h-haces?! —exclamó una voz extraña a mi espalda. La reconocía, solo que era casi irreal.

Ginger estaba en el sofá, mirándome con los ojos nublados, totalmente alcoholizada. Ella estaba borracha mientras Carly se hundía. Me puse furioso al instante, esa mujer era tan egoísta, tan superficial.

—No p-puedes llevarte a m-mi hija. —Se levantó y caminó hacia mí. Un destello se cruzó por mi cabeza, un recuerdo muy lejano de una Carly llorando en mis brazos, diciendo incoherencias. Y una de ellas era que su madre tomaba pastillas para dormir.

—¡Me importa un cuerno lo que quieras! ¡Ella se va conmigo! ¡Y tú, maldita enferma, no vas a evitarlo! —grité fuera de mí y con los dientes apretados. Era tanta la presión que pensé que me tronaría la mandíbula.

Ni se inmutó por mi reacción, lanzó la carcajada más escalofriante que he escuchado alguna vez. Los vellos se me erizaron, incluso di un par de pasos hacia atrás.

La madre de Carlene, o más bien, ese ser monstruoso que no merecía el

calificativo de madre, ladeó la cabeza. Sus ojos estaban tan abiertos y rojos, luego sonrió de lado y clavó la mirada en su hija. No pude hacer nada, solo esconderla un poco más para que dejara de mirarla de ese modo. No quería que lo hiciera.

—Se parece tanto a ella, ¿por qué la quieres? ¿Qué tiene ella que no tenga yo, Arthur? —cuestionó atropelladamente. Me quedé paralizado. No entendía qué mierdas estaba pasando. La señora comenzó a sollozar, a decir cosas sin significado y a mecerse, como una demente. No dudaba que estuviera loca.

Reaccioné en ese momento, jalé la manija y salí corriendo de allí. No obstante, no podía sacarme de la cabeza que la madre de Carly me había confundido con mi padre. Me había llamado como él.

Aparté esos pensamientos porque mi primera prioridad era Carlene.

Entré en la casa de mis padres y llamé a gritos a mi madre, quien bajó alarmada preguntando qué era lo que ocurría. No necesité dar muchas explicaciones. Su mano se fue directo a su boca cuando reconoció a la persona que llevaba cargada. Sin que se lo pidiera, marcó al hospital.

Deposité a Carly en el sillón y me arrodillé a su lado mientras esperábamos la ambulancia. Aparté unos mechones que se adherían a su frente y perfilé sus pómulos sobresalientes, tuve que cerrar los ojos para retener las lágrimas que amenazaban con bajar.

Ella volvió a reaccionar, se revolvió y dejó escapar un sonido lastimero. Me permitió ver de nuevo sus pupilas miel, sus hermosos ojos que parecían ausentes. No sé si me miraba, no sé qué ocurría, pero parecía estar en su propio mundo.

—No quiero casarme —pronunció tan bajo que al principio creí que era una

alucinación mía. Pero volvió a repetirlo unas cuantas veces en medio de ese letargo que la consumía. Miré a mi madre porque no era capaz de comprender la situación, pero ella tampoco pudo darme una respuesta.

La ambulancia llegó y se la llevaron, yo me fui a su lado. Sostuve su mano y me permití soltar un par de lágrimas. Le rogaba a Dios que no le pasara nada, quizá suene egoísta, pero la necesitaba, teníamos que vivir muchas cosas.

Tuve que permanecer en la sala de espera. Mis padres entraron apresurados minutos después y Lissa llegó junto con los muchachos. No dijimos nada porque no hacían falta las palabras. Me alejé de ellos, ya que necesitaba privacidad y tanta gente empezaba a ahogarme.

Recargué mi cabeza en una ventana y contemplé —sin hacerlo de verdad— un arbolito que estaba plantado en el césped del exterior. Pronto no pude verlo más, todo era como una sombra, un espejismo, algo lejano que no podía percibir con claridad. Por mis mejillas comenzó a resbalar agua, no las limpié, solo dejé que todo fluyera. Mi luciérnaga no merecía sufrir de ese modo, no ella, no nosotros.

Unos brazos delgados me abrazaron, dejé que lo hicieran y me apoyé en el pecho de mi madre. Las compuertas se abrieron y mi alma se drenó, lloré hasta que no pude hacerlo más.

Carly tenía un cuadro de desnutrición y deshidratación severo, al parecer llevaba varios días sin ingerir alimentos. No tenía ninguna sustancia extraña en su sistema, lo que quería decir que no había consumido ninguna clase de pastilla. Pude respirar, no había usado los medicamentos, pero había tenido la intención de hacerlo.

Iba a pasar unos días en observación mientras mejoraba, dijeron que todo iba a estar bien, que la habíamos llevado justo a tiempo. También dijeron que estaba despierta.

Como es evidente, me encargué de que me permitieran verla. Al entrar en su habitación, el silencio me consumi6. La miré desde donde estaba, Carly ni siquiera me notó, miraba un punto de la sábana que la cubría.

Me acerqué porque no aguantaba más. Y tal parecía que la tenía frente a mí, pero en realidad no estaba, ella no estaba ahí.

Me senté a su lado y la contemplé, estaba ida.

—Luciérnaga, estoy aquí —murmuré despacio. Parpadeó un par de veces y arrastró su vista a la mía. Me miraba de una forma tan vacía. Mi luz se había fundido—. ¿Me oyes?

Se tardó para responder, pero asintió.

—Voy a estar a tu lado aunque tú no quieras, ¿de acuerdo? —Eso bastó para que la chica que amaba apareciera. Una gotita descendió desde la esquina de su ojo, la cual limpié con mi pulgar con una tierna caricia.

Deseaba decirle tantas cosas, aclararle otras y suplicarle que me creyera, aunque todo parecía estar en mi contra. No tenía pruebas de lo que había sucedido, solo esa conversación en mi mente. Pero primero necesitaba que mejorara, que estuviera conmigo y no perdida en sus pensamientos.

Evité las palabras, me recosté a su lado y rodeé sus hombros con mi brazo. Me sorprendió que no pusiera objeción, después de todo, ella pensaba que yo la había engañado.

Pasados unos cuantos minutos, la sentí temblar a mi costado. Apreté mis



párpados y después la miré. Su cara se arrugaba con dolor, lloraba.

Dejé que sacara todo lo que tenía en el interior, hubo un momento en el que se refugió en mi pecho, pero luego se apartó. Era como recibir un puñetazo, mantenía sus distancias a pesar de lo cerca que estábamos.

Al cabo de un rato se quedó dormida y la aferré a mi cuerpo, la abracé con una desesperación impropia de mí.

—Te amo, Carly —le susurré antes de darle un beso en la frente, a pesar de que no podía escucharme.

Más tarde tuve que salir porque las enfermeras así me lo indicaron. No deseaba dejarla sola, pero era necesario.

Me dirigí hacia la sala de espera en búsqueda de mi familia, sin embargo, no logré llegar porque algo me detuvo. Más bien, percatarme de que estaba de pie a tan solo unos cuantos metros me hizo enfurecer. El jodido rubio de mierda.

Dando zancadas presurosas me aproximé hasta que su nariz quedó adherida a la mía. Mis puños se cerraron en el cuello de su camisa, quería matarlo, quería arrancarle los brazos, quería acabar con él.

Richard se revolvió con violencia sin conseguir su cometido. Se calmó solo para alzar la ceja derecha con semblante burlón.

—Lárgate de aquí —siseé entre dientes.

—Vengo con *Carlybu*, no contigo —contestó desafiándome.

—Se llama Carlene, no *Carlybu*, hijo de puta —ladré, porque empezaba a colmarme la paciencia. Saber que él tenía la culpa de nuestra situación me hacía rabiar—. No vas a verla, si no te vas ahora voy a romperte la cara.

Un trío de enfermeras, que se encontraba en el pasillo, nos pidieron que bajáramos la voz. Richard sonrió de lado, el muy infeliz se estaba riendo de mí; seguramente le parecía gracioso el haber logrado lo que se había propuesto. Lo detestaba, siempre lo había hecho.

—Tengo derecho a verla, ¿sabes? —soltó, mientras yo seguía viéndolo fijamente. Lo habría golpeado si no nos hubiéramos encontrado en la mitad del pasillo de una clínica. No musité palabra, pero no faltó que yo abriera la boca—. ¿Ya te dijo que nos vamos a casar?

Por un momento mi mundo se detuvo, dejé de respirar, la sangre se me fue hasta los talones y me sentí mareado. La boca se me secó, aflojé el agarre de su camisa, sintiéndome desubicado. Luego recordé sus palabras: «no quiero casarme». En ese momento todo tuvo sentido. Iba a contestar, pero un crudo golpe azotó en mi rostro, un puñetazo que, aunque no me envió al suelo, me hizo tambalear. Un ardor recorrió la zona afectada y mi cabeza palpitó, una punzada estalló fuerte haciéndome soltar un gemido. Aun no me habían dado los resultados de los estudios, y a pesar de que los doctores habían dicho que debía mantener reposo, pues había sido un impacto fuerte, no me importó en absoluto al saber que Steven había muerto, al saber todo lo que había pasado. Probablemente era un golpe sin importancia que debía pasar por su proceso de recuperación, y yo no se lo permitía al estar en constante movimiento.

Richard se sacudió la ropa y me midió con la mirada, no sé con exactitud cómo lucía yo. Por un lado, estaba estupefacto por el golpe; por el otro, estaba furioso.

Sin pronunciar más, se dio la vuelta y desapareció por el ancho pasillo de paredes blancas y piso pulcro. Me mantuve en el sitio para recuperar la compostura antes de volver. Ya no me quería separar de Carly ni por un corto

segundo.

Se me olvidó el golpe, el dolor de cabeza también, en cuanto entré a su habitación. Estaba despierta y mirándome, esbozó una pequeña sonrisita que me quitó el aliento.

No me resistí, caminé en su dirección sintiéndome encandilado, atraído por la luz de sus ojos, los cuales abandonaron los míos y se centraron en mi mejilla. Me senté a su lado en la camilla y acaricié una de las puntas de su cabello suelto. Ya estaba aseada.

Me sorprendí cuando sus dedos delinearon el golpe que Richard me había dado.

—¿Qué pasó aquí? —susurró su pregunta, con sus pupilas siguiendo el recorrido de sus yemas. Tragué saliva, lucía hermosa. Al ver que no respondía, clavó su mirada inquisidora en la mía. Reaccioné inmediatamente.

—Nada importante, no te preocupes —contesté restándole importancia al asunto, sabía que no iba a funcionar.

—No sabes mentir —murmuró más para ella que para mí, como si estuviera hablando de otra cosa con su subconsciente.

Su mano se retiró de mi rostro y me sentí frío sin ella, intentaba que el nudo que estaba en mi garganta se diluyera. ¡Dios! ¡Quería tantas cosas! Quería besarla, quería que me besara.

—Quieren que coma caldo de pollo —dijo, e hizo una mueca de asco que me hizo sonreír después de tanto tiempo. Señaló con su barbilla una charola que no había notado antes.

—Muy bien, señorita, al parecer se está comportando como una adolescente

—jugueteé, y me acerqué a la comida. Los rastros de humo aún bailaban encima del tazón.

Pasamos el rato en silencio, yo dándole cucharadas como si fuera una niña pequeña y ella quejándose, pero comiendo de igual forma hasta que su plato quedo vacío.

—¿Por qué estaban esas pastillas en tus manos? —pregunté, a pesar de que no era la mejor manera de empezar una conversación. Casi me di golpes al rostro, cuando no se mostró pasmada o molesta por mi intromisión. Me tranquilicé.

—No lo sé. —Agachó la cabeza avergonzada y luego volvió a levantarla—. Quería hacerlo, ¿sabes? Deseaba que dejara de doler, que la presión en mi pecho desapareciera, deseaba no recordar nada, dejar de pensar en ti. Quería cerrar los ojos y dormir, quería no despertar y volverme a sentir de ese modo. P-pero no pude, no pude hacerlo.

«Deseaba dejar de pensar en ti». Aquello no fue un golpe, fue una maldita bola demoledora reventando cada construcción, cada minúsculo ladrillo en mi corazón. No era por el hecho de que no quisiera pensarme, aunque me mataba, era que ella había pensado en suicidarse para conseguirlo. Ella muerta por mi culpa, por una maldita mentira de personas egoístas.

—Yo... Yo... Sin ti... —Negué, no encontré las palabras que describieran el sentimiento de desasosiego que me embargó. Mi vista se nubló al imaginar, al suponer una vida sin Carly y no, no podía siquiera pensarlo, concebirlo era demasiado—. Yo habría muerto contigo, Carlene.

Sus párpados se apretaron, estaba evitando las lágrimas.

En un atrevimiento tomé una de sus manos con la mía y entrecrucé nuestros

dedos. Sabía que debíamos hablar, pero no tenía idea de cómo empezar.

—¿Te sientes mejor? —cuestioné, a lo que afirmó con un sonido nasal—.  
¿Podemos hablar?

Esperé su respuesta como si sus próximas palabras fueran una profecía o una revelación del futuro.

—Sí —dijo con simpleza. Ahí estaba la oportunidad que había estado esperando y no la iba a desaprovechar, no podía perderla, no a Carly, no a mi luz, no a mi luciérnaga.

Si la perdía nada volvería a ser lo mismo, porque ella era todo.

# Veinticuatro

Me aseguré de que los papeles estuvieran en orden para presentarle al consejo de recursos humanos los casos que estaba manejando, los cuales consistían en dos demandas de divorcio y algunas acusaciones de delitos menores.

Ya le había entregado a la secretaria las copias para los directivos. Esperaba que las hubiera colocado en las carpetas de color negro y no en las azules, las azules eran viejas. Nadie en el despacho deseaba que le tocaran las carpetas azules.

Ese día los practicantes harían sus exposiciones y, al día siguiente, darían la lista de los que permanecerían en Empresas Cloud. Todos colgábamos de un hilo.

Me sentía presionado, pero no estaba nervioso, no hasta que vi las jodidas carpetas azules puestas en los asientos. Ahí estaban el señor West y el coordinador de recursos humanos, también estaba Amanda. ¿Qué mierdas hacía esa mujer en una junta oficial de trabajo? Pero decidí ignorar la situación debido a que era la hija del dueño.

Me coloqué en la parte delantera con toda la confianza que pude reunir y, una vez que me instalé, di inicio a mis discursos. Era fácil hacerlo porque

siempre me había fascinado lo que estudiaba. Cuando me colocaba en un estrado las palabras y los conocimientos fluían, la lengua tenía vida propia y mis neuronas iban disparadas. Me gustaba la abogacía, la amaba, hasta que me di cuenta de que debías tener una característica que yo no tenía: ser capaz de sacrificar cosas importantes para poder ascender en los peldaños.

Cuando terminé me sentí orgulloso, feliz. Al bajar la adrenalina me di cuenta de que los oyentes me contemplaban en blanco.

El padre de Amanda revisó la hora en el reloj de su muñeca, su hija le dijo algo al oído, el asintió.

—Gracias por tan maravillosa exposición, señor Stewart —emitió West con su voz ronca y dominante. Me recordaba al Padrino, casi podía verlo con un puro y una copa de vino tinto en su otra mano—. Como todos, mañana daremos la lista y sabrás si quedaste entre los seleccionados de nuestro nuevo equipo.

Estuve conforme, por lo que me preparé para retirarme. Ansioso, pues me sentía observado, junté mis cosas con la mayor rapidez que me fue posible. No los miré en mi viaje hacia la salida. La misma voz me frenó antes de que pudiera salir, pero no me giré, me quedé quieto a la espera de lo que tenía por decir, con la mano en la manija.

—¿Le molestaría llevar a mi hija a comer? —Di un respiro profundo y desabroché el primer botón de mi camisa como si me estuviera asfixiando. Intenté recomponer mi postura, porque si titubeaba en mis respuestas él se daría cuenta y encontraría el modo de arrinconarme.

Enderecé la espalda, aclaré mi garganta y lo enfrenté. Y sí, me miraba con ojo crítico, calculándome, estudiando mi comportamiento. Era un tiburón

queriendo encontrar el punto débil de su presa, y yo era la presa en aquella ocasión. Era un inexperto, un estudiante que solo se enfrentaba a otros estudiantes, él era experimentado, él podría demolerme a mí y a mi futuro en un segundo.

—Lo siento, ya tengo algunos planes. —Procuré que no sonara tajante u ofensivo, pero fallé, porque me escuché a la defensiva. Amanda esbozó una sonrisita concedora; me maldije internamente una y otra vez por darle poder sobre mí.

—Seguro Carly no se molestará si llevas a la hija de tu jefe a comer —dijo esta en tono burlón, haciéndome apretar la mandíbula.

—¿Carly? —cuestionó su padre mirándome con el ceño fruncido. No me gustaba su mirada inquisidora, sin embargo, no me quedaba otra opción más que mantenerme de pie, inmóvil frente a ellos.

—Su novia, papá —contestó la pelinegra con sorna, inclinándose hacia su padre sin despegar sus ojos de los míos.

—Su novia —probó las palabras con las cejas alzadas, después tronó la lengua como si hubiera hecho el mejor descubrimiento del mundo—. Tu novia seguro entenderá lo que es una comida de negocios, ¿no?

Sabía lo que significaba, capté lo que me estaba sugiriendo, tenía clara la indirecta que, de forma más que directa, me había mandado. El deseaba que saliera con su hija para mantener mi empleo.

Y yo... Yo no tenía idea de qué mierdas hacer.

—¿Qué dices, muchacho? ¿Crees que Carly se moleste si sales un par de horas con mi querida Amanda? —cuestionó enfatizando en el nombre de mi luciérnaga.



Me quedé con la boca cerrada, tragando saliva. Miles de veces nos habían platicado en las clases que ese tipo de cosas pasarían, pero no estaba preparado para enfrentar a alguien como él.

No hice caso a los gritos que daba mi subconsciente porque deseaba el empleo, era una gran oportunidad para mi futuro, trabajar ahí me gustaba. Había luchado duro todos aquellos años para que me aceptaran en el mejor despacho de Nashville, había estudiado muchas horas sin dormir para lograr obtener calificaciones altas. Quería un futuro donde pudiera empezar fácilmente, y eso lo conseguiría en Cloud.

—No, no habrá problema —dije sintiendo el ácido correr por mi garganta, el cual me dejó un mal sabor de boca.

Amanda chilló con emoción, su padre dio un aplauso y yo me sentí más vacío que nunca.

En el camino al restaurante lo único que sentía era que estaba traicionando a Carlene, que le dolería cuando se enterara de lo que había hecho.

Nos instalaron en una mesa con un mantel que lucía caro. Amanda hablaba sobre cosas que no me interesaban, yo solo asentía y afirmaba con sonidos nasales. Las copas de vino fueron servidas y los meseros tomaron nuestros pedidos.

Miré la gente de mi alrededor. De vez en cuando iba a ese tipo de sitios por reuniones o fiestas de trabajo. Los ventanales eran grandes y hermosos, el techo y su decoración simulaban a esas viejas pinturas del paraíso lleno de ángeles, los candelabros lanzaban destellos a los presentes. El tintineo de copas producía una mezcla de sonidos junto con las risas y los saludos de cortesía.

Por primera vez, mi mirada cayó en la mesa de una pareja del fondo. Ella llevaba un peinado elegante: una trenza que recorría la cima de su cabeza, con delgados caireles saliendo de ella. Dos perlas colgaban de sus orejas, las cuales hacían juego con el collar y la pulsera que también portaba. Cualquiera habría dicho que era una mujer plena, o al menos conforme con la vida que llevaba; no obstante, al observar con más detenimiento, pude darme cuenta de que había más. Frente a ella estaba el que supuse era su marido o su cita, quien hablaba por celular haciendo gestos expresivos, mientras ella lo miraba con un dejo de tristeza y se escondía detrás de un semblante de indiferencia. Una tristeza capaz de romperte el corazón con solo mirarla.

Ahí la vi, a Carlene, la imaginé mirándome de aquel modo y no pude soportarlo.

Algún día ella sería esa mujer triste que miraba a su marido perdida en sus pensamientos, y yo sería el tonto que no se daba cuenta de que la estaba perdiendo y a quien, tarde o temprano, se le escaparía de las manos y no podría recuperarla.

Comparé la vida que teníamos a la que posiblemente tendríamos. Preferí pasar horas sentado frente al televisor con un tazón de palomitas de maíz y con ella en mis brazos a una cena en un restaurante frío siendo dos conocidos que habían dejado de serlo.

—¡David! ¿Me estás escuchando? —Su voz interrumpió mi diatriba mental, la enfoqué confundido y negué con la cabeza. Ella bufó con fastidio —. Le hablaré a papá y le informaré que no te estás comportando de la manera adecuada conmigo. ¿Quieres eso?

Puse una balanza imaginaria frente a mí: en un lado estaban todos mis

sueños convertidos en verdad, todo lo que siempre había querido mientras me la pasaba memorizando artículo tras artículo sentado en mi mesa de estudio o en la biblioteca de la escuela; en el otro lado estaba una sola persona, Carlene.

Y Carlene fue la que ganó, ni siquiera necesité hacer un debate mental, porque la respuesta la tenía clara. Ella era lo que quería por sobre todas las cosas, no iba a sacrificar lo que teníamos por mi carrera, aunque en eso se fueran parte de mis sueños. La parte importante de mis sueños la tenía, y no planeaba soltarla jamás.

Quise vomitarme en el rostro cuando Amanda deslizó su mano por el largo de la mesa para acariciar el dorso de la mía. Eso fue todo lo que pude soportar de aquella cosa tan estúpida en la que me había metido.

No me importó si West me despedía, es más, yo mismo renunciaría, pero no iba a soportar estar con esa mujer, y mucho menos que Carly se decepcionara de mí. Yo no era el tipo de persona que engañaba a la gente que quería y no iba a comenzar a hacerlo solo para tener trabajo.

Arranqué la mano con repulsión y me levanté. Ella se sorprendió tanto que jadeó y giró la cabeza hacia todas partes para ver si alguien estaba observando nuestro pequeño espectáculo.

—Lo siento mucho, Amanda, pero no soy la clase de chico que engaña a la mujer que ama saliendo con alguien solo para mantener un jodido empleo. Dile a tu padre que renuncio —dije de forma robótica, y me di la vuelta para salir dando zancadas apresuradas.

Por mi mente desfilaban las posibles repercusiones: no solo podría encontrar la forma de expulsarme de la universidad, podría hacer que ninguna

universidad me aceptara, podría joderme estudiando y no encontrar trabajo.

Sin embargo, estaba decepcionado, no solo de mí mismo por haber caído en su juego y no haber podido manejar la situación, estaba decepcionado del amor y esmero que le había profesado a mi carrera.

Me pregunté si West había tenido que engañar a su mujer o a su familia para llegar a la cima. Quizá habían sido tantas las veces, que ya no le importaba. Tal vez ya era parte de su vida diaria.

Salí dejando que el sol me golpeará la cara y me dirigí hacia donde había estacionado la camioneta. El estacionamiento estaba en la parte de abajo del restaurante, por lo que tuve que bajar por un ascensor. Escuchaba mis pasos y veía oscuridad; mi mente estaba muy concentrada repasando lo que había pasado como para darme cuenta de que alguien me seguía

Me percaté demasiado tarde. Algo golpeó la base de mi cabeza cuando intenté girarme para identificar una respiración agitada que había escuchado a mis espaldas. Mi vista se nubló y no supe más de mí durante un buen rato.

Cuando estuve consciente de nuevo, sentí el cuerpo frío. Intenté moverme, pero un dolor profundo y punzante en la nuca me lo impedía. Lancé un sonido lastimero y apreté los párpados, no podía recordar dónde mierdas estaba.

—Ya despertó el bello durmiente —soltó una voz femenina que me hizo abrir los ojos porque la conocía muy bien. Ella sonrió torcidamente. Lo que logró confundirme más fue ver a la pelirroja junto a ella. Leila no lucía cómoda, me miraba desde una esquina como si quisiera pedirme perdón.

En ese momento me di cuenta de que no llevaba ropa y estaba en la bañera del baño de mi habitación. Luego recordé el estacionamiento, la respiración y

el golpe en el cráneo. Intenté enderezarme, pero el dolor me lo impidió una vez más. Amanda emitió una risita, las miré a ambas en busca de una explicación.

—¿No recuerdas nada, cariño? —se burló. Dejé de mirarla y me concentré en Leila, quien comenzaba a balancearse y miraba hacia todas partes, quizá buscando una salida—. Te presento a mi prima, Dave.

—¿Qué? —pregunté estupefacto.

—Leila es mi prima —dijo con orgullo, sonriendo de lado, una mueca que fue remplazada por un ceño fruncido y unos puños apretados—. ¡Te dije que te arrepentirías! ¡Me humillaste, David! Lo hiciste todo el tiempo. Teniéndome a mí, ¿cómo preferiste a esa?

Me tardé en comprender qué era lo que estaba pasando y a qué venía esa charla si eso había ocurrido hacía años. La vi caminar de un lado a otro, vociferar y despotricar un montón de insultos. Un par de minutos después salió del lugar sin mirar atrás, dejando a Leila totalmente pasmada e incrédula.

La constante molestia no me dejaba pensar; era raro que fueran primas. Hice conjeturas: tal vez por eso West había comprado el despacho del viejo Cloud, por medio a Leila, o quizá por eso Amanda me había encontrado con tanta facilidad.

Enfoqué la vista en ella, saltó asustada, decidida a salir también. Aunque me dolió como el infierno y todo comenzó a dar vueltas, logré ponerme de pie y detenerla antes de que pudiera marcharse.

La tomé por el codo y la detuve, se giró resignada y comenzó a llorar y a sollozar como una demente. Esperé a que se calmara mientras me colocaba

una toalla para cubrirme.

—Lo siento, Dave, de verdad lo siento mucho. Yo... no sé qué está pasando. Amanda me dijo que hacías eso con todas, y le creí. Dijo que quería vengarse, planeó esto y pensé que estaba bien que recibieras un poco de lo que yo sentía cada vez que me echabas de tu casa después del sexo. — Suspiró y me sentí mal, porque de alguna u otra forma las había utilizado para olvidarme de mis verdaderos sentimientos. Leila se veía destrozada, su maquillaje se desdibujaba y corría por sus mejillas—. Amanda y Richard están de acuerdo en esto, ella va a recibir dinero cuando él cobre su testamento. La madre de Carlene también está involucrada, no sé en qué exactamente, no sé muchas cosas, solo lo que alcanzo a escuchar cuando Amanda habla por teléfono.

—¿Y qué demonios lograron al desnudarme en la bañera? —La pieza faltante se conectó en mis pensamientos—. ¿Dónde está Carly?

Leila se encogió y agachó la cabeza. Me enfurecí, me lancé embravecido y agarré su antebrazo con dureza para sacudirla. Necesitaba descargar mi frustración con urgencia, tenía miedo de que le hubieran hecho algo.

La pelirroja se retorció una y otra vez rogándome que la soltara; no apreté más, pero tampoco la solté. No lo haría hasta que me dijera qué estaba ocurriendo.

—C-carlene nos vio a Amanda y a mí en... en tu cama y después te vio a ti desnudo en la bañera —pronunció con la voz entrecortada, al tiempo que sorbía por la nariz. Gruñí y la solté con brusquedad haciendo que se tambaleara. Salí de ahí para buscar a Carly, aunque sabía muy bien que no estaba en la casa.

—¡¡Maldita sea!! —grité frustrado, y comencé a patear el sofá como un desquiciado. Me detuve cuando la cabeza punzó y el suelo giró. El dolor seguía punzante en el mismo lugar, necesitaba ir a un hospital.

—David... —susurró. La escuché cerca, quería que se largara y me dejara solo. Solo quería encontrar la manera de localizar a Carlene y aclararle las cosas, pues la conocía, sabía que iba a malentender la situación, y no ocurrían cosas buenas cuando sacaba sus conclusiones sumida en su baja autoestima.

—¡Lárgate! —exclamé.

Escuché cómo se alejaba y abría la puerta una vez en la entrada.

—Me habría gustado que me miraras de la forma como siempre la miras, me habría gustado que me quisieras, aunque fuera la mitad de lo que la amas —murmuró.

—Para que eso ocurra necesitas ser ella.

No dijo nada más antes de irse, yo tampoco. Me derrumbé en el sillón más cercano, pero la calma duró poco porque el teléfono empezó a sonar. Sin remedio alguno, fui a atender la llamada: era mi madre diciendo que Steven había fallecido.

Al llegar al hospital escuché los gritos de dolor de Carlene, comencé a correr, mi vista se nublaba de vez en cuando, pero no me importó. La vi tendida en el suelo, llorando, vi cómo inyectaban algo en su brazo para calmarla.

Me acerqué y me tiré a su lado para sostenerla. Las lágrimas cayeron de mis ojos y mojaron su rostro, que ya estaba sepultado en una profunda paz.

—¡David! ¡Estás sangrando! —chilló mi madre.

Todo se salió de control. Me apartaron de ella para curarnos a ambos por separado.

Levanté la vista y encontré a Carlene mirándome con los ojos empañados. Nuestras manos seguían unidas, y un nudo en mi garganta amenazaba con ahogarme, con estrangularme.

Aún no acababa de contarle todo lo que tenía que decirle, pero lanzó un gemido y abrió la boca para respirar. Sus manos dejaron las mías y se fueron directo a mi rostro para acunarlo, sus dedos comenzaron a borrar las lágrimas que salían sin permiso.

—Perdóname, D —su voz se entrecortó y su respiración se agitó—. Perdóname por desconfiar de ti.

Ahí estábamos los dos, llorando, sollozando juntos, tocando rítmicamente nuestros rostros, mirando nuestras pupilas empañadas.

—Necesito que me beses, Carly —pedí.

Sus manos me jalaban hasta que nuestros labios se unieron. Arrinconé su delgado cuerpo colocando un brazo a cada costado y me perdí en la sensación de ese beso. Sabía a la sal de nuestras lágrimas, sabía a nosotros.

No lograba besarla como quería, tampoco hacerle entender que mi vida no era lo mismo si ella no estaba. No lograba hacerle ver que no había nadie más para mí.

—¿Cómo logro que entiendas que te amo más que a mi vida? —No contestó, se limitó a besarme con más potencia, más fuerte, más rudo, más desenfrenado.

Tuvimos que parar cuando alguien se aclaró la garganta. Mamá nos sonreía



de oreja a oreja, le sonreí de vuelta, pero no me aparté de Carlene, ni siquiera me eché hacia atrás.

—¿Te sientes mejor, hija? —cuestionó mi madre. Ella le dio una leve sonrisa en respuesta y me miró.

—Lo estaré —contestó segura. No tenía por qué dudar, yo iba a hacer hasta lo imposible para que lo estuviera.

—Carly, Arthur y yo queremos que te mudes con nosotros, ya lo hablamos y sabemos que a Steven le habría gustado que estuvieras en nuestra casa. Eres como nuestra hija, lo sabes, sabes que... —empezó Rachel su discurso.

—No —dije seco. Ambas me miraron, sorprendidas por mi interrupción—. No, Carly se vendrá conmigo, no pienso perderla de vista ni un jodido instante.

Los hombros de mamá se relajaron y Carlene sonrió cálida, dejando caer sus ojos a mis labios para, antes de que pudiera reaccionar, depositar un beso fugaz en ellos. Me dejó pasmado, porque jamás había hecho eso delante de nuestros padres.

—De acuerdo —aceptó.

—Bueno... Ustedes están algo intensos el día de hoy, creo que los dejaré solos un momento. —No contestamos, mi madre lanzó una risita divertida y nos dejó solos de nuevo.

No quería arruinar nuestro momento de miradas penetrantes y caricias cariñosas, pero necesitaba saber algo que no dejaba de rondar mi cabeza.

—Richard estuvo aquí —emití, a lo que se tensó. Sus dedos se detuvieron y me prestó atención—. Quería verte, pero no lo dejé pasar. Él dijo que... que

ustedes dos se casarían.

—¿Qué? ¡¿Qué le pasa a ese imbécil?! —exclamó exaltada, e hizo el amago de levantarse. La detuve colocando mis palmas en sus hombros y acostando su cuerpo de nuevo en la camilla, entretanto ella refunfuñaba y maldecía entredientes.

Su arrebató de rabia me hizo respirar con calma otra vez, después de todo, ella había estado enojada conmigo, más que eso, se había sentido traicionada, y tenía miedo de que esos sentimientos la hubieran orillado a tomar salidas rápidas como casarse con el jodido Palace.

Le pedí que me explicara. Después de lanzar un suspiro lo hizo.

—Un día mi madre entró a mi habitación a decirme que mi padre nos había dejado un montón de deudas y que ya no teníamos dinero. Había pensado en una solución a nuestros problemas —dijo con tono amargo—: se le ocurrió la maravillosa idea de que casarme con Richard arreglaría todo. Luego llegó Richard a decirme que iba a recibir dinero de un testamento y necesitaba casarse, me zarandeó y dijo que tenía que hacer mi parte porque Ginger ya había recibido parte del dinero. ¡Me vendió, Dave!

Escuché todo, pero lo único que se me quedó repiqueteando una y otra vez fue que Richard la había estrujado. Me levanté veloz, inspirando y exhalando aire con rapidez. ¿Cómo se había atrevido a ponerle un dedo encima?

Tuve que apretar mis dientes y puños hasta que las uñas se me clavaron en la carne o, de lo contrario, explotaría.

—Voy a... Voy a... Voy a romperle las jodidas pelotas, si es que el muy cabrón tiene —solté en un gruñido bajo, y me dispuse a salir para hacer exactamente lo que había dicho. Sin embargo, su palma en mi antebrazo me

congeló en el suelo y calentó mi piel al mismo tiempo.

—Por favor, Dave, no me dejes —suplicó, y eso bastó para desinflar un poco mi furia, al menos por el momento.

Me acomodé a su lado sin detenerme a pensarlo, pasé mi brazo por debajo de su cuello y la acerqué a mi pecho. Carly me abrazó de vuelta y hundió su cabeza ahí. Me sentía invencible, como cuando veía sus ojos en la casa del árbol.

—¿Me perdonaste? —cuestionó paseando sus dedos en mi camisa, jugando con los botones y las líneas de las costuras.

—¿Me perdonaste tú a mí? No te conté la verdad, debí haberte dicho que el padre de Amanda era el nuevo dueño de Cloud y que su hija se había instalado ahí —respondí de vuelta.

—Te amo —pronunció. Esas dos simples palabras calentaron cada centímetro de mi cuerpo. La acerqué más a mí.

—Para mí no basta ese verbo, quizá debería inventar una palabra para nosotros dos —contesté, y la sentí sonreír. Olfateé su cabello y dejé que su olor a vainilla me invadiera.

¡Al fin la tenía entre mis brazos! No dejaría que se escapara nunca más.

Tenía fe en ello.

## Tercera Parte

*Morimos, lo sabemos, lo ignoran, nos morimos  
entre los dos, ahora, separados,  
del uno al otro, diariamente,  
cayéndonos en múltiples estatuas,  
en gestos que no vemos,  
en nuestras manos que nos necesitan.*

*Nos morimos, amor, muero en tu vientre  
que no muerdo ni beso,  
en tus muslos dulcísimos y vivos,  
en tu carne sin fin, muero de máscaras,  
de triángulos oscuros e incesantes.  
Muero de mi cuerpo y de tu cuerpo,  
de nuestra muerte, amor, muero, morimos.  
En el pozo de amor a todas horas,  
inconsolable, a gritos,  
dentro de mi, quiero decir, te llamo,  
te llaman los que nacen, los que vienen  
de atrás, de ti, los que a ti llegan.  
Nos morimos, amor, y nada hacemos*

*sino morirnos más, hora tras hora,  
y escribirnos y hablarnos y morirnos.*

FRAGMENTO DE *NO ES QUE MUERA DE AMOR*

**JAIME SABINES**

# Veinticinco

Me dieron de alta tres días después, estaba acomodándome la ropa en el bañito de la habitación, mientras repetía en mi memoria las conversaciones que David y yo habíamos tenido días antes.

Aún seguía sin poder creer que esas dos locas habían ideado ese plan tan estúpido. Lo único con lo que no estaba de acuerdo era que a Dave se le había ocurrido renunciar a sus ambiciones más preciadas. Yo sabía que era el sueño de su vida estudiar abogacía, no me agradaba que solo por un tropiezo en el camino se diera por vencido. Sin embargo, por más que le rogué que volviera a considerar sus decisiones, dijo que renunciaría al despacho y que buscaría otras carreras que fueran más afines a sus creencias y a su carácter.

Yo estaba en contra, él era genial siendo abogado, yo había sido testigo de su pasión. A pesar de que se lo había repetido muchas veces a lo largo de la semana, tan solo me hizo callar con besos y me dijo con seriedad que no lo iba a convencer de cambiar lo que había decidido.

Afortunadamente no habíamos tenido noticias de Richard, de Amanda o de mi madre. Leila sí que se había pasado al hospital. Cuando entró, David se apresuró a sacarla, pero le pedí que nos dejara solas; lo hizo mirándome con reproche. Gracias al cielo Leila solo quería disculparse por haber sido tan imprudente. Creo que era una chica enamorada, tanto, que no había meditado

sus actos. Tal vez su prima sabía manipularla, seguro que eso también había influido.

—He estado una vida enamorada de él, él ha estado una vida enamorado de mí. Lamento que eso te haya lastimado, de verdad lo siento —le dije, porque de verdad me sentía mal. Recordé aquellas ocasiones en las que creía que David no me quería de esa forma y, ciertamente, me mataba, así que pude entenderla solo un poco, pues yo jamás habría golpeado a Dave.

—Eres una buena persona, ahora entiendo por qué David te adora —susurró con una sonrisa triste, sorprendiéndome, y se encaminó a la salida. Al abrir la puerta pude visualizar a David de pie en el umbral como un guardián—. Ten cuidado, Carly.

Dijo antes de salir. Mi frente se arrugó, ya que no entendía por qué tenía que tener cuidado, pero D entró en ese momento y me distrajo. Ese día también le dieron los resultados de los estudios a Dave: al parecer, el golpe no había sido tan grave, ya se sentía mejor, y reposar a mi lado le había servido para que el dolor de cabeza disminuyera.

Me miré en el espejo y recorrí con las yemas de mis dedos los dos pozos oscuros que había en la parte baja de mis ojos, creando una especie de máscara. Seguía más delgada de lo normal, a pesar de que me habían dado suero e infinidad de vitaminas y cosas para mi bienestar, según decían los doctores. Mis labios estaban partidos y mi cabello era una mata revuelta.

Intenté arreglar el desastre que era mi apariencia, y aunque logré controlar mi melena, seguía luciendo desmejorada.

Escuché desde el interior del baño que la puerta de mi cuarto fue abierta, luego una serie de pisadas que se detuvieron en algún lugar. Creí que era

Dave, así que no le presté demasiada importancia y continué con lo mío hasta que me sentí cómoda.

Dos cosas las tenía claras: no quería ver a mi madre y no quería ver a Richard.

Salí con una sonrisa enorme que se borró en cuanto vi a la persona sentada en el filo de la camilla. Mis rodillas fallaron, instintivamente me eché hacia atrás, Richard ni se inmutó.

—¿Está David por aquí? —preguntó evitando mi mirada, así que fruncí el ceño.

—¡¿Qué mierdas estás haciendo aquí?! ¡Lárgate! ¡No quiero verte! —La rabia salió de mí como una explosión, le grité que se largara, que lo quería lejos. Empecé a alterarme, tenía pánico de que él y mi madre me obligaran a hacer algo que yo no quería, a casarme con él.

No se movió ni hizo el amago de hacer lo que le pedía, por lo que en un ataque de histeria comencé a golpearlo. Unos brazos rodearon mi cintura y me alzaron con facilidad; a pesar de lo brusco del movimiento, se las arregló para moverme con delicadeza. Me colocó detrás de su cuerpo, creando una barrera casi impenetrable entre el hombre al que no deseaba ver bajo ninguna circunstancia y yo. Me hizo hacia atrás con su mano y tomó a Richard de la camisa con agresividad. Después de asegurarse que estaba segura, le susurró amenazas que no logré distinguir. Hablaban con el timbre tan bajo que ni esforzándome pude captar lo que se decían.

El rubio le respondió, y justo cuando pensé que David le rompería la cara, lo soltó como si fuera fuego. Ambos se miraron de forma penetrante, diciéndose en secreto algo que no supe interpretar. Richard salió sin mirarme,



Dave giró y me vislumbró con los ojos desubicados, espantados.

Me quedé quieta, contemplando la escena con confusión.

—Ahora vuelvo, luciérnaga, por favor no te muevas —me pidió, a lo que asentí.

Lo esperé unos minutos, pero me desesperé y me preocupé cuando vi que no aparecía. Sintiéndome como una niña curiosa, me asomé cautelosa y los vi. Ambos estaban en el fondo del pasillo, Richard hablaba muy rápido, pero no parecía una discusión, más bien lo veía mortificado: sus ojos parecían preocupados, quizá con miedo. Y Dave estaba blanco como una hoja, su cara larga no me daba buena espina, pensé que fuera lo que fuera que Richard le estaba diciendo, debía ser algo muy malo como para que él luciera como si quisiera vomitar. Era extraño que no estuviera intentando asesinarlo, David no podía tenerlo cerca por más de medio minuto.

Su vista se encontró con la mía y sus párpados se adhirieron a su frente por el asombro. Se quedó un rato más, pero ya sin prestar mucha atención, porque no dejaba de mirarme con fijeza, al menos eso fue lo que supuse. Fue tanta su insistencia, que el rubio volteó la cabeza, percatándose de que era testigo de su plática. Richard palmeó el hombro de Dave antes de marcharse, eso fue lo más raro de todo.

David caminó de regreso y, una vez que estuvo frente a mí, me enfundó en un abrazo tan fuerte que mis brazos fueron a rodearlo también.

—¿Qué quería? —cuestioné ansiosa. Él se mantuvo impávido y silencioso. Iba a preguntar de nuevo, pero su voz me interrumpió.

—Solo decirme que ya no te va a molestar, al parecer encontró a otra chica —dijo como respuesta, así que fruncí el ceño debido a la confusión. ¿Así de

sencillo? ¿Después de que había ido a mi habitación a amenazarme? ¿Ahora había cambiado de opinión? Seguro era otra artimaña para que nos descuidáramos y así poder atacar. Todo era desconcertante, sí, Richard nunca fue la mejor pareja de todas, pero tampoco era un loco que obligaba a las chicas a casarse con él. Todo era sospechoso, y la actitud que David estaba tomando no me calmó en absoluto.

—¿Y por qué lucías tan preocupado? —indagué sin darme aún por vencida. Ahí sí reaccionó envarando la espalda.

—Tenía miedo de perder el control y romperle los dientes —emitió intentando parecer jugueteón; no obstante, su broma sonó algo forzada.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí, cariño, seguro —respondió rápidamente, pero a pesar de que sonaba convencido, no le creí ni la mitad de su respuesta.

Decidí no indagar más, él me contaría todo a su debido tiempo, así que solamente hundí mi nariz en su pecho y me apreté todo lo que pude a él. Había extrañado mi cueva, mi sombrilla.

\* \* \*

Se recostó en la cama que había sido mía a lo largo de mi adolescencia, en donde habíamos reído, llorado e incluso la besé una vez sin que ella se diera cuenta, pues había tomado demasiado alcohol como para hacerlo o ser consciente de lo que hacía.

Habíamos decidido pasar unos días en casa de mis padres.

Estaba mejor a como la había encontrado ese día en su cama, pero seguía

sin ser ella misma. La encontraba a veces, mientras cepillaba su cabello, mirando a la nada y peinándose sin saber en realidad qué estaba haciendo. Otras ocasiones acariciaba fotografías o miraba hacia su casa y se le escapaba una lágrima traicionera. Cuando dormíamos se aferraba a mi cuerpo como si intentara escapar de algo, como si temiera hundirse. Yo la aferraba de vuelta porque me dolía mirarla temerosa, dolorida, apagada, sin su brillo de siempre.

Me coloqué junto a ella y dejé que me rodeara con sus brazos, entretanto me dispuse a jugar con su cabello y a acariciar su hombro.

Mi camisa comenzó a mojarse: el silencio fue interrumpido por sus sollozos. Se me arrugó el corazón cuando me di cuenta de que estaba llorando.

—No pude despedirme de papá, D —susurró con la voz ronca—. No alcancé a llegar a tiempo, no pude decirle adiós.

Un nudo... No, una bola se formó en la base de mi garganta haciendo que soltara un jadeo. Ella no había podido despedirse por culpa mía, por buscarme, por preocuparse por mí.

—¿Sabes? No necesitas tocar a alguien para despedirte, estoy seguro de que si le susurras en este momento o el día que estés lista para dejarlo ir, él te va a escuchar y reconfortará tu alma de algún modo. Steven te amaba, Carly, te adoraba, no te va a dejar sola, solo es cuestión de que sepas interpretar las señales que te da.

—Lo voy a extrañar —murmuró sorbiendo por la nariz y apretando mi camisa en puños.

—No tienes por qué hacerlo, lo llevas dentro de ti —finalicé. No volvió a abrir la boca. Su respiración fue calmándose y su mano posó relajada sobre

mi pecho, señal de que se había quedado dormida.

Fue entonces que mi cabeza empezó a torturarse de nuevo con lo que Richard me había contado horas antes. Quería creer que era una cruel mentira por su parte, pero sabía que no podía ser posible, que algo siempre me había oído mal y que tal vez esa era la razón.

Con una paciencia infinita me deshice de Carly, que dormitaba con un semblante de tranquilidad en el rostro. No quería despertarla y que se percatara de lo que iba a hacer. No le había dicho nada aún y, si todo resultaba cierto, no sabía cómo mierdas iba a superarlo. Lo único que me tranquilizaba era que iba a estar a su lado para levantarla, sería sus alas si caía al vacío.

Tampoco les había dicho nada a mis padres, porque temía que se metieran en mis planes, necesitaba encontrar algo, cualquier cosa, por lo que le dije a mi madre que solo iría a por algunos objetos personales de Carlene a la casa de al lado. Su frente se arrugó, pero asintió resignada.

Me preparé mentalmente antes de salir.

Ginger se encontraba ahí, ya que tanto el auto de Carly como el de ella estaban estacionados en la cochera, pero la casa lucía solitaria, con cierto aire tenebroso; más bien se veía abandonada. Después de todo, Ginger era la obsesionada con el jardín, por lo regular, pasaba horas y horas regando y sembrando plantas, pero ahora todo lucía descuidado, casi embrujado.

Esperaba que la mujer se encontrara borracha todavía, que no se diera cuenta de que entraría y rebuscaría entre sus pertenencias.

Me detuve en la puerta y recordé que la última vez que había estado ahí había cerrado sin llave. Intenté, giré el pomo y solté el aire contenido en mis

pulmones cuando este giró sin obstáculo alguno.

La puerta se abrió.

Me quedé pasmado en el umbral de la entrada, vislumbrando el caos que había en el sitio. Parecía como si una estampida de ladrones hubiera entrado y estropeado cada rincón: los vidrios de los cuadros estaban esparcidos en la alfombra, los muebles estaban volcados, decenas de botellas vacías de vino se encontraban regadas en el suelo. Era un desastre.

Ginger se encontraba en el sillón con los párpados cerrados y una botella en una de sus manos. Su cabeza reposaba en el respaldo del sofá. Jamás la había visto desaliñada, parecía una pordiosera.

No me atreví siquiera a respirar, cerré la puerta lo más despacio que pude y, midiendo mis pasos, me dirigí hacia la oficina donde Steven solía trabajar. Una vez adentro, me aseguré de poner el seguro, y aún en silencio, empecé a buscar por todas partes.

Necesitaba encontrar ese dichoso sobre amarillo, necesitaba encontrar los papeles de la póliza de vida de Steven, necesitaba con urgencia encontrar las pruebas que Richard creía que había.

A Richard le había parecido bien aliarse con Ginger para lograr sus propósitos. Palace no quería a Carly, ni siquiera había pensado en ella cuando le dijeron que debía casarse para heredar la fortuna de su abuelo. Por algún motivo, Ginger se había enterado y le había ofrecido a su hija desde mucho antes de que Steven muriera. Él le daría dinero, era un intercambio, pensó que sería algo sencillo, pues Carlene siempre había sido una sumisa frente a su madre.

Organizaron toda la porquería para separarnos, él había contactado a

Amanda ofreciéndole dinero, pero ella lo había hecho más por venganza hacia mí. Dijo que siempre le había parecido sospechosa la muerte repentina de Steven, que había sido extraño que ocurriera en el momento justo, pero que no le había tomado importancia, pues no le convenía. Después, un día, Ginger había soltado un par de bombas mientras tomaba vino compulsivamente.

Mencionó la existencia de un sobre amarillo que contenía una póliza que estaba bajo su poder, lo feliz que se encontraba sin su marido y cómo se había arrepentido de no haber hecho que su esposo firmara algunos documentos. Richard estaba demasiado alterado como para formular una oración decente, había repetido las cosas una y otra vez mientras me lo contaba. Estaba asustado. ¿Cómo no estarlo?

No quería adelantarme a sacar conclusiones, ya que eran demasiado perturbadoras, solo quería encontrar los jodidos papeles.

Busqué en el librero, en los cajones del escritorio, en la pequeña caja fuerte, pero no encontré nada fuera de lo común. Me senté decepcionado en la silla giratoria y lancé un suspiro, me quebré la cabeza pensando en dónde Steven podría haber dejado lo que estaba buscando. Pero entonces caí en cuenta de que Ginger, seguramente, había puesto el jodido sobre amarillo en otro lugar.

Salí de ahí y, después de asegurarme de que Ginger seguía en la misma posición, subí las escaleras para llegar a la planta alta. Entré en su habitación dando un portazo, sin importarme ya si hacía ruido o no. Saqué todos los cajones de los muebles, moví el colchón hasta que estuve seguro de que no estaba ahí, abrí el armario y esculqué en todas las cajas y las separaciones que había, busqué entre la ropa... pero no encontré nada.

Luego se me ocurrió algo retorcido.

Apresurado, me dirigí a la habitación de Carlene e hice exactamente lo mismo: rebusqué entre sus cajones y sus cosas, debajo del colchón, entre su ropa, en cualquier lugar que creyera fuera un posible escondite. Me arrodillé, vi algo extraño y fuera de lo común: una bolsa negra que no había estado ahí antes o, más bien, que nunca había visto.

Cuando la abrí casi salté de la alegría: había un sobre amarillo, pero toda mi euforia acabó en segundos, pues en el interior también había unos discos compactos. Lo que más me desconcertó fue que decía el nombre completo de Carly y una serie de fechas del pasado. Si hacía cálculos, apuntaban a cuando teníamos doce o trece. No eran fotos o videos familiares, puesto que Steven se encargaba de grabar los eventos y siempre los guardaba en la computadora, no hacía discos y los escondía en una bolsa negra de forma misteriosa.

Me levanté, decidido a marcharme y ver todo el contenido con detenimiento en mi casa, pero la puerta rechinó haciendo que los poros de mi piel se erizaran. Maldije entre dientes y enfrenté a quien fuera que estuviera ahí, aunque el olor a alcohol la delató antes de que pudiera descubrirla.

Ginger se tambaleaba y murmuraba cosas para ella misma. Algo llamó mi atención y me alarmó: en sus manos no solo había una botella de vino, también había un cuchillo. A pesar de que lucía como que estaba perdida en otro mundo, tenía algo claro, me miraba con un odio que me heló la sangre.

—¡¡Te llevaste todo!! ¡¡Me arrebataste lo que era!! —vociferó atropelladamente, y su rostro adquirió una tonalidad rojiza por el coraje—. ¡¡Te detesto!! ¡¡A ti y a esa pequeña perra!!

Dio un paso, yo di uno atrás, volvió a caminar y yo volví a retroceder.

Había algo raro en Ginger, su mirada no se mantenía fija en un punto, a pesar de que me miraba. Musitaba cosas al vacío, hacía gestos extraños, gesticulaba con exageración y blandía el cuchillo de un lado a otro como si estuviera peleando con alguien; no era la mujer con la que había convivido toda mi niñez.

El pánico me obligó a buscar una salida, pero estaba atrapado. En ese instante dudé seriamente de la salud mental de Ginger, algo grave le sucedía, pues estaba alucinando.

Luego todo ocurrió demasiado rápido: en la lejanía se empezaron a escuchar sirenas de policías, un montón de ellas. Recuerdo que la madre de Carlene se quedó quieta y ladeó la cabeza como si intentara escuchar, después lanzó un grito y salió corriendo diciendo que iban a por ella y la apartarían de nuevo del amor de su vida.

Los ecos se hicieron más intensos hasta que me di cuenta de que la policía estaba afuera de la casa de Carly. Un estallido se escuchó en la planta baja. Cuando la puerta rebotó contra la pared supe que habían ingresado, entonces salí apresurado de la habitación.

Uno de los oficiales me estampó en la pared y comenzó a registrarme, me arrebataron el sobre y me dejaron libre cuando se aseguraron de que era inofensivo y les dije que residía en la casa contigua.

Necesitaba respirar, no entendía qué hacía la policía, no quería aceptar que las teorías que me había creado en la cabeza eran ciertas. Mis padres estaban en el césped, mi madre sollozaba mientras mi padre la abrazaba. Mamá me obligó a colocarme a su lado, entretanto papá apretaba mi hombro, llorando



también. ¿Ellos sabían lo que estaba sucediendo?

Los tres observamos cómo los policías zarandearon a Ginger y la colocaron de espaldas para apresar sus muñecas con unas esposas, mientras se retorció y gritaba un montón de incoherencias. Los vecinos salieron de sus hogares para mirar la escena, parecía un animal rabioso capaz de morder a alguien. Nunca fue dulce ni cariñosa, sin embargo, jamás la había visto comportarse así.

Sus ojos buscaban algo, pero se trabaron en mi madre. La reconoció porque por un momento se quedó quieta, su ceño se frunció aún más segundos después.

—¡¡Me robaste el rostro, infeliz!! —exclamó balanceándose hacia todas partes, mientras los oficiales intentaban controlarla. Todo aquello se lo gritaba a mamá, quien soltó un sollozo más ruidoso y escondió su rostro en el cuello de mi padre con dolor.

—¿Qué está pasando?! ¿Por qué la policía se está llevando a mi madre?! —Alcancé a escuchar en medio del alboroto el grito ahogado de Carlene. Rápidamente corrí antes de que se acercara a esa bestia; no permitiría que la lastimara, Ginger no se encontraba en un buen estado psicológico.

Carly intentó llegar hasta ella con lágrimas en los ojos y la respiración agitada. ¿Es que el mundo no se cansaba de joderla una y otra vez? ¿No había tenido suficiente que ahora le mandaba más mierda?

Mi padre comenzó a conversar con uno de los oficiales. No pude escuchar mucho, ya que estaba concentrado en mantener a Carly de pie y estable, pero cuando leí sus labios pude entender una simple palabra que confirmó todas mis sospechas: asesinato.

Ginger había matado a Steven.

# Veintiseis

Mi madre era una asesina, había matado a mi papá, o al menos eso era lo que ellos creían.

Estaba en un rincón de la comisaría, David me tenía abrazada, Rachel lloraba inconsolable y Arthur miraba a la nada con gesto agónico.

La estaban valorando, decían que tenía un problema mental. Yo siempre lo supe y no había hecho nada para que los demás se dieran cuenta, y eso jamás me lo voy a perdonar. Papá pudo haber sobrevivido si yo hubiera sido valiente como para denunciar sus maltratos, pero había preferido encerrarme en mi burbuja de autocompasión.

Mi padre sí había enfermado naturalmente del corazón, sin embargo, según los estudios que los doctores le habían hecho antes de morir, estos habían arrojado que su organismo tenía sustancias extrañas. Al confirmar esto, los médicos llamaron a la policía, quienes investigaron hasta que encontraron que mamá las había comprado con su tarjeta de crédito. Las sustancias le fueron dadas en ciertos alimentos que consumió a lo largo del mes y arruinaron más su estado de salud. Los doctores aseguraron que eso no había sido la causa de la muerte; no obstante, alguien había intentado matarlo. Los investigadores habían encontrado evidencia de que mi madre y mi padre estuvieron juntos cuando sucedió el infarto, por lo que sospechaban que lo

había alterado lo suficiente como para desencadenar la fatalidad. Al final ocurrió algo que provocó aquel ataque devastador, aún seguían buscando una respuesta. Yo no sabía si quería saberla, todo era demasiado, ya ni siquiera me dolía; más bien sí, dolía como el infierno, pero ya estaba acostumbrada, así que no había mucha diferencia.

Además, estaba el hecho de que ella era la titular del seguro de vida de mi padre, lo demás era mío, pero solo podía obtenerlo una vez que me casara. Mi padre no nos había dejado nadando en deudas como ella había asegurado, solo fue un método para hacerme sentir mal y que aceptara su plan. Y estaba el contenido del dichoso sobre amarillo: el testamento de papá, la póliza y algunas cosas que Ginger había colocado ahí para mantenerlas seguras.

También la estaban acusando de maltrato infantil y otras cosas que me daban náuseas. No me hicieron ver todos los discos compactos, pero sí vi una fotografía, y eso bastó para que todo el pasado regresara de golpe. ¿Cómo había obtenido Ginger eso? ¿Por qué lo había guardado durante tantos años? Ni idea. David discutió con los oficiales, pero ellos aseguraron que era necesario que yo declarara qué había pasado y si estaba de acuerdo con aquello o había sido por obligación, pues parecía más un abuso sexual que una consulta médica. Dijeron que harían una redada para atrapar al doctor y a sus compinches, también me pidieron que lo reconociera, así que tuve que aceptar, aunque por dentro me sintiera morir. El doctor era un hombre buscado por la policía, pues había sido acusado por haber violado a una niña. Ella me había llevado con un delincuente al cual le pagó para que me hiciera eso. A pesar del tiempo, las preguntas siguen ahí, ya que ella nunca fue capaz de responderlas. Creo que quería castigarme porque nunca fui suficiente para todas sus voces.

Solo había algo por lo que rezaba, esperaba que papá hubiera muerto sin saber cómo Ginger me había destrozado la vida, que él no se hubiera enterado, pues estoy segura de que jamás lo habría resistido.

Me abracé hasta quedar en posición fetal y comencé a mecarme mientras esperábamos algo. Fui consciente del juego de penetrantes miradas que el padre de David y Dave se mandaban: mientras uno parecía reclamarle, el otro le respondía con algo similar, era una lucha de la que no quería ser parte, así que simplemente me perdí en mi mundo.

Estaba cansada.

Yo era una broma del destino, me sentía como una hoja que era arrastrada por las circunstancias, arrojada al agua y consumida hasta encontrarse en el fondo sin una salida, sin más opción que permanecer sumergida. Pero yo no quería morir ahogada, así que no iba a permitir que todo me venciera. Ya estaba agotada, y mi padre había muerto porque no había sido valiente, por no haberme atrevido a enfrentar los problemas.

Y aprendí a enfrentarlos, pero sin él apretando mi mano.

Me hice fuerte, pero él no estuvo ahí para verlo.

El día del juicio no fue grato, esos días pasaron como agua entre mis dedos. Yo era un fantasma que debía enfrentarse a sus demonios, a todos, y ya ni siquiera David me servía de escondite, porque la oscuridad siempre encontraba la forma de consumirme lentamente.

No quise formar parte de los testigos, solo me quedé en una silla a mirar lo que ocurría con el ser que me había dado la vida y que, al mismo tiempo, se había encargado de hacerla miserable.

Ginger ya no era lo que alguna vez había sido, ya no había rastro de esa piel

pulcra, de ese cabello arreglado y sedoso, ni de esas uñas rosas impecables. Y aunque siempre sería mi madre, no me sorprendió sentirme bien al verla tan demacrada y sola.

Me mantuve silenciosa, escuchando, siendo testigo del destino que tendría la asesina de mi padre, la asesina de mi felicidad, la asesina de la niña que una vez fui, la asesina de la adolescente que pude haber sido, la creadora de la roca en la que me había convertido.

Ya estaba seca, ya no tenía lágrimas, ya no había sollozos, ya ni siquiera había un nudo en mi garganta. Ya no sentía nada, excepto una cosa: odio. La odiaba con cada centímetro de mi cuerpo, de mis entrañas, de mi mente, de mi alma. La detestaba con tanta fuerza que me asustaba. En ese instante no me habría importado que se muriera, le pedía al cielo que se la llevara, porque no quería vivir en el mismo suelo que ella.

No me inmuté cuando sus ojos se estancaron en los míos aquel día y no los apartó. No estoy segura de si me reconoció o fue otra jugarreta de su locura. Su abogado mostró evidencia de que no estaba sana mentalmente.

Me enteré que desde pequeña le habían diagnosticado esquizofrenia y bipolaridad. Mi padre lo sabía, también Arthur y Rachel, sin embargo, siempre había estado medicada, nadie sabía cuándo había dejado de tomar los medicamentos. Lo que yo creía que eran pastillas para dormir, en realidad era su medicina. Había tenido todas las señales frente a mi nariz, pero no me había dado cuenta de que Ginger necesitaba ayuda profesional.

No sé si fue ella o si fue la esquizofrenia la que le ordenó hacer tantas cosas, pero de igual forma fueron sus manos, fue ella la que me arrebató lo que más me importaba en la vida, lo más valioso que tenía.

Sé que mi padre me habría susurrado que la perdonara, me habría convencido de hacerlo, pero él ya no estaba, así que preferí odiarla.

La llevarían a un psiquiátrico donde viviría por el resto de sus días, recluida de la sociedad, o al menos eso quise creer yo.

Cuando el evento terminó, me levanté presurosa y esquivé a Dave y a la gente que me miraba con compasión. No paré hasta que la tuve frente a mí. Sentí la mano de David apretando mi hombro, dándome la señal de que cuidaba mis espaldas. Clavé los ojos en ella buscando cualquier cosa, no sabía qué en realidad, y tampoco lo encontré.

—Sé que estás ahí porque por muchos años lo estuviste y te la pasaste jodiendo con una sonrisa, sé que sabes quién soy, sé que puedes escucharme, ¿no? Lo vi en tus ojos hace un momento. ¿Estás feliz ahora? Acabaste con el hombre que te amaba, que habría dado todo por ti, acabaste con el único que sentía algo bueno hacia ti, porque yo siempre te odié. Acabaste con mi papá, hija de puta, y eso ni con mil enfermedades te lo voy a perdonar —susurré, escuchando de fondo una serie de jadeos y murmullos. Sentí cómo Dave intentó apartarme, pero me sacudí porque aún tenía que decirle más. Quería que supiera, que mi mensaje le llegara y pudiera sentir un poco lo que yo sentía, tan solo deseaba descargar toda la frustración que me embargaba.

»Te detesto, quiero que te pudras en el maldito psiquiátrico y que recuerdes cada minuto cómo dañaste a tu familia. —Miré sus ojos cristalizados, tomé aire y apreté mis brazos a mis costados, porque no podía agredirla físicamente más—. Te odio, Ginger.

Me di la vuelta y salí de ahí con la vista agachada, con los oídos zumbando y con el corazón más vacío que nunca.

El camino de regreso lo hicimos en un silencio sepulcral. No sabía qué iba a pasar conmigo, estaba completamente sola. Estaba quebrándome la cabeza, buscando en mi mente una respuesta a mis problemas. No sabía siquiera si los Stewart querían que viviera con ellos —como me habían propuesto antes del trágico suceso— o si ya se habían arrepentido de la propuesta.

Nos sentamos en los sillones, Dave jamás me soltó, jamás se despegó, jamás me abandonó, ni un solo instante. Su mano siempre apretó la mía, sus brazos siempre estuvieron dispuestos a rodearme, pero algo no andaba bien conmigo.

Me aparté un poco, vi su rostro contraído, pero decidí ignorar todo.

—Carly, hay que hablar —soltó Arthur al cabo de unos minutos. Asentí—. Dave me ha preguntado, pero decidí esperar para que escucharan ambos, los dos deben de saber qué está ocurriendo.

Aún había más, me encogí en mi asiento esperando el golpe, otra pedrada, otra explosión en mi universo. Ya no importaba, una, dos, veinte más, era igual, yo estaba herida. Era como cuando alguien se quemaba en un incendio, cuando las llamas la devoraban hasta que llegaba un momento en el que el dolor era tan fuerte que ya no sentía qué más estaba lastimándola.

Arthur miró a Rachel, quien asintió después de dar un largo suspiro.

No lo miré, dejé mi vista en la punta de mis zapatos y me dispuse a escuchar.

—Ginger, Steven y yo éramos amigos desde niños, los tres vivíamos cerca, así que prácticamente hacíamos todo juntos —empezó—. Algo parecido a lo que ustedes tienen, pero menos especial, supongo. El caso es que Ginger siempre estuvo enamorada de mí, yo la adoraba, pero era como mi hermanita

pequeña. Un día la encontré llorando, pues le dolía mi rechazo, así que me dije que quizá algún día podría enamorarme de ella de esa manera. Empezamos a salir.

Cuando dijo eso levanté la mirada y lo enfoqué. El padre de Dave lucía más que arrepentido y avergonzado, él parecía culparse de lo que estaba ocurriendo.

»No funcionó, yo... Simplemente no podía verla de ese modo. Luego conocí a Rachel, que era una de las compañeras en la escuela de Ginger y una de sus amigas cercanas. Tan solo con verla me hizo suspirar. Ella se convirtió en la chica, me enamoré a primera vista. Se lo conté a Ginger y pareció entenderlo, incluso me animó, nos organizaba citas para que Rachel y yo saliéramos. Rach no estaba convencida porque... ¡Vamos! Era su amiga. Pero entonces Ginger comenzó a salir formalmente con Steven, así que Rachel y yo lo hicimos también.

»Carlene, Steven siempre va a ser mi amigo. No sabes lo culpable que me siento porque, en cierta forma, Ginger estaba enojada por todo lo que sucedió en su pasado. Creo que estaba enojada contigo porque te pareces mucho a Rachel cuando era joven, creo que el daño que quería causarle a ella te lo causó a ti. Yo no debí darle esperanzas, debí alejarla, debí darme cuenta de que no estaba bien. —Un jadeo salió de su boca. La mamá de Dave fue a abrazarlo; nunca había visto a Arthur llorar—. No hice nada para ayudarlos, a ambos, a ti.

—En ese caso también tengo la culpa: yo no dije nada de lo que ella estuvo haciendo a lo largo de los años. Nadie tiene la culpa, en realidad, solo pasó... Ahora papá está en un mejor lugar —pude pronunciar, sintiendo los ojos arder y la cabeza punzando. Rachel me sonrió con tristeza y Arthur se me



quedó mirando. Supe que a él le dolía tanto como a mí con ese simple gesto.

—Sé que si fuera de otro modo, Steven hubiera hecho lo mismo. Sabes que te amamos como si fueras nuestra propia hija, Carly. Permítenos ser más que los amigos de tus padres, permítete formar parte de esta familia —pidió él, haciendo una minúscula grieta en el caparazón que me cubría.

Un gemido salió desde la base de mi garganta, pero apreté los párpados y los labios porque ya no iba a llorar. No más.

—De acuerdo —susurré con la voz enronquecida. Arthur caminó hacia mí y me envolvió en el abrazo que tanto necesitaba. Sentí como si mi padre me hubiera mandado a alguien parecido a él.

—Estamos contigo, mi niña —susurró, y besó mi sien. Rachel hizo lo mismo: me confundió en un abrazo tan fuerte que no fueron necesarias las palabras, porque había más calor en ese gesto que en cualquier cosa que pudiéramos decir.

Dave fue el siguiente. Dejé que me cubriera con los brazos que habían sido mi hogar a lo largo de los años, los únicos que de verdad habían estado a mi lado incondicionalmente, y lo abracé de vuelta tan fuerte como me fue posible.

—Gracias por ser mi salvavidas —le dije temblorosa. David depositó un beso en mi mejilla, permitiéndome sentir su piel empapada.

—Gracias por dejarme serlo.

Me aparté y me disculpé: necesitaba estar sola. Me retiré a la habitación de Dave. Me senté en el borde de la cama y justo en ese instante entró y se arrodilló frente a mí, tomó mis manos entre las suyas y me miró directo a los ojos.

No sabía si era que todo era demasiado reciente, pero no entendía por qué lo quería lejos a él también.

Lo amaba, mi corazón palpitaba, pero había algo... Yo estaba rota.

—Por favor, Carly, no me alejes —pidió ansioso—. Sé lo que estás haciendo, no lo hagas, déjame estar a tu lado en esto, déjame ayudarte.

Quería que me ayudara, sin embargo, sabía que no iba a bastar. Todo eso tenía que superarlo yo sola, debía levantarme yo misma, necesitaba intentarlo al menos.

Dave tomó mi barbilla y, con lentitud, unió nuestros labios. No quería manchar lo que teníamos con mis sentimientos contradictorios, así que lo frené. Jamás voy a olvidar su rostro herido, me dolió tanto, que tuve que girar la cara para no romperme.

—Quiero dormir, D —le dije. Él intentó esconder lo que mi acto le había causado, puso una sonrisa fingida en su rostro y asintió. Me ayudó a desvestirme, colocó una de sus playeras en mi cuerpo y me llevó a la cama.

Me encarceló contra su cuerpo.

Sentí que sus lágrimas mojaron la cima de mi cabeza. Lo había lastimado y me dolía también, pero no hice nada de igual forma. No podía, a pesar de que quería consolarlo, asegurarle que todo estaría bien, pero yo no me sentía bien, ni siquiera conmigo misma.

# Veintisiete

Su indiferencia dolía, su lejanía ardía, sus silencios quemaban.

Antes podía vivir, cuando éramos solo amigos y la amaba en secreto, podía estar con ella de alguna forma, disfrutarla aunque ella no supiera lo que ocurría. En ese momento ella no me permitía acercarme, había construido un muro a su alrededor, no solo conmigo, también con el resto de sus amigos.

Lissa había decidido darle un tiempo para que pudiera procesar, superar y sanar sus heridas, estaba segura de que Carly superaría todo y volvería a ser ella.

Era habitar en el mismo sitio —porque me había mudado con mis padres para poder estar con ella— pero ir por rumbos separados.

Se mantenía seria, distante, en sus propios pensamientos, y yo estaba aterrado por no saber qué le ocurría.

Un mes después tenía pánico de que fuéramos dos desconocidos.

Parecía un fantasma, no reaccionaba, ni siquiera cuando le conté que el padre de Amanda se la había llevado lejos, tampoco cuando le dije que West me había ofrecido empleo y disculpas, ni cuando le confesé que no había aceptado la propuesta de trabajo.

No asistió a la universidad en todo ese tiempo, se refugió en la pintura.

Pasaba horas y horas sentada frente a la ventana de mi habitación y pintaba un cuadro tras otro, como si quisiera crear una colección. Solo se detenía para comer, dormir e ir al baño.

Un día llegué a casa y me deshice de mi mochila, la arrojé en algún sitio y caminé hacia la cocina en la búsqueda de algo para comer. Antes de entrar, unos objetos llamaron mi atención: había tres maletas en la sala que me hicieron respirar profundo, porque las reconocí, eran de Carlene.

Justo en ese momento visualicé a mi madre, quien bajaba las escaleras.

—¿Qué hacen esas maletas ahí? —pregunté alzando la voz, ya un poco descolocado. Las yemas de mis dedos comenzaron a hormiguear y mi mandíbula se apretó. Mamá agrandó los párpados y tragó saliva, para después darme una de sus miradas comprensivas.

—Cariño, por favor, no te pongas así. Tienes que entender que ella necesita... —No necesité escuchar más. Pasé a Rachel y ascendí a la segunda planta, caminé hasta que llegué a mi habitación y di un portazo.

Todo mi cuerpo temblaba, mi respiración estaba agitada, el temor corría por mis venas.

Carly se encontraba de pie en el centro de la alcoba, casi como si estuviera esperándome. Me detuve frente a su cuerpo, tanto, que pude visualizar cada esquina de sus pupilas.

—¿Qué está pasando? Dime, ¿qué ocurre? —cuestioné, aunque ya sabía, o al menos intuía lo que iba a ocurrir.

—Necesito... Quiero respirar, curarme, encontrarme de nuevo, David —dijo dejando escapar una lagrimita. Fui a quitarla con mi dedo índice y recorrí el perfil de su pómulos y el contorno de sus labios. Asentí, porque sí, entendía

lo que quería, pero había un pequeño detalle que estaba matándome.

—¿Y yo entro en tus planes? —me atreví a preguntar, y apreté mi lengua hasta que pude sentir el sabor metálico de mi sangre. Tal vez ya no me quería más en su vida; si ese fuera el caso, debía saberlo, porque entonces la aprisionaría hasta enamorarla de nuevo.

—Te amo, Dave, no dudes jamás de mis sentimientos, pero necesito hacer esto por mi cuenta, porque así no tengo mucho que ofrecerte. No quiero ser una sombra, D.

Las lágrimas comenzaron a descender, no las pude controlar, sentía que la estaba perdiendo. Dejarla marchar era demasiado, iba con el riesgo de que me olvidara, de que no volviera. Sin embargo, no era capaz de detener sus alas, debía dejar que volara con la esperanza de que volvería a bajar a mi suelo.

La acompañé al coche, la ayudé a subir las maletas, aunque con eso estuviera pisoteando yo mismo mi corazón, sintiendo una agonía que me arrebatava el aliento, que me hacía cuestionarme en qué me había equivocado, qué me había faltado y por qué no era suficiente para que se quedara conmigo.

Cerré la puerta del pasajero del auto de mamá, pero luego la abrí de nuevo y tomé a Carlene del brazo. Ella salió y se aferró a mi cuello, yo a su cintura. Ya ambos llorábamos sin control alguno.

Estampé mi boca en la suya dándole un beso desesperado, acaricié con mi lengua todos los rincones que encontré, intentando memorizar cada espacio, pues no sabía cuánto tiempo tendría que vivir sin sus besos, quizá un día, quizá una vida.

No podía besarla como quería, sentía que faltaba, no hallaba la forma de

demostrarle que estaría esperándola cuanto me pidiera.

Un beso nunca había sido tan intenso: había amor, amistad, sinceridad. Nuestras almas eran las que estaban en juego. Los dos éramos conscientes de nuestros sentimientos, de que nos amábamos, pero entonces, quizá, el destino no nos quería juntos.

—No te olvides de lo mucho que te amo, luciérnaga —logré pronunciar arrastrando las palabras, porque ya ni siquiera podía respirar.

—Espérame —susurró contra mi boca antes de marchar.

La vi desaparecer en el camino, el cielo se nubló y comenzó a llover, y ahí me quedé, mirando a la nada, sintiendo que estaba perdiendo mi mundo, escuchando cómo los truenos expresaban lo que sentía en el interior.

# Veintiocho

El avión aterrizó cuando estaba anocheciendo. No iba a ir demasiado lejos, las playas mexicanas sonaban bien para mí. Cuando di el primer paso en el suelo y ese aire tropical inundó mi piel, me relajé, a pesar de que mis ojos estaban tan hinchados que bien podrían haber reventado de tanto llorar.

Dejar a David no había sido una decisión sencilla, por un momento quise mandar todo al carajo y quedarme con él, invitarlo a ir conmigo. Sin embargo, deseaba estar sola, sanarme, levantarme sola por una vez en la vida.

Quería aceptar lo que me había tocado vivir, y eso era un proceso por el que solamente yo tenía que pasar. No sabía cuánto tiempo me iba a llevar, solo sabía que no regresaría hasta que no me sintiera segura.

Los turistas se precipitaron hacia el túnel de salida, yo dejé que la multitud me guiara. No disfruté demasiado de las lindas avenidas de Manzanillo, ni de la diversidad de nacionalidades que se arremolinaban en las aceras y en los puestos ambulantes. Me senté en el auto y le indiqué al conductor, quien hablaba mi idioma, el lugar donde debía llevarme.

Entré en la habitación aquella noche, la primera de muchas, y me mantuve de pie en el centro, analizando mi entorno. Entonces todo lo que había guardado durante semanas salió de forma agresiva: comencé a sollozar, a

gritar, a balancearme y a preguntarme por qué me había pasado todo eso a mí.

¿Por qué mi madre estaba loca? ¿Por qué mi padre había muerto? ¿Por qué lo había matado? ¿Por qué me había hecho eso? ¿Por qué no me atreví a denunciarla? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y no miento, todavía hay veces que me lo cuestiono, pero nunca hay una respuesta, así que prefiero sonreír y no mirar más hacia atrás, no cuestionar el porqué; es mejor encontrar lo que voy a hacer para seguir caminando a pesar de los raspones que lleve tatuados en el alma.

Aquel día, mientras lloraba en el suelo sintiendo el frío del piso calando mi piel, me di cuenta de algo: si mi padre hubiera estado vivo, se habría decepcionado de mí. Él siempre vociferó que yo era su lucecita, una mujer fuerte, llena de esperanzas y sueños, y que podría salir adelante a pesar del camino turbulento. La idea de que estaba olvidando quién era detuvo mi llanto, mis gritos y mis sollozos.

Se habría decepcionado porque me había convertido en alguien que no era, me había encargado de distanciar a las personas que amaba. Si mi padre hubiera estado vivo, me habría dado una de esas miradas que ponía cada vez que quería decirme que saliera a buscar a David en vez de enfadarme porque había perdido el juego.

Había perdido un juego, más bien varios, pero estaba segura de que habría muchos otros partidos, y me dije que iba a encestar, iba a anotar, por él, por mi papá. Pero también por mí.

Lloré más fuerte, lágrimas empaparon mis mejillas, sin embargo, estas eran diferentes. Seguía teniendo esa sensación de agonía en el pecho, pero me



levanté de igual forma y fui por unas tijeras que había empacado.

Me detuve frente al espejo y solté mi cola de caballo haciendo que mi cabello cayera como cascada más allá de mis hombros, casi llegando a mi cintura. Era extenso, demasiado largo y sedoso. Y lo detestaba también.

Era un recuerdo de todo lo que había pasado, de lo que había callado, del peso tan conocido en mi espalda, y era todos los fantasmas que insistían en perseguirme. Recordé a Ginger peinándolo cuando era una niña con el gran cepillo dorado, cepillándolo con rudeza, con una fuerza que hacía que mi frente se elevara siguiendo el camino que ella marcaba. Justo como yo hacía cuando dejaba que me gobernara a su antojo, y no quería seguir siendo esa persona. Ya no me sentía como esa chica, me negaba a serlo.

¿Qué más daba si lucía como un hombre? ¿Qué más daba lo que el mundo pensara si yo era feliz? Ya no importaba, quería dejar salir a Carly, a la que yo era en verdad.

Mis pupilas delinearon el reflejo de mi cuerpo y mi rostro y se quedaron quietas en las tijeras que mi mano derecha sostenía. No dejaba de llorar y no quería hacerlo, se sentía bien. Inicé lenta y temblorosa, pero conforme avanzaba iba perdiendo el miedo, hasta que mis movimientos se hicieron seguros.

Vi las hebras de mi cabello caer delante de mis ojos. Crearon un abanico de color chocolate en el suelo, quedando algunos cabellos regados en mis ropas, en cualquier lugar, excepto en mi cabeza. El largo se fue reduciendo poco a poco: era un comienzo nuevo, yo quería ser una nueva persona.

Sonreí conforme cuando quedó a la altura de mis hombros; podía moverme con libertad, sentir aire en mi cuello. Era fantástico, así que sequé mis

lágrimas y me reté, iba a lograrlo, daría lo mejor de mí.

El hotel era lo más sencillo del mundo: tan solo unas cuantas habitaciones desde donde se podía escuchar el sonido de las olas del mar. Era una casa adaptada a hotel, había muchas así. Esa era especial: lucía como las de las viejas películas donde había hamacas, podía escuchar el canto de un canario desde algún sitio, me hacía sentir cálida y no fría como solía estar.

Mis planes no eran muchos, quería quedarme a vivir ahí. Papá había dejado una cuenta para que dispusiera de ella. Después de haber hecho cálculos, me dije que al menos podría permanecer un año cómodamente; esperaba no necesitar tanto tiempo.

Había muchos vecinos, quienes al principio me miraron recelosos como a todos los fuereños, pero después me regalaron sonrisas amistosas al ver que era inofensiva; yo también lo hice. Después de todo, era una chiquilla que no hablaba español y solo iba a contemplar la playa por horas con su lienzo y sus pinturas, y luego regresaba al hotel para seguir pintando, aunque fuera una manzana colocada en el centro de un frutero repleto de uvas. También pintaba personas, sobre todo a dos, un niño que solía llevar todas las mañanas una bola enorme de queso y la vieja que me había recibido en aquel sitio.

La dueña del hotel se llamaba María, una anciana a la que le gustaba vestir con vestidos blancos adornados con tejidos de colores y aretes de paja colorida. Su tez morena me hacía recordar al chocolate con leche, y su sonrisa me hacía recordar a papá. María era una mujer viuda y solitaria, pues sus hijos la habían dejado a la deriva, solo se mantenía gracias a ese hotel. Nos comunicábamos con palabras cortas, pero entendíamos grandes frases. Al mes ya sabía decir oraciones completas en español; ella aplaudía y lanzaba una carcajada ronca.

María me hacía sentir como en casa, un hogar que nunca tuve. No entendía cómo sus hijos habían podido dejarla, yo habría dado cualquier cosa porque mi padre regresara, habría dado todo por sentir una última vez sus abrazos y sus besos en mi sien.

Nos hicimos cercanas porque éramos parecidas, el resto de los inquilinos se iban, pero yo me quedaba, así que fraternizar no fue difícil. Para distraerme me obligaba a meterme en su cocina y ayudarla a elaborar la comida del día; sí, ella cocinaba todo lo que sus clientes quisieran. Me gustaba sentir el vapor de sus guisos en mi cara y que el olor me hiciera agua la boca. También me gustaba amasar con un palo de madera para hacer tortillas. Después almorzábamos juntas.

A veces la miraba y recordaba a Ginger: ella y yo jamás habíamos hecho alguna cosa parecida, jamás se comportó como una madre. Iba entendiendo que yo no había sido la del problema.

Vivir ahí no era como en Nashville, y eso solo me hacía amar más el sitio, me hacía recordar cuando papá me había enseñado a nadar. Cuando me detenía frente al mar de Colima, y contemplaba los alrededores, era como sentirlo cerca. Más de una vez creí que la mejor opción era quedarme ahí y empezar desde cero, pero eso solo me habría convertido en una cobarde que seguía huyendo del pasado.

Luego recordaba a David, y eso bastaba para que quisiera regresar.

David... Extrañaba su risa, acostarme a su lado por las noches y que sus brazos me cobijaran, extrañaba sus ojos verdes como los arbustos, su aliento, extrañaba su olor a suavizante, sus besos, sus caricias, sus miradas. Lo extrañaba.

Cuando había tormentas lo imaginaba junto a mí, recorriendo con sus yemas mi pómulos, dándome besos en la frente. Casi podía sentir su respiración en mi oído y su pecho en mi espalda.

Tres meses después de mi llegada, María me recomendó una psicóloga; comencé a ir a sesiones dos veces por semana. La doctora Gabriela me hablaba en mi idioma, por lo que las terapias eran más sencillas, sabía escucharme y me obligaba a hacer actividades. Me sentía bien hablando con ella de mis problemas, y me mostró cosas que yo no había podido ver a simple vista. Gracias a ella entendí que yo no había tenido la culpa de nada, algo que me costó muchísimo entender.

Me ayudó a perdonar, a comprender que Ginger estaba enferma y que ella no había elegido estarlo. Recordé una vez cuando tenía siete: las dos fuimos a comer un helado, ella reía conmigo; quería aferrarme a que aquel momento había sido real, que mi madre había pasado un rato feliz con su hija. Quería creer que había podido conocer a la verdadera Ginger alguna vez y no solamente a la versión que nos había hecho daño. Pude decirle adiós a mi padre, aprendí a guardar y a atesorar nuestros recuerdos, a dejarlo descansar, a decirle hasta pronto.

Gabriela me enseñó muchas cosas más, entre ellas, que yo no era lo que yo pensaba. Por primera vez en la vida me gustó mi rostro, mi cuerpo, acepté mis defectos y logré ver mis virtudes. Por primera vez me amé tal y como era.

Lentamente comencé a usar ropa diferente, nada drástico, porque esa no sería yo: quizá un pantalón de mezclilla más ceñido al cuerpo, blusas más femeninas que las de antes. Me sorprendió verme cada mañana en el espejo y sonreír porque me gustaba cómo lucía.

Pocas fueron las llamadas que recibí o hice a Nashville. Con Dave solo hablé en dos ocasiones, pues me dolía escucharlo tan serio, tan distante. Solo esperaba que en medio de mi sanación no lo perdiera a él, ya que él era parte de ese motor que me impulsaba a superarme

Un día llegué al consultorio de mi psicóloga y, después de la típica charla, me dijo que estaba lista: me dio el alta. Solté un par de lágrimas cuando me despedí de María, ella también lo hizo, pero le prometí que nos veríamos de nuevo, le juré que conocería a David. Ella me dio un golpecito en el hombro y me dio dos besos tronados en las mejillas, me dio la bendición y me dejó marchar.

Diez meses después volví a subirme a un avión para regresar al lugar donde había nacido, donde había vivido una vida llena de cosas tanto buenas como malas, solo que yo era una persona diferente por dentro y por fuera.

Me comuniqué con Rachel antes de arribar y le avisé que llegaría pronto. Ella lanzó gritos de alegría, también escuché unos cuantos sollozos, y mis ojos se nublaron, ya que estaba emocionada por verlos de nuevo.

Cuando me bajé del taxi aquel día, mi corazón iba disparado, no sabía si era debido a que todo lo pude reconocer a pesar del tiempo que había pasado lejos, o es que eran los nervios y el hormigueo de mis extremidades al ver la camioneta azul y oxidada de David en la cochera.

Me detuve un momento en la acera para calmarme y respirar, debía mantenerme tranquila, quizá él ya no sentía lo mismo, y eso me aterraba. De algo estaba segura: lo amaba más que antes, lo amaba más fuerte, más ansioso, más desesperadamente.

Amaba a David y no aguantaba un solo y jodido segundo más sin sentirlo

cerca, y lucharía para tenerlo de vuelta si él ya no me amaba. Con ese pensamiento me apresuré a la entrada lo más veloz que pude y toqué la puerta.

\* \* \*

Aquel día de octubre me levanté de forma monótona, igual a como me había levantado todos esos largos meses, diez jodidos meses. Como cada mañana, me detuve frente al librero y le sonreí con tristeza a su fotografía, sintiendo mis ojos picar.

Había sido una tortura vivir así, millones de veces pensé que me ahogaría, incluso había comprado pasajes de avión para ir en su búsqueda, pero papá siempre me detenía y me decía que le diera tiempo.

Quería darle tiempo, es solo que tenía miedo de no verla nunca más.

Cuando llamaba no podía resistir escuchar su voz y saber que se encontraba en un lugar que no estaba cerca de mí. Cuando llamaba era el único momento en el que mi corazón cobraba vida y bombeaba como loco, en el que me sentía pleno.

Aquel día de octubre me senté en el sillón de la casa de mis padres con mi guitarra: la música hacía que la sintiera cerca, así que eso era lo que hacía a menudo. Cuando tocaba la imaginaba a mi lado mirándome fijamente con sus grandes ojos miel, moviendo su pie al ritmo de mi mano, sonriéndome cuando alcanzaba un tono agudo o arrebatándome la guitarra para que le enseñara a tocar; me encantaba fingir que le enseñaba, ya que podía arrimarme a su cuerpo.

Recuerdo que mi madre caminaba alegre de un lado hacia otro; yo no podía entender su estado de ánimo. La casa olía a espagueti y me dolió que fuera de ese modo, ese era el platillo favorito de Carlene, pero ¿qué más daba? No necesitaba un olor para recordarla, cualquier cosa hacía que la recordara de todas formas.

Papá entró con una sonrisa de oreja a oreja y caminó directo a mí, hizo que me levantara y me dio un abrazo.

—Supongo que estás feliz, ¿cierto? —cuestionó él, con el mismo estado de euforia que mi madre. Fruncí el ceño sin entender a qué se refería. Iba a preguntar, sin embargo, mamá se aclaró la garganta ruidosamente y le pidió a mi padre que se acercara sacudiendo su muñeca.

Ambos estaban sospechosos y con cierto aire de que sabían algo que yo no, pero igual decidí pasarlo por alto y concentrarme en lo que estaba haciendo. Se asomaban continuamente a la ventana como si estuvieran esperando algo. Era tanta la insistencia que, empezaba a ponerme nervioso.

Una de las ocasiones en las que se detuvo en la ventana, mamá saltó y corrió hacia la cocina. Yo solté una risita porque ese comportamiento era demasiado extraño. Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos; gemí frustrado, no quería levantarme para atender.

—¡David! ¿Qué no estás escuchando? ¡Abre la puerta! ¿Todo tengo que hacerlo yo? ¿Qué crees que soy? ¿Tu sirvienta? —exclamó melodramáticamente Rachel desde la otra habitación. Rodeé los ojos, mi madre era amante del drama.

—¡Ya voy! —vociferé cuando los golpeteos se hicieron más constantes.

De un jalón abrí la puerta y todo el aire salió de mis pulmones, mi corazón

se detuvo, mi sangre dejó de transitar, me tambaleé y me quedé pasmado en el umbral.

Sus ojos miel me miraban con fijeza, un tanto preocupados, pero definitivamente me sonreía con ellos. Estaba diferente, no menos hermosa, por el contrario, era una completa diosa para mí.

Su piel era bronceada y no de ese tono lechoso blanquecino de antes, su cabello era corto, un poco más arriba de los hombros, sus labios se veían rosas y apetecibles. Desde su posición me llegaba un delicioso aroma a lima con coco. No podía creer que la chica frente a mí fuera Carlene, tan igual y tan diferente a la vez.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó endulzándome con esa voz que me hacía suspirar, estremecer y doblegarme.

¡Disparates!

Me lancé a por ella apenas acabó de hablar y la apreté contra mí. Respondió rodeando mi cuello y adhiriéndose, como si nuestros cuerpos lo hubieran estado pidiendo con desesperación. ¡Cuánto la había extrañado! Deposité mi cabeza en la curvatura de su hombro y respiré profundo su aroma. No llevaba ni dos minutos a su lado y ya estaba embriagado.

—Pensé que no regresarías —pronuncié sintiéndome más feliz que nunca. De hecho, no recordaba haberme sentido de ese modo antes.

Ahora que era más consciente de que todo era verdadero y no otro de mis sueños donde ella aparecía, me percaté de las diferencias. No lucía tan delgada como cuando se había marchado, sus curvas eran más llenas, y me di cuenta de ello por la ropa. Lo que vestía era un simple pantalón de mezclilla y una blusa negra, nada extravagante o de otro mundo, pero era a su medida, no



holgado como lo que acostumbraba usar. No había pasado casi nada de tiempo en el reloj y ya moría por recorrerla y ver qué más había cambiado en ella.

Me avergoncé un poco por mis deseos casi instintivos, pero no podía controlarme, ni quería hacerlo. Era sorprendente que mis sentimientos fueran más intensos, casi incontrolables. Dudé de mi control por un segundo.

Al pasar el impacto que me causó su presencia, me di cuenta de que tal vez estaba hambrienta o sedienta, agotada por el viaje. La hice pasar jalando su mano, me mantuve cerca, demasiado, tocando alguna parte de su cuerpo: su cintura, sus brazos, su espalda, lo que fuera.

Mis padres llegaron corriendo y la abrazaron fuerte.

—¡Pero mírate, Carly! ¡Luces preciosa, cariño! —exclamó mamá emocionada, recorriéndola y lanzándome una mirada pícaro. Le sonreí de lado porque estaba de acuerdo.

Después del cálido recibimiento, nos dejamos caer en los sofás de la entrada. Me coloqué a su lado, lo más cerca que me fue posible, y ella no rechazó mi cercanía. Me hizo sonreír cuando cerró los espacios que había entre nosotros.

—¿Qué has hecho todo este tiempo? —cuestionó mi padre.

Entonces Carlene comenzó a contar cada detalle de su viaje, mientras yo no podía parar de mirar su sonrisa. No puedo negar que cuando había decidido irse, me enojé como el infierno, pero al verla así, tan contenta, tan feliz, tan viva, pude entender por qué había necesitado ese tiempo lejos.

Dijo que no había hecho mucho, solo pintar, cocinar, visitar la playa e ir a terapias con una psicóloga, algo que me sorprendió demasiado. Contó que

había conocido a personas maravillosas, que Manzanillo era precioso y que estaba emocionada por volver a casa.

Deslicé mi mano para tomar la suya, me recibió y entretejió nuestros dedos con firmeza. Algo cálido se instaló en mí, algo que me derretía por dentro, no sé si era su seguridad o que tenerla cerca después de tanto me hacía feliz.

Mis padres se mantuvieron ahí un rato más, luego se retiraron a la cocina con la excusa de seguir preparando la cena. Papá me guiñó un ojo antes de desaparecer.

El silencio nos embargó de pronto, abrimos la boca al mismo tiempo para hablar y la cerramos sonriendo al darnos cuenta de ello.

—Tú primero —murmuró frunciendo la boca, esos labios que no habían parado de tentarme una y otra vez. Aclaré mi garganta para darme un poco de fuerza, o acabaría devorándola.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté necesitado de su respuesta.

—Quiero hacer varias cosas: terminaré mi licenciatura en Letras y después me matricularé en alguna escuela de arte aquí en Nashville. Voy a remodelar la casa de papá, deseo ir a patearle las bolas a Richard, saludar a Lissa y quiero que me acompañes a visitar a un viejo amigo... ¿Has sabido algo de Amanda? —preguntó—. ¿Tú qué has estado haciendo?

—Del golpe en las bolas de Richard ya me he encargado yo —dije intentando no soltar una carcajada al recordar a Richard doblado a la mitad, con la que iba a ser su esposa a un lado intentando ayudarlo a enderezarse—. No he sabido nada de Amanda, cariño, y no creo que sepamos de ella. Lo último que supe fue que su padre la llevó a otro país después de que se enteró de lo que había hecho.

Ella asintió. Eso ya se lo había dicho, solo que su cabeza en aquellos días había estado muy ocupada como para recordarlo.

»Respecto a lo de qué estoy haciendo... Me salí de Jurisprudencia, ya llevo medio semestre en Música.

—¡Eso es genial, D! —exclamó, y fue a rodearme en un abrazo que me hizo cerrar los ojos por la sensación.

Mis manos, como si tuvieran vida propia, la rodearon también.

—No sabes lo mucho que te extrañé —susurré en su oído, y sentí un ligero estremecimiento. Se echó hacia atrás y me contempló con seriedad, dio un respiro profundo, como cuando se preparaba para hablar delante de muchas personas.

—¿Qué sientes por mí, Dave? —susurró la pregunta, algo que de verdad me descolocó. No sé qué cara puse, pero debió ser sido una exageración, ya que ella rio por lo bajo.

Al recuperarme me permití liberar un poco de la necesidad que sentía, dejé que mi nariz vagara en los perfiles de su rostro, en sus elevaciones y depresiones que ya me sabía de memoria.

—¿Qué siento por ti? ¿Cómo describirlo? Siento todo, siento ríos, océanos, volcanes, estrellas fugaces, miles de parvadas, tormentas, temblores, siento todo cuando te tengo cerca. Te amo, luciérnaga, y eso no va cambiar.

No dijimos nada, solo sucedió lo que deseaba desde que la había visto de nuevo.

Nuestros labios se buscaron, se encontraron y se fundieron en una danza que me hacía vibrar, respirar tranquilo y enloquecer. Sentir su lengua en mi

interior me hacía querer llevarla lejos y hacerle cosas que la hicieran suspirar, gritar mi nombre y rasguñar mi espalda.

Por eso, cuando susurró que nos fuéramos a otro lado, no dudé ni un instante.

# Veintinueve

Apenas me bajé de la camioneta de Dave, una mata de cabello rubio salió despavorida a mi encuentro. Su cabellera se movía y ondeaba al ritmo de su trote. Lissa me abrazó tan fuerte que lancé una risita divertida y le regresé el abrazo de la misma manera.

—¡Estás de vuelta! —chilló, mientras nos balanceábamos hacia los lados—. ¡Te extrañé demasiado, amiga!

—Yo también, Lis —dije de vuelta, sintiendo un nudo en mi garganta. No me había dado cuenta de cuánto la había extrañado hasta que volví a sentir su cariño.

Se echó hacia atrás, sus ojos celestes, y un tanto nublados, me estudiaron como siempre hacía, y una sonrisa se deslizó por su cara con lentitud y aprobación.

—Estoy orgullosa de ti... Mírate, ¡luces fantástica! —exclamó sonriendo, y luego corrió su mirada hacia alguien detrás de mí. Sentí que unas manos me tomaron de la cintura y me pegaron a un pecho duro. Lissa le guiñó un ojo a Dave—. ¿Qué te dije? Conozco a mi amiga, sabía que iba a salir adelante.

Y se lo agradecía, le agradecía que hubiera confiado en mí.

Charlamos un rato sobre lo que había pasado en mi ausencia, que no había

sido demasiado, pues Ian seguía comportándose como un imbécil con ella. Yo solo podía tomarle la mano y animarla a continuar sin ese chico, pero lo amaba, así que no me iba a hacer caso hasta que sola se diera cuenta de que Ian Green no valía la pena en absoluto, pues era un patán.

Nos despedimos prometiendo vernos pronto, solo tenía que ir a la universidad a registrarme de nuevo y todo volvería a la normalidad.

Teníamos claro el destino, Dave se sabía de memoria el camino, pues habíamos estado yendo a acampar a ese sitio por años. No obstante, le pedí que hiciera una parada antes de llegar: necesitaba agradecerle algo a cierta persona.

David se estacionó en ese pequeño bar de pueblo, entré y me hice paso con él pisándome los talones. Recordé aquella vez que habíamos estado ahí, lo mal que me había comportado ese día y que se había olvidado de ir a recogerme. Solo una persona me había ayudado, me había dado ese consejo que tanto necesitaba. Esperaba que Manny siguiera trabajando en ese local.

Me acerqué a la barra y lo busqué, pero no lo encontré, al menos no pude reconocerlo entre tanto alboroto.

Un mesero se acercó, así que le pregunté. Me respondió señalando hacia algún lugar en la pista. Dirigí mi mirada hacia el punto y sonreí automáticamente.

Tomé la mano de David con firmeza y me dirigí hacia él. Manny estaba en el centro de la pista bailando, un chico estaba frente a él. Los dos eran tan apuestos, esa clase de chicos que cuando los miras te vuelven loca, luego te das cuenta de que son homosexuales.

Toqué su hombro con mi dedo índice, Manny se giró para enfrentarme y

sus ojos se abrieron tanto que pensé que se saldrían de sus órbitas.

—¿Me recuerdas? —questioné con esperanza. Él sonrió y le dio una mirada al chico con el que bailaba, quien lo rodeó con posesividad. Sentí que Dave hizo lo mismo. Era gracioso que ambos nos hubiéramos enamorado de nuestros mejores amigos y ambos estuviéramos siendo abrazados por ellos.

—¿Cómo no recordarte, primor? Aunque ahora te ves muy distinta a esa niña temerosa que conocí alguna vez —soltó sin dejar de sonreírme. Le correspondí el gesto—. No sabía cómo encontrarte, quería invitarte a nuestra boda, es en dos meses, queríamos esperar hasta que termináramos nuestras carreras. ¿Irás?

—Me encantaría ir —respondí con seguridad. Intercambiamos números y anécdotas, pero aún me faltaba lo más importante. Me solté de Dave y me acerqué a Manny. Inmediatamente un olor a chicle de plátano me hizo recordar aquella vez en la que me había llevado al campamento. Tomé su mano entre las mías—. Gracias, gracias por haberme dado el valor que yo no tenía. Estoy segura de que, si tú no me hubieras abierto los ojos aquel día, yo jamás le habría abierto mi corazón al amor de mi vida. Gracias por ser importante aun sin conocerme. En cierto modo me ayudaste a superar algunos temores, necesitaba que supieras cuánto significó para mí.

Sus ojos se nublaron, se quitó una gotita con los dedos y me dio un abrazo.

—Eres una gran mujer, Carlene, demuéstrole al mundo quién eres —susurró en mi oído cuando nos despedimos. Yo le di una sonrisita antes de dejarme guiar por David hacia la salida.

El camino al área del campamento lo hicimos en un silencio cómodo que era interrumpido por la música que salía por las bocinas. Una vez que se

detuvo en el lugar de siempre, apagó el motor y se giró hacia mí. Lucía más serio que de costumbre, se deslizó en el asiento hasta que quedó a mi lado, acorralándome entre él y la puerta del vehículo.

Sentirlo tan cerca después de tanto hacía que mi corazón se acelerara con desenfreno. Miré hacia el frente y sentí su respiración en mi oído haciéndome cosquillas. La escena me hacía recordar aquella vez en la que habíamos hecho una broma a ciertas chicas y él se había puesto en esa misma posición.

La noche se asomaba en las ventanas y las estrellas inundaron el cielo. Dave cepilló con la punta de su nariz el laberinto de mi oreja, yo estaba temblando, sudando, ahogando suspiros en mi garganta.

—Cada mañana, cada noche, cada día pensé en ti. No puedo parar, no puedo sacarte ni un solo segundo, no puedo desde que era un niño, y no quiero dejar de pensarte tampoco —murmuró bajito, haciéndome estremecer—. Te extrañé, extrañé tu voz, tu olor, tú dormida en mis brazos, tu mirada, tu mente, tus suspiros y tu perfecto cuerpo. No dejaré que te escapes de nuevo.

¡Me quería matar! ¿Quién podría resistirse a esas declaraciones? Yo no, dejaría que Dave me moldeara como si fuera un artesano.

Su dedo índice perfiló mi pómulo, tomó con delicadeza mi barbilla y giró mi cabeza. Su rostro quedó a milímetros del mío. En esos momentos no existía un mundo, solo éramos él y yo en la galaxia, en medio del espacio.

Tomó despacio mis labios con los suyos. Sus roces eran tan meticulosos y lentos que me hacían desear más, más de él, más de nosotros.

—Quiero sentirte, luciérnaga, dime que sí —pedía en susurros después de cada beso que me daba.



—No tienes que pedirlo, D —contesté de la misma forma, porque moría por sentirlo también. Un gruñido escapó de su boca y sus manos fueron directo a mi espalda baja.

No sé cómo lo hizo: en segundos ya nos encontrábamos debajo de la camioneta y me llevaba hacia la cabina trasera. Yo estaba en un estado de confusión debido a la rapidez de los movimientos.

Nos acomodamos ahí, en esa especie de caja sin techo que me permitía ver las estrellas y escuchar el sonido de los grillos al cantar. Me acosté, él se acercó sonriendo a mí y se coló entre mis piernas, rodeé su cintura con ellas haciendo que nuestras caderas encajaran tan exquisito que suspiré. Él suspiró también y juntos creamos una entonada melodía.

Uno de sus brazos se posó a un lado de mi cabeza y su otra mano vagó por mi cintura. Jalé su cuello hasta que pude sentirlo besándome de nuevo, su lengua me hizo jadear en más de una ocasión, recorría con seguridad una boca que parecía que conocía a la perfección. Su calidez me estaba volviendo loca y más cuando comenzó a moverse.

Encajó en un movimiento su cadera en la mía creando una deliciosa fricción por encima de la ropa, me encorvé y dije su nombre como si fuera una oración. Lo volvió a hacer, haciendo que mi necesidad de él creciera con cada cometida que se encargaba de sacarme gemidos.

Él no se encontraba mejor, su frente sudaba y sus labios soltaban gruñidos que se ahogaban en el interior de mi boca.

Mi cuerpo se sacudió cuando sentí cómo sus dedos se introducían en el interior de mi blusa, masajeando mi piel, casi burlándose de la locura que me provocaba con cada toque. Entretanto sus labios dejaron un camino de besos

en mi cuello y hombro, lento, suave, intercalando de vez en cuando su lengua, mojando y soplando. Su mano bajó el tirante y la otra siguió subiendo, y sus caderas seguían torturándome. Solo sentir su cuerpo sobre el mío era placentero.

Su palma se centró en la cima indicada y sus yemas contornearon los perfiles que creaba mi ropa interior, me apretó con tanta dulzura que me hizo lloriquear. Me fue sacando con cuidado la blusa y cualquier rastro de ropa hasta que quedé ante él y sus ojos casi negros, desnuda no solo de cuerpo, también de alma.

No podía concentrarme, no sabía qué era lo que seguía, solo me era posible captar su aliento, sus besos y sus manos, que comenzaron a deshacerse de mi pantalón; mis manos también tenían vida, también se deshacían de los obstáculos que había entre la perfecta unión entre Dave y yo.

Sus dientes mordían los puntos exactos, esos pequeños botones que hacía que se fruncieran, y me hacía encorvar y gritar cosas incoherentes, mientras sus dedos expertos tentaban otras cálidas y prohibidas partes.

—Te amo, luciérnaga, te amo, te amo, te amo —repetía una y otra vez, y yo no me cansaba de escucharlo y de susurrarle que yo también lo amaba con cada rincón existente en mí, rincones que él exploraba con devoción.

Disfrutamos del reencuentro de nuestras almas y corazones, más aún cuando se resbaló en mi interior con delicadeza y colonizó absolutamente todos mis sentidos de esa manera. Era perfecto, éramos perfectos así, unidos, palpitando por cada centímetro, moviéndonos a nuestro propio ritmo.

Juntos llegamos al punto más alto de una montaña repleta de amor y deseo, de pasión y locura. Juntos gritamos nuestros nombres al unísono cuando el

clímax se apoderó de nuestras sensaciones.

Los brazos que amaba me rodearon y me dieron vuelta, hasta que mi mejilla encontró almohada en su pecho. Aún seguíamos unidos, respirábamos con dificultad, mi corazón tamborileaba veloz. El amor nunca había sido tan maravilloso como cuando lo hacía con él.

—No eres lo mejor que me ha pasado en la vida, eres eso que hace mi vida mejor —susurré depositando un besito en su pecho.

—Tú eres lo mejor que tengo en la vida, eres lo que la hace mejor, y si no me hubieras pasado, no sé qué habría sido de mi vida sin ti —dijo en respuesta, cepillando con un ritmo lento la curvatura de mi espalda.

—Hay algo que siempre quise decirte, en la terapia me animaron a hacerlo... —empecé. Supe que había captado su atención cuando sus caricias se detuvieron—. Gracias, Dave, gracias por ser ese empujón que siempre necesité, por ser mi amigo desde que tengo memoria. Por estar a mi lado en las lágrimas y en las risas, por ser ese hombro en el que era fácil deshacerme y ser yo misma. También por los momentos malos, pues nos hicieron más fuertes, confirmaron mis sentimientos. Eras mi pilar, pero me enseñaste que yo misma puedo levantar la construcción, aunque siempre quiera tenerte de apoyo. Por verme de verdad, lo que yo era, por ver en mi interior cuando ni yo misma lo hacía. Gracias por amarme cuando yo no me amaba.

—Es lo más lindo que me has dicho en veintiún años, luciérnaga. Me haces volar con solo abrir la boca —dijo, y soltó un suspiro—. Gracias por no patear mis bolas aquel día en el césped cuando te manchaste de betún y te di mi primer beso. Siempre tuve miedo de que me rechazaras, siempre quise fingir y te lastimé mucho en el camino, pero tengo una vida entera para

reparar esos errores, para hacerte feliz, para demostrarte que la vida no se acaba solo por algunos tropiezos o porque aparentemente no es lo que queremos y parece que no hay horizonte. Tengo una vida y la voy a aprovechar, voy a amarte hasta que te duela, Carly. Voy a hacer que me ames hasta que te duela no respirar el mismo aire que el mío.

Había lágrimas bajando por mis mejillas, mojaron su piel, pero aun así me dio un beso que selló nuestras palabras. Ya me dolía no respirar el mismo aire que él, siempre había dolido, siempre había dolido amarlo, sin embargo, ya no dolía, no de esa forma. Ahora su amor y mi amor juntos me hacían sentir libre de mi pasado, libre de todos esos fantasmas que ya no me perseguían. Las sombras ya no me envolvían.

Los defectos no importaban, las diferencias nos hacían iguales, el dolor estructuraba nuestros pasos.

En el pasado había muerto cuando me había dado cuenta de que lo amaba y era mi mejor amigo. Al pasar el tiempo supe que moríamos juntos, ambos moríamos por demostrar lo que por tanto tiempo habíamos callado. Ahora moría por él y siempre sería de esa forma.

Siempre moriría de amor por Dave y siempre renacería, me levantaría y apartaría los escombros para amarlo de nuevo.

**Fin**

# EEpílogo

*Seis meses después*

David frotó mis brazos para darme valor, debía hacerlo, debía enfrentarla una última vez, debía atreverme a cerrar ese círculo para poder seguir adelante.

Pasados un par de minutos, comencé la travesía por ese largo pasillo blanco, siguiendo a la enfermera. Era un tanto difícil caminar por ahí con todas esas personas que parecían estar sumidos en sus propios mundos. Algunos te veían, incluso te seguían o te miraban de forma extraña. Yo evitaba hacer contacto visual, simplemente bajé la mirada y la clavé en los zapatos quirúrgicos que me enseñaban el camino.

Esas personas especiales que se arremolinaban a nuestro alrededor comenzaron a disminuir conforme nos acercábamos; el aire salió de mis pulmones cuando me di cuenta de ello.

—Esos son inofensivos, los que están de este lado son los que han cometido delitos o son peligrosos —dijo la enfermera, a pesar de que no había preguntado porque no quería saberlo.

Nos detuvimos frente a una impoluta puerta blanca metálica. Una ventanilla con rejas y vidrio se encontraba en el centro. Ruth, pude ver su nombre en la

credencial que colgaba del cuello de su ropa, sacó de su bolsillo una tarjeta y la pasó por un carril que parpadeaba, intercalando la nada con un destello verdoso.

Se escuchó un ruidito y la puerta se abrió dejando ver paredes y más paredes de color blanco. Mi acompañante me sonrió animándome a entrar, ella iba a entrar conmigo.

Respiré hondo varias veces con los párpados cerrados y crucé el umbral susurrándome que podía hacerlo. Ya la había perdonado, ya había sanado y entendido todo.

No puedo decir que la quería, porque jamás sentiría algo por ella, pero tampoco la odiaba, porque eso era un sentimiento, y no merecía siquiera eso.

Era una mujer enferma y sí, no había tenido la culpa, ya que las circunstancias la habían orillado a actuar así, pero aun así era complicado mirarla y estar cerca de la mujer que me había hecho tanto daño.

No me atreví a levantar la vista hasta que me senté en la silla que estaba frente a ella.

Cuando levanté la mirada me di cuenta de lo diferente que lucía. Tenía el rostro pálido, el cabello enmarañado, la piel reseca y arrugada y la mirada perdida.

Se movía como si fuera presa de un danzón, se balanceaba hacia los lados y miraba al techo, al suelo, a todos los sitios menos a mí. Me pregunté si me reconocía o ya ni siquiera me recordaba.

—¿Sabes algo? —comencé, después de aclararme la garganta y enderezar mi espalda—. Jamás te voy a entender, nunca comprenderé las razones que tuviste si es que hubo alguna, nunca sabré si algún día te conocí de verdad.

Me habría gustado tener una madre que cocinara conmigo y me enseñara a hacer galletas. Te estoy agradecida, de cierta forma, porque me hiciste fuerte y ahora soy invencible, y no porque las cosas ya no me lastimen, me lastiman, pero ahora sé levantarme del suelo y seguir mi marcha. No importa cuántas piedras reciba, siempre hallaré el modo de esquivarlas. Seguro mi padre te perdonó desde el cielo, yo ya te he perdonado en la tierra, Ginger.

Sentía el nudo en la base de mi garganta, fuerte, apretando duro, queriendo doblegarme. Tuve que tragar saliva varias veces para diluirlo.

Ginger se detuvo y me enfocó, su cara era seria. Me estudió ladeando la cabeza, vacía de cualquier gesto, lejana quizá. No abrió la boca, sus labios tan blancos parecían sellados. Creí que no me había entendido, así que como no quedaba mucho que decir, me levanté de ahí decidida a marcharme.

—Carlene —susurró su voz rasposa, haciendo que girara tan rápido que fue sorprendente que no me hubiera tropezado.

Entonces todo el caos empezó: comenzó a gritar palabras que no entendía, su rostro se puso rojo, se calmó y volvió a quedarse en silencio. No sé, quizá luchaba por volver, tal vez intentaba darse cuenta de que todo aquel tiempo había dañado a su hija, a su sangre, a aquella a la que debería haber protegido con garras y dientes.

Antes de girarme para salir, vi a una serie de enfermeros, que no había notado antes, dirigirse hacia ella. No supe más porque la enfermera cerró la puerta.

Me encaminé de nuevo hacia la salida. Al llegar a la sala común me aferré a los brazos de David como tantas veces y me permití respirar con calma de nuevo.

—¿Está todo bien? —preguntó, entretanto repartía caricias tranquilizadoras en mi cabello. Yo asentí y me limpié una lagrimita que comenzaba a descender, después sonreí y, tomados de la mano, salimos del psiquiátrico.

Esa fue la última vez que fui capaz de ver a mi madre. De vez en cuando le mandaba galletas, los chocolates que sabía que le gustaban en su cumpleaños. Los doctores decían que estaba respondiendo al tratamiento, que creían que tenía un shock traumático, pues no creía lo que le había hecho a su esposo, a su amigo, a mí. Nunca intentó contactarme. Un día, mientras Dave practicaba una canción con su guitarra, me llamaron del hospital para decirme que se había suicidado. Ella había burlado a los guardias en uno de sus paseos, gritó «perdóname, hija» antes de saltar de un edificio. Así supe que mi madre sí había existido alguna vez, escondida, pero la hubo.

Fue triste colocar su urna junto a la de mi padre, pero creo que a él le hubiera gustado, así que lo hice por él, porque él la había amado.

Dave me dio un tiempo a solas. Había llegado la hora de dejarlo volar, aunque doliera no verlo más.

—Hola, papi —murmuré cerrando los ojos, imaginando que estaba frente a mí, que podía tocarlo, que podía ver su extensa sonrisa o escuchar su voz, sentir sus abrazos a mi alrededor—. No te he dicho cuánto te agradezco, así que gracias por ser ese respiro, ese aire fresco y ese trago de agua helada en los desiertos. Tú fuiste mi otro pilar, el más poderoso, gracias por haberme sostenido. Siempre tuviste razón, soy fuerte, y aunque no soy la mejor, seguro estarás orgulloso de lo que soy y seré. Te llevo siempre aquí, junto a mí. Llévame de la mano y si tropiezo jálame, no me sueltes. Ahora entiendo, soy la luz que debe buscar el calor en su interior para que el exterior brille, ahora entiendo qué es lo que querías decirme. Te amo para toda mi



existencia.

Sentí sus manos rodearme desde atrás, David me encarceló en un abrazo firme y apoyó la barbilla en la curvatura de mi hombro.

—Desde el hogar en el que habitas ahora, sé que puedes verla y estoy seguro que jamás habías estado más orgulloso de ella. Descansa, Steven, te juro por mi vida que la voy a cuidar, voy a hacer todo lo posible por verla sonreír cada día. —Me recargué en su cuerpo y sonreí por sus palabras, que siempre eran las indicadas.

No recibí una respuesta, sin embargo, en mi interior sabía que papá me había escuchado, tenía fe en ello. Deseaba que fuera libre, justo como yo me sentía.

Mi último pensamiento antes de dejarlo fue que iría siempre a compartir con mi padre. Lo visitaría para contarle mis problemas y mis alegrías, o simplemente para dejar un ramo de sus flores favoritas.

En esas vacaciones de invierno Dave y yo fuimos a Manzanillo por unos cuantos días. Al llegar al hotel, María salió limpiándose las manos en su delantal mojado. En cuanto me vio esbozó una gran sonrisa y apresuró el paso.

Me sorprendió no haber olvidado lo que había aprendido.

Los hijos de María habían vuelto a hablar con ella en cuanto yo había regresado a Nashville, así que ella estaba feliz, y a mí me alegraba verla tan animada, se lo merecía porque era una gran mujer.

Dave y yo salíamos todas las mañanas a la playa que se encontraba solitaria a esa hora del día y recolectábamos caracoles. A veces solo nos abrazábamos y contemplábamos el momento exacto en el que los rayos del sol se

asomaban y relucían estrellándose en la bóveda celeste. El resto del tiempo él se quedaba quieto para mí, para que pudiera pintarlo. Era difícil, ya que casi siempre acababa encima de él o viceversa y nos besábamos hasta que las cosas se nos salían de las manos y terminábamos uniéndonos en otro nivel más profundo que el de un simple beso.

No podíamos estar ahí toda la vida, así que un día tuvimos que regresar. Antes de partir, María nos dio a los dos la bendición, tal como me la había dado hacía unos cuantos meses cuando había decidido regresar.

Llegamos a mi casa, y digo mía porque había modificado todo lo que mi madre había puesto en ella. Era un sitio diferente, desde los cimientos hasta la pintura. Cuando entraba ya no tenía esa presión en el pecho que me hacía querer salir corriendo, ahora todo era pintoresco. David y yo la habíamos decorado juntos, él me había ayudado a pintar las paredes y a colgar cuadros.

Había artesanías y arte por cada rincón. Al poner un pie en el interior me daba la sensación de estar en ese pequeño hotel que me había parecido tan cálido, casi podía imaginarme el olor de los guisos que hacía María. Dave prácticamente habitaba ahí, conmigo.

El cambio de horario lo dejó muerto, así que fue directo a la habitación a echarse en la cama. Pasaron los minutos y los truenos comenzaron a escucharse en los alrededores, una serie de «booms» que antes me habrían hecho estremecer del terror, pero ese miedo lo había superado cuando mi padre había muerto.

Me asomé por la ventana y contemplé cómo descendían las diminutas gotas, como si estuvieran acariciando el vidrio con delicadeza. Al alzar la vista contemplé la casa del árbol y rememoré aquella vez que Arthur y mi

padre la habían construido, mientras nosotros les pasábamos los tablones de madera. David y yo la habíamos decorado con pinturas brillantes de colores que había conseguido Rachel.

Salí de la casa y me detuve en el pasto, debajo de la lluvia, mientras el cielo seguía lanzando alaridos al aire, fuertes estruendos que ahora me gustaban. Una serie de recuerdos bailó ante mí, miles de historias habían sucedido. Podía mirarnos a David y a mí sentados dándonos nuestro primer beso, o aquella vez que lo descubrí besando a Amanda, podía ver a mi madre mirando desde la ventana cómo jugaba a fútbol.

Cuando me di cuenta ya me encontraba subiendo por el árbol gracias a las maderitas de colores que seguían intactas. Mi cuerpo estaba empapado y mi pantalón pesaba un poco, pero no me inmuté. Al llegar a mi destino, me senté en el borde y reposé la cabeza en una de las tablas. Luego cerré mis ojos y dejé que el olor y el sonido de la lluvia me envolvieran en ese ambiente repleto de paz y tranquilidad.

Sentí que alguien se sentó a mi lado, sabía quién era porque su olor característico lo había delatado, y seguí con mi momento de calma. David se mantuvo silencioso, quizá contemplando la tormenta en todo su esplendor; no obstante, cuando abrí los ojos, lo encontré mirándome. No pude evitar la sonrisa que se formó en mi rostro.

—Tus ojos siguen brillando justo como aquel día —murmuró analizándome con concentración.

—No son mis ojos, es por cómo me miras —dije de vuelta.

Su mano voló y sus dedos acariciaron el contorno de mi rostro, con las pupilas pegadas a las mías.

—Cuando era pequeño hice algo sin que lo notaras y siempre que te enojabas conmigo venía corriendo acá y lo miraba por horas —dijo, ahora apretando algo en su cuello. Lo vi sacarse el collar, aquel que le había dado en uno de sus cumpleaños como símbolo de nuestra amistad, solo que había algo raro, lo reconocía, aquella pieza era la que se me había perdido y que nunca pude encontrar. Con delicadeza me la colocó y después suspiró con una sonrisa—. Lo siento por haberlo tenido todo este tiempo... Es que era emocionante tener algo tan tuyo.

No me pude resistir a su mirada perdida, rodeé su cuello con mis brazos y él reaccionó como si hubiéramos estado sincronizados.

—Esta siempre ha sido nuestra promesa —pronunció—. Significaba que seríamos amigos por siempre, pero eso ya no basta ahora.

Entendí lo que quería decir y estaba de acuerdo. Él siempre iba a ser mi mejor amigo, mi cómplice, pero al mismo tiempo era el hombre con el que quería compartir el resto de mis días.

—Yo, Carlene Sweet, te juro que fui, soy y seré tuya por el resto de mi vida. Y voy a estar contigo aunque no me necesites, voy a sanar tus heridas aunque te guste el dolor, voy a hacerte sonreír cuando la tristeza quiera embargarte.

—Yo, David Stewart, te juro que fui, soy y seré tuyo por el resto de mi vida, y si hay algo más allá, también te amaré. Y te guardaré, protegeré y seré lo que tú quieras que sea siempre y cuando me permitas estar contigo. No importa qué, por ti sería capaz de todo.

—Lo prometemos —dijimos juntos y unimos nuestras frentes. Después busqué sus labios hasta que sentí esa brisa tan conocida que me recorría los

poros cada vez que lo besaba. Fue corto, diminuto y veloz. Eso nos bastaba para pactar las promesas.

Nos echamos hacia atrás sonriendo.

—Vámonos, luciérnaga —susurró al tiempo que me tendía su mano para ayudarme a bajar. Antes de hacerlo me paré en seco porque aquella escena me resultaba demasiado familiar. Y lo recordé: aquel día que habíamos divisado aquellos foquitos en la ventana. No había en esa época del año, pero tampoco era como si los necesitáramos, tan solo se necesitaba alzar la cabeza para contemplar el cielo lleno de luces.

Tenía a mi propia luz mirándome desde allá arriba, casi podía sentir que los dos hombres más importantes para mí estaban a mi lado.

En la vida todos tenemos algo que hacer, no podemos permanecer de pie tan solo mirándola transcurrir como yo quería estar. Habría sido fácil dejarme llevar, darme por vencida en cada oportunidad que me fue posible, pero hay un sentimiento, solo uno, que es capaz de vencer cualquier clase de obstáculo, cualquier clase de sufrimiento, tan solo debemos elegirlo: Amor.

Y no hablo del amor que tengo con Dave o el amor hacia mi padre o a mis amigos. Es la clase de amor que nos tenemos a nosotros mismos.

Tal vez lo hice tarde, pero lo logré. Si nos amamos, amamos cualquier cosa. Si nos amamos, podremos vencer todo, porque al amarte crees en ti, crees en tu fuerza, también en tus debilidades. Al amarte crees en tus virtudes, así como en tus errores. Y no importan las cosas malas porque te amas, así, tal y como eres, tal y como debes ser.

Por eso pude levantarme y derrocar a los demonios que insistían en consumirme desde adentro. Por eso pude perdonar a mi madre, pude decirle

adiós a mi padre y pude abrir el corazón sin duda alguna.

Yo me amo, me acepto y me miro todos los días en el espejo sin recriminarme, evoco mi pasado sin compadecerme y veo mi futuro con entusiasmo.

El brillo de una persona radica en el interior, solo hay que encontrarlo y dejar que ilumine el exterior. Como yo lo hice.

—Me gusta ser una luciérnaga —susurré para mí misma.

Le di la mano a Dave, juntos bajamos y regresamos al calor de nuestra casa para aceptar la vida que nos deparaba el destino, para tomarla con valentía y hacer eso, simplemente eso... Vivirla.

# Contenido extra

*5 años después*

Esa ha sido mi historia junto a él, una repleta de pruebas y libertad. Y después del tiempo, de los caminos recorridos, de los años acumulados, de los momentos a su lado, cada vez que lo tengo cerca mi corazón se acelera, sigue tamborileando, queriendo salir de mi pecho para unirse al suyo.

No todo ha sido alegría en estos últimos cinco años. Hemos peleado, he querido arrancarle los cabellos, le he gritado y él también. Luego me dan unas ganas incontrolables de besarlo, de que me bese y de seguir así hasta el fin del mundo.

Conduce en silencio, no sé exactamente a dónde, pero tampoco pregunto, porque voy entretenida mirando el paisaje y evocando aquellos días que, aunque tristes y dolorosos, me ayudaron a ser lo que ahora soy.

Lo miro confusa cuando aparcamos frente a nuestro parque, aquel al que siempre íbamos a pasar la tarde mirando las nubes o jugando a cualquier cosa. Dave sale del vehículo presuroso y abre mi puerta segundos después. Toma mi mano con firmeza y me conduce hacia el interior del lugar, pasando en el recorrido decenas de árboles y plantas.

Llegamos a otro lugar conocido y me atrevo a mirar a David porque no

entiendo qué hacemos aquí. Frente a nosotros se extiende una gran cancha con dos canastas en los costados y una pelota de color anaranjado colocada en la parte central, luciendo solitaria e inmóvil.

—¿Quieres jugar baloncesto, cariño? —cuestiono, percatándome del brillo extraño que hay en sus intensos ojos verdes. Esboza una sonrisa que me hace fruncir el ceño; se está comportando muy extraño. Vuelve a tomar mis manos y camina al interior de ese cuadro de cemento lleno de líneas azules.

Se detiene abruptamente frente a la pelota y me suelta. Posteriormente, la recoge y se gira para colocarse en el mismo lugar donde antes había estado el objeto, solo que se pone dándole la espalda a la canasta. No dice ni una sola palabra, su rostro se mantiene serio e imperturbable mientras eleva al balón entre sus dedos y de un momento a otro lo lanza. Mis ojos siguen el trayecto de la esfera, jadeo cuando esta entra en la red.

—¡Encestaste de espaldas, D! —chillo, y me lanzo hacia él, quien me recibe apretándome contra su cuerpo. Toda nuestra niñez y parte de nuestra adolescencia intentamos hacerlo, pero nunca lo logramos. Así que verlo realizar tan rápidos y entrenados movimientos me emociona.

De pronto siento un cambio en nuestro ambiente, algo así como una chispa, esa atracción magnética que siento al tenerlo junto a mí. Me echo hacia atrás para mirarlo, él se aclara la garganta.

—En uno de mis cumpleaños vi a la criatura más hermosa entrar por la puerta de mi casa, no podía despegar mis ojos de ella, ¿sabes? —dice, y ríe entre dientes, entretanto mi corazón sale disparado—. Me sentía torpe junto a ti, siempre fuiste tan distinta, te introducías de una forma tan profunda. Ese día te aseguré que cuando fuéramos grandes te casarías conmigo y tú dijiste



que no... ¿Recuerdas la razón que me diste para justificar tu negativa?

Asiento pasmada, recordándolo. Mis ojos se cristalizan al comprender todo el asunto. No sé qué hacer, si moverme, quedarme ahí, besarlo... No sé.

—Dijiste que no porque no sabía encestar de espaldas, hoy sé. —El aire se me atora en cuando de alguna parte saca un pequeño y sencillo anillo, lo coloca en medio de los dos, pero yo no puedo apartar la mirada de la suya—. Luciérnaga, ¿quieres casarte conmigo?

Guardo silencio por un segundo porque la emoción se concentra en mi garganta.

—No hay otra cosa que desee más que pasar el resto de mi vida contigo —susurro con la voz temblorosa y con la vista nublada.

Dave me coloca con rapidez el anillo y me abraza para después elevarme y dar vueltas como dos chiquillos. Entre risas, giramos y giramos hasta que estamos fuera de esa área, tropezamos y caemos a una montaña de césped.

Su brazo rodea mi cintura y pronto tengo su rostro frente al mío. Mi mano vuela con rapidez y mis dedos se introducen en su suave cabello; he descubierto que le gusta cuando hago eso. Su cara baja más hasta que sus labios están por tocar los míos, nuestros alientos se mezclan y nuestras respiraciones se combinan.

—Eres mía, luciérnaga —murmura provocando que mis comisuras se eleven.

—Eres mío, Dave —digo de vuelta antes de que me consuma con su boca.

Me permito extender mis alas para volar en su cielo, me permito encender mi luz a su lado. Hoy, hasta que el destino me lo permita, y más allá también.

\* \* \*

Siempre he sido una chica de negro, no por nada en especial, solo porque me hace ver más interesante. La gente que viste de negro puede verse elegante, pero también misteriosa. El color negro es mi favorito si tengo que elegir entre un montón de prendas multicolores. No obstante, Rachel, Lissa y la dependienta me miran como si fuera una demente cuando pido un vestido negro. Ellas insisten en que una novia no puede entrar a la iglesia vestida como si fuera un funeral de la edad media.

—Dave dijo que no importa el color, lo que importa es que vamos a casarnos, aunque vista de negro o morado Halloween —refunfuño, y me cruzo de brazos. Mi mejor amiga gira los ojos, frustrada por mi rabieta.

—Sí, David dirá cualquier cosa para hacerte feliz porque está enamorado de ti desde que era un feto pequeño y tú aún no existías. —Muerdo mi labio para retener la risa, Rachel ignora la parte del periodo fetal y se balancea, mandándole miradas secretas a la joven que sigue esperando mis instrucciones.

Lissa está haciendo un gran esfuerzo, no le ha ido muy bien que digamos. Estuvo internada en el hospital hace unos meses: se sumió en una pelea contra la bulimia. Cuando me enteré quedé en shock. Me preguntaba por qué no me había dado cuenta de que mi amiga estaba pasando por algo como eso, pero está saliendo adelante, intentando mantener lejos a la persona que más la ha lastimado: Ian Green. Es gracioso porque ahora los papeles se han invertido.

Los maniqués se extienden por todas partes, hay salitas que se comunican

con otras, en cada una hay un espejo gigante. Cuando Rachel se enteró de que no tenía presupuesto para comprar un vestido, decretó que ella iba a comprarlo pese a todas mis quejas.

—Señorita Sweet. —La muchacha enfundada en traje sastre se aclara la garganta—. Solo tenemos vestidos blancos, cremas y color hueso.

Tallo mi cara, estos últimos días no han sido fáciles y he estado más nerviosa de lo normal. Falta poco tiempo para nuestra boda, el reloj corre al revés y las horas pasan rápido. No puedo esperar para que estemos unidos por completo, pero estas cosas me ponen de los nervios. ¿No puedo brincarme todo este proceso y solo llegar al altar para dar el «acepto»?

—Apuesto a que Dave va amar verte en un verdadero vestido de novia —susurra con sorna la rubia. Entrecierro los párpados porque intenta meterse en mi mente para que acepte.

—Creo que le encantaría, cariño —repite Rachel.

—Todos los novios quieren ver a sus novias luciendo como una —murmura la vendedora.

Esto es un plan para derrocarme, alzo las manos en señal de derrota, sabiendo a la perfección que no voy a ganar y solo terminaré alargando mi tortura.

—De acuerdo —suspiro resignada. Ellas aplauden y lanzan risitas, reclamando la victoria—. Pero no quiero nada con brillos ni cortes pegados a mi cuerpo, mucho menos flores y estupideces así. No quiero parecer una carpa de circo.

El desfile comienza, me pruebo un montón de vestidos: cortos, largos, con encaje, entre muchos otros. Algunos elegidos por Lissa y otros por mi futura

suegra, pero o no me gustan o los detesto con todas las fuerzas existentes en la humanidad.

—Aún falta uno, tengo esperanzas en este —susurra la madre de Dave, y yo siento que moriré del estrés.

No me miro en el espejo mientras me envuelvo en el que según dicen es el oasis de nuestro desierto. Sinceramente, no sé si va a agradarme, porque veo mucho encaje. A pesar de mi inconformidad, me lo pongo por Rachel. Siempre ha sido como una madre para mí, y desde que pasó lo que pasó, ella no ha dejado de prestarme su hombro y de apoyarme. Sin ellos no sé qué habría sido de mí en todos estos años, son mi familia.

Hay veces que me vuelvo a sentir como esa chiquilla insegura que fui alguna vez. Luego recuerdo que es el pasado y gracias a eso soy lo que soy ahora. Gracias a mi pasado oscuro puedo ver la claridad del sendero que me espera.

No voy a mentir diciendo que todo ha sido dulce y de color rosa. Cuando se acercan esas fechas me pongo triste, pero al menos puedo sonreír y contarle a mi padre sobre mi vida cuando voy a visitarlo, a dejarle flores en su lápida de mármol. Ya no estoy llena de odio ni rencor ni autocompasión, ya puedo dejarle flores a mi madre también... Las azucenas eran sus favoritas.

Estoy segura que donde quiera que estén, están juntos, ella sana y él guiando mi camino. No soy huérfana, siempre están presentes, aunque no pueda verlos.

Me detengo frente a ellas con la montaña de tela colgando de mi cuerpo, espero todo excepto un montón de suspiros y lloriqueos. Trago saliva con nerviosismo, vislumbrando los ojos llorosos de mis dos acompañantes. Tomo

un respiro profundo antes de girarme hacia el espejo.

Me quedo pasmada, mirando la blancura llena de encaje en la parte del torso, mangas tres cuartos de encaje también y adornos en el faldón, como si fuera agua resbalando. No es muy diferente a los otros, es simple, quizá el más sencillo de todos, sin embargo, hay algo que lo hace especial.

Me limpio una lagrimita e inmediatamente sé que es el indicado.

Más tarde, justo a las ocho de la noche, leo una importante invitación para participar como artista en una exposición de pinturas que se llevará a cabo en el Museo Estatal de Nashville. Acepto pensando en cuál colección podré llevar, pero cierro la computadora portátil cuando Dave entra a la casa.

Esboza una sonrisa lenta que me hace tragar un suspiro. El tiempo le ha sentado bien, sus ojos son más verdes, si es que eso es posible, y ha ganado un par de kilos. Cada vez que se acerca solo puedo pensar en que quiero morderlo.

Se deja caer a mi lado, yo me acurruco a su costado y refugio mi nariz en su cuello.

—¿Te torturaron mucho? —pregunta, y besa mi sien, después de sacarse los zapatos.

—En realidad no, ya quiero que me veas con el vestido —murmuro, sintiéndome emocionada.

Su mano se cuela debajo de mi blusa y me agarra la cintura. Me retuerzo, pero el agarre se intensifica.

—Ya quiero quitártelo, luciérnaga. —Los colores se me suben al rostro al comprender lo que ha insinuado y él suelta una carcajada y estampa su boca

en la mía.

Pronto se me olvida todo y solo puedo pensar en una cosa: ¡maldito sea!  
¡Besa bien! Y esos besos serán míos para siempre.

\* \* \*

Hay dos cosas que me preocupan: Lissa no deja de hablar de ropa interior y está planeando hacer despedidas de solteros junto con Ian. No sería molesto si fuera una sola fiesta, lo que me perturba es que serán separadas y ellos llevarán bailarinas. ¿Por qué mierdas tienen que llevar mujeres semidesnudas? ¿Por qué no pueden jugar juegos de mesa con coronas como nosotras?

—Carly, ¿me estás prestando atención? —Lissa refunfuña y me arroja uno de los cojines de la sala—. Necesitas decidir qué tipo de lencería vas a llevar ese día. Me atraganto.

—Escucha, no quiero llevar lencería —suplico. Tal vez nombrarla encargada de los preparativos fue el peor error de mi vida, porque actúa como una madre sabelotodo controladora. Me ignora, me tiende una revista con prendas íntimas que me provocan urticaria y sigue parloteando sobre la despedida de soltera.

No sé mucho, pero al parecer las reuniones se llevarán a cabo en un lindo hotel. Los chicos estarán en una de las suites y nosotras en otra. Lo único bueno del asunto es que no tengo que arreglarme para ir, basta con un pijama. Según la rubia, las fiestas informales se están poniendo de moda. No tengo objeciones siempre y cuando pueda dormir con mi gigantesca blusa de The

Cure.

Se mueve de un lado a otro, preguntándome cosas sobre arreglos florales, servilletas, alfombras y un sinfín de cosas que me parecen inútiles. Esta última semana ha estado más estresada que antes, ella dice que es porque la boda es en dos días, pero yo creo que es por el pelinegro. He intentado sacarle información, sin embargo, se protege con su caparazón cuando lo menciono.

El día siguiente no es mejor: mi mejor amiga llega muy temprano por la mañana y le ordena a Dave que salga de la casa. Nos despedimos con un beso apresurado porque los gritos de fondo de la otra chica en la habitación no nos permiten disfrutar del momento.

Las carreras empiezan, le hace cosas extrañas a mi cabello con una secadora, a pesar de que insisto en que no necesito peinarme para dormir.

\* \* \*

Mi mandíbula cae al piso cuando le saco la información a Ian, los demás aplanan los labios para no reír a carcajadas. Quiero partirle la cara a alguien, quiero asesinar a Lissa. ¿Cómo mierdas se le ocurrió que llevar strippers a la fiesta de Carlene es algo aceptable?

La imagino sentada en medio de una habitación siendo rodeada por hombres musculosos sin nada más que brillos y una corbata y me siento desfallecer.

—Debes controlar a tu chica, mi amigo, no me gusta que perturbe a la mía  
—gruño entre dientes, logrando que él gire los ojos.

—Estás exagerando, David, solo son strippers, tú también tendrás...

—¿Qué? No quiero, yo saldré a mitad de la noche como ya quedamos, así que deja de molestarme. —Ni siquiera entiendo por qué estoy tan alterado, pero igual doy un portazo y desciendo del coche para internarme al hotel echando humo por las orejas.

No he visto a Carlene en todo el día, solo una llamada por teléfono, sin embargo, tuvo que colgar porque su amiga estaba ocupada arreglando su cabello. Ya me cansé de contar los minutos para verla de nuevo, ya quiero que sea de noche para que pueda ver la sorpresa que le tengo preparada. Mi madre me va a ayudar a colarme en la suite, solo tendré que sacar a Carly de ahí y llevarla conmigo.

En la habitación empiezan a tomar cervezas para entrar en calor, ingiero una con la intención de relajarme porque no quiero que me vea luciendo como un erizo a punto de estallar. Es una reunión pequeña, los únicos invitados son Roger, los gemelos e Ian. Cuando las cinco bailarinas exóticas entran por la puerta a las doce en punto, sé que es probable que los bailarines ya estén en su cuarto.

Sin demora, me apresuro a informarle a mi madre que debe dejar la puerta abierta gracias a un mensaje de texto. Al llegar a mi destino, tomo una respiración profunda y me preparo mentalmente para cualquier cosa, los sonidos de euforia provenientes del interior no ayudan en absoluto. Ella me ama a mí, debo calmarme.

Asomo la cabeza con cautela y me siento un poco mejor cuando la veo sentada en un sillón con un plato de frituras y no tocando los bíceps de otro. A la que vislumbro emocionada es a Lissa, y a un montón de chicas que son



compañeras del trabajo de Carly. Si Ian pudiera ver esto, seguro no estaría tan tranquilo.

Su mirada se alza y se traba en la mía, sus párpados se abren y sus comisuras se elevan con lentitud. Le pido que guarde silencio con una seña y articulo un «ven aquí». La castaña mira a todas partes y se levanta con movimientos suaves. Nadie se da cuenta de que la festejada está a punto de salir de su fiesta para fugarse con su novio.

—¿Qué haces aquí? Se supone que los novios no pueden verse hasta el día de la boda —dice después de cerrar. Rodea mi cuello con sus manos, yo la aprisiono, sintiendo cómo encajamos.

—¿Desde cuándo te importan esas viejas costumbres? —pregunto, ya más perdido en su aroma que concentrado en permanecer sereno.

—Desde que voy a casarme con mi mejor amigo. —Un escalofrío me recorre, así que me apresuro a llevarla lejos antes de colapsar en el pasillo.

Lanza risitas todo el camino, pero guarda silencio en cuanto nos internamos a la oscuridad de una habitación. Solo hay una velita encendida junto a la cama.

Nos deshacemos en caricias y besos. Su presencia me relaja y hace que olvide los momentos complicados del día. Hace unas horas estaba aprehensivo, ahora se me antoja dormir con ella en brazos después de hacerle el amor.

—Voy a ser tuyo para siempre, luciérnaga —murmuro junto a su oído, logrando que suspire y entreabra ese par de labios rojos e hinchados por mis besos.

—Vamos a pertenecernos siempre, Dave —susurra, creando mi mundo.

Más tarde, recostados en la cama con nada más que las sábanas cubriendo nuestros cuerpos, acaricio su espalda, al tiempo que deposita besos en mi pecho.

—¿Estás nerviosa? —pregunto.

—Un poco... —titubea—. ¿Quieres que lleve lencería?

Se me sale una carcajada, le doy la vuelta para quedar encima de ella y aparto los mechones de cabello que se interponen entre los dos.

—No importa qué lo cubra, importa lo de abajo —digo con sorna, y ahogo su grito de indignación en un beso—. Te amo, cariño.

Ella sonrío y me dice que me ama también. La miro a los ojos y casi me parece un sueño estar así, a tan solo unas horas para que se convierta en mi esposa. Tendré a su luz iluminándome por el resto de mi vida.

\* \* \*

Acomodo el moño de mi corbata frente al espejo y trago saliva con nerviosismo. No estoy preocupado por mí, estoy preocupado por Carlene. ¿Qué tal que no soy capaz de hacerla feliz? Repaso mi traje de color negro y busco cualquier imperfección, sintiéndome más ansioso que nunca.

Un rechinido me saca de mi trance, me giro para encontrarme con la sonrisa de mi padre, así que me relajo. Él se acerca y palmea mi hombro de forma amistosa.

—Te vas a casar con la mujer que has amado toda la vida. —Sonrío, papá se aclara la garganta—. Hoy no vengo aquí como tu padre, Dave, vengo en los zapatos de mi amigo Steven, sé que él lo hubiera hecho. Cuídala como a

tu vida, guárdala como si fuera una perla preciosa y ámala como si el mundo se fuera a acabar hoy.

Sus pupilas se quedan fijas, él está hablando en serio. Lejos de parecerme extraño, me da gusto que haya alguien ahí para hacerme ver mi realidad si los momentos se vuelven difíciles. Limpio mis párpados, esforzándome por encontrar mi voz en medio del nudo en la base de mi garganta, no soy capaz de esconder lo emocionado que me encuentro.

—No importa cómo, lo que importa es que la amo y haré cualquier cosa para ver su sonrisa siempre —digo con la voz temblorosa.

Él levanta las esquinas de su boca y asiente, conforme con mi respuesta.

—Como tu padre voy a felicitarte por haber luchado por tu chica. —Una carcajada explota desde mi interior, logrando que ría entre dientes—. Espero que les des a tus hijos el mismo consejo que te di aquel día en el lago. Estoy muy orgulloso de lo que eres hoy.

Le doy un abrazo porque no puedo evitarlo, mi padre siempre ha sido la persona más increíble del universo. Espero que cuando sea mi turno, pueda ser como él.

El día que le dije que me iba a salir de abogacía, me apoyó con los ojos cerrados y confió en mis planes. Cuando lo invité a la inauguración de la disquera, él sonrió con orgullo; Carly también y se lanzó a mis brazos para llenar mi rostro de besos. Dejar una carrera como derecho fue difícil, más cuando lo cambias por algo como ingeniería de sonido. Aún me falta ascender en el mercado, pero poco a poco voy conquistando pasos.

Él termina yéndose, dejándome con menos nervios y más deseos de verla.

Más tarde, la soledad y el silencio en el cuartito de la iglesia me ponen los

nervios de punta. Solo... solo necesito estar un minuto con ella, así que, decidido, me encamino hacia la que se supone es su habitación. Lo hago despacio, porque no quiero ser descubierto por Lissa y su neurosis preboda, pues se está tomando su papel muy en serio.

Detengo mi puño en el aire: si lo hago de esta forma, la rubia me tacleará antes de que pueda darle una mirada a Carlene. Entonces, abro sin preámbulos y soy recibido por un montón de gritos alarmados.

—¿Qué crees que haces? —pregunta Lissa con un toque de preocupación—. Los novios no pueden ver a las novias antes de la boda, es de mala suerte.

Carly está dándome la espalda, pero gira en cuanto escucha que he entrado al cuarto y hace a un lado a su amiga para venir a mi encuentro. Se enrosca en mi cuello y yo en su cintura.

—Ella es mi suerte, no te preocupes. —Me refugio en su hombro y cierro los ojos con fuerza. Me aferro a su abrazo.

—¿Te estás arrepintiendo, cariño? —cuestiona juguetona. Cierro mis brazos aún más a su alrededor y suspiro, resignado.

—Estás loca, he esperado toda mi vida que suceda esto, es solo que tengo miedo de no hacerte feliz —digo.

—No seas tonto, me has hecho feliz sin siquiera saberlo. —Se echa hacia atrás y me mira con esos dos focos que tiene por ojos—. Eres el amor de mi vida y solo me basta tu cercanía para estar bien.

—Mierda, luciérnaga, ya quiero que llegue la noche de bodas —gruño, y me relajo—. Te amo.

Ella deposita un besito en mis labios y se sale de nuestro agarre. Recién

ahora me doy cuenta de que lleva su cabello peinado en un moño y la mitad de un párpado con maquillaje. También me percató de la mirada asesina de su mejor amiga y de las sonrisas bobaliconas del resto de las chicas.

—Te veo en el altar, guapo. —Me guiña el ojo y me obliga a salir de ahí con empujones suaves.

\* \* \*

Veo un mar de rostros conocidos, todos toman sus respectivos lugares y se ponen de pie cuando el coro inicia la melodía. La emoción se asienta en mi pecho: llegó la hora. Llegó el momento que estuve ansiando desde que supe que me amaba, ¡joder! Yo ansiaba esto desde antes.

Alcanzo a distinguir su figura, pasa el umbral tomada del brazo de mi padre. Lo único que puedo ver son sus dos gemas amarillas, esos ojos que me conquistaron un día en la cima de una casa del árbol. No me importa el vestido, no me importan las florecillas en su cabello, no me importa nada más que esa sensación de satisfacción, ya que vencimos los obstáculos y al fin estamos juntos.

Una película de momentos pasa frente a mí, todas esas veces en las que reímos, en las que peleamos y luego nos abrazamos arrepentidos, esas ocasiones en las que lloró en mis brazos y aquellas en las que contemplábamos las estrellas en el campamento.

Una lágrima sale de mi ojo antes de que mi padre me entregue su delicada mano, la cual encaja en la mía a la perfección.

Ella me da un apretón, yo le doy otro, y juntos giramos para ser uno solo.

\* \* \*

No hay nada más lindo que el altar, las flores blancas adornan los costados y hay cortinas de tela que cuelgan por todas partes. Es como si estuviera en las nubes.

Recuerdo cuando era una niña: me gustaba jugar con el balón de fútbol y ensuciar mi ropa porque eso me recordaba que era pequeña y podía hacerlo. Me gustaba subir a la casa del árbol y sentarme ahí a mirar cualquier cosa desde las alturas. Amaba los campamentos y calentar bombones frente al fuego, vislumbrar los ojos de David desde el otro lado de la fogata a hurtadillas. Me siento tan distinta el día de hoy.

Tenerlo frente a mí me saca el aire y provoca que mis ojos se hagan agua. Dave resbala un anillo en mi dedo y me jura que siempre estará a mi lado, yo no dudo ni un instante. Entonces, yo también le juro que lo amaré toda la vida porque sé que así será. No importa si fallamos, David siempre será mi corazón.

El sacerdote sonrío, yo siento que jamás he sido tan feliz. Por un momento, mis ojos ruedan hacia la banca vacía donde se supone deberían estar mis padres.

Lo extraño. Lo imagino sentado, mirándome, sonriendo, susurrando que no todo es tan negro como creía, lo imagino animándome a vivir este regalo del destino. Sé que está aquí, y si no lo está, estoy segura de que le habría encantado acompañarme del brazo y unirme al chico que amo.

Sus dedos toman mi barbilla y hacen que me centre en sus pupilas. Atrapa una gota antes de que se convierta en lágrima. De fondo, la voz casi celestial

resuena informando que somos esposos, somos marido y mujer.

Un cosquilleo se extiende en el interior de mi estómago. Dave sonríe hasta que soy capaz de ver sus dientes y da un paso hacia mí. Alzo la cabeza para poder mirarlo.

—Estoy emocionado —susurra, y acerca su boca a la mía.

—Aún no he dicho que puede besar a la novia, señor David —dice el padre, y todos los asistentes se carcajean.

Él gira la cabeza y lo mira sorprendido, quizá arrepentido. Una risita se me escapa, lo obligo a mirarme y estampo mis labios en los suyos. Él se tarda en comprender qué pasa, pero termina reaccionando y regresándome el beso, sellando el trato.

La gente aplaude.

—¿Eres consciente de que no podrás escapar de mí? Estaremos toda la vida juntos —digo cuando nos separamos.

—Juntos para besarnos, abrazarnos, hacer una familia, amarte más de lo que ya te amo. No hay peor tortura que esa, luciérnaga —susurra.

—Te amo, D —murmuro con la voz temblorosa.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Él lo sabe, yo también, no hay nada mejor que eso.

\* \* \*

Sabía que Lissa era grandiosa haciendo estas cosas, pero al descender del carro para entrar al lugar donde será la fiesta, mi boca cae al suelo debido a la

sorpresa. Hay luces, todo el salón está lleno de tela y pequeñas lucecitas.

La gente comienza a llegar, yo la busco para agradecerle todo lo que hizo. Encuentro su cabellera rubia en un rincón desolado. Mi frente se arruga.

—Vuelvo en un rato, cariño —le digo a Dave, quien está feliz mirando los bocadillos de la mesilla. Inicio la caminata para llegar hasta mi mejor amiga.

Tiene un vasito con agua y mueve una pajilla, mira el mantel con fijeza. Me dejo caer a su lado, sin embargo, no me nota, así que llamo su atención.

—¿Qué está mal? —Se sobresalta y me busca. Su mano se hace un nudo y la apoya en su pecho.

—Ian no para de molestarme —dice, y resopla después de recuperarse—. Me dijo que no va a rogarme toda la vida. Me molesta saber que pasé mucho tiempo llorando por su culpa y él ya se cansó de luchar por mí. Me hicieron una propuesta en el trabajo, una gran oportunidad, pero es fuera de Nashville. Es... lejos.

—¿Qué vas a hacer? —Sé que si Lissa decide irse, va a ser doloroso para mí; no obstante, la apoyaría.

—No lo sé —suspira—. Es decir, no he dado una respuesta porque pienso en él. Me pregunto si siempre va a ser así: yo dejando todo por una persona que no me ama lo suficiente. Aún espero que él se equivoque otra vez para poder irme.

—Quizá deberías tener un poco de confianza en Ian. Sé que te lastimó mucho, Lis, pero últimamente ha estado esforzándose para merecerte. El amor no es perfecto, no lo tires a la basura por dudas.

Abre la boca para responder, sin embargo, su mirada se desvía a algo detrás



de mí, y la cierra. Sus hombros caen.

—Yo no soy la que tira el amor a la basura —susurra. Se pone de pie, así que la imito—. Tienes suerte de tener a un hombre que te ama y te valora. David te lo demuestra cada día sin importar lo malo. Guarda ese amor, amiga, y disfrútalo. Lo único bueno de todo es que eres feliz, y eso me hace feliz a mí.

Me da un abrazo y se va hacia alguna parte, dejándome confundida. Regreso a mi punto de partida, saludo a algunas personas en el transcurso y recibo felicitaciones. La mayoría de los invitados son por Dave, no sé de dónde sacó tanta gente, incluso tiene primos que no conocía, lo cual es absurdo, ya que lo conozco desde que era un crío.

Él está platicando con alguien, entonces comprendo a qué se refería Lissa: Ian vino a la fiesta acompañado de la prima de mi mejor amiga, ¡ese hijo de puta! La joven es hermosa, una modelo de pies a cabeza, lo malo es que está podrida por dentro. No puedo creerlo.

No les digo nada, los saludo lo más neutral posible, a pesar de que quiero patear el culo del pelinegro. Estoy segura de que es una jugarreta para que Lissa se ponga celosa. Si tan solo supiera que está estropeando todo.

La velada es divertida. La música va genial, la comida es estupenda, los invitados se lo pasan bien y nosotros no nos separamos ni un instante. Bailamos y dejamos que nos tomen un montón de fotografías cuando partimos el hermoso pastel.

Más de una vez me encuentro a Lissa mirando la escena que da Ian con esa chica, la cual se pega al cuerpo de su acompañante y mira a su prima con regocijo, burlándose. Creo que el ojiazul se da cuenta, porque a mitad de la

noche se le ve incómodo e intenta quitársela de encima cada cinco minutos. Mi rubia evita estar cerca del par y se escabulle entre el gentío cada vez que él intenta acercarse. No necesito que me lo confirme, sé que va a aceptar la propuesta de trabajo, y si eso le va a dar paz, estaré encantada de acompañarla al aeropuerto.

A eso de las doce, Dave rodea mi cintura y apoya su nariz en mi oído, provocando que una serie de escalofríos me recorran.

—Luciérnaga, es hora de irnos —murmura—. Te tengo una sorpresa.

Alzo una ceja, David toma mi mano y no me deja despedirme, me arrastra a la salida. Yo me dejo llevar, a pesar de que el taxista nos mira con gracia cuando arribamos en su vehículo como salidos de una comedia romántica.

Mi esposo le indica el lugar y después me besa.

\* \* \*

Se queda plantada en el centro de la habitación, mirándome. La oscuridad nos consume, logrando que el ambiente se vuelva calmado y misterioso, cautivador. Hay un ventanal en el fondo, la cortina romana está partida a la mitad, dejándome ver un firmamento luminoso e inalcanzable. Ahí, frente a la marquesina, Carly parece una estrella, una luciérnaga combinando con el fondo nocturno.

En el suelo no hay mucho, solo unos cuantos pétalos blancos, a pesar de que les pedí que no pusieran esas cosas. A Carly no le gustan demasiado las flores y esta es nuestra noche. Pude haber hecho esto en nuestra propia habitación, sé que le habría gustado, pero no se sentía adecuado porque

quería hacer algo especial.

Su vestido blanco parece sacado de un cuento de hadas, tanta blancura desentona, parece la criatura más pura y delicada sobre la tierra. El montón de tela está lleno de cosas que ni siquiera conozco, pero que se ven bien ahí y solo por eso me agradan. Se ve preciosa.

Me acerco como un insecto atraído a la luz y me detengo frente a ella, quizá encandilado o tal vez necesitando su calor.

Nuestra luna de miel será en uno de los bosques más hermosos de Estados Unidos. Partiremos mañana por la tarde en un avión. Nuestras familias nos despedirán en el aeropuerto. Carlene cree que iremos a una playa, es mi sorpresa por los buenos tiempos en medio de las montañas.

Ella es mía, totalmente mía hasta entonces. Se escucha genial.

—Te ves hermosa —murmuro, y tomo una de sus manos con las mías, entretejo nuestros dedos y acaricio sus anillos—. Estamos casados.

—¿En serio? —cuestiona y muerde su labio, reprimiendo una risita. Estos últimos años ha desarrollado actitudes nuevas: ya no les tiene miedo a los truenos, aun así, dormimos abrazados; no pasa horas mirando su reflejo, buscando algo mal, ahora sonrío mientras acomoda su cabello; hay heridas que todavía no cierran, puedo ver que le sigue doliendo lo que pasó, siempre lo hará, pero ve su mundo de otra manera, y eso me enorgullece. No es la chica asustada de siempre, es la chica asustada que enfrenta sus miedos.

La envuelvo en un abrazo y la obligo a pegarse a mi cuerpo. Palpo la tela de su vestido, buscando con suavidad los botones.

—Hay algo que nunca te he preguntado. Tú sabes que te vi de otra forma en aquella fiesta de cumpleaños, llevabas florecillas en el cabello como ahora.

—Miro fijamente un adorno, luego regreso mi atención a ella—. ¿Cuándo te enamoraste tú?

Se queda sumergida en sus pensamientos, me sorprende que tenga que pensarlo. Sus comisuras se alzan y sus yemas acarician mi barbilla.

—No lo sé, nunca lo he sabido, no puedo darte una fecha con exactitud. Solo sé que me parecías lindo, ningún chico era como tú. Nadie jugaba como tú a los videojuegos, nadie me lanzaba la pelota como tú, nadie me hacía sentir bien en las tormentas, nadie tenía las mejores costras, nadie me abrazaba como tú lo hacías, no había otros ojos como los tuyos. Ninguna persona se parecía a ti. No sé cuándo me di cuenta, porque siempre supe que eras tú.

La boca se me seca al escucharla, mi mundo gira sobre su eje. Me casé con mi mejor amiga, con la mujer que amo, no podría ser mejor, no podría ser de otro modo.

—¿Te he dicho que te amo? —Desabrocho el primer botón y deposito un beso en su nariz, desabrocho otro y dejo otro beso en una de sus comisuras. La veo cerrar los ojos y hacer puños mi camisa, aferrándose al algodón.

—A veces tengo miedo. —Me detengo y la enfoco, no entiendo a qué se refiere. Carly traga saliva y suspira—. Mamá tenía esquizofrenia, estuve investigando el otro día y leí que es hereditaria.

Agacha la cabeza como si eso le avergonzara, la siento temblar en mis brazos.

—Oye, todo va a estar bien, eso no logrará que te ame menos o me arrepienta de lo que tenemos. Si algún día llega a pasar, luciérnaga, yo voy a estar a tu lado para recordarte quién eres. No tengas miedo, cariño, no estás

sola.

Me contempla con los ojos brillosos y se acerca para depositar un beso en mis labios.

—Cada día que pasa y te miro, le pido a Dios nunca olvidar, le pido no enfermarme, le pido que me deje amarte hasta el final.

—Puedo hacerte el amor todos los días para que recuerdes lo bien que se siente. —Suelta una carcajada que ahogo en el interior de mi boca.

Me deshago de las barreras, los muros, las tristezas hasta convertir todo en amor, cariño y caricias. Quizá hay posibilidades, pero estoy seguro de que no le pasará nada, estoy seguro de que arreglaremos lo malo como hasta ahora. No tengo miedo si la tengo conmigo, y eso es lo único que me basta. ¿Qué más da si tengo que luchar contra el mundo o contra alguna enfermedad? Sé que ella haría lo mismo por mí.

Una vez más me entrego a ella, solo que esta vez es diferente.

Mi luciérnaga volará en mi cielo e iluminará mi alrededor hasta que la vida se nos agote.

\* \* \*

El parque nacional de Yosemite se encuentra al este del estado de California. Nunca hemos ido, a pesar de ser fanáticos de los bosques. Es uno de los lugares vacacionales más populares del país. Está rodeado por montañas rocosas, pinos y diferentes clases de árboles, también hay dos ríos que se conectan. Casi no puedo esperar para empezar nuestra luna de miel.

Rentamos una camioneta para poder movernos con mayor facilidad. Al

descender del vehículo, Carly camina con los brazos apoyados en la cadera y mira hacia todas partes, analizando los alrededores.

—Es hermoso aquí —susurra—. ¿Trajiste las cosas para acampar? Deberíamos empezar si no queremos que anochezca.

—No las traje —respondo, colocándome a su costado. Gira con los párpados pegados a su frente, así que suelto una carcajada—. Nos espera algo mejor.

Va a responder, sin embargo, guarda silencio cuando atraigo su cuerpo al mío. Es más que eso, la carga, haciendo que se cuelgue de mí para no caerse, jadea por la sorpresa.

Camino hacia el sitio que será nuestro refugio por dos semanas. Me encargué de que estuviera todo lo necesario en su lugar para que no tuviera que preocuparse por nada.

La diviso a unos cuantos pasos, es una pequeña cabaña de madera, el techo está formado por maleza seca y hay un área especial al frente para hacer fogatas. Puedo ver también troncos apilados en una ordenada pirámide. Conforme nos acercamos, la imagen se vuelve más bonita.

Carlene se asombra, salta fuera de mis brazos en el momento en el que trasparamos el umbral y se pone a ver todo lo que hay. Huele a pino y los muebles son rústicos.

Da una vuelta, recorriendo con sus yemas las estructuras del lugar y deteniéndose en los objetos que le parecen interesantes. A mí lo único que me parece interesante es mirarla moverse en ese pequeño short que deja al descubierto sus piernas largas.

Dejo que siga aventurando, mientras yo obtengo dos copas de cristal de una

cajonera de la pequeña cocineta. Sirvo vino, aunque sé que prefiere la cerveza: es una ocasión especial.

—Ven acá, preciosa. —Sonríe de lado antes de reunirse conmigo en el sillón y sentarse al estilo indio.

—¿No crees que es un poco temprano para beber? —pregunta, pero no rechaza la bebida que le ofrezco. Le da un sorbo, sin apartar sus dos pupilas miel de las mías.

—Quiero emborracharte —contesto con la ceja alzada. Suelta una risita y deja su copa medio llena en la mesita frente a nosotros—. Cuando te emborrachas actúas como una experimentada seductora.

Su boca se abre.

—¿De qué hablas? —pregunta alarmada.

Mi mente corre años atrás, cuando teníamos tan solo dieciséis, aunque también hubo otra ocasión cuando ya vivíamos juntos. Nunca ha sido tolerante al alcohol, así que verla desinhibirse era una delicia.

—Mmmh, hablo de cómo te adherías a mí y me provocabas hasta que terminaba besándote.

Su mandíbula cae, sus mejillas se vuelven rosas, empieza a tartamudear palabras sin sentido. Se ve tan adorable que no puedo resistirlo. Me lanzo como un animal hambriento, caigo sobre ella en el sofá.

Se le olvida todo cuando le robo besos, se aprieta a mi alrededor, rodeando mi cuerpo con sus muslos y suspirando.

Siempre es mejor besarla sobria.

\* \* \*

Su cuerpo desnudo me envuelve, acaricio su espalda de arriba abajo recostados en la cama. Hay ciertas cosas que no hemos platicado. No quiero presionarla y sé que es demasiado pronto, pero necesito que sepa que quiero todo con ella. Quizá no será justo ahora; no obstante, quiero tener hijos alguna vez, y me preocupa que no quiera por todo el asunto de su madre.

—No hemos platicado acerca de si quieres tener hijos... —Se despega con rapidez y se endereza. Talla su rostro con las palmas y agacha la cabeza—. Sabes que no puedes detener tu vida por Ginger.

—Lo sé —dice con la voz temblorosa—. Es solo que tengo pánico de no ser una buena madre o de que mis hijos sufran por mi culpa.

Me estiro para alcanzarla y obligarla a que regrese a mi lado. Se tumba sobre mi pecho, escondiendo su rostro en mi cuello.

—Has superado tantas cosas, cariño: todo lo que pasó en tu infancia, lo de tu madre, lo de tu padre. Eres la mujer más fuerte que conozco. Estoy seguro de que serás una gran madre. De todas formas, nadie nació siéndolo, eso se aprende. —Tomo un respiro profundo—. No puedes quedarte sentada para ver si la esquizofrenia está en ti o en nuestros futuros hijos, no puedes temerle a algo que probablemente nunca va a llegar. Te conozco como a la palma de mi mano, conozco cómo reaccionarás, cómo pensarás sobre las situaciones... ¿Crees que no me daría cuenta si algo no está marchando bien? Tu madre no estaba bien medicada y por eso se salió de control. No va a pasar nada, luciérnaga.

—No sé qué sería de mí sin ti. —Esbozo una sonrisa. Carly se queda



silenciosa, sus brazos se cierran a mi alrededor y besa la base de mi oreja, creando un escalofrío violento—. Quiero tres hijos.

Mi pecho se llena de alegría y, antes de que pueda hacer algo, la pongo debajo de mí. Puedo darle tres lindas luciérnagas y todo lo que quiera también.

\* \* \*

*Años después*

Palpo el espacio a un lado de mi cama y lo encuentro vacío, tan frío y solitario que tengo que abrir los párpados para comprobar su ausencia. ¡No puede ser! ¿Otra vez? Mis ojos buscan el reloj en la mesita de noche: son las tres de la mañana.

Resoplo, sacudo el sueño con algunos bostezos y me levanto. Dejo que mis pies se resbalen en el interior de mis suaves pantuflas, regalo de Rachel, quien no para de consentirme. En realidad, todos lo hacen.

Tallo mis ojos y camino al exterior de la habitación. Todo está oscuro, solo hay una tenue luz proveniente de la planta baja que resplandece gracias al hueco de las escaleras.

Intento no hacer ruido para no ser reñida antes de tiempo, muerdo mi labio al asomarme en la cocina. Una sonrisa se traza en mi rostro al contemplarlo sentado en la encimera con un gran bote de helado de fresa. Mira al vacío, solo lleva la cuchara del cartón a su boca casi como si fuera un robot.

Es curioso que la mayoría de los antojos y los síntomas del embarazo los ha padecido él. Me he salvado de un montón de vómitos.

Entro en el cuarto, me localiza con la mirada somnolienta. Se pone sobre sus pies y se acerca a mí negando con la cabeza, como si fuera mi padre y yo una niña traviesa, pero no dejo que hable. Lo rodeo con mis brazos y hago que mi vientre tope en el suyo. Sus ojos verdes brillan ahora, despiertos, y me regresa el abrazo con delicadeza.

—¿Cómo están? —pregunta, y deposita un frío y casto beso en mi boca, el cual me sabe a helado de leche. Sus dedos encuentran lo que estaban buscando y sus yemas acarician mi gran barriga.

—Creo que Steven va a ser un gran futbolista, no deja de patearme. —Sus dientes se asoman, me suelta y se pone de cuclillas.

—Oye, campeón, sé que ya quieres salir, pero no seas tan duro con tu madre. —La sonrisa se hace más grande cuando nuestro bebé patea al reconocer su voz. David está tan fascinado con todo esto, puede pasar horas hablándole a mi estómago, mientras yo me derrito al verlo balbucear y hablar con Steven—. De acuerdo, vamos a patearle el culo a todos los que quieran acercarse a nuestra luciérnaga, sigue entrenando.

Una risotada se me escapa por sus ocurrencias. Sé que va a ser un gran padre, y yo... a pesar de que me moría de pánico, ahora cuento los días para que mi pequeño llegue.

Cuando nos enteramos de que estábamos embarazados, Dave se puso como loco. El retraso me llegó, fui a hacerme un análisis de sangre que salió positivo. Le compré un globo que decía «felicidades, papá», él lo entendió sin que yo se lo aclarara. Hicimos el amor y al día siguiente fue a comprar una cuna.

El ginecólogo dice que, para ser mi primer embarazo, todo está marchando

bien. No he tenido problemas y casi puedo hacer las mismas actividades de siempre. Lo único malo es que me canso demasiado. Va a ser un bebé grande y sano. No falta mucho para el parto; he decidido tenerlo por medio de una cesárea.

Mi palma se apoya en mi estómago, bostezo, sintiendo cómo el sueño intenta vencer a mis párpados, que luchan por no cerrarse.

—Debes dormir, cariño. —Dave se pone de pie y me obliga a regresar a la habitación pisándome los talones.

Una vez en la cama, me pongo de lado, su pecho se adhiere a mi espalda y su mano busca mi vientre automáticamente y empieza a acariciar esa zona. Cuando hace eso me da sueño.

—Gracias, luciérnaga, eres más de lo que algún día soñé. —Giro mi rostro para encontrar el suyo. Sus labios buscan los míos en medio de la oscuridad y me da un beso, moldeando y saboreando con movimientos suaves todo lo que soy—. Eres mi mejor amiga, el amor de mi vida y la madre de mi hijo. No podría ser más feliz.

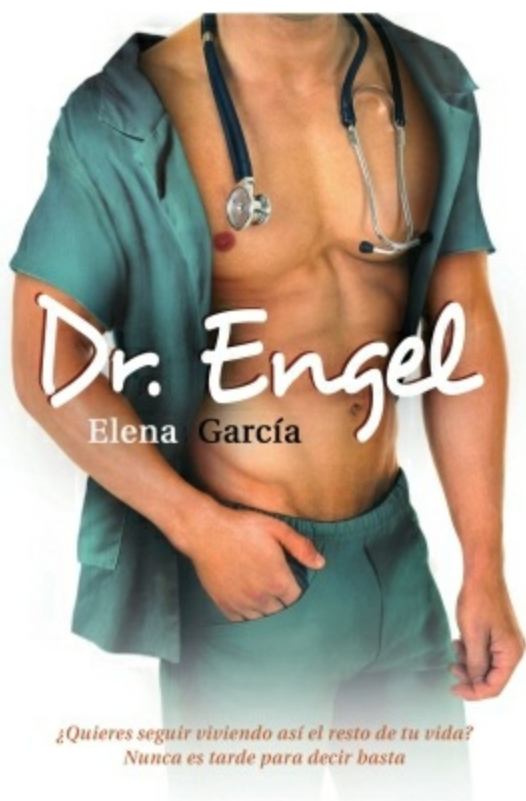
Un suspiro soñador choca contra mí y mis ojos se cristalizan, pero esta vez es por un sentimiento que me hace brillar como papá creía que podía. Me siento feliz, me siento plena, ya no tengo miedo.

Me he dado cuenta, al fin, de que es cierto: mis ojos brillan. Ya no soy una luciérnaga en un frasco, ahora puedo volar.



## Zelá Brambillé

Nació en Monterrey, Nuevo León, México el 8 de junio de 1994. La primera de dos hijos de padres mexicanos. Técnica en Asistencia Ejecutiva y actualmente estudiante universitaria. Desde pequeña desarrolló un amor profundo por la lectura, amaba perderse en diferentes mundos y coleccionarlos hasta que decidió crear los suyos. Su pasatiempo se convirtió en su pasión a tal grado que ya no puede imaginar un futuro sin sacar las ideas de su mente. En el 2013 empezó a publicar sus obras en Wattpad, una página que lleva en el corazón. Escribe principalmente romance, drama y literatura juvenil.



# Dr. Engel

Elena García

*¿Quieres seguir viviendo así el resto de tu vida?  
Nunca es tarde para decir basta*

Nova Casa Editorial

# Dr. Engel

García, Elena

9788416942633

436 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Mario agrede nuevamente a Natalia la trasladan un hospital de Madrid con serias heridas. Allí conoce al Doctor Engel, un apuesto y atractivo alemán de madre española dispuesto a ayudarla. Cuando el doctor descubre que se trata de un caso de malos tratos y que la vida de la chica corre serio peligro, la convence para que abandone a su agresor. Cuando Mario se entera empiezan las amenazas de muerte.

Natalia y Engel descubren que hay algo más entre los dos que una simple relación médico-paciente, y que su pasado no es tan distinto como parecía en un principio. Mario intentará por todos los medios acabar con la vida de su exnovia, sea cual sea el precio que deba pagar por ello. Entonces entran en escena Alex, Laura, Erika y Manuel. A pesar del amor que Natalia y Engel acaban sintiendo el uno por el otro, hay algo que les impide estar juntos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elena García

# LA MARCA DE SARA

*Privada de libertad...*

  
Nova Casa Editorial



# La marca de Sara

García, Elena

9788417142087

452 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sara es una estudiante de 20 años que, tras la repentina muerte de su padre por culpa de los problemas económicos que acechan a su familia, se ve forzada a abandonar la carrera universitaria que cursa.

Estos graves problemas económicos por los que están pasando le obligan a buscar un empleo para evitar que una orden judicial se adueñe de lo único que tienen: su hogar. Ahí vive junto a su madre, enferma, y sus hermanos, de 14 y 9 años. Su inexperiencia en el mundo laboral la lleva directamente a una trampa, y cuando se da cuenta de ello ya parece demasiado tarde.

¿Quién es ese hombre que parece querer ayudarla? ¿Podrá confiar en él? ¿Tiene otra opción?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

· ARACELI SAMUDIO ·

LA CHICA DE LOS  
*Colores*



Nova Casa Editorial



# La chica de los colores

Samudio, Araceli

9788416942916

346 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Celeste era una chica con una discapacidad a quien, a raíz de un accidente, le habían amputado ambas piernas a la edad de diez años. Gracias al apoyo de su familia —en especial al cariño y confianza que le brindó su abuelo—, fue capaz de superar los momentos difíciles causados por la adversidad. Encontró entonces en el arte, y específicamente en la pintura, una forma de liberar su alma, de volar a los rincones a los que físicamente no podría llegar. Así, entre cuentos infantiles y sirenas, fue capaz de crecer y convertirse en una mujer hermosa, talentosa y, sobre todo, independiente.

Pero, y ¿el amor? El amor la hacía sentir vulnerable. No lo esperaba, creía que las cosas para ella serían así: una vida solitaria y llena de cuadros por pintar. Entonces apareció Bruno, un chico de una ciudad distinta, de una clase social diferente, pero con muchas ganas de llenarse de los colores de Celeste.

Bruno le demostrará que el amor no entiende de diferencias ni de limitaciones, que los recuerdos que guarda el corazón son más importantes que los que guarda la mente, y que el amor existe para todos. Celeste encontrará en Bruno al chico de los cuentos que le contaba su abuelo y, de paso, descubrirá que este tiene muchas más historias que contar, además de las que ella conocía y que los secretos del pasado pueden afectarlos a ambos.

Celeste y Bruno serán testigos de un amor predestinado en el tiempo, una revancha de la vida, un lienzo en blanco lleno de colores por pintar y descubrir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

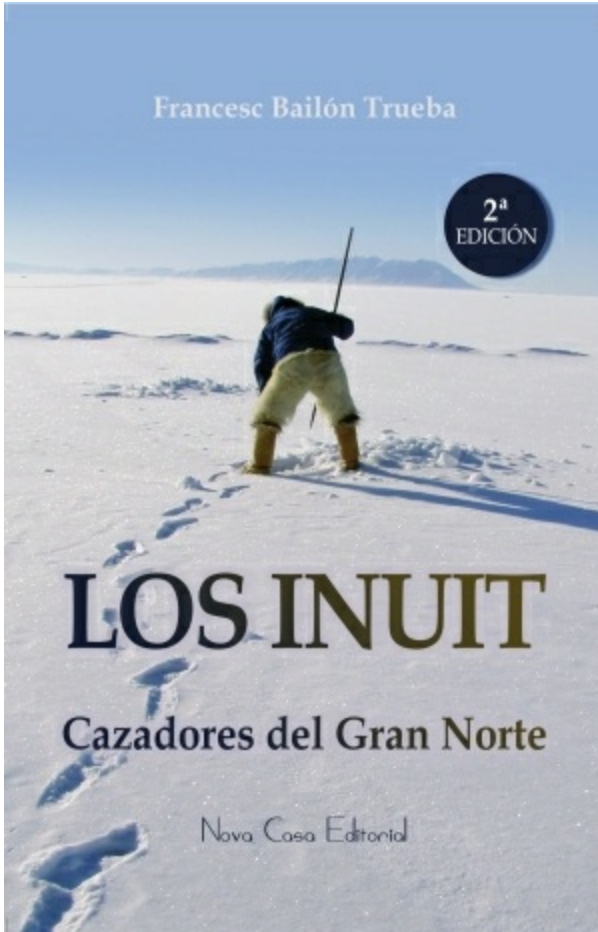
Francesc Bailón Trueba

2<sup>a</sup>  
EDICIÓN

# LOS INUIT

Cazadores del Gran Norte

Nova Casa Editorial



# Los Inuit

Bailón, Francesc

9788416281725

460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

'Los inuit, Cazadores del Gran Norte' es una obra que nos acerca a un pueblo que se conoce más por su nombre que por su realidad cultural. A partir de las historias locales, y en un lugar tan inhóspito y frío como es el Ártico, nos adentramos en una cultura que, en muchos aspectos, ha permanecido inalterable a lo largo de los siglos, y que ha seguido respetando su entorno natural como estrategia principal de su subsistencia.

La apasionante visión que Francesc Bailón nos ofrece de este mundo, y que en palabras del propio autor «constituye uno de los últimos soplos de humanidad que le quedan a este planeta», nos debe mostrar lo que un día fuimos para entender en lo que ahora nos hemos convertido. Además, esta obra nos permitirá comprender cómo un pueblo cazador y pescador ha pasado a ser el espejo en el cual quieren reflejarse otros grupos indígenas de la Tierra.

Este libro, profusamente ilustrado con magníficas imágenes, trata además de temas que nos afectan a todos y especialmente al pueblo inuit, como son el calentamiento global y la contaminación medioambiental que asolan nuestro planeta. Quizá a través de esta obra lleguemos a escuchar esas voces que proceden del Gran Norte y entendamos por fin que la supervivencia de esta cultura condiciona también la nuestra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

# Siete meses

Esta no es una historia de amor...  
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial



# Siete meses

Levy, Karla

9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible?

Yo también.

En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme.

¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir?

A mí también.

Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta,

entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)